

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE BUENOS AIRES
SECRETARÍA DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CALLE 14 DE JUNIO 1000 BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
SECRETARÍA DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CALLE 14 DE JUNIO 1000 BUENOS AIRES

GORKI

PG346/4
.S5
F6



1080011120

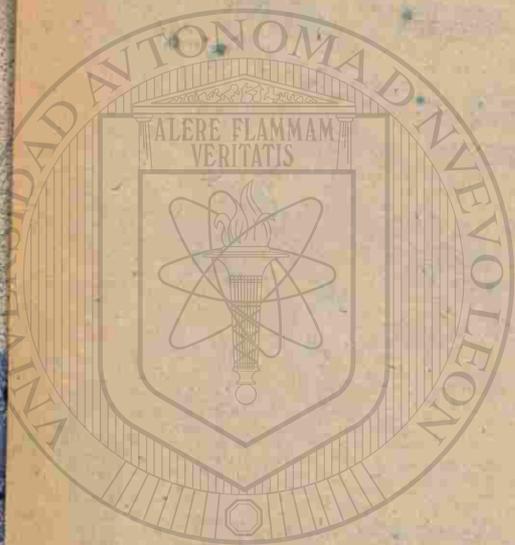
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMAULIPÁN

RECIBO GENERAL DE DEPÓSITO

E-1050-TG

1974

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON



UANL

TOMÁS GORDEIEFF

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

MÁXIMO GORKI

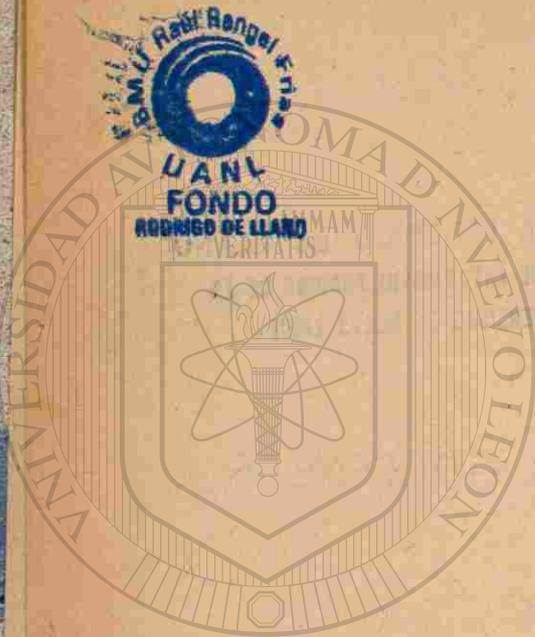
Tomás

Gordeieff

✻
TRADUCCIÓN

de

RUBÉN DARÍO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI.
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

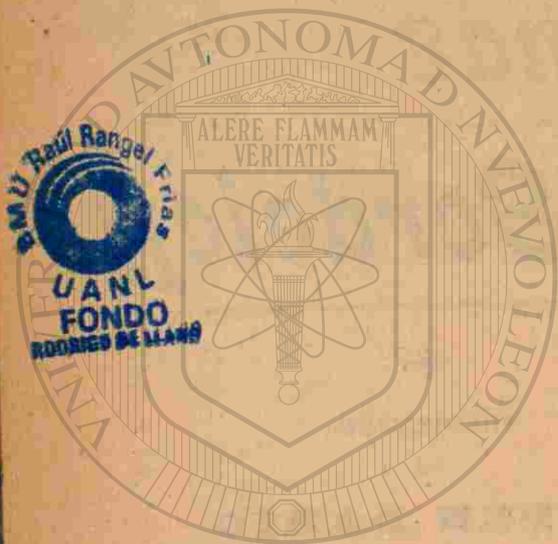
1902



PG3464

-55

F6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO DIRECCIÓN GENERAL DE RODRIGO DE LLANO

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

TOMÁS GORDEIEFF

I

Hace unos sesenta años, en el momento en que los comerciantes que traficaban por el Volga realizaban tan rápidamente fortunas considerables, trabajaba a bordo de uno de los barcos pertenecientes al rico Zaeff un muchacho, Ignat Gordeieff, simple maniobrista, encargado de sacar el agua de la cala.

De una estatura colosal, bello, inteligente, era uno de esos hombres que no emprenden nada sin éxito, no por laboriosidad y dotes especiales, sino porque en su marcha hacia el fin señalado van empujados por tan poderosa energía, que no saben ni pueden detenerse, para deliberar sobre los medios que deben emplearse.

A veces, esos hombres hablan con terror de su conciencia y se sienten atormentados por escrúpulos sincerísimos, pero la conciencia es una fuerza que no doma sino a los débiles. Los fuertes se hacen

pronto dueños de ella y la esclavizan á sus deseos. Instintivamente comprenden que, dejándole libertad y espacio, quebrantarían sus vidas.

Así le sacrifican algunos días, mas si llega por instantes á dominar su alma, no logra ella nunca humillarlos bajo su yugo; su vida queda tan fuerte, tan sana, tan intacta como antes.

A la edad de cuarenta años, Ignat Gordeieff poseía ya tres barcos de vapor y una docena de lanchones.

Gozaba, en el Volga, de gran consideración, debida á su inteligencia tanto como á su riqueza; á pesar de ello, se le llamaba el «Chiflado», pues su vida no tenía el curso uniforme y regular de la de los otros hombres; á veces hervía rebelde y se lanzaba fuera del camino trazado, extraño á la ganancia, único objeto de la existencia de ese hombre.

Había como tres Gordeieff, ó mejor, había como tres almas en él.

Una de ellas, la más potente, sólo era más ávida. Cuando Ignat vivía sometido á sus aspiraciones, era simplemente un hombre poseído de una pasión ardorosa por el trabajo.

Esta pasión le dominaba día y noche y le llenaba por completo. Recogía entonces cientos y miles de rublos y parecía que no podía saciarse del roce de sus billetes y de su oro.

Ignat corría sin tregua ni reposo, de un extremo á otro del Volga, disponiendo sus redes de pescar oro; acaparaba el trigo de las aldeas, lo transportaba á Ribinsk sobre sus lanchas, robaba, engañaba, unas veces sin notarlo siquiera, otras conscientemente; en este último caso se burlaba á menudo de sus víctimas, y llegaba entonces á lo sublime—en esa locura de la ganancia.

Con todo y darse en cuerpo y alma á esa caza del rublo, no era avaro en el sentido estrecho del

vocablo. Mostraba á menudo un desinterés incomprendible, pero muy sincero.

Estaba un día en la orilla del río, y miraba su nueva lancha de cuarenta y cinco varas, rota por los hielos, que la apretaban contra la ribera escarpada.

—¡Bien hecho! ¡Vamos! Aprieta más... aplasta... ¡vamos! ¡otra vez!... murmuraba entre dientes.

—Y bien, Ignat, le preguntó su camarada Maia-kin, aproximándose, son algunos miles de rublos que le saca el hielo del bolsillo.

—Eso es nada; volveremos á ganar cien mil. Mire como se estremece el Volga, ¿eh? ¡Es soberbio! Nuestro padre, el río, puede revolver la tierra, como un queso con un cuchillo... ¡mira, mira! Ve mi *Boyarinia*... No ha navegado más que una sola vez... ¡Y bien, le diremos una misa de adiós!

El barco fué reducido á migajas.

Ignat y su compañero, sentados en una taberna, bebían aguardiente, mirando por la ventana los restos de la *Boyarinia*, que el río llevaba entre los hielos.

—¿Lamentas tu barquilla, Ignat? le preguntó Maia-kin.

—¿Por qué lamentarlo? El Volga lo dió, el Volga lo quitó... No es un brazo lo que me han arrancado...

—¡Sin embargo!...

—¡Eh! ¿cómo sin embargo?... Estoy contento de haber visto cómo ha ocurrido todo ello. Es una lección para el porvenir...

—Entonces, ¿no lo has sentido, de veras?

—¿El barco?... el barco... lo he sentido, en efecto... Pero, en el fondo, el pesar no es sino una tontería. ¿Qué sentido tiene eso? Llorad si queréis. Las lágrimas no apagan el incendio. ¡Qué importa! ¡Los barcos pueden quemarse! ¡y que todo se quemé! ¡Me burlo de ello! Con tal que el alma guarde el fuego

sagrado del trabajo... todo será edificado de nuevo. ¿No es cierto?

—Sí, respondió Maiakín, sonriendo, dices fuertes pensamientos... Quien habla así, puede ser despojado hasta de su camisa y ser siempre rico.

Bien que arrostrara con filosofía la pérdida de su dinero, Ignat sabía el precio de cada kopek.

Hacia limosna rara vez y no daba más que á los absolutamente incapaces de trabajar. Si un mendigo todavía con alguna fuerza le pedía, decíale severamente:

—¡Sigue tu camino! Puedes aún trabajar. ¡Mira! Ahí está mi jardinero. Ayúdale á recoger la basura y te daré unos kopeks...

En esos periodos de pasión por el trabajo, era rudo é implacable en sus relaciones con los hombres, y no se daba punto de reposo en la persecución del rublo.

Después, de repente, y esto sucedía generalmente en la primavera, cuando un encanto de belleza transfigura la tierra, y que del cielo ruso parecen descender acariciantes insinuaciones,—Ignat tenía el sentimiento de no ser ya dueño de sus asuntos, sino su vil esclavo.

Se volvía pensativo; bajo sus espesas cejas fruncidas lanzaba miradas escrutadoras á su rededor, pasaba días enteros, perezoso y huraño, como si algún deseo secreto le atormentase, sin que osara expresarlo abiertamente. Otra alma se despertaba en él, el alma furiosa y lasciva de la bestia, exasperada por la privación. Insolente con todo el mundo, cínico, bebía, llevaba una vida desarreglada, embriagaba á sus compañeros; era el delirio. Como si un volcán de lodo hubiese hecho erupción en él, parecía que, impotente para romper las cadenas que llevaba, y que se había remachado él mismo, trataba de rechazarlas.

Despeinado, sucio, con las facciones abotagadas

por el insomnio y la borrachera, los ojos saltones, enormes, aullando con voz ronca, iba á la ciudad, de suburbio en suburbio, tiraba el dinero sin contarlo, lloraba escuchando los ritmos melancólicos de los aires populares, bailaba, golpeaba, sin saber á quién, sin que nada sirviese á calmarle.

Un día que se encontraba en compañía de otros borrachos, un sacerdote sin escrúpulos vino á pegarse á ellos, como una pelota de barro se pega al calzado.

Era un hombrecillo grueso, calvo, vestido con una sotana agujereada. Sér impersonal, grotesco y feo, que servía de bufón: embadurnaba de mostaza su cráneo desnudo; se le hacía andar á gatas, se le obligaba á beber una mezcla de diferentes clases de aguardientes, á bailar danzas obscenas. Todo esto lo ejecutaba en silencio, con una sonrisa idiota en los labios; é invariablemente tendía la palma de la mano, diciendo: «Dad un rublo...»

Estallaban en risas; algunas veces se le daban 20 kopeks; otras se le echaban diez rublos y aun más; otras no se le daba nada.

—Es usted una basura; ¡vamos! dínos lo que eres.

El cura, asustado de este apóstrofe, se callaba, saludando en silencio á Ignat.

—¡Vamos, dínos lo que eres! aullaba Ignat.

—Soy aquel á quien se injuria, respondía el sacerdote.

Y toda la banda soltaba la carcajada.

—¡Eres un miserable! dijo Ignat, con aire amenazador.

—Soy un miserable... por necesidad, por debilidad de alma.

—Ven aquí, repuso Ignat, ven, ven, siéntate cerca de mí...

Temblando de terror, el paso vacilante, el cura se aproximó al comerciante borracho y se detuvo delante de él.

—Siéntate á mi lado, continuaba Ignat.
Y, cogiéndole de la mano, le obligó á sentarse.
—Tú y yo tenemos algo de común... Yo también soy un miserable. Tú lo eres por necesidad; yo por depravación... ¡Yo soy un miserable por aburrimiento!... ¿Has comprendido?

—Comprendido, dijo dulcemente el cura.
Entonces hubo una alegría general.

—¿Sabes ahora quién soy?

—Sé... ERE FLAMMAN

—Y bien, repítelo: «¡Usted, Ignat, es un miserable!»

Pero el cura no podía.

Miraba con espanto la enorme talla de Ignat y movía negativamente la cabeza.

Un reír loco, parecido al zumbido del trueno, salió de la concurrencia. Ignat no insistió en hacerse injuriar por el cura.

Entonces le preguntó:

—¿Debo darte dinero?

—¡Dadme! dijo el cura, levantándose.

—¿Qué harás de él?

No respondió.

Entonces Ignat, cogiéndole por el cuello, le sacudió é hizo escapar de su boca inmunda estas palabras, pronunciadas con terror, dulcemente, casi tartamudeando:

—Tengo una hija, una hija... dieciséis años... en un establecimiento religioso. Para ella... amontoño... pues cuando salga... no tendrá ni con que ocultar su desnudez...

—¡Ah!... exclamó Ignat.

Y le soltó.

Quedó largo tiempo pensativo, sombrío, observando al cura.

Después, con ojos alegres, repuso:

—¿Mientes, verdad, borracho?

El cura, silenciosamente, hizo la señal de la cruz y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

—Es verdad; tiene una, afirmó uno de la banda.

—¿Tiene una? ¡Está bien! gritó Ignat.

Y, dando un puñetazo en la tabla, se volvió hacia el cura:

—Escucha... Véndeme tu hija... ¿Cuánto me pides?

Un estremecimiento agitó al desdichado; sacudió la cabeza.

—¡Mil rublos!

Todos reían, viendo temblar al cura, como bajo una ducha de agua fría.

—¡Dos mil! aullaba Ignat, con los ojos chispeantes.

—¿Qué tiene usted?... ¿Cómo puede ser eso?... balbuceaba el cura, tendiendo sus dos manos hacia Ignat.

—¡Tres mil!

—¡Ignat Matveitch! exclamó con voz segura y vibrante: ¡En el nombre de Dios, nuestro Señor... En el nombre de Cristo! ya basta... ¡Yo la vendería por ella misma! ¡Yo la vendería!

Había como una amenaza en estos gritos dolorosamente agudos, y sus ojos apagados, insignificantes hasta entonces, brillaron, como un tizón en la noche.

El corro de borrachos reía locamente.

—¡Silencio! gritó con rabia Ignat.

Irguió su alta talla, frunció el ceño:

—¡No comprendéis, grandísimos tunos, de lo que se trata! ¡Se debe llorar y reír!...

Se aproximó al cura, se arrodilló ante él y le dijo con firmeza:

— ¡Cura! Ahora acabas de ver lo miserable que soy; pues bien, escúpeme en la cara.

Pasó entonces algo de repugnante y ridículo: el cura se arrojó á su vez á los pies de Ignat, y como

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

una enorme tortuga, se arrastraba á su alrededor, besando sus rodillas, balbuceando palabras incomprendibles, sollozando.

Ignat, inclinado sobre él, le levantó del suelo y le gritó, en tono imperioso y suplicante:

— ¡Anda! ¡Escupe!... Apunta bien á mis innobles ojos.

En un momento, toda esta banda había quedado estupefacta por el grito severo de Ignat, pero volvió á reír de nuevo y de tal modo que los cristales de la taberna temblaron.

— ¡Te doy cien rublos... escupe!

Pero el cura se arrastraba por el suelo llorando de miedo ó de dicha, viendo á este hombre exigir así de él su propia humillación.

Por último Ignat se levantó.

Con el pie rechazó al cura y le arrojó al rostro un fajo de billetes, diciendo con tono sombrío y una sonrisa ligera:

— ¡Granuja!... ¿Acaso un hombre puede hacer penitencia delante de tales gentes? Los unos temen oír la confesión, los otros se burlan del pecador... ¡Y yo, que era tan sincero! estaba conmovido hasta las entrañas. ¡Vamos á ver! me decía yo. Y realmente no pensaba en nada... ¡Así es!... ¡Vete pronto, desaparece! y que no te vuelva á ver, ¿entiendes?

— ¡Oh! ¡qué originall... decían sus compañeros enternecidos.

En la ciudad corrían leyendas á causa de sus orgías; todo el mundo las condenaba severamente; pero jamás hubo alguien que rehusase participar de ellas.

Llevaba esta existencia durante semanas y después volvía á su casa, aun impregnado del olor de los tugurios, abatido y dulce. Los ojos bajos humildemente, apagados por la vergüenza, escuchaba en silencio los regaños de su mujer; tranquilo y estúpi-

do, como un cordero, entraba en su cuarto y se encerraba. Permanecía durante varias horas arrodillado ante las imágenes santas, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos colgando, inertes, la espalda encorvada y se callaba, como si no osase rezar. De puntillas su mujer se aproximaba á la puerta y escuchaba. Profundos suspiros partían de la habitación, como el resoplido de un caballo fatigado y que sufre.

— ¡Señor! tu ves... balbuceaba sordamente Ignat, golpeando con fuerza su ancho pecho con la palma de su manaza.

Durante estos días de penitencia, no bebía más que agua y no comía sino pan de centeno. Por la mañana su mujer ponía á la puerta una libra de pan y sal; lo cogía el mismo y se volvía á encerrar.

Por nada del mundo hubiera podido molestársele durante estos destierros.

Al cabo de algunos días aparecía en la Bolsa, bromeaba y contratava grandes cantidades de trigo, con la misma penetrante mirada de ave de rapia y la misma práctica de negocios.

Pero, en las fases diversas de su vida, un solo deseo apasionado le perseguía, el de tener un hijo: y cuánto más envejecía, más le desesperaba este deseo.

La misma conversación se sostenía á menudo entre su mujer y él. Por la mañana, tomando el té, ó bien al medio día, durante la comida, miraba sombríamente á su mujer, criatura delicada, con semblante de rosa y ojos soñadores, y le preguntaba:

— ¿Qué tal... ¿no sientes nada?...

Ella sabía perfectamente lo que él quería decir, pero respondía invariablemente:

— ¿Cómo no he de sentir? Mira tus puños; son como mazas....

— ¡Hablo de tu vientre, imbécil!

—Después de recibir esos golpes ¿es posible quedar encinta?

—No son los golpes lo que impide estar encinta, sino el comer demasiado. Llenas tu vientre de toda clase de alimentos; un niño no tiene ya sitio para germinar.

—Se diría que no te he dado nunca nada.....

—¡Pse! ¡Niñas! replicaba Ignat, con despecho. Me hace falta un hijo, ¿comprendes? un hijo, un heredero á quien pase mi capital, después de mi muerte. ¿Quién orará por mis pecados? ¿Lo he de dar todo á los conventos? ¡ya han recibido bastante, ya basta! ¿Dejártelo todo á tí? ¡Ah! ¡tú eres una famosa devota!... Aun en la iglesia no piensas más que en guisos, y si yo muero, te volverás á casar... y mi dinero pasará á algún imbécil. ¿Para eso he de trabajar? ¡Dime!

Y una gran tristeza le invadía, pues sentía que, sin un hijo para sucederle, su vida no tenía objeto.

En nueve años de matrimonio su mujer había dado á la luz cuatro niñas, pero todas murieron. Ignat, que esperaba su nacimiento temblando, lloraba apenas su muerte; le eran inútiles.

Desde el segundo año de su matrimonio, pegaba á su mujer. Y al principio sólo le pegaba cuando estaba borracho, sin cólera, sencillamente para adaptarse al refrán popular: «Ama á tu mujer como á tu alma y sacúdela como á un peral».

Después de cada alumbramiento inútil, un odio invencible se elevaba en su alma y entonces le pegaba con delicia, vengándose de que no le hubiese dado un hijo.

Se encontraba en el gobierno de Samara, cuando recibió un telegrama de sus parientes, anunciándole la muerte de su mujer. Hizo la señal de la cruz, meditó y escribió á su compañero Maiakin:

—«Enterrad sin mi presencia; vigilad mis intereses».

Fué en seguida á la iglesia, hizo decir una misa, y después de haber rezado por el eterno descanso del alma de la difunta Aquilina, juzgó que lo más indispensable para él era casarse de nuevo lo más pronto posible.

En esta época tenía cuarenta y tres años. Buen mozo, ancho de espaldas, hablaba con voz de sochantre; bajo sus cejas negras las miradas de sus grandes ojos eran inteligentes y resueltos; en su cara curtida, cubierta en parte por una espesa barba negra, y en toda su persona potente, había una gran belleza, puramente del país, sana y ruda. Sus movimientos, su paso altivo y lento confirmaban sus fuerzas y una sólida confianza en sí mismo.

Agradaba á las mujeres y no las rehuía. No había pasado un año aún desde la muerte de su mujer, cuando pedía la mano de la hija de una persona con quien le ligaban relaciones comerciales, un cosaco del Don, de la secta de los Morlacainos. Fué bien recibido á pesar del apodo de *Chiflado*, con el que se le conocía hasta en el Ural. Trajo á su mujer con él por otoño. Se llamaba Natalia, una moza, de grandes ojos y una gran mata de pelo rubio; era todo lo que convenía al bello Ignat. Él unía á su amor, al mismo tiempo que la altivez, la ternura apasionada del sér robusto y superior en fuerzas.

Sin embargo, al cabo de poco de tiempo empezó á observarla con atención.

Apenas si aparecía ya la sonrisa en el rostro oval, de gestos regulares y severos, de la joven. Constantemente parecía absorta en vagos pensamientos, extraños á las cosas mundanales; sus grandes ojos azules, siempre fríos y tranquilos, estaban á veces sombríos y hostiles. Cuando no la ocupaban los menesteres del hogar, se sentaba en la ma-

por habitación de la casa, cerca de la ventana, y allí se estaba inmóvil, silenciosa dos ó tres horas seguidas.

Su rostro estaba vuelto á la calle, pero su mirada, profundamente abstraída, era indiferente á la vida y al movimiento del mundo exterior: parecía que miraba dentro de sí misma.

Sus pasos también eran raros. Natalia iba y venía en las vastas habitaciones de la casa, lentamente y con precaución, como si algo invisible impidiera la libertad de sus movimientos.

La casa estaba amueblada con lujo abigarrado y pesado; todo brillaba y denotaba una gran fortuna. La cosaca pasaba por entre las porcelanas y las vitrinas llenas de figuras de plata de puntillas, como si temiera que estos objetos la cogiesen y extrangulasen.

La vida tumultuosa de una gran ciudad comercial no parecía interesar á esta mujer grave y taciturna y cuando á veces salía en coche con su marido, sus ojos se fijaban constantemente en la espalda del cochero. En la sociedad, que frecuentaba á instancias de Ignat, conservaba la misma figura extraña. Cuando venían á su casa invitados, ponía todo su esmero en recibirles convenientemente; pero no ponía ningún cuidado en la conversación ni marcaba preferencia por ninguno. Sólo el compañero de su marido, Maiakín, inteligente y jovial, hacía á veces salir á su rostro una sonrisa indecisa como una sombra.

Decía él, hablando de ella:

—Es un leño... no es una mujer. Pero la vida es como un braceró incandescente; todos arderemos. Esta molacaina arderá á su vez, esperad, démosle tiempo. Entonces veremos cuál es la flor que la hará desvanecer.

—¡Eh! ¡pequeñita! decía Ignat. ¿En qué piensas?

¿Es qué guardas la nostalgia de tu aldea cosaca? Es necesario vivir más alegremente.

Ella callaba y les miraba con aire plácido.

—Vas demasiado á menudo á la iglesia. ¡Espera un poco! Tienes mucho tiempo para hacerte perdonar tus pecados... Primeramente comételes. Tú sabes perfectamente que, cuando no se peca, no se hace penitencia, no se es dichoso... Deberías pecar ahora que eres joven. ¿Vamos á paseo?...

—No tengo ganas.

Se sentaba á su lado, la enlazaba entre sus brazos; pero ella permanecía inerte y no respondía sino fríamente. El buscaba entonces sus miradas y le preguntaba:

—Natalia, ¿por qué estás triste? ¿Te aburres conmigo?

—No, respondía ella brevemente.

—¿Qué tienes, pues? ¿Tienes ganas de volver á los tuyos?

—No, eso pasará...

—¿En qué piensas?

—No pienso.

—¿Entonces qué es?

—Soy así...

Una vez pudo obtener una respuesta más amplia:

—Tengo algo, aquí, en el corazón... algo... vago... y en los ojos también... Me parece que nada de todo esto es real...

Hizo un gesto con la mano, para indicar todo lo que la rodeaba; los muebles, las paredes, todo. Ignat no dió importancia á sus palabras, pero le respondió riendo:

—¡Qué locura! Todo es de verdad... todos los objetos son caros y sólidos. Pero si tú lo deseases, los quemaría, los vendería, daría todo y compraría otros. Vamos á ver, ¿quieres?

—¡Para qué! respondió tranquilamente.

Ignat no comprendía como esta mujer tan joven, tan fresca, viviese así como entontecida, no deseando nada, no yendo á ninguna parte, salvo á la iglesia, y evitando á todo el mundo.

Y empezaba á consolarla.

—¡Espera un poco!... Tendrás un hijo y tu vida cambiará completamente. Es porque tienes muy pocos cuidados, por lo que estás tan aburrida; pero él te dará demasiados... ¿Verdad que tendrás un hijo?

—Como Dios quiera... decía ella bajando la cabeza.

Pero bien pronto su humor empezó á reflejarse en su semblante.

—¡Vamos! Molacaina, ¿por qué pones esa cara? Parece que andas sobre agujas... y cuando miras diríase que has cometido un crimen. Eres una sin gustos.

Un día Ignat venía medio borracho y se puso á acosarla con sus caricias. Como ella las rehusase, irritado, exclamó:

—¡Natalia, no seas imbécil, ten cuidado!

Ella se volvió hacia él y le preguntó con calma:

—¿Y qué sucedería?

A estas palabras y ante la mirada resuelta de su mujer Ignat se puso furioso.

—¡Cómo!—exclamó avanzando hacia ella.

—¿Es que te atreverías á pegarme quizás?—respondió ella, sin moverse de su sitio y sin bajar la vista.

Ignat, acostumbrado á que todo temblase ante su cólera, encontró humillante su calma.

—Espera... gritó levantando el brazo sobre ella.

Sin aceleración, pero con ligereza, esquivó el golpe, y después, cogiéndole por el brazo le rechazó y sin alzar la voz, le dijo:

—¡Si me tocas, no me reuniré jamás á tí! No lo soportaré.

Sus grandes ojos se achicaron y su brillo penetrante y agudo devolvió á Ignat su sangre fría. Comprendió en la expresión de su rostro que ella también era un animal vigoroso, y que, si tal era su voluntad, no retrocedería.

—¡Ful! ¡ful! ¡arisca! murmuró él.

Y partió.

Acababa de ceder, pero no quería que se repitiese; no podía concebir que una mujer, y sobre todo la suya, no se doblegase ante él: esto le había humillado. Se dió cuenta inmediatamente de que su mujer no cedería ya en nada y que entre ellos se iba á entablar una lucha testaruda por la supremacía.

«¡Está bien! Vamos á ver quién será el más fuerte», se decía al día siguiente, echando una ojeada á su mujer con una curiosidad sombría; y en su alma se encendía ya un violento deseo de emprender la lucha para gozar más pronto del triunfo. Pero cuatro días después de esta escena, Natalia anunció á su marido que estaba encinta.

Ignat tembló de alegría, la apretó con fuerza entre sus brazos y le dijo con voz sorda:

—¡Bravo, Natalia... si fuese un hijo! Si es un hijo lo que das á luz, te cubriré de oro. ¿Qué digo? Seré tu esclavo. Lo juro ante Dios. Me arrastraré á tus pies y harás de mí lo pue te plaza.

—No está eso en nuestra mano, sino en la de Dios, dijo ella con voz persuasiva y dulcemente.

—¡Sí, Dios! exclamó Ignat con amargura.

Y bajó tristemente la cabeza.

A partir de este momento, cuidó á su mujer como á un niño.

—¿Por qué te sientas cerca de la ventana? Ten cuidado no vayas á coger una pulmonía, le decía él con mezcla de severidad y ternura. ¿Por qué corres por las escaleras? Puedes dar un mal paso... Come por dos, para que tenga bastante...

El embarazo puso á Natalia más inaccesible y más silenciosa que de costumbre. Parecía enteramente entregada á sí misma, como absorta por la palpitación de una nueva vida bajo su corazón. Pero la sonrisa de sus labios se hizo más significativa y en sus ojos brillaba á veces un resplandor nuevo, indeciso y tímido, tal como la primera claridad del alba.

Cuando llegó por fin el momento del parto, era la mañana de un día de otoño, al primer grito que escapó á su mujer Ignat palideció y quiso decir algo; pero hizo sólo un movimiento con la mano y salió de la alcoba, en la cual su mujer se retorció presa de los dolores. Bajó á una pequeña habitación en el piso inferior, que había servido de capilla á su madre. Allí pidió aguardiente y se sentó con aire sombrío ante la mesa y empezó á beber, prestando oído incesantemente al ruido que agitaba la casa y á las quejas que venían de arriba.

En un rincón del cuarto, débilmente iluminado por la luz parpadeante de una lamparilla, se distinguían las efigies de santos indiferentes y negros. Y arriba el ruido de pasos, que cruzaban el cuarto, el de muebles que se varían de su sitio, choque de vajillas, mientras que por las escaleras los criados corrían desenfundados... Todo se hacía de prisa, y el tiempo pasaba lentamente. El oído de Ignat percibía voces ahogadas.

—Parece que no saldrá del paso sin ayuda... Será necesario enviar á la iglesia y hacer abrir las puertas del tabernáculo.

En la habitación inmediata de aquella en que se encontraba Ignat, entró de repente Vasuchka, una mujer que él albergaba por caridad y se puso á rezar siseando, pero aun bastante alto:

—¡Dios grandel... tú que te dignaste bajar del cielo sobre la tierra y nacer de la santa Virgen...

Tú que conoces la miseria de nuestro sér... ten piedad de tu sierva...

Y de repente, por encima de los demás ruidos, oyóse un gemido que no tenía nada de humano y que llegaba al alma seguido de un grito prolongado, que atravesaba lentamente las habitaciones de la casa, perdiéndose en los rincones en los que las sombras crepusculares se esfumaban alegremente.

Ignat arrojaba desfallecidas miradas á las santas imágenes, suspiraba trabajosamente y pensaba:

«¿Es posible que sea otra niña, aun?»

A veces se levantaba, quedaba inmóvil en medio del cuarto y hacía silenciosamente el señal de la cruz, inclinándose extraordinariamente ante las imágenes; después volvía á sentarse cerca de la mesa y bebía aguardiente, que en estos momentos no le emborrachaba y sólo le hacía dormir. Pasó así toda la tarde, y toda la noche y también la mañana del siguiente hasta el medio día. Por último vino á verle la portera y con voz chillona y alegre le gritó desde lejos:

—Te felicito, Ignat Matveitch. Es un niño.

—Mientes, dijo él sordamente.

—¿Y qué tienes tú, padre?

Aspirando entonces el aire con toda la fuerza de sus pulmones, Ignat cayó de rodillas pesadamente y con voz temblorosa, balbuceó, las manos apretadas contra el pecho:

—¡Dios sea alabado! No has querido que mi raza se extinguiese. Mis pecados no quedarán sin sufrimiento ante ti... ¡Gracias, Dios mío!

Y levantándose acto seguido, se puso á dar órdenes en alta voz:

—¡Andando! que vayan inmediatamente á San Nicolás á buscar al sacerdote. Decid que es Ignat Matveitch quien envía por él. «Venid, se le dirá, á hacer la plegaria por la parida».

En este momento apareció el ama de gobierno con aire inquieto.

—Ignat Matevitch, dijo, la señora le llama á usted, se siente mal...

—¿Cómo mal? ¡Eso se pasará! murmuró alegremente, los ojos encendidos. Decidle que voy en seguida. Decidle que es una gran mujer. Decidle: «Va á venir en seguida, va en busca del regalo y vuelve.» Espera. Preparad de comer para el pope... Id en busca de Maiakín.

Su gran talla parecía aún haber crecido; ebrio de alegría iba de un lado á otro del cuarto como loco; sonreía, se frotaba las manos y echando miradas cariñosas á los santos, hacía mil veces la señal de la cruz con movimientos desmesurados... Por último pensó ir en busca de su mujer.

Allí, lo que primero atrajo sus miradas fué un bultito rojo que la partera lavaba.

Percibiéndole, Ignat púsose de puntillas y con las manos atrás se aproximó, andando con la mayor precaución, los labios contraídos en una mueca tierna y ridícula. El pequeño gemía y manoteaba en el agua, desnudo, endeble, interesante y digno de lástima.

—¡Eh! tú... no le aprietes tan fuerte. Ya sabes que todavía no tiene huesos, dijo Ignat en tono bajo á la partera.

Esta se echó á reír, abriendo una boca desdentada y haciendo pasar diestramente al pequeñuelo de una mano á otra.

—Vete más bien al lado de tu mujer...

Se volvió dócilmente hacia la cama y preguntó:

—¿Y bien, Natalia?

Después aproximándose, echó á un lado los cortinajes, que hacían sombra.

—No sobreviviré... gimió una voz enronquecida.

Ignat se callaba, mirando fijamente el rostro de su mujer, enterrado entre la blancura de las almo-

hadas, en las cuales, parecidas á serpientes muertas, se deslizaban los mechones de sus cabellos.

Amarillo, lívido con manchas negras alrededor de los ojos, inmensamente abiertos, aquel semblante estaba desconocido.

Un presentimiento fatal le sobrecogió y paró los alegres latidos de su corazón.

—Eso no es nada; es siempre así, dijo dulcemente, inclinándose para besar á su mujer.

Pero ésta continuaba su gemido:

—No sobreviviré...

Sus labios estaban cenicientos, fríos y, cuando él aproximó los suyos, comprendió que la muerte se apoderaba de ella.

—¡Gran Dios! murmuró aterrado, sintiendo que el espanto le apretaba la garganta y le impedía respirar. ¡Natalia!... ¡Eh! ¿qué va á ser de él?... ¡Pero le hace falta el pecho! ¿Qué haces?

Faltó poco para revolverse contra ella. Alrededor de él iba y venía la partera: agitaba en el aire al niño que lloraba y le hablaba con voz acariciadora; pero Ignat no oía nada y no podía apartar sus ojos de la faz espantosa de su mujer. Sus labios tartamudeaban palabras débiles y lentas, cuyo sentido era imposible percibir. Sentado en el borde de la cama, decía con voz sorda y tímida:

—Piensa que no puede pasarse sin tí. Es un niño. Debes animarte, dejar esos pensamientos... no pienses más...

Hablaba, aunque comprendía que sus palabras eran inútiles. Las lágrimas se apoderaron de él y sintió en su pecho algo pesado como una piedra y frío como un témpano.

—Perdóname... adiós... cuidale... ten cuidado... no bebas... murmuraba Natalia en un suspiro.

El sacerdote vino y cubriéndole el rostro con un velo bendito, empezó á recitar suspirando las palabras dulces y suplicantes:

—«Señor Todopoderoso, tú que curas todos los males, á esta pobre mujer que acaba de parir, á tu sierva Natalia, envía la cura y levántala del lecho de dolor, en que reposa. Según la frase de David: *Concebidos en el pecado, somos todos impuros ante tí.*»

Calló la voz del anciano. Su flaco semblante era severo y sus hábitos oían á incienso.

—«Preserva al niño, nacido de ella, de todo infierno, de toda desgracia, de toda tempestad... de espíritus malignos, día y noche...»

Ignat escuchaba la plegaria y lloraba sin ruido: sus gruesas y ardientes lágrimas caían en el brazo desnudo de su mujer. Pero probablemente este brazo ya no sentía nada, pues la epidermis ya no experimentaba el más ligero temblor.

Concluida la plegaria, Natalia perdió el conocimiento y el segundo día murió sin decir nada á nadie; murió con el mismo silencio en que viviera.

Después de haber hecho grandes funerales á su mujer, Ignat bautizó á su hijo y le nombró Tomás. Con el corazón afectado se resignó á darlo á la familia de su padrino Maiakín, cuya mujer acababa igualmente de dar á luz. En la barba oscura y espesa de Ignat, la muerte de su mujer sembró varios hilos blancos y en la mirada sombría de sus ojos apareció una nueva expresión, tierna, límpida y acariciadora.

II

Maiakín habitaba un caserón de dos pisos, con un gran jardín, donde viejos y robustos tilos extendían orgullosamente su ramaje. Espesas ramas cubrían con su encaje compacto y sombrío las ventanas de la casa y el sol no atravesaba sino muy difícilmente por este cortinaje, con sus rayos oblicuos y vacilantes. En las habitaciones, pequeñas, llenas

de toda clase de muebles, reinaba siempre una obscuridad triste y severa.

La familia era muy piadosa: un olor de incienso, de cera y de aceite de las lamparillas llenaba toda la casa. Suspiros de penitentes, rumores de plegarias flotaban en el ambiente. Los ritos se cumplían con una puntualidad rigurosa, con delicia; en ellos se encontraba la fuerza de alma de la casa. En esta atmósfera oscura y sofocante se movían sin ruido bultos de mujeres vestidas de negro, calzadas con fieltro, teniendo siempre en la cara una expresión contristada. La familia de Jacob Tarasovitch Maikain se componía de él, de su mujer, de su hija y de cinco parientas, de las que la menor tendría treinta y cuatro años. Todas eran igualmente piadosas, sin voluntad y sumisas á Antonia Ivanovna, la dueña de la casa, una mujer alta, deigada, de rostro sombrío y ojos grises, severos, donde brillaba una mirada imperiosa é inteligente.

Maiakín tenía también un hijo, Taras; pero su nombre no era nunca pronunciado en la familia. Los íntimos sabían que á la edad de diecinueve años Taras había ido á Moscou á hacer sus estudios, que contra el gusto de su padre se había casado tres años más tarde y que Jacob lo había repudiado. Después Taras desapareció por completo; se decía que había sido enviado á Siberia por un delito cualquiera.

Jacob Maiakín ofrecía un aspecto poco común. Era pequeño, delgado, muy vivo, de barba corta, de un rojo fuego, recortada en punta y ojillos verdosos, que parecían decir: «No os inquietéis; aunque os comprendo perfectamente y me dejáis en paz, consiento en no delataros». Su cabeza, desmesuradamente grande, tenía una forma cónica. Su frente surcada de arrugas en todos sentidos se confundía con su cráneo calvo, y hubiérase dicho que este hombre poseía dos caras: la primera que todo el

—«Señor Todopoderoso, tú que curas todos los males, á esta pobre mujer que acaba de parir, á tu sierva Natalia, envía la cura y levántala del lecho de dolor, en que reposa. Según la frase de David: *Concebidos en el pecado, somos todos impuros ante tí.*»

Calló la voz del anciano. Su flaco semblante era severo y sus hábitos oían á incienso.

—«Preserva al niño, nacido de ella, de todo infierno, de toda desgracia, de toda tempestad... de espíritus malignos, día y noche...»

Ignat escuchaba la plegaria y lloraba sin ruido: sus gruesas y ardientes lágrimas caían en el brazo desnudo de su mujer. Pero probablemente este brazo ya no sentía nada, pues la epidermis ya no experimentaba el más ligero temblor.

Concluida la plegaria, Natalia perdió el conocimiento y el segundo día murió sin decir nada á nadie; murió con el mismo silencio en que viviera.

Después de haber hecho grandes funerales á su mujer, Ignat bautizó á su hijo y le nombró Tomás. Con el corazón afectado se resignó á darlo á la familia de su padrino Maiakín, cuya mujer acababa igualmente de dar á luz. En la barba oscura y espesa de Ignat, la muerte de su mujer sembró varios hilos blancos y en la mirada sombría de sus ojos apareció una nueva expresión, tierna, límpida y acariciadora.

II

Maiakín habitaba un caserón de dos pisos, con un gran jardín, donde viejos y robustos tilos extendían orgullosamente su ramaje. Espesas ramas cubrían con su encaje compacto y sombrío las ventanas de la casa y el sol no atravesaba sino muy difícilmente por este cortinaje, con sus rayos oblicuos y vacilantes. En las habitaciones, pequeñas, llenas

de toda clase de muebles, reinaba siempre una obscuridad triste y severa.

La familia era muy piadosa: un olor de incienso, de cera y de aceite de las lamparillas llenaba toda la casa. Suspiros de penitentes, rumores de plegarias flotaban en el ambiente. Los ritos se cumplían con una puntualidad rigurosa, con delicia; en ellos se encontraba la fuerza de alma de la casa. En esta atmósfera oscura y sofocante se movían sin ruido bultos de mujeres vestidas de negro, calzadas con fieltro, teniendo siempre en la cara una expresión contristada. La familia de Jacob Tarasovitch Maikain se componía de él, de su mujer, de su hija y de cinco parientas, de las que la menor tendría treinta y cuatro años. Todas eran igualmente piadosas, sin voluntad y sumisas á Antonia Ivanovna, la dueña de la casa, una mujer alta, deigada, de rostro sombrío y ojos grises, severos, donde brillaba una mirada imperiosa é inteligente.

Maiakín tenía también un hijo, Taras; pero su nombre no era nunca pronunciado en la familia. Los íntimos sabían que á la edad de diecinueve años Taras había ido á Moscou á hacer sus estudios, que contra el gusto de su padre se había casado tres años más tarde y que Jacob lo había repudiado. Después Taras desapareció por completo; se decía que había sido enviado á Siberia por un delito cualquiera.

Jacob Maiakín ofrecía un aspecto poco común. Era pequeño, delgado, muy vivo, de barba corta, de un rojo fuego, recortada en punta y ojillos verdosos, que parecían decir: «No os inquietéis; aunque os comprendo perfectamente y me dejáis en paz, consiento en no delataros». Su cabeza, desmesuradamente grande, tenía una forma cónica. Su frente surcada de arrugas en todos sentidos se confundía con su cráneo calvo, y hubiérase dicho que este hombre poseía dos caras: la primera que todo el

mundo podía ver, era sagaz y llena de inteligencia, con un enorme cartilago sirviéndole de nariz; la otra misteriosa, sin ojos y sin boca, compuesta únicamente de arrugas detrás de las que Maiakín parecía ocultar otra boca y otros ojos. Los ocultaba de pronto, pero se presentía que esta boca y estos ojos en un momento dado aparecían y le daría una faz enteramente nueva.

Maiakín tenía una fábrica de cuerdas y una tienda en la ciudad, próxima al puerto. En esta tienda, llena hasta el techo de cuerdas y cables, cáñamo y estopa, tenía una trastienda con una puerta de cristales que giraba. El mueblaje de la trastienda se componía de una grande y fea mesa, de un inmenso sillón de cuero, en el que Maiakín pasaba días enteros, bebía el té y leía siempre el mismo periódico: *Las Novedades de Moscou*, al que siempre estaba abonado. Gozaba entre los comerciantes de una gran consideración y pasaba por hombre de buena cabeza. Se complacía en hacer conocer la antigüedad de su familia, diciendo con voz velada: «Nosotros, los Maiakín, éramos comerciantes en tiempos de nuestra madre, la gran Catalina... ¡así es que yo soy un hombre de sangre pura!...»

En esta familia es donde el hijo de Ignat Gordeff vivió hasta la edad de seis años. En su año séptimo Tomás tenía una cabeza muy grande y un pecho muy robusto: parecía de más edad, tanto por su talla como por la expresión de sus ojos, que eran muy grandes. Dulce, silencioso y obstinado en sus voluntades infantiles, se entretenía todo el día con los juguetes de la hija de Maiakín, Lubov, bajo la muda vigilancia de unas de sus parientas, una vieja solterona gruesa y torpe que se llamaba sin ningún motivo Busia. Esta mujer parecía un ser silencioso y parecía siempre estar asustada; con los mismos niños hablaba á media voz y por monosí-

labos; conocía gran cantidad de oraciones, pero no contaba á Tomás ningún cuento de hadas.

Tomás vivía en buena inteligencia con la chiquilla; pero cuando se enfadaba con ella ó le contradecía, él palidecía, sus ventanas nasales se hinchaban, sus ojos se abrían desmesuradamente y le pegaba con furor. Ella lloraba y se lo contaba á su madre; pero Antonia quería á Tomás y prestaba poca atención á las quejas de su hija, lo que fortificaba la amistad de los dos chicos.

Los días para Tomás eran largos y monótonos. Después de levantarse y de lavarse, se postraba ante los iconos. Busia pronunciaba, gesticulando, interminables oraciones, que el niño repetía como mejor podía. Después venía la hora del té, y con el té se servían muchos bollitos y pasteles. Durante la estación florida, los niños bajaban á un jardín espacioso y ameno, que terminaba en un estanque siempre obscuro. Tenía algo de lúgubre y de él venía un aire frío y húmedo. Como se prohibía á los muchachos aproximarse á este sitio, habían concebido de él un gran terror. En invierno, entre el té y el almuerzo, los niños jugaban en la casa, cuando helaba fuera, ó bien iban al patio y allí se divertían en patinar.

Al medio día se comía á la rusa, como decía Maiakín. Se ponía primeramente en la mesa una gran sopera, llena de sopa de coles, con mucha substancia, donde flotaban pedazos de pan de centeno. Se servía después la misma sopa con la carne, cortada en pedacitos. En seguida venía el asado, lechoncillo, ternera, ó bien cerdo ya hecho, ó carne partida en pedacitos y bien tostada. Se continuaba con sopa de hígado de volatería ó fideos y la comida se terminaba por algún entremés ó algún pastel. Se bebía kwass. Antonia Ivanovna poseía varias clases de fabricación. Todos comían en silencio exhalando de cuando en cuando suspiros de fa-

tiga; los dos niños comían en una vasija, los mayores en otra. Se dejaba la mesa atontado de tanta comida: todos iban á acostarse y durante dos ó tres horas no se oía en la casa de Maiakín más que los ronquidos y la respiración trabajosa de los que duermen.

Al despertar, se tomaba té; después, de sobremesa, se hablaba de las noticias de la ciudad: de los que se casan, de la conducta de éste ó de aquél, de lo que habían dicho ó hecho el cura, los chantres ó tal amigo...

Después del té, Maiakín decía á su mujer: «Vamos, madre, dame la Biblia.» De ordinario Jacob Tarasovitch leía el libro de Job. En su gran nariz cabalgaban unos anteojos con cerco de plata, y echaba una ojeada circular á su auditorio, para ver si cada uno estaba en su sitio. Todos estaban sentados donde tenía costumbre de verlos y sus rostros expresaban ese sentimiento, que conocía tan bien, de una piedad ilimitada y temerosa.

«Hubo un hombre que habitaba el país de Hus...» empezaba Maiakín con voz chillona.

Y Tomás, que estaba sentado cerca de Liuba, en un rincón del cuarto, en el canapé, sabía ya en seguida que su padrino iba á callarse y pasarse la mano por la calva. Escuchaba y se formaba una idea del hombre del país de Hus. Este era grande y desnudo, sus ojos eran inmensos, como los de Cristo y las imágenes, y su voz resonaba como una trompeta, de las que usan los soldados en los campamentos. Este hombre se crecía y ascendía; cuando llegaba al cielo, introducía sus manos sombrías en las nubes y las desgarraba, gritando con voz terrible: *¿Por qué se ha dado la luz al hombre, estando cegado el camino y habiéndolo Dios rodeado de tinieblas?* El miedo empezaba á apoderarse de Tomás, y éste temblaba; el sueño le abandonaba completamente y oía la voz de su padrino, que decía con

sonrisa imperceptible y tirándose de la perilla:

—¡Ved, qué valiente!

Tomás sabía que estas palabras se dirigían al hombre de Hus y la sonrisa del padrino calmaba al niño.—¡No desgarrará el cielo y le hará trizas este hombre con sus terribles manos!... Y Tomás vuelve á ver al hombre—está sentado en tierra, su cuerpo está cubierto de lepra, su piel supura... Ahora es pequeño y digno de lástima; ya no es más que un mendigo como los que se ponen en los atrios de las iglesias. He aquí que dice: *¿Qué puede el hombre nacido de la mujer, para ser puro y justo?*

—¡Es á Dios á quien habla! explicaba sugestivamente Maiakín. «¿Cómo, dijo él, puede ser justo siendo carne?» ¿Eh? ¡A Dios esta pregunta!...

Y el lector miraba con aire triunfante é interrogativo á las mujeres que le escuchaban.

—Ha sido juzgado digno... el santo... responden ellas suspirando.

Jacob Maiakín toma un aire burlón y dice:

—¡Imbéciles!... Más vale que vayáis á acostar á los niños...

Ignat venía todos los días á esta casa. Traía juguetes á su hijo, le cogía y le estrechaba entre sus brazos; pero á veces le decía con inquietud y descontento mal disimulado:

—¿Qué tienes para estar tan cabizbajo?... ¡Uh! ¡uh! ¿Por qué ríes tan poco?

Y se quejaba á su antiguo amigo.

—¡Tengo miedo de que Tomás siga las huellas de su madre!... Sus ojos tampoco son alegres...

—Es demasiado pronto para que te atormentes así, decía sonriendo Maiakín.

El también quería á su ahijado, y un día que Ignat le anunció que iba á llevarse á Tomás, Maiakín se afligió sinceramente.

—Déjale, exclamó, mirale... El chico se ha acostumbrado á nosotros y llora...

—Ya se consolará... no es para tí para quien tengo un hijo. En vuestra casa el aire es pesado, es triste; en ella cualquiera se creería en una ermita de la secta de los antiguos creyentes. Es malsano para un niño, y yo tampoco me siento alegre sin él. Cuando regreso á mi casa... está vacía. Querría no ver nada. Empero, yo no puedo vivir en vuestra casa, á causa de él. No estoy para él... es él quien está para mí. Eso es. Además, tengo mi hermana ahora; Antheisa ha llegado: no faltará quien le cuide.

Y el pequeño fué llevado á la casa paterna. Allí fué recibido por una vieja rara, de larga nariz curva y una boca grande desdentada. Alta, encorvada, vestida con un traje gris, los cabellos grises cubiertos con una cofia de seda negra, no agradó al chiquillo á la primera vista y aun le asustó. Pero cuando la hubo examinado bien, distinguió en su rostro arrugado, unos ojos negros que le sonreían afectuosamente y se arrojó acto seguido de cabeza en sus rodillas, con confianza infantil.

—¡Pobre huérfano! decía ella, con voz velada, que resonaba para él como una dulce música.

Y le pasaba tiernamente la mano por el rostro.

—Miren como se hace una pelota mi niño querido.

Había algo de particularmente dulce y tierno en sus caricias, algo completamente nuevo para Tomás, que miraba los ojos de la vieja con atenta curiosidad. Esta anciana le introdujo en un mundo que le había sido desconocido hasta el día. Desde la primera noche, después de haberle acostado... se sentó al lado é inclinándose sobre el niño, le preguntó:

—¿Te cuento un cuento, querido Tomás?

Y desde ese día Tomás se dormía cada noche, arrullado por la voz armoniosa de la vieja, que le pintaba un mundo de hadas. Héroses que confundían

monstruos, princesitas rubias, pobres de espíritu, que resultaban ser las más sensatas, toda una falange de nuevos y maravillosos personajes pasaban ante la imaginación del muchacho y su alma se impregnaba con avidez en la sana belleza de las creaciones populares.

Los tesoros de memoria y fantasía de esta anciana eran inagotables y se le aparecía á menudo al principio del sueño, ya como cualquier hada del cuento, buena hada siempre, ya parecida á la bella Basilisa, la sabia. Abriendo sus grandes ojos, contentiendo la respiración, el pequeño miraba la obscuridad de la noche, que invadía el cuarto y temblaba al resplandor de la lamparilla, encendida ante las santas imágenes. Tomás poblaba la noche de cuadros maravillosos de la vida fantástica. Silenciosas y vivas sombras corrían á lo largo de las paredes y del techo: el muchacho tenía miedo y, sin embargo, le gustaba seguir la existencia de esas quimeras, que sabía destruir instantáneamente con un movimiento de sus pestañas.

Algo nuevo apareció en sus ojos, más infantil, más inocente y menos serio. La soledad y la obscuridad habíanle hecho concebir temerosas preocupaciones. Vivía en espera de algo misterioso y este sentimiento le agitaba y tenía á su curiosidad en acecho. Esta curiosidad le impulsaba á ir á los rincones más oscuros, ver lo que se ocultaba tras el velo espeso de las tinieblas. Iba, no encontraba nada, pero no perdía la fe ni la esperanza de encontrar.

Temía á su padre y le respetaba. La talla enorme de Ignat, su voz de trombón, su faz barbuda, el espeso bosque de su cabellera gris, sus manazas y el brillo de sus ojos, todo daba á Ignat un parecido con los malos de los cuentos de hadas. Tomás temblaba, cuando oía su voz ó sus pasos pesados y rítmicos, pero cuando su padre le cogía en sus ro-

dillas, le sonreía con aire acariciador, cuando su voz sonora le decía alguna ternura ó cuando le lanzaba en el aire para recibirle siempre en sus manazas, el miedo del muchacho desaparecía.

Un día—tenía ocho años—preguntó á su padre que venía de un largo viaje:

—¿Padre mío, de dónde vienes?

—He estado en el Volga...

—¿Has pirateado? le preguntó dulcemente Tomás.

—¿Cómo? exclamó con sorpresa Ignat.

Y sus cejas se arquearon.

—Tú eres un bandido, padre. Lo sé muy bien, decía Tomás guiñando los ojos maliciosamente, encantado de haber penetrado tan fácilmente la vida de su padre, para él tan misteriosa.

—Yo soy un comerciante, replicó severamente Ignat.

Pero, después de reflexionar, sonrió dulcemente y agregó:

—Y tú eres un tontuelo. Yo vendo trigo, trabajo con los barcos... ¿Has visto el *Ermak*? Pues bien, es mi barco y también el tuyo...

—Es demasiado grande... dijo Tomás suspirando.

—Entonces, voy á comprarte uno pequeño, para mientras seas pequeñito, ¿quieres?

—¡Muy bien! exclamó Tomás.

Y después de haber reflexionado un instante en silencio, continuó lentamente y como contrariado:

—Y yo que creía que tú también eras un malandrín ó un gigante.

—Soy un comerciante, te digo, repitió Ignat con tono persuasivo.

Y en la mirada que echó sobre el rostro desencantado de su hijo, se leía una expresión de descontento y casi de temor.

—¿Cómo el padre Teodoro, el que vende pasteles? preguntó Tomás después de un momento de reflexión.

—Eso es... sólo que más rico; yo tengo más dinero que Teodoro.

—¿Mucho dinero?

—¡Bah! más se puede tener.

—¿Cuántos toneles tienes?

—¿De qué?

—¡De dinero!

—¡Tontito! ¿se cuenta el dinero por toneles?

—¿Pues cómo? exclamó Tomás con viveza.

Y, mirando á su padre, se puso á contarle:

—En un pueblo, sucedió que el bandido Maximkraet quitó á un hombre muy rico doce toneles de dineo de toda especie de moneda... Después saqueó una iglesia, partió á un hombre en dos con su sable y lo arrojó desde el campanario, pero este hombre se puso á tocar á rebato...

—¿Es la tía la que te ha contado todo eso? le preguntó Ignat admirando la animación de su hijo.

—Ella ha sido, ¿por qué?

—Por nada, dijo riendo Ignat. He ahí por qué has tomado á tu padre por un bandido...

—¿No puede ser que lo hayas sido en otro tiempo? replicó Tomás, volviendo á su tema favorito.

Y se podía ver en su expresión que ardía en deseos de recibir una respuesta afirmativa.

—Nunca lo he sido... no pienses más en eso.

—¿No lo has sido?

—Te digo que no. Qué rareza... ¿Es bonito acaso ser un bandido? Los bandidos son grandes pecadores. No creen en Dios, saquean las iglesias, todo el mundo los maldice; mira, en las iglesias... Sí, pero no es eso todo, niño mío, es tiempo de trabajar. Pronto vas á tener nueve años... Vamos á empezar con la ayuda de Dios. En el invierno estudiarás y en la primavera te llevaré conmigo á hacer un viaje por el Volga.

—¿Iré al colegio? preguntó tímidamente Tomás.

—Empezarás por trabajar con la tía en casa.

Y poco después el niño se instalaba, desde por la mañana, ante la mesa de estudio, y el dedo sobre el alfabeto eslavo, repetía con su tía: «A. B. V.» Cuando llegó á las sílabas: «Bra, Vra, Cra, Dra,» el niño no podía reprimir la risa pronunciándolas. Tomás hacía todo esto sin dificultad, casi sin esfuerzo y pronto pudo leer de corrido.

—Eso, eso, niño mío, está muy bien, Tomasito, le decía con voz emocionada su tía, maravillada de ver sus progresos.

—¡Bravo, Tomás! decía seriamente Ignat cuando se le hablaba de los progresos de su hijo. Esta primavera vamos á Astrakán á buscar pescado y en otoño entrarás en el colegio.

La vida del muchacho proseguía así, regular y sin accidente. La tía, sirviéndole de profesor, era una compañera para él en las horas de juego. Liuba Maiakín venía de cuando en cuando. En su compañía la vieja se transformaba y volvía á la alegría de la infancia. Se jugaba infantilmente. Los niños se alborotaban gozosamente, cuando veían á Antheisa con los ojos vendados, los brazos extendidos, avanzar en el cuarto, con mil precauciones, dándose, á pesar de todo, con sillas y mesas. El mismo alboroto era cuando estaban en los rincones escondidos:

—¡Ah! los pillos... ¿dónde se habrán metido?

Y el sol alumbraba con sus rayos alegres y amigos este viejo cuerpo gastado que había sabido conservar un alma joven; sonreía á esta vieja vida, que embellecía á medida de sus fuerzas y sus medios el camino por donde se adelantaban dos juventudes...

Ignat iba muy de mañana á la Bolsa y no regresaba hasta la noche. Iba entonces al Ayuntamiento, hacía visitas ú otros encargos. Sucédiale que llegaba borracho.

Al principio, Tomás le huía, cuando le veía en este estado, y se ocultaba; después se habituó y concluyó por encontrar asimismo que su padre, borracho, era más bueno y más acariciador.

Cuando su padre venía así por la noche, el niño se despertaba siempre por el ruido de una viva discusión.

—Antheisa, hermana mía, ¡déjame besar á mi hijo, á mi heredero! ¡déjame besarle!

Y la tía trataba de calmarle, con su voz cargada de reproches y de lágrimas.

—¡Andal! ¡Andal! ¡Acuéstate, so bruto! ¿Está bien emborracharse así? Ya tienes canas...

—Antheisa, ¿no me es posible ver á mi hijo? ¿Aunque no sea más que con un ojo?

—Ojalá que tus borracheras te arrancasen los dos...

Tomás sabía bien que su tía no dejaría á su padre entrar en su habitación y se volvía á dormir al rumor de sus voces.

Pero cuando Ignat llegaba borracho durante el día, con sus manazas cogía á su hijo y con una risa nerviosa lo llevaba á través de todos los cuartos, preguntándole:

—Tomás, ¿qué deseas? Habla... ¿Bombones? ¿Juguetes? Es menester que sepas que no hay nada en el mundo que yo no te pueda comprar. Tengo un millón de rublos. ¡Ja, ja, ja! Y tendré mucho más. ¿Has comprendido? Todo es tuyo. ¡Ja, ja, ja!

Y, bruscamente, su alegría se apagaba como una bujía que una racha de viento sopla. Su rostro de borracho temblaba, sus ojos enrojecidos se llenaban de lágrimas y sus labios dibujaban una sonrisa temerosa y abatida.

—¡Antheisa!... si muriese... ¡qué sería de mí, entonces!

Y á este pensamiento, montaba en cólera.

—¡Todo ardería! gritaba con los ojos inyectados,

mirando hacia algún rincón obscuro de la habitación. ¡Todo lo destruiría! ¡Todo estallaría!

—¡Basta, gran animal! Vas á asustar al pobre chico; ¿tienes acaso ganas de que caiga enfermo? le decía Antheisa.

Y eso bastaba para que Ignat desapareciese, murmurando:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Me voy, me voy, me voy! No hace falta gritar; no le asustes...

Si por casualidad Tomás estaba malo, su padre dejaba todos los negocios y no se movía de la casa, cansando á su hermana y á su hijo con preguntas y consejos estúpidos. Sombrio, los ojos llenos de terror, la cabeza perdida, iba y venía por la casa, que llenaba de gemidos.

—¡Tú ofendes al buen Dios! decía Antheisa. Ten cuidado, tus murmuraciones llegarán al Señor y te castigará por tus quejas.

—¡Ah! hermana mía, suspiraba Ignat. Debes comprender que si le ocurriese algo, mi vida no me pertenecería. ¿Para qué habría vivido?

Tales escenas y los bruscos cambios de humor de su padre habían espantado al muchacho al principio; pero no tardó mucho en habituarse, y, cuando por la ventana veía á su padre salir trabajosamente del trineo, decía con indiferencia:

—Tía, ahí viene padre borracho otra vez.

La primavera llegó, é Ignat cumplió su promesa. Llevó al muchacho con él á bordo de uno de sus barcos y entonces empezó para Tomás una vida diferente, rica en sensaciones nuevas.

El *Ermak*, bello y de potencia, baja rápidamente el río; es el remolcador del traficante Gordeieff, y las dos riberas del Volga, imponente y soberbio, parecen avanzar lentamente á su encuentro.

La orilla izquierda, inundada de sol, se extiende en lontananza, parecida á una inmensa alfombra

verde; mientras que la de la derecha eleva hasta el cielo sus cumbres cubiertas de inmensas selvas, inmóviles en una calma austera.

Entre ellas serpentea majestuosamente el ancho río; arrastra en silencio solemne y sin prisa sus aguas inconsciente, con sus fuerzas irresistibles. Por un lado los bordes escarpados se reflejan en sombríos cuadros, mientras que brilla en el otro, como una maravillosa *toilette*, el oro de las playas de arena y el terciopelo de las verdes praderas.

Aquí y allá, en la montaña y en el valle, se ven casitas. Bajo los ardientes rayos del sol, los cristales de las casas y las techumbres de paja proyectan tonos vivísimos en la verdura de los árboles y las cruces de las iglesias relucen, mientras que giran perezosamente las grises alas de los molinos, y á lo lejos una chimenea de fábrica dibuja en el aire tranquilo espirales negras de humo espeso. Un grupo abigarrado de niños, vestidos con camisas blancas, rojas ó azules, siguen á lo largo de la orilla y acompañan la marcha del buque. Este turba la quietud del río con sus potentes ruedas, y las ondas alegres van hasta la orilla, muriendo á los pies de los chiquillos.

Otros chicos van sobre una frágil embarcación y se apresuran á fuerza de remos hacia el centro de la corriente, para ser arrastrados en el surco del remolcador. A veces se percibe en los sitios inundados las copas de los árboles sumergidos en el agua, parecidas á islotes. Una canción plañidera llega de lo lejos como un largo suspiro.

El barco deja atrás y enloda con el timón una porción de tablas, que navegan por el río. Los marineros, con camisas azules, titubean, miran al barco riendo y gritan algo incomprensible. El soberbio *Ermak* navega á lo largo del río; su carga que consiste en tablas de sierra, brilla como el oro al sol y

se refleja vagamente en las aguas turbadas por los deshielos primaverales.

Ahora es con un barco de pasajeros con el que se cruza. El barco silba y el eco estridente del silbido se pierde en la selva. En medio del río los dos remolinos se encuentran, se deshacen; después besan los costados de los barcos y éstos oscilan dulcemente. En las vertientes se ven ya los verdes tapices de las siembras de otoño, la tierra sin labrar y los surcos negros de las tierras dispuestos á recibir el trigo. En el aire, los pájaros se arremolinan como puntitos negros y se destacan, de un modo neto, del azul puro del cielo. Allá á lo lejos se percibe un rebaño minúsculo, parecido á un juguete, y la silueta del pastor, apoyado en su tranca y mirando al río.

Por todas partes el reflejo de las aguas, el espacio y la libertad, el aspecto encantador de las verdes praderas y la pureza de un cielo azul y acariciador. En los remolinos del agua se adivina una fuerza oculta. El sol lo alumbra todo con sus rayos generosos, el aire está saturado del olor penetrante de los pinares y las ramas jóvenes. Y las orillas siguen siempre delante del *Ermak*, descubriendo sin cesar cuadros nuevos, cuya belleza es una caricia para los ojos y para el alma. Todo aquí lleva un sello de quietud: toda la naturaleza y los hombres viven perezosamente, pero esta misma pereza tiene una gracia original y diríase que oculta una fuerza intensa, una fuerza invencible, pero inconsciente, que no se ha creado de deseos bien claros ni de fin definido. Y esta somnolencia de la vida arroja una sombra de tristeza en estos espacios grandiosos. Una paciencia resignada, la espera silenciosa de algún acontecimiento nuevo y vivificante se adivina en todo, así como en el grito del cuclillo que el viento traslada desde la ribera al centro del río. Las canciones tristes parecen implorar auxilio... y por mo-

mentos se siente allí vibrar la energía de la desesperación... A estas canciones, el río responde con profundos suspiros y las copas de los árboles se balancean melancólicamente.

Tomás se inmovilizaba días enteros sobre el puente, al lado de su padre. Sin hablar una palabra, los ojos desmesuradamente abiertos, miraba el panorama de las riberas y le parecía que iba por un ancho sendero de plata, en uno de esos maravillosos reinos que habitaban las hadas y los gigantes de sus fantásticos cuentos. A veces preguntaba á su padre sobre lo que había visto. Ignat le respondía con gusto y muy detalladamente, pero sus respuestas no satisfacían al niño: no encontraba nada de interesante, ni que fuese de su gusto; sobre todo no encontraba en ello lo que buscaba.

Un día dijo suspirando:

—La tía Anthelsa sabe más que tú.

—¿Qué es lo que sabe más? preguntó Ignat.

—¡Todo!... le replicó el muchachito con tono convencido.

Los países encantados no se presentaban. En cambio se veían á menudo, á lo largo del río, poblaciones parecidas á la que habitaba Tomás. Unas eran más grandes, otras más pequeñas, pero los hombres, las casas, las iglesias, todo era parecido á lo que él había visto en su pueblo natal. Tomás las visitaba en compañía de su padre y quedaba descontento; regresaba al barco fatigado y abatido.

—¡Mañana llegaremos á Astrakán! dijo un día Ignat.

—¿Se parece á las otras poblaciones?

—¿Claro... y cómo habría de ser?

—¿Y qué hay, luego?

—El mar... eso se llama el mar Caspio.

—¿Y qué hay dentro?

—¡Peces, preguntón! ¿qué otra cosa puede haber en el agua?

—¡La ciudad de Kitej, tú lo sabes bien, está construida debajo del agua!

—¡Eso... es otra cosa!... Es Kitej. No está habitada más que por justos...

—Y en la mar, di, ¿no hay ciudades habitadas por los justos?

—No las hay, dijo Ignat.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—El agua del mar es salada: no se puede beber...

—Y debajo del mar, ¿hay tierra?

—Ya lo creo; el mar tiene sus orillas. Es como una cubeta...

—¿Y ciudades...?

—Ya lo creo, ciudades... ¿qué crees? Sólo que ya no es nuestra tierra, es la tierra persa... ¡Tú has visto ya persas en la feria! Ya te acordarás de aquella mujer que gritaba: «¡Piñones, bombones!...»

—Sí, he visto... respondió Tomás.

Y se puso pensativo.

Otro día, preguntó á su padre:

—¿Existe aún mucha tierra?

—¡Oh! ¡mucha! Si se fuese á pie, no se daría la vuelta en diez años.

Y largo tiempo Ignat habló á su hijo de las dimensiones de la tierra. Por último, dijo:

—A pesar de todo, aun no se conoce toda, ni siquiera donde concluye...

—¿Y toda es parecida?

—¿Qué quieres decir?

—Las ciudades y todo, en fin...

—¡Ya lo creo! Las ciudades son siempre ciudades; hay casas, calles... todo lo que es necesario.

Después de varias conversaciones de este género, el muchacho cesó de mirar á lo lejos con esa mirada tan fija y tan escrutadora de sus ojos negros.

Era muy querido á bordo y él quería á todas estas gentes, tostadas por el sol y el viento, que jugaban tan alegremente con él. Le confeccionaban toda

clase de instrumentos de pesca, hacían barcos con cortezas de árboles, se divertían con él, le paseaban en una barca durante las escalas, cuando Ignat iba á las ciudades para sus negocios. El pequeño oía á menudo recriminar á su padre, pero no se fijaba y nunca le decía nada de lo que oía. Pero una vez en Astrakán, mientras se cargaba madera para quemar, Tomás oyó la voz de Petrovitch, el maquinista.

—¿Ha dado la orden de cargar toda esta madera? ¡Diablo de hombre! ¡Insensato! Carga su barco hasta el puente y en seguida grita que se estropea la máquina... que se echa mucho aceite...

La voz del viejo timonero, cascada, respondió:

—Todo proviene de su extrema avaricia: la leña es más barata aquí, ¡por eso se apresura!... Es avariento, ¡Satanás!

—Oh sí, que...

Esta palabra, repetida varias veces, se grabó en la memoria del muchacho, y por la noche, cenando, preguntó á quemarropa á su padre:

—¿Padre?

—¿Qué?

—¿Tú eres avaro?

Interrogado por su padre, le repitió la conversación entre el timonero y el maquinista.

El rostro de Ignat se oscureció y sus ojos lanzaron destellos.

—¡Ah! Es así... pronunció sacudiendo la cabeza. Y bien, sabes, no los escuches. Tú eres su amo, ellos son tus servidores, recuerda eso. No son una sociedad para tí. Sepárate de ellos. Si nos da gana á los dos, podemos echar á todos, hasta el último, en la primera ribera que se presente... ¡No valen gran cosa! y se encuentran por todas partes como si fuesen perros. ¿Has comprendido? Pueden decir mucho mal de mí... Lo hacen porque soy su amo soberano. Ahí está el negocio; tengo suerte y soy rico

y el rico tiene siempre enemigos: el que es dichoso es el enemigo de todo el mundo...

Dos días después, se vió á bordo un nuevo maquinista y un nuevo timonel.

—¿Dónde está Jacob? preguntó el chico.

—¡Lo he echado!

—¡Ah! ¿por aquéllo? adivinó Tomás.

—Justamente.

—¿Y á Petrovitch también?

—También.

Tomás admiróse, viendo que tan pronto se pudie- se renovar el personal del barco.

Sonrió á su padre y bajando al puente se aproximó á un marinero, ocupado, sentado en el suelo, en destorcer un cabo de amarra.

—El timonel es nuevo, dijo Tomás.

—Lo sabemos.. Buenos días, Tomás Ignatich. ¿Has dormido bien?

—El maquinista es nuevo también...

—¡El maquinista también!... ¿Echas de menos á Petrovitch?

—No...

—¡Vamos! Era tan bueno para ti...

—¿Y por qué decía mal de papá?

—¡Ah! ¿Decía algo?

—Ya lo creo; yo mismo lo oí.

—¡Bah! ¿tu padre lo habrá oído también?

—No, he sido yo quien se lo he dicho,

—¡Ful!... eso es, murmuró el marinero.

Y se calló volviendo á su trabajo.

—Y papá me ha dicho: Tú eres el amo aquí; puedes echarlos á todos, si quieres».

—¡Eso es!... ¡Valiente negocio! dijo el marinero, mirando con el rabo del ojo al muchacho, que se animaba hablando de su autoridad.

Desde este día Tomás pudo observar que los hombres que componían la tripulación le trataban bien diferentemente. Los unos eran más amables y aun

obsequiosos y los otros no le dirigian ya la palabra y, cuando le hablaban, era brusca y desagradablemente.

A Tomás le agradaba ver lavar el puente: con los pantalones subidos hasta las rodillas y á veces quitados, los marineros corrían, diestramente armados de cepillos y de escobas, echando cubos de agua, salpicándose los unos á los otros, riendo, gritando, cayendo; el agua se deslizaba por todas partes y el tumulto alegre de hombres se mezclaba á este rumor.

Su presencia no incomodaba á los marineros en este trabajo fácil y divertido, y él mismo tomaba una parte activa, inundándoles de agua y echando á correr ante las amenazas de echarle á él. Desde la despedida de Jacob y Petrovitch comprendió que incomodaba á todos; nadie quería jugar con él y cuando le veían venir era sin gusto.

Admirado y entristecido, dejó el puente y subió á la pasarela. Se sentó y se puso á mirar el azul del horizonte y la línea oscura de la selva que se destacaba al final. Abajo, en el puente, continuaban echando agua y riendo...

Tenía un vivo deseo de mezclarse entre ellos, pero un sentimiento confuso le detenía. Se acordaba de las palabras de su padre: «Evítalos, tú eres su amo».

Entonces vino el deseo de gritarles algo violento, como amo, como hacía su padre en fin. Reflexionó mucho tiempo lo que podría decirles, pero no encontró nada...

Dos ó tres días pasaron aún y concluyó por comprender que la tripulación no le quería.

A partir de este momento, empezó á aburrirse en el barco y la imagen de la buena y tierna Antheisa, con sus cuentos y su risa sonora y franca, que le llegaba al alma, se destacó de la bruma de sus nuevas impresiones. Vivía aún en el mundo de las

hadas, pero la mano terrible y celosa del Destino, rasgaba ya la tela fina á través de la cual el niño veía todo lo que le rodeaba....

El asunto del maquinista atrajo su atención sobre lo que le rodeaba. Sus ojos fueron más penetrantes, su conciencia se despertó y en las preguntas que hacía á su padre se adivinaba el deseo de saber qué son los hilos y los resortes que hacen moverse á los hombres.

Un día fué testigo de la escena siguiente: varios marineros cargaban leña; uno de ellos, llamado Efim, muchacho alegre y fuerte, atravesando el puente, dijo con voz alta é irritada:

—¡Esto es vergonzoso! Yo no me he contratado para cargar leña. Soy un marinero, está claro... ¿pero llevar leña? No, gracias. Eso se llama arrebatarme el pellejo que no he vendido. ¡No es honrado! ¡No hay quien le iguale en querer chupar la sangre á los pobres!

El niño escuchaba estas palabras y sabía que se hablaba de su padre; pero veía también que Efim, blasfemando y todo, llevaba una carga más pesada que la de los demás y que hacía más viajes. Nadie respondía á sus murmuraciones y á sus compañeros de trabajo se callaban, protestando sólo del celo con el que Efim cargaba su leña.

—¡Ya basta! masculló. No soy un mulo.

—¡Cállate, estás atado, no debes hablar! Y aun cuando te hagan una sangría suelta, debes callarte... ¿qué respondes?

Ignat apareció bruscamente ante ellos y les dijo con rudeza:

—¿De qué habláis?

—Digo lo que sé, respondió Efim con voz vacilante. No estaba prohibido hablar...

—¿Y de qué hablas tú, pues, que se os chupaba la sangre? preguntó Ignat al mismo tiempo que se acariciaba la barba.

El marinero comprendió que estaba cogido. Y viendo que no había medio de escapar, arrojó al suelo la leña que sostenía, limpió sus manos en el pantalón y miró á Ignat en los ojos fijamente.

—¿No es verdad? ¿No chupas nuestra sangre?

—¡Yol

—¡Sí, tú!

Tomás vió á su padre levantar la mano... Después se oyó un rumor sordo y el marinero rodó pesadamente sobre los haces de leña. Se levantó en seguida y volvió silenciosamente á su trabajo. Gotas de sangre caían de su rostro cadavérico sobre la corteza de los abedules. Limpió la sangre con el revés de su manga, la miró y suspiró sin decir una palabra. Cuando pasó ante Tomás, dos gruesas lágrimas se contenían con trabajo en el borde de sus ojos y el niño las vió...

Comiendo, Tomás estaba preocupado y dirigía á su padre miradas temerosas.

—¿Por qué tienes esa cara? le preguntó Ignat amigablemente.

—Por nada...

—¿Estás malo?

—No.

—¡Bueno!... Ya sabes que si no estás bien es necesario decirlo.

—Eres muy fuerte... pronunció el niño.

—¿Yo? sí... bastante. El buen Dios me ha provisto.

—¿Qué golpe le has dado! exclamó el pequeño, bajando la cabeza.

Ignat llevaba comida á la boca; se paró, sorprendido por la exclamación de su hijo, miró atentamente su cabecita inclinada y le preguntó:

—¿Hablas de Efim?

—Sí... hasta hacerle sangre; ha llorado después... continuó el chiquillo en voz baja.

—¡Bah! murmuró Ignat, volviendo á comer, ¿lo sientes?

—¡Me da mucha pena! dijo Tomás con lágrimas en la voz.

—¡Ah! ¿le da á usted por ahí? le dijo Ignat.

Y después de un momento de silencio, se sirvió un vaso de aguardiente y añadió severamente:

—No merece que te cause lástima. Gritaba por nada y no ha llevado lo que merecía... Ya le conozco: es un bravo muchacho, trabajador, vigoroso y no tonto. Pero no hay réplicas que hacer, yo soy el amo y yo solo puedo hablar. No es tan sencillo ser patrón... Y además, no se morirá; con eso será más inteligente... ¡Eal... Tú no eres más que un niño y no comprendes nada... pero es tiempo de que yo te enseñe á vivir... Yo no viviré mucho...

Ignat se calló, bebió aún un vasito y continuó con tono de dulce persuasión:

—Se debe tener lástima y tú haces bien... Sólo que mira, es bueno tener lástima, pero con discernimiento... Estudia bien á tu hombre, ve su utilidad. Y si percibes que es fuerte, capaz, ayúdale, sé bueno para él. Pero al que sea endeble, incapaz de trabajar, vuélvele la espalda y sigue tu camino. Retén esto para el porvenir: aquel que se queja de todo, gime, llora, no merece ni aun tu lástima, porque no vale nada y no le harás un servicio intercediendo por él... Esas gentes son aun más holgazanes cuando se les hace ver compasión... En casa de tu padrino es donde tú has visto toda esta clase de personas, caminantes, parásitos, desdichados de todas clases... todo eso es la escoria... Olvídalos, esos no son hombres... son conchas vacías, que no sirven para nada. Es una variedad de piojos, chinches, sarna... Y esas gentes no viven en el temor de Dios, no tienen Dios. Blasfeman cuando invocan el nombre de Dios; no lo hacen más que para enternecer á los imbéciles y para que esta compasión les sirva para llenar el estómago. Además, no viven más que para su barriga. No saben

hacer nada que no sea beber, comer, dormir y gemir... haciéndonos inclinar á la molicie y entorpeciendo nuestro camino. Un hombre entre ellos es una manzana sana entre manzanas podridas: puede echarse á perder sin ninguna utilidad. Pero tú eres demasiado joven... no puedes comprender mis palabras... Ven en ayuda del que lucha y resiste. Puede ocurrir que no pida auxilio: pero á tí te toca adivinarlo y prestárselo espontáneamente. Si es activo y tu ayuda le ofendiese, arréglate de modo que no lo perciba. Así es como se debe obrar. Pongamos un ejemplo: supón que dos tablas han caído en el barro: una está podrida, la otra está sana y sólida. ¿Qué harías? Ninguna necesidad de la podrida, déjala en el lodo, aun puede servir para no ensuciarse los pies. Pero coge la sólida, ponla al sol y si no te sirve á tí, le servirá á otro. ¡Así es, hijo mio! Trata de comprender bien lo que te digo. ¡Sí! .. tú no tienes que compadecer á Efim... es un buen muchacho, serio; conoce que vale... y esto no se le quitará fácilmente. Voy á observarle una semana y le ascenderé á timonero. Y cuando sea capitán, no le vendrá grande y haré de él un buen capitán. Así es como se hace un hombre. Yo he pasado por ahí, sabes, amigo mio. Y me había mamado más de una bofetada á mi edad... La vida, niño mio, no es una madre tierna y dulce... es nuestra ama común y exige que le rindamos cuentas exactísimas.

Durante dos horas, Ignat habló así con su hijo. Le habló de su juventud, de sus trabajos, de los hombres y de su formidable fuerza, así como también de sus debilidades. Le decía los recursos que tenían algunos de fingirse débiles para vivir de los otros y después volvió á hablar de sí mismo, contando como de simple grumete había llegado á ser patrón y dueño de una gran empresa.

El niño le escuchaba, le miraba y á medida que su padre hablaba, se sentía más próximo á él. No

encontraba en los relatos de su padre nada de lo que le encantaba en los cuentos de su tía Antheisa, pero en cambio descubría algo nuevo, más claro, más fácil de comprender y no menos interesante... En su pequeño corazón se despertó un sentimiento fuerte y vivo que le atraía á su padre. Ignat, en los ojos de su hijo, vió desenvolverse este sentimiento nuevo. Dejó bruscamente su asiento, le cogió en sus brazos y le estrechó con fuerza contra su pecho. Tomás rodeó el cuello de su padre con sus bracitos y juntando su mejilla contra la suya quedó silencioso y oprimido.

—¡Niño mío, decía Ignat con voz sorda, querido... mi alegría... aprende, mientras que yo viva en el mundo! ¡Ah! ¡la vida no es fácil!

El corazón del chiquillo vibró, apretó los dientes y lágrimas ardientes se escaparon de sus ojos.

Hasta este día Ignat no había despertado en él ningún sentimiento especial. El niño se había habituado á su padre, se había familiarizado con su estatura gigantesca y le temía un poco, pero también sabía que veía realizados hasta sus más minuciosos deseos. Llegaba Ignat á ausentarse un día ó dos, una semana, á veces un verano. Tomás parecía ignorar su ausencia, teniendo todas sus afecciones para su tía... Cuando Ignat regresaba, el niño se alegraba; pero hubiese sido difícil saber por qué. ¿Era por la vuelta de su padre é por los juguetes que éste le traía?... Ultimamente, Tomás corría á abrazarle, le cogía la mano, reía, charlaba con él y se aburría cuando pasaban varias horas sin verle. Su padre le interesaba, y al mismo tiempo que su curiosidad, aumentaba su cariño y su respeto por él. Todos los días, cuando se veían, Tomás le preguntaba:

—Padre, háblame de ti...

El *Ermak* remontaba ahora el Volga. En una no-

che pesada del mes de Julio, bajo un cielo cubierto de nubes sombrías y mientras una inmovilidad amenazadora reinaba en el río, se llegó á Kazán y se echó ancla detrás de toda una fila de barcos.

El rumor de las cadenas y los gritos del capitán despertaron á Tomás. Miró por la claraboya y percibió en la obscuridad lucecitas que parpadeaban. El agua era negra y espesa como aceite y no se veía otra cosa. Su corazón se oprimió y se puso á escuchar atentamente. Una canción monótona y lastimera, como un lamento, llegaba hasta él; á bordo de los navíos, los contramaestres hacían llamada, se oía el silbido del vapor que se escapaba de las calderas... y el agua negra del río acariciaba, triste y dulce, las quillas de los buques. Fijando sus ojos dilatados en la obscuridad, el niño concluyó por distinguir sin gran trabajo masas negras, encima de las que se veían vacilar pequeñas luces. Sabía bien que eran otros barcos, pero esta certidumbre no le bastaba. Su corazón latía hasta romperse y en su imaginación exaltada pasaban imágenes sombrías y terroríficas. De repente un grito prolongado: «¡Ho!... ¡Ho!...» retumbó á lo lejos y pareció terminar en un sollozo.

—¡Ho!... ¡Ho!...

El mismo grito resonó de nuevo, pero mucho más cerca.

—¡Efimka! llamaba alguno á media voz en el puente. ¡Efimka!

—¿Qué hay?

—Vamos, levántate, coge los garfios...

—¡Ho!... ¡Ho!... seguían los gemidos, muy cerca esta vez.

Y Tomás, temblando, se separó bruscamente de la claraboya.

El sonido extraño se aproximaba y aumentaba, sollozo lúgubre, que se movía en la obscuridad pro-

funda de la noche. En el puente se oían cuchicheos inquietos:

—Vamos, Efim, levántate, pues... es una visita que nos llega...

—¿Dónde, pues?... respondió una voz agonizante.

Después fué el ruido de pies desnudos que corrían por el puente, un tumulto inusitado y ante los ojos de Tomás se deslizaron de arriba á abajo dos pértigas que se hundieron en el agua viscosa...

—Una vi si ta, sollozaban muy cerca.

Y se elevó del agua como un rumor sordo, pero muy extraño.

El muchachito temblaba de espanto, en tanto que sus manos estaban pegadas á la claraboya y sus ojos miraban el agua.

—Enciende una linterna, no se ve nada...

—En seguida...

Y entonces se dibujó en el agua una mancha clara. Tomás vió moverse ésta dulcemente, y en las ondulaciones vacilantes de las ondas, parecía sufrir y agitarse de dolor.

—¡Mira, mira! cuchicheaban en el puente voces aterradas.

En este momento, en el círculo luminoso que la linterna proyectaba, apareció una figura humana, inmensa, espantosa, descubriendo una fila de dientes blanquísimos, y que flotaba y se balanceaba en el agua.

Sus dientes parecían fijos sobre Tomás y la cara parecía decirle en una sonrisa macabra:

—¡Eh! pequeño, hace frío... adiós...

Las pértigas se levantaron en el aire para caer en el agua y empujar con precaución algo vago.

—¡Condúcele!... ten mucho cuidado... échale, pues... que va á engancharse en la rueda.

—Empújale tú mismo...

Las pértigas se deslizaban á lo largo de la quilla y su roce se parecía al rechinar de dientes...

Tomás estaba fascinado y no podía apartar los ojos de lo que veía.

Pero el rumor de pasos sobre su cabeza fué alejándose poco á poco en dirección del timón y entonces oyó de nuevo resonar aquel grito lastimero, parecido á un canto de muerte:

—Un vi si ta dor, vi si ta dor...

—¡¡Papá!! gritó Tomás con voz estridente.

Su padre saltó de la cama y corrió hacia él:

—¿Qué es? ¿qué hacen ahí abajo? gritaba Tomás.

Ignat dió un gruñido de fiera y de dos brincos se lanzó fuera del camarote.

Tomás, titubeando y echando miradas asustadas alrededor de él, no había tenido tiempo de meterse en la cama de su padre, cuando ya regresaba éste.

—Te han asustado... ¡Bah! ¡no es nada! decía Ignat cogiéndole en los brazos. Ven á acostarte conmigo.

—¿Pero qué era eso? insistía Tomás.

—No es nada, hijo mío, nada absolutamente... Era un ahogado, un hombre que se ha ahogado y que baja con la corriente, eso es todo. Pero no temas nada, ya está bien lejos.

—¿Por qué lo echan? preguntó el chiquillo, estrechándose contra su padre y cerrando los ojos impresionados aún de la terrorífica visión.

—Es necesario... Si viniera á cogerse á la rueda... en la nuestra, como es consiguiente, la policía lo sabría mañana... se tendrían disgustos, líos... se nos detendría aquí... Así es que se le echa más allá... ¿Qué puede importarle? Está muerto... eso no es hacerle daño, mientras que los vivos tendrían disgustos por su causa... Vaya, duerme, pequeño mío...

—¿Y seguirá siempre así?

—Sí... más adelante lo sacarán y lo enterrarán.

—¿Y si se lo come un pez?

—Los peces no comen carne humana... Los pulpos comen... les gusta esto...

El calor que se desprendía del cuerpo del padre calmó los nervios excitados de Tomás, pero ante su vista pasaba siempre el rostro espantoso que le enseñaba los dientes y que el agua negra sustentaba.

—¿Y quién es?

—¡Dios sabe! Dí más bien: «Dios mío, tened piedad de su alma»...

—¡Señor, tened piedad de su alma! repitió Tomás en un murmullo.

—¡Eso es!... Y ahora duerme tranquilo, no temas nada. Está muy lejos en estos momentos, flota tranquilamente. No te aproximes nunca demasiado al borde de la barandilla, podrías caerte al agua. Que Dios te preserve y...

—¿Se ha caído también él?

—Seguramente que se ha caído... estaba quizás borracho y le ha llegado el fin. ¡Pero quizás se ha arrojado él mismo! Los hay que se arrojan voluntariamente... La idea se apodera de ellos, se tiran y se ahogan. Así es la vida; la muerte es una fiesta para ciertas personas y á veces una dicha para todos.

—¿Papá?

—Duerme, niño querido...

III

Desde el primer día, Tomás, completamente aturrido aun por el ruido, la animación y la alegría del colegio, distinguió, en el enjambre de chiquillos, dos muchachos que le parecieron más interesantes que los otros.

Uno de ellos estaba sentado delante de Tomás y éste podía, sin levantar la cabeza, ver su ancha espalda, su grueso y corto cuello sembrado de man-

chas rosadas, sus grandes orejas y su nuca con cabellos rojos, cortados al rape.

Quando el profesor, un buen hombre de cabeza calva y labio caído, llamó: ¡Smolín, Africán! el pequeño se levantó sin apresurarse, se aproximó al maestro, le miró con descaro y se puso á trazar en la pizarra grandes cifras redondas.

—¡Está bien, basta! dijo el profesor. ¡Ejoff, Nicolás! Continúa...

Uno de los vecinos de Tomás, un chiquillo travieso, de ojos negros y vivos como los de un ratón, salió de su sitio y pasó entre los bancos, enredándose y volviendo la cabeza en todas direcciones.

Llegado ante la pizarra, cogió la tiza y alzándose de puntillas se puso á hacer signos inteligibles, atormentando la tiza y desmenuzándola.

—¡Despacio! dijo el maestro, cuyo rostro pálido, de ojos fatigados, se contrajo dolorosamente, mientras Ejoff hablaba con volubilidad y voz sonora:

—Hallo que el primer comerciante ha tenido diez y siete kopeks de beneficio...

—¡Basta!... ¡Gordeieff! veamos, dígame que es necesario hacer para encontrar el beneficio del segundo comerciante.

Absorto enteramente por la apostara tan diferente de los dos muchachos, la pregunta le cogió desprevenido y Tomás no supo que contestar.

—¿No sabes? ¡Hum!... Explicáselo, Smolín.

Smolín, que limpiaba cuidadosamente sus dedos llenos de tiza, dejó el trapo y sin mirar á Tomás terminó el problema y volvió á limpiarse los dedos, mientras sonriente y saltando, Ejoff volvía á su sitio.

—¡Eh, tú! murmuró él, instalándose en su sitio, al lado de Tomás y dándole un papirotazo. ¿Qué tiene de difícil? ¿Cuál era el beneficio total? Eran 30 kopeks y dos comerciantes, á uno de los que corresponde 17. ¿Cuánto le corresponderá al otro?

—Los peces no comen carne humana... Los pulpos comen... les gusta esto...

El calor que se desprendía del cuerpo del padre calmó los nervios excitados de Tomás, pero ante su vista pasaba siempre el rostro espantoso que le enseñaba los dientes y que el agua negra sustentaba.

—¿Y quién es?

—¡Dios sabe! Dí más bien: «Dios mío, tened piedad de su alma»...

—¡Señor, tened piedad de su alma! repitió Tomás en un murmullo.

—¡Eso es!... Y ahora duerme tranquilo, no temas nada. Está muy lejos en estos momentos, flota tranquilamente. No te aproximes nunca demasiado al borde de la barandilla, podrías caerte al agua. Que Dios te preserve y...

—¿Se ha caído también él?

—Seguramente que se ha caído... estaba quizás borracho y le ha llegado el fin. ¡Pero quizás se ha arrojado él mismo! Los hay que se arrojan voluntariamente... La idea se apodera de ellos, se tiran y se ahogan. Así es la vida; la muerte es una fiesta para ciertas personas y á veces una dicha para todos.

—¿Papá?

—Duerme, niño querido...

III

Desde el primer día, Tomás, completamente aturrido aun por el ruido, la animación y la alegría del colegio, distinguió, en el enjambre de chiquillos, dos muchachos que le parecieron más interesantes que los otros.

Uno de ellos estaba sentado delante de Tomás y éste podía, sin levantar la cabeza, ver su ancha espalda, su grueso y corto cuello sembrado de man-

chas rosadas, sus grandes orejas y su nuca con cabellos rojos, cortados al rape.

Quando el profesor, un buen hombre de cabeza calva y labio caído, llamó: ¡Smolín, Africán! el pequeño se levantó sin apresurarse, se aproximó al maestro, le miró con descaro y se puso á trazar en la pizarra grandes cifras redondas.

—¡Está bien, basta! dijo el profesor. ¡Ejoff, Nicolás! Continúa...

Uno de los vecinos de Tomás, un chiquillo travieso, de ojos negros y vivos como los de un ratón, salió de su sitio y pasó entre los bancos, enredándose y volviendo la cabeza en todas direcciones.

Llegado ante la pizarra, cogió la tiza y alzándose de puntillas se puso á hacer signos inteligibles, atormentando la tiza y desmenuzándola.

—¡Despacio! dijo el maestro, cuyo rostro pálido, de ojos fatigados, se contrajo dolorosamente, mientras Ejoff hablaba con volubilidad y voz sonora:

—Hallo que el primer comerciante ha tenido diez y siete kopeks de beneficio...

—¡Basta!... ¡Gordeieff! veamos, dígame que es necesario hacer para encontrar el beneficio del segundo comerciante.

Absorto enteramente por la apostara tan diferente de los dos muchachos, la pregunta le cogió desprevenido y Tomás no supo que contestar.

—¿No sabes? ¡Hum!... Explicáselo, Smolín.

Smolín, que limpiaba cuidadosamente sus dedos llenos de tiza, dejó el trapo y sin mirar á Tomás terminó el problema y volvió á limpiarse los dedos, mientras sonriente y saltando, Ejoff volvía á su sitio.

—¡Eh, tú! murmuró él, instalándose en su sitio, al lado de Tomás y dándole un papirotazo. ¿Qué tiene de difícil? ¿Cuál era el beneficio total? Eran 30 kopeks y dos comerciantes, á uno de los que corresponde 17. ¿Cuánto le corresponderá al otro?

—¡Si ya lo sé! respondió Tomás en voz baja, confundido y examinando el rostro de Smolín, que volvía tranquilamente á su sitio.

Este rostro no le agradó.

Era redondo, lleno de manchas de escarlatina, con ojos azules hundidos en sus anchas mejillas.

Durante este tiempo, Ejóff le pellizcaba fuertemente la pantorrilla y le preguntaba:

—¿De quién eres hijo? ¿Del «Chiflado»?

—Sí.

—¿Ganso! ¿Quieres que te apunte, en adelante?

—Bueno.

—¿Y qué me vas á dar en cambio?

Tomás reflexionó y dijo:

—Pero y tú ¿sabes algo?

—¡Yo! Soy el primero... tú lo has de ver...

—¡Eh! Ejóff, aun charláis, gritó el maestro con voz débil y velada.

Ejóff se levantó de su sitio y dijo vivamente:

—No soy yo, señor, es Gordeieff.

—Son los dos, declaró Smolín sin moverse.

El maestro hizo un gesto, y con un rumor muy extraño de su labio caído, les gruñó á los tres, lo que no impidió á Ejóff seguir inmediatamente:

—¡Bueno, Smolín! ¡Me pagarás esto!

—¿Y por qué echas la culpa al nuevo? replicó Smolín dulcemente y sin volver la cabeza hacia aquél.

—¡Está bien, está bien! murmuraba entre dientes Ejóff.

Tomás se callaba y echaba miradas furtivas del lado de su vecino. Este bullicioso muchacho le inspiraba simpatía y al mismo tiempo un sentimiento de vaga repulsión.

Durante el recreo, Ejóff le contó que Smolín era también un rico, el hijo de un curtidor, y que el padre de él, Ejóff, era portero del Tribunal de Cuentas y muy pobre.

Esta condición se adivinaba, sin gran trabajo, en el vestido del niño, hecho de algodón gris, con remiendos en las rodillas y en los codos; en su rostro pálido, famélico y en toda su persona enteca y angulosa.

Este niño tenía una voz de barítono, metálica; acompañaba sus exclamaciones de gestos y guifios, y á menudo empleaba palabras cuya significación sólo de él era conocida.

—Seremos camaradas, declaró á Tomás.

—¿Por qué me has acusado hace un rato? replicó Tomás, arrojándole una mirada de desconfianza.

—¡Vaya! ¿Y qué te importa á tí eso? Eres un nuevo y un rico... el maestro no es exigente para con los ricos... Mientras que yo, pobre y desvalido, á mí no me quiere... Soy una mala cabeza y no le traigo regalos. Si trabajase mal, hace tiempo que me habría expulsado. Sabes, saliendo de aquí, iré al Liceo... Cuando haya terminado el segundo, me voy. Un estudiante me prepara ya para el segundo... Y á fe mía, allí, voy á calentarme bien los cascós, ya verás. ¿Cuántos caballos tienes?

—Tres... ¿Para qué quieres tú trabajar tanto?... preguntó Tomás.

—Porque soy pobre. Los pobres deben trabajar mucho, eso les permite llegar á ricos, en seguida... siendo médicos, empleados del Estado, oficiales... Yo también arrastraré sable... la espada á un lado, espuelas en las botas, drin, drin... ¿Y tú, qué vas á ser?

—No sé, respondió Tomás, con aire soñador, y examinando á su camarada.

—Tú no tienes necesidad de ser nada... ¿Te gustan las palomas?

—Sí.

—¿Cuántas tienes?

—Ninguna.

—¡Bahl ¡Eres rico y no tienes palomas!... Yo mismo tengo tres... una paloma y dos tortolillas... Si mi padre fuese rico... habría comprado ciento y las habría hecho volar todo el santo día. Smolín tiene también palomas y muy bonitas. Catorce... él es quien me ha dado una de las tórtolas... Y sin embargo... es avaro... todos los ricos lo son... Y tú ¿eres avaro?

—No sé, dijo Tomás vacilando.

—Ven a casa de Smolín, nos entretendremos los tres en hacerlas volar.

—¡Bueno!... si me permiten...

—¿Pues no te quiere tu padre?...

—Sí, me quiere.

—Entonces te dejará venir... Sólo que no digas que yo voy también, quizás conmigo no querría. Dile: «Permiteme ir a casa de Smolín»... ¡Smolín!

En este momento el grueso muchacho se aproximó, y Ejóff le recibió meneando la cabeza en señal de reproche:

—¡Eh, tú, soplón, cangrejo! ¡No vale la pena de ser amigo tuyo, saco de harinal!

—¿Por qué te enfadas? preguntó tranquilamente Smolín, considerando al mismo tiempo a Tomás con sus ojos inmóviles.

—No me enfado, digo la verdad, rectificó Tomás, moviéndose en una agitación extraordinaria. Escucha: ¡Aunque no seas mas que una tiritaña, pero no, tanto peor!... El domingo, después de la misa, iré a tu casa con él..

—Venid... dijo Smolín.

—Iremos... La campana va a sonar, corro a vender mi canario, declaró Ejóff sacando al mismo tiempo de sus pantaloncillos un paquetito envuelto en un papel donde se palpaba algo vivo.

Y desapareció en el patio del colegio como una anguila.

—¿Qué raro es! dijo Tomás admirado de la extrema vivacidad de Ejóff.

Y arrojando a Smolín una mirada interrogativa:

—¿Está siempre así?...

—Muy listo, explicó el grueso muchacho.

—Y muy alegre, dijo Tomás.

—Muy alegre también, repitió Smolín.

Después se callaron y se examinaron uno a otro.

—Vendrás con él, preguntó el rojo.

—Iré...

—Ven... se está bien en mi casa...

Tomás no respondió nada.

Entonces Smolín le preguntó:

—¿Tienes muchos amigos?

—Ninguno.

—Yo tampoco tenía ninguno antes de venir a la escuela, como no fuesen mis primos... Ahora tendrás dos de un golpe.

—Sí, dijo Tomás.

—¿Estás contento?

—Ya lo creo...

—Cuando se tienen amigos, se está alegre. También es más fácil aprender: se apunta...

—¿Tú aprendes bien?

—Muy bien... Yo lo hago todo muy bien, dijo Smolín con calma.

La campana sonó, como asustada y precisada de correr lejos.

Sentado en su banco, Tomás se sintió más libre y pudo comparar sus dos amigos con los otros niños. Al cabo de un momento observó que eran los sobresalientes de la clase y quedaban por encima de todos como aquellas dos cifras que se habían olvidado de borrar y que se destacaban en la pizarra. Y esta averiguación le llenó de orgullo.

Saliendo de la escuela fueron juntos. Ejóff volvió

bien pronto por una callejuela oscura, mientras que Smolín acompañó á Tomás hasta su casa diciéndole al separarse:

—Ves, tenemos el mismo camino.

En la casa, Tomás, fué recibido solemnemente. Su padre le regaló una cuchara de plata maciza con una cifra complicada, su tía una bufanda de su fabricación.

Se le esperaba para comer y se habían preparado sus platos favoritos.

Cuando se hubo despojado del abrigo, se puso á la mesa y fué asaltado á preguntas.

—¿Cómo te va la escuela? preguntaba Ignat mirando con amor el rostro animado y rosado de su hijo.

—Muy bien, respondió Tomás.

—¡Querido hijo! suspiraba la tía enternecida, ten cuidado, no cedas nunca á tus compañeros... Tan pronto como te molesten, ve á quejarte al maestro...

—No la escuches, dijo sonriendo Ignat, guárdate de hacerlo. Siempre solo has de valerte é infligir la corrección por tu mano, y no con la de otro... ¿Hay simpáticos muchachos?

—Ya he encontrado dos, dijo Tomás, y sonrela pensando en Ejóff. Uno de ellos es extraordinariamente vivo, es terrible.

—¿De quién es?

—Hijo de un portero...

—¡Bah!... ¿Vivo dices?

—Terriblemente.

—Tanto peor. ¿Y el otro?

—El otro es completamente rojo... Smolín...

—¡Ah! Es probablemente el hijo de Mitri Ivanitch. Atente á ése, es de buena familia para tí. Mitri es un campesino inteligente, y si su hijo se le parece, será perfecto... En cuanto al otro, ¿sabes, Tomás? invítale los domingos. Compraré fiambres, tú se los regalarás... Veremos lo que son...

—Es que para el domingo Smolín me ha invitado á su casa, declaró Tomás, echando á su padre una mirada escrutadora.

—¡Mire, mire! Bueno, pues vé, vé. Es necesario que aprendas á conocer los hombres... No podrás pasar la vida solo sin amigos. Así, tu padrino y yo hace más de veinte años que lo somos... y á menudo me he aprovechado de su inteligencia. Tu también búscate relaciones con los que son mejores y más inteligentes que tú. Es menester rozarse con los hombres de bien... una pieza de cobre entre varias de plata se puede tomar facilmente por de plata.

Y, riendo de su comparación, Ignat agregó formalmente:

—Es una broma. Trata de ser de metal puro y no de imitación... más vale una corta inteligencia. ¿Tienes mucho que estudiar?

—¡Mucho! suspiró el niño.

Y á su suspiro respondió como un eco el de su tía.

—¡Pues bien! Estudia. No debes ser mas ignorante que los demás. Pero debo decirte esto: Aunque hubiese veinte y cinco clases no te enseñarían otra cosa que leer, escribir y calcular. Es cierto que también se aprende á leer muchas tonterías, pero que Dios te guardel! ¿Si lo advirtiese te daría un recorrido? Si fumas, te cortaré los labios...

—¡No te olvides de Dios, Tomasito, dijo la tía, no te olvides de nuestro Señor!...

—¡Eso es muy justo! ¡Honra á Dios y á tu padre! Pero lo que te sigo diciendo es que los libros de estudio no son todo. Son necesarios como los útiles al albañil. Son el instrumento, pero el instrumento no enseña el arte de servirse de él. ¿Has comprendido? Supón que se da un hacha á un carpintero y debe podar un árbol. Un hacha y manos no bastan, es necesario saber dar en el árbol y no estropear

el pie. Del mismo modo se os enseña á leer y á escribir y es preciso con eso arreglar la vida... Se ve, pues, que los libros no bastan para este problema: es necesario aun saber servirse de ellos, y es justamente lo que es mas difícil que todos los libros juntos y lo que en ninguno de ellos encontrarás. Es en la vida misma donde se aprende. El libro es un cadáver. Puedes darle vueltas, romperle, deshojarle: no gritará... Mientras que en la vida, por poco que te descuides, encontrarás mil voces que te injuriarán y aun te despedazarán...

Mientras que Ignat, hablaba con fuerza, su hijo, apoyando su codo en la mesa, le escuchaba atentamente y ya tenía ante su vista al carpintero trabajando su madera, ya se veía el mismo en un terreno movedizo, aproximándosele algo inmenso y vivo que trataba de cogerle...

—El hombre debe procurar por su obra y debe estar absolutamente seguro de su camino para realizarla... El hombre es parecido al piloto á bordo del navio. Cuando se es joven, se está como en el momento de alta marea, no hay más que ir derecho delante de sí... El camino esta libre por todas partes... pero es menester conocer el momento preciso en que se debe maniobrar el timón... El agua baja, y descubre un banco de arena por aquí, un arrecife ó un islote por allá: de todo eso hay que apartarse á tiempo si se quiere llegar á buen puerto..

—¡Yo llegaré! dijo el niño mirando a su padre con un continente altivo y seguro.

—¡Vaya! ¡con mucha bravura dices eso! dijo Ignat riendo y la tía tambien se echó á reir.

Desde su viaje por el Volga, Tomás charlaba más en la casa con su padre, su tía y Maiakín. Pero en la calle ó en cualquier sitio que no le fuese familiar, con extraños, se enfurruñaba y echaba miradas desconfiadas é inquietas, como si hubiese sentido en todas partes una fuerza misteriosa, enemiga y

oculta, que le acechaba, dispuesta á cogerle. Por la noche se despertaba bruscamente y durante largas horas, prestaba oído al silencio que le rodeaba y con sus pupilas dilatadas trataba de penetrar las tinieblas.

En esos momentos los relatos de su padre tomaban una forma tangible. Los mezclaba confusamente á pesar suyo con los cuentos de su tía y creaba así un caos de acontecimientos en donde la realidad venía á confundirse con fantásticas quimeras. Resultaba, pues, un cuadro colosal y confuso. El niño cerraba los ojos y trataba de alejar todas estas visiones y detener el rápido curso de su imaginación loca, que le espantaba. Pero en vano buscaba al niño, el cuarto se llenaba más y más de sombras silenciosas. Entonces decidióse á despertar á su tía:

—¡Tía, tía!

—¿Qué tienes? Dios te guarde...

—Voy contigo, murmuró Tomás.

—¿Para qué? Duerme, querido, duerme...

—Tengo miedo, confesaba el niño.

—Debes rezar y te se quitará...

Tomás cerró los ojos y recitó su plegaria. El silencio de la noche tomó el aspecto de una superficie sin límites, toda llena de un agua negra é inmóvil. Esta agua lo llena todo, está como coagulada, ningun movimiento en su superficie, ni una vibración, ni una sombra. Es el vacío de la nada y es un mar de profundidades desconocidas. El niño aterrado se sintió sólo en este océano muerto. Pero, he aquí que la llamada del vigilante suena en la noche y bolas luminosas corren como fuegos fatuos en la superficie del agua que ahora está ligeramente ondulada. Después, el enorme alarido de una campana que levanta la masa entera con movimiento formidable, y los fuegos fatuos se confunden todos en una mancha de luz inmensa. La masa entera oscila entonces lentamente en ondas concén-

tricas luminosas, cuyos movimientos y brillo disminuyen gradualmente y concluyen por perderse en la obscuridad de un horizonte lejano, y de nuevo empieza la agonizante y pesado silencio en otra noche desierta...

—¡Tía! murmuró Tomás, con voz suplicante.

—¿Qué hay?

—Voy á tu cama.

—Vaya, ven, pues, ven, anda, amor mío.

Una vez en la cama de su tía se estrechó contra ella y le suplicó:

—Cuéntame algo...

—¡Por la noche!... protestó la tía con voz soñolienta.

—¡Te lo suplico!

No tuvo necesidad de suplicar mucho tiempo. La voz soñolienta, los ojos cerrados, siseando, la vieja se puso á contar lentamente:

—En una ocasión había un reino, y en este reino un marido y una mujer que eran pobres, muy pobres. Estaban tan miserables, que no tenían nada que comer. Andaban, con el saco á la espalda, y cuando se les daba un pedazo de pan seco se alimentaban con él todo el día. Y de pronto tienen un niño... El niño nacido es menester bautizarlo, pero como son muy pobres, no tienen con qué regalar al padrino ni los invitados, y nadie quiere bautizar al chicho. Van de un lado á otro: nadie. Entonces se ponen á suplicar á Dios: «¡Señor!...»

Tomás conocía este cuento espantoso del ahijado de Dios. Ya lo ha oído más de una vez y ya se representa al ahijado caminando en un caballo blanco para hacer una visita á su padrino y á su madrina; atraviesa una noche negra, un desierto y ve todos los suplicios espantosos que están reservados á los pecadores y oye sus quejas y sus plegarias:

—¡Eh! ¡Eh! hombre, pregunta á Dios si debemos sufrir largo tiempo así...

El niño se imagina entonces que es hacia él á quien suben estas quejas y estos ruegos. Su corazón se oprime deseando algo que no se explica. Una tristeza le oprime y le hiela el pecho, y lágrimas se escapan de sus ojos, que cierra por miedo. Se agita en su cama.

—¡Duerme, niño mío! ¡El Señor te guarde! dijo la vieja interrumpiendo el relato de los suplicios infligidos á los humanos por sus pecados.

Por la mañana, después de una noche tan espantosa, Tomás se levantaba alegre y dispuesto se lavaba prestamente, tomaba de prisa una taza de té y corría á la escuela provisto de una buena merienda. El pobre Ejoff, siempre hambriento, le esperaba con impaciencia y se arrojaba sobre las vituallas debidas á la munificencia de su camarada.

—¿Traes de comer? decía, desde que veía á Tomás, olfateándole. Dame en seguida, pues yo he salido sin haber tomado nada. He dormido mucho tiempo, ¡qué diablo!... ¡he trabajado hasta las dos de la madrugada!... ¿Has hecho problemas?

—No.

—¡Calabacino! Vamos, voy á hacértelos en un abrir y cerrar de ojos.

Y al mismo tiempo que hundía sus dientes diminutos en la torta, roncaba como un gato joven, palmoteaba la suela de su pie izquierdo y resolvía los problemas, dirigiendo á Tomás frases cortas:

—¿Has comprendido? En una hora, han resultado ocho cubos; y ¿cuántas horas ha corrido el agua? ¡Seis!... ¡Oh! ¡vaya si se come bien en vuestra casa!... Seis: pues, bien es necesario multiplicar por seis... ¿Te gustan las tortas con cebolla cruda? ¡Yo las adoro!... Bueno; han salido cuarenta y ocho cubos del primer grifo... se han vertido noventa en junto... ¿Comprendes la solución?

Ejoff agradaba á Tomás mucho más que Smolin, pero disputaba menos con este último. La listeza

del primero, su facilidad de trabajo le admiraba. Se daba cuenta de que Ejoft era mas inteligente y valia más que él: le envidiaba y le quería por sus cualidades, pero al mismo tiempo le tenía lástima, la lástima del que ha comido bien por el que tiene hambre. Quizá esta misma lástima impedía darle la preferencia al muchacho tan divertido sobre el aburrido Smolín. Ejoft que se complacía en irritar á aquellos de sus camaradas que comían en demasia, les decía:

—¡Eh, vosotros, tragones!

Estas bromas irritaban á Tomás, y un día que se sintió picado más que de costumbre, respondió con cólera y desprecio:

—¡Y tú, mendigo!

El rostro pálido de Ejoft se cubrió de manchas rojas y articuló lentamente:

—Vaya, bueno, está bien... pero no te apuntaré más y no verás otra cosa que un borrico.

Y durante dos ó tres días no se hablaron, con gran disgusto del profesor que se veía forzado á poner ceros al hijo del respetable Ignat Matveitch.

Ejoft estaba al corriente de todo: contaba en la escuela que en la casa del procurador general la criada estaba de parto, y que para vengarse la mujer del procurador había regado á éste con café hirviendo; podía decir cuando sería necesario pescar gobio; sabía hacer jaulas y trampas para los pájaros, contaba con grandes detalles por qué y cómo un soldado se había ahorcado en un granero, en el cuartel, quiénes eran los padres de los alumnos que habían hecho un regalo al maestro y en qué consistía el tal regalo.

El círculo de conocimientos y de curiosidad de Smolín se limitaba á lo comercial. Sobre todo él se complacía en comparar las fortunas, estimar el valor de las casas, de los barcos, de las cuadras que

cada uno poseía. Todo eso lo conocía al dedillo y hablaba de ello con entusiasmo.

En su amistad con Ejoft, tenía la misma piedad indulgente que Tomás, pero era más afectuoso y de un humor más igual. Todas las veces que Gordeieff se querellaba con Ejoft, él trataba de intervenir y un día que venían juntos á la escuela, dijo á Tomás:

—¿Por qué regañas constantemente con Ejoft?

—Porque trabaja mucho, respondió Tomás furioso.

—Tú entiendes poco y él te ayuda, es muy inteligente... y si es pobre ¿es acaso culpa suya? Podrá aprender lo que le dé la gana y ser rico un día..

—Me hace el efecto del mosquito, dijo Tomás con un destello de sus pupilas, zumba horas y horas en los oídos y después da una picadura.

Y en la vida de estos muchachos había horas en que estaban bien unidos y en que perdían toda noción de la diferencia de posiciones sociales y de caracteres. El domingo, los tres se reunían en casa de Smolín, y encaramados en el tejado de un granero convertido en palomar, se entretenían en soltar palomas. Estas se elevaban unas detrás de otras, sacudiendo sus plumas blancas como la nieve y se colocaban en fila sobre el caballete del tejado arrullando á la luz brillante del sol.

—¡Anda, pronto! ¡Espántalas! decía Ejoft, temblando de impaciencia.

Smolín agitaba entonces por encima de sus cabezas un palo con algunos trapos y se ponía á silbar.

Las palomas asustadas se lanzaban en el espacio con gran ruido de alas... Y elevándose lentamente describían amplios círculos. Se elevan en el azul profundo del cielo, se ciernen y suben siempre más arriba, brillantes, con su vestido plateado y de una

blancura de nieve. Unas se esfuerzan en querer tocar la bóveda de los cielos, en un vuelo majestuoso de águila. Extienden sus alas y parecen inmóviles. Otras se divierten, voltean y se dejan caer parecidas á copos de nieve. Después se paran y vuelven á lanzarse como flechas hacia las alturas etéreas y entonces parecen no tener movimiento en el desierto celeste. Van disminuyendo hasta confundirse en el azul. La cabeza hacia atrás, los niños no pierden el vuelo de las palomas. Las admiran en un silencioso recogimiento. Sus ojos están fatigados, pero brillan con una alegría pura, alegría mezclada de envidia por estos seres alados que con tanta facilidad dejan la superficie terrestre y se agitan en el dominio puro y sereno, todo lleno de la luz brillante del sol. El grupito no es ya más que un punto apenas visible á simple vista, mancha minúscula que lleva en pos de ella la imaginación de los chicos á través de la inmensidad azul. Ejóff expresó bien su pensamiento á los demás cuando dijo, dulcemente, encantado:

— ¡Oh! ¡si nosotros pudiéramos volar así, amigos míos!...

Tomás sabía que el alma humana toma á menudo la forma de una paloma cuando deja su envoltura terrenal, y su corazón se oprimía en una sensación indefinible, violenta y dolorosa. Unidos en un misticismo, silenciosos y absortos, los niños esperaban la vuelta de las palomas. Estrechamente apiñados, estaban tan alejados de las miserias de la vida, como las palomas lo estaban de la tierra. En este momento no eran más que niños, sin envidias ni odios. Extraños á todo lo demás se sentían tan próximos unos de otros, y sin decirse una palabra, en el brillo solo de sus pupilas, adivinaban el sentimiento que los agitaba, el de una dicha igual á la de los pájaros en el cielo.

Pero he aquí á las palomas que un tanto fatiga-

das vienen á reposar al caballete de donde han partido. Se les hace entrar en el palomar.

— ¿Amigos, vamos á robar manzanas? propuso Ejóff, instigador de todos los juegos y escapatorias.

Su voz rompió el encanto de esta paz exquisita de que los niños estaban penetrados hasta el fondo de su alma y he aquí que se meten por la empalizada en el jardín del vecino, llevando mil precauciones, con un paso de felinos y dotados también del instinto de las fieras, atentos al menor ruido. Dos sentimientos les mueven: el miedo de ser cogidos y la esperanza de robar impunemente. El robo es también un trabajo, lleno de peligros... ¡Todo parece tan dulce, cuando ha costado trabajo! ¡Y tanto más dulce parece, cuanto más trabajo cuesta! Los niños atravesaron la valla con precaución. Se agachaban, casi se arrastraban para llegar á los manzanos, presto el oído y ojo avizor. Al menor ruido su corazón late y se detiene. Tanto temen ser cogidos, como ser reconocidos; pero si no son más que vagamente percibidos y oyen gritos, entonces es su mayor suceso. Al primer grito se dispersan como gorriones; después se reúnen, y con los ojos chispeantes de alegría y de audacia, se cuentan riendo lo que han experimentado al oír el ruido de voces, y como se han salvado á través del jardín, tan pronto como si la tierra ardiese bajo sus pies.

En estas correrías poco gloriosas, Tomás ponía todo su aliento, mucho más que en cualquier otro juego. Su conducta en estas invasiones era de una temeridad tal que dejaba estupefactos á sus amigos y les irritaba. Apenas entraba en un jardín extraño, era voluntariamente imprudente. Hablaba en alta voz, rompía con estruendo las ramas de los manzanos y tiraba las manzanas podridas en dirección de la casa del propietario. El peligro de ser cogido, lejos de asustarle, no hacía más que excitarle; en sus ojos había un resplandor sombrío, apreta-

ba los dientes y la expresión de su rostro era orgullosa y mala.

Smolin le decía entonces, torciendo la boca con sonrisa desdefiosa:

—Te haces el fanfarrón.

—¡Bah! Lo cierto es que no soy cobarde, replicaba Tomás.

—Sé que no eres cobarde, pero sólo los imbéciles se jactan de ello. Se pueden hacer las cosas tan bien sin hacerse notar.

Ejoff también le criticaba, pero desde otro punto de vista.

—¡Si te gusta tanto dejarte coger, te vas al diablo!... nosotros no somos ya amigos!... Y si te cogen y te conducen á casa de tu padre, no te dirán nada, mientras que á mí me pegarían hasta romperme una costilla...

—¡Cobarde! repetía Tomás.

Pero un día Tomás fué cogido infraganti, por el capitán Tchumakoff, un hombrecillo viejo y débil. A paso de lobo, llegóse al muchacho mientras que llenaba su blusa de manzanas robadas y cogiéndole por detrás con rabia:

—¡Ah! ¡ya te cogí, bribón!

Tomás tenía cerca de quince años y escapó listamente de manos del viejo. Pero no tomó la fuga; fruncido el ceño y apretados los puños, se limitó á decir con tono amenazador:

—¡Trata de tocarme!

—¡No te tocaré... te llevaré á casa del comisario de policía! ¿Quién eres tú?

Tomás no esperaba esto, y de repente su valor y su ira se desvanecieron. Este ida á la policía le pareció como una cosa que su padre no le perdonaría nunca... Tembló, y dijo todo confuso:

—Gordeieff.

—¿El hijo de Ignat... Matveitch?

—Sí.

A estas palabras el capitán se turbó á su vez. Se enderezó, arqueó el pecho y tosió enérgicamente. Después, su espalda volvió á inclinarse y dirigió al joven las palabras siguientes, con tono paternal y sentido:

—¡Esto es vergonzoso, amigo! El heredero de un personaje ilustre y respetable, y ved que de repente... esto no es digno de su gran posición... Puede usted retirarse... Pero si vuelve á ocurrir, ¡hum! me veré forzado á avisar á su padre... al cual le ruego presente mis saludos...

Tomás observaba la fisonomía del viejo y comprendió que temía á su padre. Parecido á un lobezno, miraba á Tchumakoff, mientras que éste con una gravedad cómica, retorcia su bigote gris y se agitaba impacientemente ante el muchacho, que no se iba á pesar de la autorización dada.

—Puede V. retirarse, repitió el viejo con un gesto que le indicaba el camino que conducía á la casa.

—¿Y la policía? preguntó Tomás con aire sombrío.

Y se asustó en el momento de las consecuencias posibles de su audacia.

—Era una broma para asustarle, respondió sonriendo el viejo militar...

—¡Usted es quien tiene miedo de mi padre! dijo Tomás.

Y volviendo la espalda al viejo, se perdió en la espesura del jardín.

—¡Yo miedo, yo! ¡Ah! ¡es así! le gritó Tchumakoff.

Y en el tono de su voz, Tomás comprendió que le había ofendido. Se sintió embarazado de vergüenza y tristeza y anduvo rondando solo hasta la noche.

Cuando entró en su casa, vió á su padre que con rostro severo le dijo:

—¿Tomás, has ido al jardín de Tchumakoff?

—Sí, he ido, respondió con aire tranquilo el muchacho fijando sus ojos en los de su padre.

Esta respuesta no era evidentemente la que esperaba Ignat, pues quedó mudo unos cuantos segundos acariciando la barba.

—¡Imbécil! ¿Por qué lo has hecho? ¿No tienes bastantes manzanas tú?

Tomás bajó los ojos y no dijo nada.

—¡Lo ves, tienes vergüenza! ¡Apuesto á que es ese pilleta de Eloff quien te ha impulsado! ¡Espera! Yo le enseñaré cuando le vea... haré que no os junteis más...

—He sido yo mismo, dijo Tomás con firmeza.

—¡Ah! ¡eso me gusta más! exclamó Ignat; ¿qué necesidad tenías tú?...

—¡Porque me agradó!

—¡Porque me agradó! repitió irónicamente su padre. Deberías por lo menos dar una razón de peso, cuando haces tonterías. ¡Ven aquí!

Tomás se aproximó á su padre que estaba sentado en una silla y le colocó en sus rodillas: le puso las manos en la espalda y le miró en los ojos sonriendo:

—¿Te da vergüenza?

—Sí, suspiró Tomás.

—Lo ves, tontito. Tú nos deshonras á los dos.

Y oprimiendo la cabeza de su hijo contra su pecho, le pasó la mano por los cabellos, y le preguntó de nuevo:

—¿Por qué esa idea de robar las manzanas de los demás?

—¡No sé! dijo Tomás todo confuso. Quizás por no aburrirse. Siempre jugamos, y siempre á lo mismo... eso aburre, mientras que en aquello existe el peligro...

—¿Eso te enardece?

—Sí...

—¡Bah! Es posible... Pero ten entendido, Tomás, deja ese juego, pues otra vez seré muy severo.

—No lo haré nunca más, dijo Tomás.

—Enloquehas hecho bien es en echarte la responsabilidad. ¡Dios sabe lo que más tarde serás, pero en fin, por el momento está bien! Un hombre que responde de sus actos, sin miedo á perder el pellejo, no es una cosa vulgar... Otro, en tu lugar, habría echado la culpa á sus amigos. Tú dices: «Soy yo». Así es como se debe obrar, Tomás... Todo pecado lleva su castigo... Tehumakoff... ¿no te ha pegado, por casualidad? preguntó Ignat con vacilación.

—¡Eso es lo que yo habría querido! replicó Tomás tranquilamente.

—¡Eh!...murmuró entre dientes su padre, con aire chocarrero.

—Le he dicho que tenía miedo de ti... Por eso es por lo que ha venido á quejarse... porque estaba dispuesto antes á no hacerlo...

—¡Vamos!

—¡Te lo juro!... «Presente mis saludos á su señor padre»...

—¿El te ha dicho eso?

—Sí...

—¡Oh! ¡Vil animal! ¡Qué singular ralea los hombres! Uno á quien roban y saluda: «Os saludo respetuosamente». ¡Ja, ja, ja! ¡Bien es verdad que le han robado por una pieza de cinco céntimos, pero esa pieza de cobre es para él como un rublo para mí... Además, no se trata de dinero, sino que esa moneda es mía y nadie osaría tocarla, á menos que yo no la tirase... ¡Vamos, no pensemos más en ello! ¡Cuéntame de dónde vienes y lo que has visto!...

El niño se sentó al lado de su padre y le hizo el relato completo de sus impresiones del día. Ignat escuchaba atentamente, examinando la expresión animada del rostro de su hijo, y el ceño del hombre se fruncía.

—Tú no nadas más que en la superficie... eres un niño... ¡eh, eh!

—Hemos visto un buho en un barranco, contaba

el rapaz; ¡qué cosa más rara!... Trataba de volar y se daba contra un árbol, ¡pam! y dió un grito, un alarido tan plañidero... Después, como lo espantábamos, ha volado de nuevo y siempre lo mismo; se elevaba, volaba un poco y tropezaba con algo: sus plumas caían... Después de haberse hecho daño con todos los picos del barranco ha concluido por ocul-tarse... ya no lo buscamos, nos daba lástima, estaba destrozado. ¿Es que son ciegos por el día?

—Completamente, dijo Ignat. El hombre hace á veces en la vida como el buho en la luz. Busca una posición, se agita, revolotea, tropieza y llega así á perder sus plumas. Destrozado, herido, enfermo, desplumado, se arroja, en fin, en el primer rincón que ve para encontrar el reposo después de tantas fatigas. ¡Desgraciados esos hombres, amigo mío, desgraciados!

—¡Eso deberá hacerles mucho daño! dijo Tomás dulcemente.

—Exactamente, como á tu buho.

—Pero ¿por qué?...

—¿Por qué? Muy difícil de decir es eso... Uno tiene la vista oscurecida por el orgullo... quiere demasiado y no tiene fuerzas... otros el idiotismo... Existen muchas razones. No puedes comprender...

—Venid á tomar el té, anunció la tía Anthéisa.

Largo tiempo hacia que estaba bajo en el dintel de la puerta, contemplando enternecida la alta talla de su hermano inclinada amorosamente hacia Tomás; así como la postura meditabunda del muchacho, la mejilla apoyada contra el hombro de su padre.

Así se desarrollaba, día tras día, la vida de Tomás. Una vida, después de todo, poco accidentada, apacible y dulce. A veces unas sensaciones más fuertes que otras y que agitaban una hora ó un día el corazón del niño se destacaban del fondo firme de esta vida monótona, pero se borraban casi in-

mediatamente. Su alma era todavía un lago tranquilo, al abrigo de las tempestades de la vida y todo lo que por casualidad chocaba en su superficie bajaba al fondo, después de haber turbado por corto instante sus aguas adormecidas.

Al cabo de cinco años Tomás dejó la escuela, habiendo pasado regularmente los exámenes de la cuarta clase. Era un bello muchacho, airoso, moreno, rostro bronceado, cejas espesas y un ligero bozo sobre el labio. Sus grandes ojos negros tenían una mirada soñadora y franca y sus labios se entreabrían como los de un niño. Pero á la menor contrariedad, su boca se torcía, sus pupilas se dilataban y su rostro en general tomaba una expresión de rudeza y de voluntad inquebrantables. Su padrino decía hablando de él, con una sonrisa escéptica en los labios:

—Por lo que respecta á mujeres, Tomás, les sabrás más dulce que la miel; pero lo que es en intenciones aún no te he notado...

Estas palabras arrancaban un suspiro á Ignat.

—Deberías empezar á iniciar un poco á tu hijo en el asunto, amigo mío...

—Espera aún...

—¿Esperar, á qué? Dos ó tres veranos en el Volga y en seguida se le casa... Fíjate en mi Liubov; qué linda muchacha...

En esta época, Liubov Maiakin acaba sus estudios en un colegio y estaba en quinta. Tomás la encontraba á menudo en la calle y ella le hacía con la cabeza pequeños saludos llenos de condescendencia, siempre cuidadosamente peinada, y una toca en sus bellos cabellos rojos.

Gustaba mucho á Tomás, pero ni sus mejillas sonrosadas ni sus labios rojos, ni la alegre y picaresca mirada de sus ojos oscuros bastaba á borrar la impresión humillante de sus saludos. Conocía á varios compañeros de colegio de Tomás, entre ellos

Ejoff, pero aquél no se sentía atraído por esta sociedad que le disgustaba más bien. Le parecía que todos sacaban partido de su saber y se burlaban de su ignorancia.

Reunidos en casa de Liubov, leían, y cuando Tomás los sorprendía en medio de una discusión acalorada ó bien ocupados en la lectura, se callaban apenas aparecía. Eso le alejaba de ellos.

Sin embargo, un día que se encontraba de visita en casa de Maiakin, Liubov le llevó al jardín, y allí, haciéndole sentar al lado de ella, le preguntó con una pequeña mueca:

—¿Por qué eres tan poco comunicativo? Nunca dices nada.

—¿De qué hablaré yo, sino sé nada? respondió Tomás con sencillez.

—Estudia... lee...

—No tengo ganas...

—Los que estudian lo saben todo y pueden hablar de todo... Ejoff, por ejemplo...

—Conozco á Ejoff... un charlatán...

—Estás celoso de él, sencillamente. Tiene mucho talento... sí... va á concluir sus clases é irá á la universidad de Moscou.

—¿Y después?... replicó Tomás sin emocionarse.

—Mientras que tú, serás siempre un ignorante.

—¡Tanto peor!

—¡Qué bien está eso! exclamó Liubov con ironía.

—No tengo necesidad de toda esa ciencia para guardar mi posición, dijo Tomás, burlón; está bien para los muertos de hambre estudiar... á mí no me hace falta.

—¡Bah! ¡eres un gran idiota! ¡malol! ¡feo! dijo la muchacha con desprecio.

Y le dejó. Tomás quedóse solo en el jardín. La vió alejarse, frunció el ceño, y con la cabeza baja llegó al fondo del jardín.

Era sensible al encanto de la soledad y al vene-

no enervante y dulce de los sueños. Las tardes de verano, á la hora del crepúsculo, su imaginación se exaltaba ante esos matices suntuosos de las puestas de sol que parecen abrazar á toda la tierra, y sentía que le embarazaba una vaga lasitud, como el deseo de una cosa que le era desconocida.

Acurrucado en un rincón oscuro del jardín ó bien echado en una cama, evocaba la imágen de princesas de hechicería... Tomaban la forma de Liubov ó la de otras muchachas que conocía, pasaban ligeras en la obscuridad de la noche y le miraban con ojos llenos de misterio. Estas visiones despertaban á veces su energía y le emborrachaban. Se levantaba entonces, erguía su alta talla y aspiraba á plenos pulmones el aire cargado de perfumes. Otras veces, estas primeras visiones le entristecían y le daban ganas de llorar, pero se avergonzaba de sus lágrimas, se contenía, y á pesar de ello concluía por llorar.

A veces, en un arrebato de gratitud infinita, se dirigía á Dios y se prosternaba ante su imágen; trozos de plegaria se despertaban en su memoria; fijos los ojos en el cielo, los repetía largo tiempo, los unos después de los otros, y su corazón encontraba el reposo en estos actos de fe donde se expansionaban los rebosantes sentimientos que le agitaban.

El padre de Tomás le introdujo en el círculo de sus relaciones comerciales con precaución y paciencia.

Le llevaba á la Bolsa, le instruía en las compras y beneficios que le dejaban; le hablaba de sus amigos, de sus cualidades, de cómo habían subido y cuál era su actual fortuna.

Tomás se puso muy pronto al corriente de los negocios, á los que prestaba seriedad y reflexión. Maiakin se burlaba de él, y guiñando un ojo le decía:

—¡Y bien, he aquí que nuestro polluelo se transforma en gallo!

Y, sin embargo, el rostro de Tomás guardaba todavía, á los diecinueve años, una expresión infantil y un tanto inocente que le distinguía de los jóvenes de su edad. Estos se burlaban de él y le consideraban como muy corto de inteligencia. El, por su parte, los evitaba, picado del concepto en que le tenían. Su carácter indeciso inquietaba seriamente á su padre y también á Maiakín, cuya solicitud era incansable.

—No lo comprendo, decía Ignat desolado. No bebe, no hace la corte á las mujeres, es respetuoso contigo y conmigo, obediente: diríase que es un joven y no un muchacho. Y á pesar de todo no tiene aire de idiota.

—No, de un modo preciso, respondía Maiakín.

—Pues bien, diríase que espera algo... Parece que tiene un velo ante sus ojos... Su difunta madre era igual, caminaba á ciegas en la vida... Fíjate, Africán Smolín no le lleva más de dos años, ¡pero qué diferencia! No se sabe quién de los dos maneja el timón de la casa, si el padre ó el hijo. Quiere partir, estudiar aún en una fábrica y le dice al viejo: «No me habéis instruido bastante, padre». Sí. ¿Y el mío? No se decide á nada... ¡Dios mío!

—Lo que tienes que hacer, aconsejaba Maiakín, es probarle sin vacilar en algún tráfico. Por el fuego es como se prueba el oro... Dejándole en libertad veremos sus aptitudes... Envíale solo al Kama...

—¿Luego tú me aconsejas que tiente un ensayo?

—¡Claro! Si hace tonterías, perderás algunas monedas sin duda, pero al menos sabremos lo que guarda dentro.

—Perfectamente. Voy á enviarlo, replicó Ignat, con tono resuelto.

**

Tan pronto como fué primavera, Ignat envió á su hijo al Kama con dos barcasas llenas de trigo. El

vapor de Gordeieff, «El Laborioso», era el que las remolcaba. El capitán era el antiguo conocido de Tomás, era Efim, ahora Efim Mlitch, un hombre de treinta años, cuadrado, con ojos de garduña, razonable y severo.

Se marchaba de prisa y alegremente, porque todo el mundo estaba contento. Tomás se sentía orgulloso de la primera responsabilidad que pesaba sobre él. Efim contento por la presencia del joven amo, que no le objetaba en las pequeñeces y nunca le sacaba los colores al rostro. El buen humor de los principales personajes del barco, se reflejaba en el resto de la tripulación.

Salido en Abril, el convoy llegó á su destino en los primeros días de Mayo. Las barcasas anclaron y el vapor á su lado. Tomás tenía orden de dar salida al trigo tan pronto como fuese posible, coger el dinero y marchar inmediatamente á Perm, donde le esperaba un cargamento de hierro que Ignat se había comprometido á entregar para la feria.

Las barcasas habían anclado frente á una gran aldea, cerca de un bosque de abetos y situada á unas dos *verstas* de la orilla. Desde el día siguiente por la mañana vióse llegar, unos á pie otros á caballo una muchedumbre enorme y bulliciosa de campesinos y campesinas. Todo este bullicio se dispersó sobre el puente de las barcasas con gritos y cantares y se puso al trabajo con ardor.

Las mujeres que estaban en las bodegas llenaban los sacos; los hombres se encargaban de subirlos, franqueaban corriendo las pasarelas que ponían en comunicación al buque con el muelle y lentamente se veía partir, en dirección del pueblo, una larga fila de carretas, pesadamente cargadas de aquel trigo aguardado con tanta impaciencia. Las mujeres cantaban, los hombres bromeaban, los grumetes vigilaban y alguna que otra vez los activaban al trabajo. Las pasarelas ligeras se combaban bajo

el peso de los hombres y chocaban en el agua, mientras que de la ribera llegaba un rumor vago, donde se percibía el relinchar de caballos, el crujir de la arena bajo la rueda de los carros.

Apenas había salido el sol, el aire tenía una frescura, vivificante enteramente saturado del aroma de los abetos. El agua tranquila del río reflejaba un cielo puro y venía á chocar con dulce murmullo contra las quillas de las embarcaciones y las cadenas de las anclas.

El vocerío alegre de los trabajadores, el encanto intenso que se desprendía de la naturaleza respiraban una fuerza, un poco brutal, pero bienhechora y joven que se reflejaba en el alma de Tomás y despertaba en él sentimientos confusos y nuevos, y vagos deseos. Instalado bajo una tienda de campaña, colocada en el puente, tomaba té en compañía de Efim y del empleado encargado de recibir el trigo por cuenta del Ayuntamiento, un hombre colorado, miope, con lentes y la espalda encorvada por una enfermedad nerviosa. Este contaba el hambre que habían sufrido los campesinos, pero Tomás le escuchaba distraídamente mirando ya á los trabajadores de cubierta, ya la orilla de enfrente muy alta, amarilla, que se terminaba por una rambra llena de pinos. Estaba desierta y silenciosa.

«Sería necesario ir allá», pensaba Tomás mientras que sonaba en sus oídos la voz del empleado municipal que parecía venir de lejos, desagradable y chillona:

—No acertaríais á creer en las atrocidades á que se ha llegado... Miren, un ejemplo: en la ciudad de Osse, un propietario recibe un día la visita de un campesino que le lleva una joven de diez y seis años.—«¿Qué quieres?»—«Pero no lo véis! dijo el campesino;—Excelencia os traigo á mi hija!—¿Para qué?»—«Tomadla; vos estáis soltero, señor!»—«Pero bueno, qué quieres? ¿Qué significa esto?»—Pues que

la he paseado por toda la población para encontrarle una colocación de criada, y como nadie la quiere, hacedla por lo menos vuestra querida!»—«¿Comprendéis? ¡Iba á ofrecerle á su hija como querida! ¡Su hija! ¡qué cosa más espantosa! ¿eh? El otro naturalmente, muy indignado, saltó sobre el campesino, le injurió, le amenazó... pero el campesino añadió, no sin razón: ¿Excelencia, de qué me sirve esta hija con los tiempos que corren? Completamente inútil... mientras que tres hijos que tengo... son futuros obreros... es necesario conservarlos... deme diez rublos por mi hija, yo me las aventuré con los muchachos... ¿Qué decis de eso? ¡Un horror!

—«Eso no está bien! suspiró Efim. ¡Se tiene razón cuando se dice que el hambre no es una madre!... Y el vientre tiene sus leyes propias.

Este relato despertó en Tomás un interés inexplicable, palpitante, por la suerte de la niña, y se puso á preguntar ansiosamente al empleado:

—¿Y bien, por último, la compró ó no?

—¡Naturalmente que no! exclamó el empleado con tono de reproche.

—¿Y qué se ha hecho de ella?

—Ha habido gente bastante buena que la han recibido en su casa...

—¡Ah! ¡ah! exclamó lentamente Tomás.

Y añadió acto seguido con firmeza y cólera:

—¡Yo sí que habría arreglado á ese campesino! ¡Le habría roto la cara!

Y extendía hacia el comisionado su puño formidable.

—¿Y por qué? exclamó con aire compasivo aquel, quitándose vivamente los lentes. ¿No habéis comprendido las causas?...

—Ya lo creo que las comprendo, dijo Tomás con testarudez.

—¿Qué iba á hacer? Le vino la idea...

—¿Y es qué se puede vender un sér humano?...

—¡Ah! Es un acto salvaje, bien cierto...

—Y una joven... Ya le habría yo dado diez rublos, ¡por vida del...

El comisionado hizo un gesto y se calló. Este gesto turbó á Tomás; se levantó de la mesa se aproximó al velamen y miró el puente de una de las barcas, donde hormigueaba una muchedumbre atareada. El rumor le enervaba y lo vago de su alma se precisó en un violento deseo de trabajar como aquellas gentes. Deseó tener una fuerza hercúlea y poder cargar en sus potentes espaldas una centena de sacos con gran admiración de todos.

—¡Vamos, que anden más de prisa! dijo con voz fuerte.

Varias cabezas se volvieron hacia él. Distinguió varios rostros, y uno de ellos, el de una mujer de ojos negros, le sonreía dulcemente. Esta sonrisa encendió una llama en su pecho, y como una onda de fuego, un flujo de sangre hirviente recorrió sus venas. Dejó la barandilla y volvióse á la mesa, con el rostro encendido.

—¡Oiga! le dijo el comisionado. Enviad un parte á vuestro padre para que se separe un poco de trigo para cubrir pérdidas. Mire cuanto se pierde, allí, cada libra es preciosa. Y eso es necesario comprenderlo. ¡Pero tenéis un padre! terminó con un gesto.

—¿Cuánto trigo querriais? preguntó Tomás con desprecio y altivez. ¿Cuatrocientas libras? ¿Ocho-cientas?

—¡Ochocientas!... ¡ah! ¡gracias! exclamó el comisionado confuso y alegre.—¡Si tenéis derecho!...

—Soy el amo, dijo Tomás con seguridad, pero os prohibo hablar así de mi padre y hacer gestos.

—Dispensad... y... no dudo de vuestros plenos poderes; os estoy reconocido, así como á vuestro señor padre... en el nombre de todas estas gentes, ¡en el nombre del pueblo!

Efim, completamente desorientado, miraba á su joven amo y sus labios se movían temblorosamente, mientras que Tomás escuchaba encantado el discurso que el comisionado soltaba con volubilidad al mismo tiempo que le estrechaba la mano.

—¡Ochocientas libras! ¡Eso es ser ruso, joven! Voy á anunciar en seguida á los campesinos el don que les hacéis. Vais á ver como os dan gracias.

Y gritó muy fuerte, con el cuerpo inclinado hacia adelante:

—¡Amigos míos! El patrón os da ochocientas libras...

—¡Mil! interrumpió Tomás.

—¡Mil libras! ¡oh! ¡gracias! ¡Mil libras de trigo, amigos míos!

El efecto fué mediocre.

Los campesinos levantaron la cabeza para bajarla de nuevo; después sin pronunciar una palabra, se pusieron á la tarea. Algunas voces se hicieron oír con cierta vacilación y como con disgusto:

—Te lo agradecemos... Que Dios te lo pague... Muchas gracias.

Una voz unió alegremente y con desahogo:

—¿Y qué es eso? Si nos dices un vaso de aguardiente, sería la verdadera merced, mientras que el trigo no es para nosotros, sino para el distrito...

—¡Bah! ¡No comprenden! exclamó el comisionado confuso. Voy allá á explicárselo.

Y desapareció.

Pero no era el sentimiento de los campesinos sobre su regalo lo que interesaba á Tomás. Veía los ojos negros de la mujer que le miraban de un modo extraño y agradable. Estos ojos se mostraban agradecidos, le atraían y le fascinaban. Esta mujer no estaba vestida como una campesina; llevaba zapatos, blusa de percal y una toca de seda en sus soberbios cabellos negros.

Menuda y ligera, sentada en una pila de tablas, anotaba los sacos, y subiendo á cada momento las mangas, dejaba su brazo desnudo hasta el codo y seguía sonriendo á Tomás.

—Tomás Ignatitch, dejó oír la voz de Efim cargada de reproches. ¡Verdaderamente que has estado demasiado generoso!... doscientas libras, como máximo, es lo que habías debido dar... ¡Temo mucho que esto no resulte un mal negocio para nosotros!

—¡Déjame en paz! dijo Tomás.

—¿Qué me importa? Pero como aun eres joven y me ha sido dada la orden de velar por tí, me expongo á recibir cachetes, por falta de vigilancia.

—Ya le diré á mi padre... ¡Cállate! dijo Tomás.

—Hágase tu gusto, y Dios te guarde; tú eres aquí el amo...

—¡Pues entonces!...

—Si te hablo, Tomás Ignatitch, comprenderás que no es sino en interés tuyo. Eres joven é inocente...

—¡Vaya! déjame tranquilo, Efim...

Efim suspiró y se calló. Tomás miraba aún á la mujer y pensaba:

—¡Si me trajesen una como esa para comprar!...

Su corazón latía con violencia. Virgen de cuerpo sólo conocía de relaciones íntimas entre el hombre y la mujer lo que había podido coger en conversaciones. Las conocía bajo nombres vulgares y groseros que excitaban en él una curiosidad intensa y malsana mezclada de rubor; su imaginación trabajaba obstinadamente pero no llegaba á hacerse una idea precisa.

En el fondo, no podía creer que estas relaciones fuesen verdaderamente tan sencillas y tan groseras como se le decía. Y cuando le aseguraban, burlándose de él, que eran realmente tales y no podían ser otras, tenía una sonrisa de duda y seguía convencido de que las relaciones con una mujer no tomaban forzosamente, y para todas, esta forma brutal.

Debía haber allí seguramente algo más puro, menos vulgar y también menos humillante para el hombre.

Y así, en el mismo momento, y mientras que admiraba á la linda obrera, Tomás sentía despertarse en él un deseo sensual; tenía vergüenza y miedo.

Efim á su lado le exhortaba sabiamente:

—Hete aquí en contemplación de una mujer... yo no puedo callarme. No la conoces, pero como se sonríe contigo, eres muy capaz, con tu juventud y tu carácter, de hacernos ver lo blanco negro... aunque para partir hiciésemos el camino á pie y dando gracias todavía si conservábamos los calzones...

—¿Qué te hace falta? dijo Tomás volviéndose bruscamente con la frente roja.

—A mí nada... Pero debes escucharme. Porque lo que es en mujeres, puedo con toda seguridad ser tu maestro... Es necesario, con una mujer, obrar muy sencillamente: ofrecerle de comer y de beber, en seguida regarla con dos botellas de cerveza y por último hacerle regalo de una pieza de veinte kopeks. Por este precio, ella te dará lo que existe mejor en su amor.

—Mientes abominablemente, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué yo miento? ¿Y cómo y por qué he de mentir, yo, que más de cien veces lo he hecho? Encárgame de tu comisión. Te haré entrar en relaciones en pocos minutos.

—¡Bah! dijo Tomás, cuya garganta se apretaba y cuya respiración era trabajosa.

—Entendido, te la traeré esta noche...

Y Efim le dejó, no sin echarle una sonrisa de aprobación.

Hasta la noche Tomás vivió como en un sueño, sin notar las miradas obsequiosas y los saludos respetuosos de los campesinos, instruidos por el comisionado.

Estaba conmovido y se sentía en pecado. A todos los que le dirigían la palabra, respondía con la humildad de un hombre que tiene algo que hacerse perdonar.

Entrada la noche, una parte de los obreros dejaron las barcas, otros se instalaron alrededor de un gran fuego que flameaba alegremente y se pusieron á preparar su comida.

En el silencio de la noche llegaban trozos de conversación. El resplandor del fuego caía sobre el río y simulaba manchas amarillas y rojas que, formando espejuelos en las aguas apacibles, se reflejaban en las ventanas de Tomás. Acucurrado en un rincón del sofá de cuero, esperaba. Ante él se veía una mesa servida: cerveza, aguardiente, pasteles y hors-d'œuvre. Había echado las cortinas y nada había encendido. La reverberación pálida del fuego penetraba á través de las cortinas; disminuyendo, después creciendo de nuevo, danzaban sobre la mesa las manchas caprichosas, en las botellas y en la pared del camarote. Todo estaba en silencio en el remolcador y las barcazas; sólo de la tierra llegaban voces inciertas y apenas se oía el ligero choque del agua contra los costados del buque... Tomás creía sentir cerca de él á alguno, oculto en la obscuridad y que le espiaba...

Pero he aquí que resuenan pasos en el puente de las barcazas... pasos pesados y precipitados, la pasarela choca en el agua con tono seco y desagradable... Tomás percibe la risa ahogada del capitán y su voz velada... Efin está en su puerta y habla con calma pero imperiosamente, como si diese, una consigna...

—¡Es inútil! iba á gritar Tomás.

Y ya había salido de su rincón, cuando en el mismo momento, la puerta del camarote se abrió y la alta silueta de una mujer se dibujó en el umbral.

Ella volvió á cerrar la puerta sin ruido y dijo dulcemente:

—¡Dios mío! ¡qué oscuro está esto!... ¿hay alguien?

—Sí, respondió Tomás, muy quedo.

—Buenas noches, entonces...

Y la mujer avanzó ligera.

—Voy á encender, dijo Tomás con voz entrecortada.

Pero volvió á caer en el canapé y se cobijó en el rincón.

—A fe mía, que también se está bien así... la vista se acostumbra y se ve en la misma obscuridad.

—Siéntese, dijo Tomás.

—Gracias...

Se sentó al otro extremo de la butaca. Tomás podía distinguir el brillo de sus ojos grandes, la sonrisa de sus labios carnosos y que no le pareció la misma sonrisa de antes; ahora era triste. Pero esta sonrisa le devolvió el valor. Respiraba más libremente mirando sus ojos, que se bajaban al encuentro de los suyos... No encontraba nada que decirle y se pasaron dos minutos en un silencio pesado y embarazoso. Ella lo rompió la primera.

—¿Debe V. aburrirse solo?

—Sí, respondió Tomás.

—¿Le gusta este país? prosiguió la mujer á media voz.

—Es hermoso. Los bosques son grandes.

Después un nuevo silencio.

—El río es quizás aun más hermoso que el Volga, dijo Tomás con esfuerzo.

—Yo he estado en el Volga.

—¿Dónde?

—En Simbirsk.

—Simbirsk, repitió Tomás como un eco, sintiendo de nuevo que no podía articular una palabra más.

Pero ella comprendió sin duda con quien tenía que habérselas, pues le preguntó bruscamente con tono burlón:

—Y bien, ¿no me ofreces nada?

—¡Sí, sí! dijo Tomás febrilmente. ¡En verdad, soy un tonto! Sentémonos á la mesa.

Hacia chocar todo en la obscuridad, tomaba las botellas unas por otras, las volvía á dejar y rela con aire inocente y confuso. Ella se había aproximado á él y miraba sonriendo su rostro y el temblor de sus manos.

—¿Te da vergüenza? murmuró ella de repente rozando con su boca la mejilla de Tomás.

Y él respondió, muy quedo:

—Sí.

Entonces ella colocó ambas manos en sus hombros y atrayéndole dulcemente hacia ella, se puso á murmurarle palabras ardientes:

—¡No tengas pudor... no es posible evitarlo, amor mío... lindo mío... me haces sufrir!...

Las lágrimas le ahogaban. Al son de esta voz su corazón se extasiaba en una deliciosa languidez. La cabeza apoyada en el seno de su compañera, la estrechaba en sus brazos y dejaba escapar palabras incoherentes, cuyo sentido ignoraba él mismo...

*
**

Algunos días más tarde, en el momento en que estaban las barcazas vueltas á cargar y el remolcador dispuesto á partir para Perm, Efim subió al puente, vió con gran asombro y desesperación venir una carreta con un baúl y muchos bultos encima de los cuales montaba la bella Pelagia.

—Manda á un grumete traer esos bultos, ordenó Tomás, haciendo con la cabeza una señal en dirección de la ribera.

Efim obedeció refunfuñando y preguntó en seguida, en voz baja:

—Pero ¿viene con nosotros?

—Conmigo, dijo secamente Tomás.

—Pues, claro... no con todos... ¡Oh! ¡Dios mío!

—¿A qué vienen esos suspiros?

—Pero... ¡Tomás Ignatich! ¡Que vamos á una gran ciudad! ¿No encontrarías allí de sobra como ella?

—¡Silencio! ¿Entiendes?

—¡Ah! Puedo callarme, pero eso no está en el orden.

—¿De qué?

—Es escandaloso. Nuestro barco es decente, bien mirado... y de repente una mujer. ¡Y qué mujer! Pero no, ella no tiene más que un nombre: es una ramera.

La frente de Tomás se plegó y dirigiéndose al capitán con tono iracundo y voz penetrante é imperiosa, recalcando cada palabra:

—Ten presente, Efim, dijo, tú y los demás: si alguna vez oigo una palabra injuriosa que se dirija á ella, os abro la cabeza con mi hacha.

—¡Qué horror! murmuró Efim incrédulo, mirando curiosamente el rostro de Tomás.

Pero en el mismo instante dió un paso atrás. El hijo de Ignat mostraba los dientes como un lobo, sus pupilas se dilataron y rugió:

—¡Que te vea yo reír! ¡Ya te enseñaré!...

Asustado Efim, le replicó á pesar de ello con dignidad:

—Aunque sea usted el amo, Tomás Ignatich, su padre me ha dicho: «¡Vigila, Efim!» Y lo que es á bordo, yo soy el capitán...

—¡Capitán! vociferó Tomás, temblando de cólera y pálido cual la muerte. Y yo ¿qué soy?

—Por consiguiente... no hay que gritar por tal fruslería... ¡Por una mujer!

Grandes manchas rojas cubrieron el rostro pálido de Tomás. Apretó los puños convulsivamente,

metió las manos en los bolsillos, y después repuso con voz ronca:

—¡Eres el capitán! Pues bien, una palabra más é irás al diablo. ¡A tierra! Solo con el piloto, soy bastante capaz de valerme... ¿Has comprendido? No tengo que recibir órdenes de ti... ¿Y qué?

Efim estaba consternado. Miraba al patrón, par padeando, turbado, sin encontrar qué contestar.

—¿Has comprendido? te pregunto.

—¡Comprendo, comprendo perfectamente! concluyó por decir. Pero ¿para qué tanto escándalo, después de todo? Por una...

—¡Silencio!

La expresión salvaje que cruzó por los ojos de Tomás, que la cólera desfiguraba, haciéndole otro, sugirió al capitán la buena idea de largarse lo más pronto posible. Dió media vuelta y se esquivó.

—¡Uff! ¡Me ha dejado helado! El fruto no cae lejos del árbol, murmuraba á regañadientes mientras atravesaba el puente.

Estaba furioso contra Tomás y se consideraba ofendido sin razón; pero tampoco dejaba de ser cierto que había sentido caer sobre él una mano de amo firme y segura. El, que desde hacía muchos años había estado acostumbrado á la sumisión, se complacía en sentir ésta potencia ejercerse sobre él y cuando entró en el camarote del piloto, con cierta satisfacción, contó la escena que acababa de pasar.

—¿Has visto? dijo concluyendo su relato. ¡De tal árbol tal retoño!... Sin embargo, al verlo, cualquiera diría que era un idiota. Vaya, bueno, es menester que se divierta... esto no tendrá consecuencias con su carácter. ¡Pero qué gritos me daba! Un trueno. Se erigió en amo, pero cómo, de un golpe... Exactamente igual que si hubiese apurado el poder y un rigor inflexible en alguna copa misteriosa...

Y Efim tenía razón: un cambio radical había so-

brevenido, en aquellos pocos días, en el carácter de Tomás. La pasión que repentinamente se había encendido en él le había hecho dueño de una mujer en cuerpo y alma, y ahora saboreaba con una voluptuosidad ardiente las delicias de la posesión.

Esta pasión lo había pulimentado. Desterrando todo lo que era primitivo, haciéndole parecer tonto y tardo, y habiendo destruído todo, le había infiltrado en el corazón un orgullo varonil, la conciencia de su personalidad humana. El amor de una mujer, sea como sea, es siempre fecundo para el hombre, aun cuando no aporte sino sufrimientos, pues éstos son también preciosos. Si el amor es un veneno violento para las almas enfermas, para las sanas es fuego que cambia al hierro en acero.

La pasión de Tomás por esta mujer que tenía treinta años y que en los brazos del joven festejaba el reverdecimiento de su juventud, no le hacía descuidar los negocios. Acudía al trabajo y al amor, dándose por entero á ambos. El amor de esta mujer, como un vino generoso, excitaba todas sus energías, y ella por su parte, bajo la caricia de sus besos juveniles, sentía volver á sus mocedades.

En Perm, Tomás cogió una carta. Su padrino le anunciaba que, aburrido, Ignat se había dado á la bebida, cosa muy peligrosa á su edad. También le aconsejaba arreglar los negocios lo más pronto posible y volver á casa. Este consejo inquietó á Tomás y entristeció la dicha en que su alma se explotaba; pero las caricias de Pelagia y los negocios disiparon bien pronto estas sombras. Su vida se deslizaba entonces rápida como un torrente y cada día le ofrecía impresiones nuevas, haciendo des-puntar en su sér nuevas ideas. Ella mostraba toda la fogosidad de una querida apasionada, con esta violencia de sentimiento particular á las mujeres cuya juventud se acaba y que beben las heces en la copa dorada de la vida.

Pero á veces, y esto intrigaba más á Tomás, dejaba vislumbrar otro sentimiento, igualmente violento, pero diferente: éste era cierto cariño material, deseo de preservar al niño querido de toda falta, de enseñarle el arte tan difícil de vivir. A menudo, por la noche, en el puente, cuando él la tenía estrechamente oprimida entre sus brazos, ella le decía, triste y dulce:

— Obedéceme como á una hermana mayor... Yo he vivido, conozco á los hombres... ¡He visto mucho en mi vida! Escoge tus amigos con prudencia, pues hay hombres contagiosos como enfermos. Nada te retiene en el primer instante; es un hombre como los demás y tú lo imitas sin desconfianza: después, es demasiado tarde cuando adviertes que su mal te ha contagiado. Todo lo perdí por una amiga... Tenía un marido... dos niños... vivíamos bien... mi marido era oficial en la escribanía...

Se calló y miró largo tiempo por encima del empalmetado la estela del navío, y después suspiró y continuó:

— ¡Sobre todo con mis iguales! ¡Que la santa Virgen te proteja! sé prudente. Eres muy tierno todavía; tu amor no está bastante traqueteado... Las mujeres son golosinas para hombres como tú, fuertes, hermosos, ricos... Desconfía sobre todo de las vírgenes á medias; son como los vampiros, caen sobre un hombre y le dejan sin sangre... continuando tan cariñosas y tan delicadas. Te chuparían hasta el último céntimo, pero sabrán ponerse á cubierto, te despedazarían el corazón y nada más... Busca más bien las que se muestran abiertamente, como yo. Esas son desinteresadas...

Ella era, en efecto, desinteresada. En Perm, Tomás le compró objetos de tocador. Estaba contentísima, pero, examinándolo todo, le dijo con interés:

— No tires así el dinero... tu padre se enfadará... Yo te quiero, ya lo sabes, sin regalos...

Desde hacía tiempo estaba convencido de que no pasaría de Kazán, donde tenía una hermana casada. Tomás no podía hacerse á esta separación. Y cuando la víspera de la llegada, ella le repitió su decisión, se puso sombrío y le suplicó no le dejase.

— No tengas penas antes de tiempo, dijo ella; tenemos aún una noche entera por nuestra. Cuando venga el momento del adiós, tú me sentirás... si eso te apena...

Pero él insistía, á pesar de todo, en que no partiese, y declaró por fin, como era de suponer, su intención de casarse con ella.

— He ahí lo que es aún mejor, dijo ella riendo francamente; ¿podría casarme contigo, á pesar de mi marido? Te quiero mucho, amor mío, pero sería demasiada comedia. ¿De modo que quieres casarte conmigo? Ya tendrás más de una querida... Cuando lo hayas visto todo, cástate... Yo he visto mucho: un hombre vigoroso no debe casarse temprano, por su propio reposo. Una sola mujer no le basta, corre tras otras... Si quieres ser dichoso, no tomes esposa sino cuando comprendas que una sola te basta.

Pero, cuanto más hablaba, más insistía Tomás en la voluntad obstinada de no separarse de ella.

— Escucha bien esto, decía la mujer con calma: Tienes una bujía encendida en la mano; cuando luzca... tirla al agua, y se apagará sin hacer humo ni quemarte los dedos...

— No comprendo lo que quieres decir.

— Debes comprender... Tú no me has hecho ningún mal y yo no te lo deseo... Por eso te dejo...

Es difícil saber cómo se hubiera terminado esta querrela si la casualidad no se hubiese puesto de por medio.

En Kazán, Tomás encontró un parte de su padre que decía lacónicamente: «Vente en seguida por el barco de pasajeros». El corazón de Tomás se oprimió dolorosamente y algunas horas después, de pie

en el puente, miraba, los ojos secos, los dientes apretados, pálido y descompuesto, el rostro de su bienamada que se alejaba poco á poco en la ribera.

Pelagia agitaba su pañuelo y sonreía siempre, pero él sabía que lloraba lágrimas amargas y ardientes. Sus lágrimas habían empapado la pechera de la camisa de Tomás y á él le parecía que un peso grandísimo y helado hubiese caído con ellas en su corazón torturado por la inquietud. La silueta de la joven disminuía gradualmente, confundíendose con la bruma, pero Tomás no podía apartar de ella su mirada. A la agonía que experimentaba por su padre, al sentimiento de dejar esta mujer, se mezclaba en su alma un sentimiento nuevo, violento y amargo. No podía definirlo, pero le parecía que alguien le había ofendido.

La muchedumbre que estaba allá abajo, en el muelle, no formaba más que una mancha oscura, informe, muerta, sin rostro ni movimiento... Tomás se separó de la plataforma y se puso á pasear á grandes pasos en el puente con aire lúgubre.

Los pasajeros charlaban con animación, instalándose para tomar el té, mientras que los criados se daban prisa á colocar los cubiertos. Abajo, en las terceras, un niño reía, confundiendo su voz clara con las notas roncadas de un armonium y con el choque de vajilla de la cocina. Y durante este tiempo la enorme masa del buque avanzaba rápidamente en contra de la corriente, partiendo la cresta espumosa de las olas con un ronquido terrible y sacudido por el esfuerzo potente de su máquina.

Tomás miraba las burbujas que hacía el agua herida por la proa del barco, y las ondas que se lanzaban furiosas á babor y estribor. El también se sentía poseído del deseo de herir algo, de presentar su pecho desdado á la corriente, su pecho y sus hombros como una proa viviente que cortaría el agua...

—¡El destino! dijo á su mismo lado una voz enronquecida.

Esta palabra le era familiar. Su tía Antheisa la ponía como solución á muchas de las preguntas que él hacía, y esta palabra tan corta evocaba en su alma la imagen de la fuerza, de una fuerza igual á la de Dios. Miró á los que charlaban: uno era un viejo canoso, de rostro venerable, y el otro, más joven, de grandes ojos fatigados y perilla. Contemplando su larga nariz y sus mejillas pálidas y demacradas, Tomás pensó involuntariamente en su padrino.

—¡El Destino! repitió el viejo, repitiendo la exclamación de su interlocutor, y sonrió. El Destino en la vida representa lo que el pescador en el agua: lanza en el torbellino humano un anzuelo bien apetitoso y en el acto el hombre cae sobre él, la boca abierta, ávido: hele cogido... Ya puede revolverse y darse contra las piedras; nada adelanta. Cuando se va á mirar, se ve que su corazón está despedazado. ¡Así es, señor!

Tomás cerró los ojos como cegado de repente por un rayo de sol, y dijo en voz alta:

—Exactamente. ¡Eso es!

Los dos que conversaban le miraron atentamente. El viejo con una leve é inteligente sonrisa, el otro con animosidad y como se suele decir gráficamente por encima del hombro. Turbado, Tomás se alejó reflexionando siempre en el Destino y presa de una gran perplejidad: ¿para qué haberle colmado, haciéndole don de una mujer, si era para volvérsela á quitar, momentos después, brutalmente? Y entonces comprendió el sentimiento de ofensa cruel que por ello sufría, comprendió el rencor que sentía contra el Destino que se burlaba de él. Era demasiado niño y consentido para soportar sin dolor esta primera gota de veneno caída en su copa aun llena.

Pasó el resto del viaje sin dormir, mecido por la tristeza. Esta tristeza aumentaba de día en día y se transformaba no en un recuerdo doloroso, sino en una manifestación odiosa.

Tomás encontró á Maiakín que le esperaba en el muelle. Mientras se instalaban on el coche, á las preguntas inquietas de su ahijado respondió haciendo brillar sus verdes ojos:

— ¡Tu padre ha perdido la cabeza!...

— ¿Bebe?

— ¡Aun peor... está loco!

— ¡Oh! ¡Dios mío! pero hablad.

— ¿Comprendes? una mujer le ha calentado los cascós...

— ¿Y bien?... dijo Tomás recordando á Pelagia y experimentando una alegría inexplicable.

— Se ha liado con él, y le chupa la sangre.

— ¿Decente?

— ¡Decente! Si es una mujer sin principios, un incendio, que le ha comido ya setenta y cinco mil rublos como nada.

— ¡Bah! ¿Y quién es?

— Sofka Medinskaia, la mujer del arquitecto...

— ¡Dios mío! Ella... ¿Acaso mi padre?... ¿Sería su querida? preguntó Tomás dulcemente, desvanecido.

Su padrino se alejó unos pasos, abrió los ojos y le dijo con tono persuasivo, mientras que su rostro tomaba un aire cómico:

— ¡Pero estás loco, tú también... A fe mial ¡Vuelve en tí! A los sesenta y tres años, es que aún se tienen queridas y á ese precio. ¿Qué tienes? Ya le contaré á Ignat...

A estas palabras Maiakín soltó una carcajada que sonó como un sollozo, y su perilla tembló desagradablemente. Sólo á fuerza de dificultades es como Tomás pudo saber algo. El viejo, que comunemente hablaba con moderación, estaba nervioso y

excitado. Cortaba sus frases por monosílabos y escupitinas. Por último Tomás llegó á comprender que Sofia Pavlovna Medinskaia, la mujer de un rico arquitecto, conocida en toda la ciudad por su celo infatigable en la organización de obras de beneficencia, había obtenido de Ignat setenta y cinco mil rublos para la fundación de un asilo de noche y de una biblioteca popular. Ignat habíase desprendido del dinero y los periódicos se deshacían en elogios á su generosidad.

Tomás habíase encontrado más de una vez á esta mujer en la calle. Era pequeña y él sabía que pasaba por una de las más lindas de la población, pero que se murmuraba mucho sobre su conducta.

— ¿Y es eso todo? dijo él cuando su padrino hubo terminado. Yo pensaba Dios sabe cuántas cosas...

— ¿Tú? Tú te imaginabas... dijo Maiakín incomodándose de repente. ¡Tú no te imaginabas nada, gran bobo!

— ¿Pero, por qué gritáis? dijo Tomás sorprendido.

— Vamos á ver, di: ¿setenta y cinco mil rublos es una buena cantidad, según tú?

— Sí, dijo Tomás después de haber reflexionado.

— ¿Entónces?

— Sí, pero mi padre es muy rico... ¿qué decís á eso?

Maiakín tembló, arrojó una mirada de desprecio al joven y dijo con voz debil:

— ¿Eres tú, quién habla?

— ¡Ya lo creo! ¿Quién queréis que sea?

— Mientes. ¡Es tu tonta juventud quien habla! Sí. Mientras que mi vieja experiencia, que la vida ha puesto á prueba más de un millón de veces, te dice: «No eres más que un perro joven y no es aún hora de alzar el gallo!»

El modo figurado de hablar de su padrino tenía el don de exasperar á Tomás. Maiakín se había siempre mostrado más rudo que su padre; pero en

este momento se sintió realmente ofendido por el viejo y le replicó con tono firme, aunque comedido:

—No deberíais vociferar para nada. Yo no soy ya un niño.

—¿Es posible? exclamó Maiakín, elevando las cejas y considerándole con socarronería.

A estas palabras Tomás se conmovió. Le miró derecho en los ojos y pronunció recalcando:

—Os digo que no quiero oír más vuestras injurias, que no merezco. Y ya basta.

—¡Hum! ¿es así?... ¡Pide perdón!

Jacob Tarasovitch movió los labios, se volvió hacia su ahijado y no dijo nada durante algunos segundos.

El coche entró en una callejuela estrecha y dando vista á la casa paterna, Tomás hizo involuntariamente un movimiento en aquella dirección. Al mismo tiempo, su padrino le preguntó con una sonrisa maliciosa y tierna:

—¡Thomka! ¡dime ahora quién has afilado tus dientes! ¿Eh?

—¿Son puntiagudos? preguntó Tomás encantado de la nueva faes en que entraba la conversación.

—No mal... ¡Pero está bien, amigo mío, está muy bien! Temíamos tu padre y yo que salieses un mandria... ¿Has aprendido también á beber aguardiente?

—Ya bebi...

—¡Temprano!... ¿mucho?

—¿Por qué, mucho?

—¿Está bueno?

—No mucho.

—¡Bien!... Todo eso no es malo... Solamente, eres demasiado franco... dispuesto á confesar tus pecados todos y á cada momento hay cosas que se deben callar: se satisface á los hombres y no se comete pecado... Sí. Nuestra lengua es muy raramente discreta. Pero hemos ya llegado. Ten cuidado,

tu padre no sabe nada de tu regreso... ¿Está él solo en su casa?

Allí estaba: por las ventanas abiertas de par en par se escapaban sus risotadas, algo veladas. El rumor del coche ante la puerta atrajo á Ignat hacia la ventana y exclamó gozoso, á la vista de su hijo:

—¡Ah! ¡Aquí está!

Un instante después, estrechaba á Tomás contra su pecho. La mano puesta en su frente, le echaba la cabeza un poco para atrás para mejor verle y sus ojos brillaban de satisfacción.

—¡Oh!... ¡muy bien... bravo! Ved, señora. ¿Es hermoso mi hijo?

—No es feo... respondió una voz dulce y clara.

Tomás miró por encima del hombro de su padre y percibió, sentada en un rincón de la habitación, de codos sobre la mesa, una mujercita con lindos cabellos rubios. En su rostro pálido se destacaban grandes ojos negros, cejas bien modeladas y labios carnosos y rojos. Detrás de la butaca, una planta extendía sus anchas hojas por encima de esta cabeza menuda, guarnecida de oro.

—¡Felicidades, Sofía Pavlovna! decía Maiakín humildemente, aproximándose á ella con la mano extendida. Nos hacéis siempre pagar contribuciones á nosotros, pobres diablos.

Tomás la saludó silenciosamente, sin prestar la menor atención ni á su respuesta ni á las palabras de su padre. Sin embargo, ella le miraba fijamente, con sonrisa afectuosa y franca. Su cuerpo ligero é infantil, envuelto en un tejido de color oscuro, se confundía casi con el terciopelo de la butaca, y su rostro pálido aureolado de cabellos de oro se destacaba como mancha luminosa en aquel fondo sombrío. Colocada así en el rincón bajo la planta verde, se parecía en conjunto á una flor y á una imagen santa.

Los ojos de la Medinskaia se bajaron, sus mejillas enrojecieron ligeramente y su risa vibró como una campanilla de plata. Se levantó y dijo:

—No quiero incomodaros, ¡hasta la vista!

Cuando pasó delante de Tomás, de sus pasos menuditos dejó un rastro perfumado y notó que sus ojos eran de un azul oscuro y sus cejas negras.

—¡Ya se fué la carpa! dijo á media voz Maiakín, acompañándola con su mirada de odio.

—¡Vaya, cuéntanos tu viaje! ¿Has gastado mucho dinero? decía Ignat, conduciendo á su hijo á la butaca que acababa de dejar la Medinskaia.

Tomás miró con desprecio esta butaca y tomó otra.

—¿Es linda la pieza, eh? decía irónicamente Maiakín, mirando á Tomás con sus ojos penetrantes. Abre la boca en su presencia, y te engullirá de un golpe.

Tomás se sobresaltó y sin responderle se puso á contar á su padre los pormenores del viaje. Pero Ignat le interrumpió, bien pronto.

—Espera que te sirvan cognac.

—Tú no haces más que beber, según dicen, replicó Tomás en tono de reproche.

Ignat le miró con sorpresa y preguntó:

—¿Es que se habla así á un padre?

Tomás, confuso, bajó la cabeza.

Maiakín los miró á los dos, suspiró, se despidió y los invitó á venir aquella misma noche á tomar el té en su jardín.

—¿Dónde está la tía Antheisa? preguntó Tomás sintiéndose de repente inquieto frente á frente de su padre.

—Se ha ido al convento... Vamos, cuenta... yo voy á beber...

En pocas palabras Tomás puso á su padre al corriente de los negocios y terminó por la franca confesión de sus gastos.

—He gastado mucho dinero en mí...

—¿Cuánto?

—Seiscientos rublos... poco más ó menos.

—¡En un mes y medio es mucho, en efecto! Veo que me sales caro como viajante. ¿En qué lo has invertido?

—He regalado mil libras de trigo...

—¿A quién?... ¿Cómo?...

Tomás contó la cosa.

—¡Hum! ¡no está mal eso! aprobó el padre. Es obrar con largueza... El asunto es claro... El honor de tu padre, el honor de la casa. Esto no es una pérdida... puesto que da fama y eso, mira, es el mejor reclamo en el comercio. ¿Y además?

—No sé... se ha ido...

—Habla francamente... no te pido el dinero, quiero saber sólo como te has portado, insistía Ignat, tratando de ver el interior de su pensamiento, con aire severo.

Pero Tomás, la cabeza baja, no sabía qué decir:

—He bebido... he comido...

—¿Has bebido? ¿Aguardiente?

—También...

—¡Ah! ¿no es, quizás, demasiado pronto?

—Puedes preguntar á Efm si me he emborrachado.

—¿Para qué hay que preguntar á Efm? Debes de decírmelo tú todo. Así ¿bebes? No me gusta eso...

—Puedo también dejar de beber...

—¿Qué tomas? ¿Quieres cognac?

Tomás miró á su padre y le sonrió alegremente. Ignat le respondió también con una sonrisa amigable.

—¡Qué diablo! Bebe, pero no descuides los negocios... El borracho traga vino y se despierta en seguida, mientras que el imbécil... admitamos esto para consolarnos. ¿Te has ido de muchachas? Vamos habla francamente... no te pegaría ¡bah!

«Dejo toda mi fortuna mobiliaria é immobiliaria á mi hija Liubov». Es cierto que existe el parentesco, pero ya arreglaríamos eso.

—¡No importa, declaró Tomás con tono decidido, no me casaré con ella!

—Es demasiado pronto para discutir eso... Pero ¿por qué no te agrada, en el fondo?

—No me gusta esa clase de mujeres.

—¡Vayal... Diga entonces el señor, ¿cuál es la clase que os gusta?

—Aquellas que son sencillas... Ella está siempre entre estudiantes y libros, es demasiado sabia para mí... Se burlaría de mí, decía Tomás agitado.

—Eso es verdad. Está demasiado emancipada... Pero esto no es grave... mano firme y cuestión de tiempo... Tu padrino es un viejo inteligente. Ha llevado una existencia sedentaria, tranquila, ha tenido mucho tiempo para meditar, merece ser escuchado, ve en seguida el pro y el contra de los negocios... Es nuestro aristócrata, su familia data de nuestra madre la gran Catalina... ¡ja! ¡ja!... tiene una alta opinión de sí mismo, y como su sangre desaparece con Taras, ha decidido ponerte en su lugar. ¿Comprendes?

—¡Gracias! me gusta más escoger por mí mismo, mi lugar, respondió Tomás testarudo.

—¡Aun sigues hecho un tonto! replicó Ignat, sonriendo á estas palabras.

La conversación fué interrumpida por la llegada de la tía Antheisa.

Al otro lado de la puerta se oía su voz alegre:

—¡Tomás, hijo mío, ya de vuelta!

Tomás fué á su encuentro con una sonrisa afectuosa.

Y su vida siguió de nuevo su curso regular monótono como en el pasado. De nuevo la Bolsa y las lecciones de su padre. Pero, aunque conservaba en las conversaciones con su hijo un tono de bondad

burlesca, Ignat le trataba con más severidad. Era exigente aun en lo más insignificante y le recordaba constantemente que lo había educado en plena libertad, sin contrariarle, ni pegarle.

—Otros padres os pegan con palo mientras que yo no te he tocado ni con la punta del dedo...

—¡Hace falta creer que no teníais razones para hacerlo! declaró un día Tomás muy tranquilo.

Estas palabras y el tono con que fueron dichas pusieron á Ignat colérico.

—¡Tiene que ver! gruñó. Eres atrevido... Respondes á todo... ¡Ten cuidado! Mi mano es muy dulce, pero puede apretar y hacerte brotar lágrimas de los talones... Has crecido mucho... Como una seta venenosa, apenas salido de tierra, ya hueles mal...

—¿Por qué te enfadas conmigo? le preguntó Tomás un día que estaba de buen humor.

—No puedes sufrir que tu padre te grufía, replicas en seguida...

—¡Porque es humillante!... No soy peor que antes... y veo la conducta de los jóvenes a mi edad...

—No te morirás, ¿verdad? si te digo algunas tonterías de cuando en cuando... Y si gruñó es porque veo en tí algo que no tienes de mí... lo que es no lo puedo precisar, pero lo veo y también que te ocasionará disgustos.

Estas palabras sepultaron á Tomás en una profunda meditación. El se daba cuenta que algo especial le diferenciaba de sus camaradas, pero tampoco podía precisar lo que era. Y se observaba con desconfianza.

Le gustaba ir á la Bolsa y mezclarse en la muchedumbre bulliciosa y agitada de aquellas gentes severas que tramaban negocios por millones. El respeto con que trataban á Tomás Gordeieff, el hijo del millonario, gentes de menor importancia, halagaba su amor propio. Se sentía orgulloso y dichoso, cuando habiendo tomado la iniciativa de una deci-

sión cualquiera en un negocio de su padre, obtenía una sonrisa de aprobación. Muy ambicioso y cesando aparecer un hombre maduro y serio, continuaba viviendo en la soledad, ni más ni menos que antes de su viaje á Perm, y no experimentaba ninguna necesidad de crearse amigos, aunque á menudo encontrase á los hijos de otros traficantes, jóvenes de su misma edad. Ellos le invitaban con frecuencia á sus diversiones, pero él rehusaba siempre brutal y desdeñosamente y les decía, sonriendo:

—¡Tengo miedo!... Vuestros padres sabrían vuestra conducta, os pegarían y yo podría también atrapar algunos golpes.

Lo que le desagradaba, era ver que se divertían y hacían orgías á hurtadillas, con dinero quitado de la caja paterna ó bien prestado contra letras á largo plazo y á un interés usurario.

Ellos no le querían tampoco, á causa de su frialdad desdeñosa, donde veían un orgullo que les rebajaba. El no osaba hablar con sus amigos porque temía le tomasen por tonto y poco entendido en los negocios.

La imagen de Pelagia se le representaba á menudo, y en esos momentos, su corazón se oprimía dolorosamente. Pero poco á poco el tiempo pasaba sobre esta imagen y borraba sus frescos colores; insensiblemente su lugar vino á ser ocupado por la figura menuda y angélica de la medinskaia. Todos los domingos iba á casa de Ignat, so pretexto de diversas obras de caridad, pero, en realidad, únicamente con el fin de activar la construcción de su asilo. En su presencia Tomás se sentía torpe y pesado. Eso le contrariaba, y bajo la mirada afectuosa de Sofía Pavlovna, su rostro se cubría de un tinte rojizo. El había notado que cada vez que ella lo miraba, sus ojos se ponían más sombríos y el labio superior subía, dejando al descubierto una fila

de pequeños dientes blancos. Esto le aterraba. Su padre un día sorprendió las miradas con que acechaba á la Medinskaia y le dijo:

—No mires tanto ese rostro. ¡Ten cuidado! es parecida al carbón de abedul: es negro, pulimentado, inofensivo al exterior, y si vas á cogerlo, te quemarás.

La Medinskaia no despertaba en él ningún sentimiento sensual; no se parecía en nada á Pelagia y no tenía nada de común con las otras mujeres. Conocía las historias escandalosas que sobre ella circulaban y no creía una palabra. Modificó, sin embargo, su manera de ser el día en que la encontró en coche al lado de un grueso señor, con un sombrero gris y largas mechas de cabellos abandonadas sobre los hombros.

El rostro de aquel era rojo y abotagado como una vejiga; no tenía barba ni bigote y se parecía á una mujer disfrazada... Tomás supo que era su marido... Aquel encuentro hizo germinar en él sentimientos oscuros y contradictorios; hubiese querido insultar al arquitecto y al mismo tiempo experimentaba por él un respeto mezcla de envidia. A partir de este momento la Medinskaia le pareció menos seductora, pero más accesible: la compadecía y se decía con fatuidad;

«Debe estar descorazonada, cuando él la bese...»

Pero todo esto no era más que superficial. En el fondo de su sér, sentía un vacío inmenso y abrumador que nada podía rellenar, ni las impresiones del día ni los recuerdos del pasado. La Bolsa, los negocios, los sueños de la Medinskaia, todo se perdía en aquel abismo. Se inquietaba: en las oscuras profundidades del abismo que llevaba en sí, sospechaba una fuerza invencible y hostil, informe todavía, pero que tendía ya con obstinación y prudencia á tomar cuerpo.

Ignat cambiaba poco exteriormente; sólo que cada

día estaba más agitado, más gruñón y se quejaba de los infortunios.

—He perdido el sueño, yo, que antes dormía tan bien que me habrían despellejado sin despertarme; ahora me vuelvo y me revuelvo toda la noche y apenas si me duermo cuando amanece. Después me despierto á cada instante... mi corazón late irregularmente, ya como el de una bestia perseguida: toc, toc, toc... Ya se detiene... diríase que se suelta y que va á caer en algun abismo insondable de mi ser. ¡Perdóname, Señor, en tu gran misericordia!

Y suspiraba entristecido, levantando al cielo los ojos turbados en que la vida y el brillo estaban ya apagados.

—La muerte me acecha, está muy próxima, decía él sombrío y resignado.

Tenia razón, pues bien pronto echó por tierra su cuerpo potente de atleta.

Esto tuvo lugar un día del mes de Agosto, muy de mañana. Tomás dormía profundamente, cuando se sintió sacudido por el hombro y una voz ronca murmuró á su oído:

—Levántate..

Abrió los ojos y percibió á su padre, sentado en una silla al pie de la cama, que repetía con voz sorda:

—Levántate, levántate...

Los primeros rayos del sol penetraban en el cuarto y esparcía por todas partes, sobre la blancura de las sábanas, sobre la camisa de Tomás, su tinte aun sonrosado.

—¡Es muy temprano! dijo Tomás estirándose.

—Bueno, ya dormirás más...

Tomás se envolvió perezosamente en las sábanas y preguntó:

—¿Quieres algo?

—¡Levántate, amigo, te lo suplico! exclamó Ignat.

Y añadió con desaliento:

—Es urgente, puesto que te despierto...

Examinando á su padre, Tomás percibió su tinte terroso y fatigado.

—¿No está bien?

—No.

—¿Quieres el médico?...

—¡Déjale! exclamó Ignat con un gesto. Ya no soy joven... Yo mismo sé...

—¿Qué?

—¡Yo sé, te digo! exclamó el viejo misteriosamente.

Y miró alrededor de él vagamente. Tomás se vestía. Su padre, con la cabeza baja, decía lentamente:

—Tengomiedo de respirar... Tengo la idea de que, si aspiro, en este momento mi corazón estallará... Es domingo hoy. Después de la primera misa, haz buscar al sacerdote...

—¿Qué tienes, papá? preguntó Tomás ensayando sonreír.

—Nada. Lávate y baja al jardín. He hecho llevar allí la tetera... Tomaremos el te de mañana. Anda de prisa...

El viejo se levantó penosamente de su asiento, y encorvado, dejó la habitación, con los pies desnudos, andando con paso incierto. Tomás le seguía con la mirada y un terror helado le oprimió el corazón. Se echó de prisa agua por el rostro y bajó precipitadamente al jardín.

Allí encontró á su padre sentado en una butaca, bajo un frondoso manzano. La luz del sol se filtraba por entre las hojas del árbol y alumbraba la forma blanca del viejo vestido con su camisa de dormir. El silencio del jardín era tan completo, que el rumor ligero de una rama muerta, que cayó al lado de Tomás, le pareció un gran ruido y le sobresaltó. Colocada en una mesa ante su padre, la tetera roncaba como un gato viejo y enviaba al aire una columnita de vapor. En medio de la paz y fresca

verdura del jardín, que una lluvia abundante había lavado la vispera, la mancha brillante y descarada de aquel cobre radiante le pareció inútil fuera de su sitio; no se armonizaba ni con el medio ni con la hora ni con el sentimiento que acababa de nacer en él á la vista del viejo encorvado, enfermo, completamente blanco, sentado, solitario bajo el dosel sombrío y luciente del follaje inmóvil, donde se ocultaban las rojas manzanas.

—Siéntate, dijo Ignat.

—¿Y si se enviase á buscar al médico?... le propuso su hijo indeciso, tomando una silla frente á él.

—Es inútil... El aire me reconforta... Voy á beber un poco de te; así me mejorará mucho...

E Ignat se puso á servir el te en los vasos. Tomás veía que la tetera temblaba en sus manos.

—Bebe...

Tomás cogió su vaso, é inclinado, soplando para hacer caer la nata esparcida en la superficie del té, escuchaba, con el corazón oprimido, la respiración entrecortada y vacilante de su padre.

De repente algo cayó sobre la mesa con tal ruido, que toda la vajilla tembló.

Tomás, sobresaltado, levantó la cabeza y halló la mirada asustada, casi aterrada de su padre. Ignat miraba á su hijo y murmuró en un espasmo:

—¡Una manzana ha caído.. qué jaleo! Diríase que era un tiro, ¿eh?

—¿Y si pusieras un poquito de cognac en tu té? propuso Tomás.

—Está bien así...

Se callaron. Una bandada de gorriones pasó por encima, llenando el aire de gritos alegres. Y la paz solemne de la naturaleza en plena vida envolvió de nuevo al jardín. El espanto se veía siempre en los ojos de Ignat.

—¡Jesús! decía á media voz santiguándose con fervor. Si, ¡llegó la última hora de la vida!...

—¡Pero, papá! murmuró Tomás.

—¿Qué? Concluiremos el té, después enviarás á alguno á buscar al padre y al padrino...

—Yo preferiría en seguida...

—Van á tocar á misa ahora, el sacerdote no está allí... y además no urge aun... se mejorará, quizás.

Y aproximó la taza á sus labios y empezó á beber con estrépito su té.

—Tendría necesidad aun de vivir un año ó dos... Eres bastante joven... y tengo mucho miedo por tí... Vive honesta y firmemente... no envidies el bien del prójimo y conserva el tuyo...

Hablaba con dificultad, se detuvo y se frotó el pecho con la mano.

—¡No cuentes con los hombres!... ¡no esperes mucho!... Todos vivimos para tomar, no para dar... ¡Oh Dios mío, perdóname, pecador de mí!

A lo lejos la primera campanada cayó en el silencio de la mañana Ignat y su hijo se santiguaron tres veces..

Esta primera llamada fué seguida de una segunda, después de una tercera y en seguida el aire se llenó de sonidos de campanas, que llegaban de todas partes, sonidos lentos, iguales, invitando con instancia á los fieles al oficio.

—Ahora tocan á misa, dijo Ignat siguiendo atentamente el sonido del bronce. ¿Distingues las campanas por sus voces?

—No, le respondió Tomás.

—Escucha bien... Esta... escucha... tan profunda, es de San Nicolás... un don de Pedro Mitritch Viagine... esta es de Praskeve Piat Nitza...

Las ondas sonoras llenaban de vibraciones el aire que estaba saturado é iban á perderse dulcemente en el azul del cielo. Tomás contemplaba con mirada desolada el rostro de su padre, y vió sus ojos animarse y perder su expresión angustiada...

Pero de repente la faz del anciano tomó un tinte

rojo violáceo, las pupilas se dilataron y salieron de sus órbitas los ojos, se abrió la boca y se escapó un sonido especial, un silbido ronco:

—Pff...chchch...

Después la cabeza rodó sobre uno de sus hombros y todo su cuerpo pesado se deslizó lentamente á tierra, como si la tierra lo hubiese atraído misteriosamente á sí. Durante algunos segundos Tomás quedó en silencio é inmóvil, con la vista llena de espanto y terror, fija en su padre, y después se precipitó sobre el cuerpo, levantó la cabeza de Ignat y miró su rostro. Este rostro estaba sombrío, inmóvil, y los ojos grandes abiertos no expresaban nada, ni terror, ni sufrimiento, ni alegría... Tomás miró á su alrededor. Sus manos temblaron, y la cabeza de su padre cayó á tierra con un ruido sordo..

Un hilillo de sangre negra y viscosa salió de la boca abierta y corrió á lo largo de la mejilla...

Tomás se golpeó violentamente el pecho, y arrojado ante el cadáver, exhaló un grito salvaje y desgarrador. Sacudido por el espanto, sus ojos huían buscaban siempre aún á en el desierto jardín...

IV

La muerte de su padre abismó á Tomás en un estado de estupor. Gran número de conocidos se agitaban á su alrededor. No lloraba, no se desconsolaba, no pensaba en nada.

Maiakin se ocupó del entierro.

Maiakin instaba á Tomás que llorase, como un alivio del alma, pero estos discursos no despertaban ningún eco en el cerebro ó en el corazón de Tomás.

El día del entierro volvió en sí de su abstracción. El cielo estaba cubierto y el día gris.

Detrás del ataúd se movía, como una larga cinta, una muchedumbre inmensa, y en medio de la nube de polvo que levantaron, brillaba el oro de los há-

bitos sacerdotales. Tomás era empujado por todos los lados. Andaba sin ver nada, excepto la cabeza blanca de su padre. Maiakin conducía el convoy, le hablaba al oído.

—Mira cuánta gente... el gobernador, el alcalde, todo el Ayuntamiento, y detrás de tí, mira, Sofia Pavlovna... La villa entera ha querido honrar á tu padre...

Tomás, que no prestaba atención, oyendo el nombre de Sofia se volvió, involuntariamente y su mirada fijóse en el gobernador. Una ligera satisfacción, como una gota de rocío, dilató su corazón ante este personaje tan importante...

Tomás volvióse de nuevo y sus ojos se encontraron con los de la Medinskaia. Su mirada acariciadora le arrancó un suspiro y se sintió aliviado...

Cuando en la iglesia oyó la llamada conmovedora: «Vamos, hermanos míos, daos el último beso», de su pecho se escapó un sollozo parecido á un rugido y la muchedumbre fué sacudida por este grito terrible...

Vaciló y habría caído si su padrino, cogiéndole por un brazo, no le hubiese empujado hacia el féretro, cantando bastante alto y con cólera: «Besad en la frente á aquel que fué con nosotros... besa, Tomás, besa, está en el ataúd... cubierto de la lápida... Parte para la eternidad, está enterrado...»

Tomás tocó con sus labios la frente de su padre y se echó atrás con horror.

—¡Cuidado! Me ha faltado poco para caer... dijo á media voz Maiakin. Y aquellas palabras tan naturales sostuvieron á Tomás mejor que lo hiciera su padrino.

—«Cuando me veáis reposar inmóvil y mudo, lloradme, hermanos y amigos míos...» suplicaba Ignat por voz de la iglesia.

Pero su hijo no lloraba. El rostro negro y abotagado de su padre dábale espanto.

rojo violáceo, las pupilas se dilataron y salieron de sus órbitas los ojos, se abrió la boca y se escapó un sonido especial, un silbido ronco:

—Pff...chchch...

Después la cabeza rodó sobre uno de sus hombros y todo su cuerpo pesado se deslizó lentamente á tierra, como si la tierra lo hubiese atraído misteriosamente á sí. Durante algunos segundos Tomás quedó en silencio é inmóvil, con la vista llena de espanto y terror, fija en su padre, y después se precipitó sobre el cuerpo, levantó la cabeza de Ignat y miró su rostro. Este rostro estaba sombrío, inmóvil, y los ojos grandes abiertos no expresaban nada, ni terror, ni sufrimiento, ni alegría... Tomás miró á su alrededor. Sus manos temblaron, y la cabeza de su padre cayó á tierra con un ruido sordo..

Un hilillo de sangre negra y viscosa salió de la boca abierta y corrió á lo largo de la mejilla...

Tomás se golpeó violentamente el pecho, y arrojado ante el cadáver, exhaló un grito salvaje y desgarrador. Sacudido por el espanto, sus ojos huían buscaban siempre aún á en el desierto jardín...

IV

La muerte de su padre abismó á Tomás en un estado de estupor. Gran número de conocidos se agitaban á su alrededor. No lloraba, no se desconsolaba, no pensaba en nada.

Maiakin se ocupó del entierro.

Maiakin instaba á Tomás que llorase, como un alivio del alma, pero estos discursos no despertaban ningún eco en el cerebro ó en el corazón de Tomás.

El día del entierro volvió en sí de su abstracción. El cielo estaba cubierto y el día gris.

Detrás del ataúd se movía, como una larga cinta, una muchedumbre inmensa, y en medio de la nube de polvo que levantaron, brillaba el oro de los há-

bitos sacerdotales. Tomás era empujado por todos los lados. Andaba sin ver nada, excepto la cabeza blanca de su padre. Maiakin conducía el convoy, le hablaba al oído.

—Mira cuánta gente... el gobernador, el alcalde, todo el Ayuntamiento, y detrás de tí, mira, Sofia Pavlovna... La villa entera ha querido honrar á tu padre...

Tomás, que no prestaba atención, oyendo el nombre de Sofia se volvió, involuntariamente y su mirada fijóse en el gobernador. Una ligera satisfacción, como una gota de rocío, dilató su corazón ante este personaje tan importante...

Tomás volvióse de nuevo y sus ojos se encontraron con los de la Medinskaia. Su mirada acariciadora le arrancó un suspiro y se sintió aliviado...

Cuando en la iglesia oyó la llamada conmovedora: «Vamos, hermanos míos, daos el último beso», de su pecho se escapó un sollozo parecido á un rugido y la muchedumbre fué sacudida por este grito terrible...

Vaciló y habría caído si su padrino, cogiéndole por un brazo, no le hubiese empujado hacia el féretro, cantando bastante alto y con cólera: «Besad en la frente á aquel que fué con nosotros... besa, Tomás, besa, está en el ataúd... cubierto de la lápida... Parte para la eternidad, está enterrado...»

Tomás tocó con sus labios la frente de su padre y se echó atrás con horror.

—¡Cuidado! Me ha faltado poco para caer... dijo á media voz Maiakin. Y aquellas palabras tan naturales sostuvieron á Tomás mejor que lo hiciera su padrino.

—«Cuando me veáis reposar inmóvil y mudo, lloradme, hermanos y amigos míos...» suplicaba Ignat por voz de la iglesia.

Pero su hijo no lloraba. El rostro negro y abotagado de su padre dábale espanto.

Pronto los amigos rodeáronle compadeciéndole. Su padrino le deslizó al oído:

—Nota como todos te adulan.. los gatos huelen el jamón.

Estas palabras desagradaban á Tomás, pero eran saludables porque le hacían cambiar de pensamiento.

Una nueva crisis de lágrimas le sacudió en el cementerio. Su padrino le hacía ver con cólera que él no lloraba y que no debía demostrar tanta debilidad de alma. Una vez en la casa, se le llevó á la mesa, cubierta de entremeses, forzándole á tomar algo. La sala estaba radiante de luces. Tomás tragó un vaso de aguardiente, y otro y otro... A su alrededor se oía el choque del cristal y de mandíbulas... Maiakín le recomendaba fuese obsequioso, y Tomás en una ocasión gritó:

—¿Acasc están aquí como en el café cantante?

Las palabras de Tomás fueron oídas y el silencio reinó. Unos dejaron la mesa y todos miraron á Tomás con disgusto. El no bajaba la vista y contemplaba fríamente á aquellos individuos.

Tomás, no pudiendo contenerse, ganó la puerta y se dirigió al jardín. Allí, los ojos dulces de la Medinskaia, su pequeña silueta elegante... y las palabras de su padre «no cuentes con los hombres... no esperes nada» flotaban ante su vista y resonaban en sus oídos.

—¿Cómo voy á vivir yo, ahora? Solo...» pensaba.

Cuarenta días después de la muerte de Ignat, debía asistir á poner la primera piedra del Asilo de noche. Se había vestido con esmero y sentía el corazón ligero. La víspera había recibido una carta de la Meninskaia anunciándole que se le había nombrado del Comité de vigilancia para la construcción del edificio y miembro honorario de la Sociedad que presidía ella. Esto le halagó, y el papel

que estaba llamado á desempeñar ese día le agitaba en extremo. No se cansaba de pensar en lo que le sucedería y en lo que debía hacer para no dar pasto á la crítica.

—¡Eh! ¡páral...

Se volvió y percibió en la acera, avanzando hacia él, á Maiakín, vestido de una levita que llegaba á los talones, y con sombrero alto y un inmenso paraguas en la mano.

—Llévame, dijo el viejo, saltando adentro del coche con la agilidad de un mono. Te acechaba... me decía: «Es la hora, va á pasar».

—¿Vais? preguntó Tomás.

—¡Como no! Necesito ver como se entierra el dinero de mi amigo. Y á propósito, he leído en los periódicos que te nombraron miembro del Comité y durante la ceremonia ten presente esto: muestra altivez, ponte en evidencia, que todo el mundo te vea. Si no te dijera esto serías capaz de esconderte detrás de alguien.

Cuando llegaron encontraron los personajes más importantes de la ciudad ya reunidos y una muchedumbre inmensa alrededor del andamiaje de los montones de tierra y de ladrillo. El arcipreste, el gobernador, los notables de la villa y de la administración formaban, con las señoras vestidas de verano, un grupo claro y miraban dos albañiles que se agitaban alrededor de un montón de ladrillos. Maiakín se aproximó al grupo en compañía de su ahijado y murmuró á su oído:

—No te dejes intimidar... No es oro todo lo que reluce.

Después, inclinándose con respeto ante el gobernador primero, y ante el prelado en seguida:

—¡Buenos días, Excelencia! ¡Vuestra bendición, Monseñor! dijo él alegremente.

—¡Buenos días, Jacobo Tarasovitch! exclamó el

gobernador amigablemente, apretando con fuerza la mano de Maiakín y sacudiéndola mientras éste besaba la mano del sacerdote. ¿Cómo vais, inmortal?

—¡Mis respetos, Sofia Pavlovna! decía Maiakín con volubilidad.

Y en un minuto saludó al presidente de la Audiencia, al procurador, al alcalde, á todos los que juzgaba útil saludar primero.

Tomás, inmóvil detrás de él, examinaba de reojo á aquellos individuos cubiertos de bordados de oro. De pronto su padrino dijo:

—Os presento á mi ahijado, Excelencia: Tomás, hijo único del difunto Ignat.

—¡Ah! articuló el gobernador... compadezco y tomo parte en vuestro dolor.

Y estrechando la mano de Tomás, se calló; después añadió:

—¡La muerte de un padre es una... gran desgracia!

Al cabo de un segundo, no obteniendo respuesta de Tomás, se volvió hacia Maiakín y se pusieron á conversar de política local, del discurso que éste había pronunciado en el Ayuntamiento...

El diácono de la catedral dejó oír su voz gruesa, principiando el servicio divino.

Sofia Pavlovna se aproximó á Tomás, dándole los buenos días con modulaciones en su voz triste y velada.

—Os miraba el día de los funerales y mi corazón se oprimía... «¡Dios mío! pensaba yo, ¡lo que debe sufrir!» Y vuestros gritos me conmovieron hasta el fondo de mi corazón, ¡pobre niño! Puedo hablaros así, porque ya soy vieja...

—¡Vos! exclamó dulcemente Tomás.

—¿No os parece? articuló ella, mirándole con sencillez. ¿No me creéis cuando os digo que soy una vieja?

—Os creo, es decir... creo todo lo que digáis... sólo que esto no es verdad.

—¿Qué, no es verdad? ¿que me creéis?

—No, eso no... sino que... ¡dispensad! ¡No sé hablar! exclamó por último Tomás desesperado y rojo de emoción. No tengo instrucción...

—Eso no debe afligiros, dijo la Medinskaia con aire protector, sois aun joven, la instrucción está al alcance de todos... Pero creo que teniendo el corazón puro que tenéis, instruíros sería echaros á perder...

—¡Gracias!

No podía responder otra cosa, y vió en el acto un relámpago burlón que cruzó por los ojos de la Medinskaia. Se sintió ridículo y tonto, se irritó contra sí mismo y repuso con voz sorda:

—Si así me han hecho, no sé adular, y si tengo ganas de reír, lo hago abiertamente. ¡Soy un sér estúpido!

—¿Para qué hablar así? dijo la joven con reproche. ¿Vendréis á la comida?

—Sí...

—¿Y mañana, á mi casa, al consejo?

—¡Ya lo creo!

—Algún día vendréis á verme sin ceremonia ¿verdad?

—¡Os lo agradezco! ¡iré!

—Soy yo quien os agradece esa promesa.

Se callaron, escuchando la plegaria del sacerdote, que continuaba:

—«Al fundador de esta casa concede, Señor, un recuerdo eterno!»

Aquella comida fué una verdadera tortura para Tomás. Por primera vez asistía á una comida de ceremonia y veía que todos comían, bebían, hablaban, y que una barrera infranqueable le separaba de la Medinskaia. Tenía por vecino al secretario de la Sociedad —un joven empleado en el ministerio de

Justicia y que se llamaba Uchtitcheff.—Regordete, con cara de niño, era locuaz y alegre, hablaba con voz de tenor.

—Lo que tenemos de más valor en nuestra Sociedad es nuestra dama la patrona: lo más importante es hacer la corte á nuestra dama la patrona; lo más difícil es devolverle un cumplimiento del que se sienta satisfecha; pero lo más inteligente es admirarla en silencio y sin esperanza!

Tomás le escuchaba al mismo tiempo que miraba á la Medinskaja hablar al prefecto de policía con aire inquieto. Deseaba que todo se concluyese en seguida, se sentía ridículo, hecho para inspirar lástima, estaba convencido de que todos le miraban, le espían y le criticaban. A sus oídos resonó de nuevo la voz de tenor del secretario.

—El sacerdote se levanta, almacena aire en sus pulmones y en seguida entonará el «¡Recuerdo eterno!» por Ignat Matveitch.

—¿No podría retirarme? preguntó dulcemente Tomás.

—¿Por qué no? Todo el mundo comprenderá.

La voz sonora del diácono se elevó y sobrepasó todos los rumores de la sala. La aristocracia del comercio reunida en esta sala está en expectación ante su boca grande, abierta, de donde salen, lanzadas con maestría, todas las notas de la octava. Tomás aprovechó aquel momento para esquivarse, sintiéndose humillado de no poder hablar tan bien como los demás, y se acordó de las burlas que sobre esto le asestaba Liuba.

Tomás no amaba á la hija de Maiakin. Siempre evitaba las ocasiones de encontrarla. En una ocasión Liubov le dijo:

—¡Bah! cuanto más te miro, más advierto que no te pareces á un traficante.

—¡Tú tampoco te pareces á una *comercianta!* le respondió Tomás desconfiado.

—¡Gracias!

—¿Por qué te causa placer? preguntó Tomás viendo la alegría de la joven.

—Porque no nos parecemos á nuestros padres.

Tomás la miró sorprendido, pero no dijo nada.

—Confíesame francamente, continuó ella bajando la voz; ¿tú no quieres á mi padre? ¿No te gusta?

—¡Pues bien!... No mucho.

—A mí nada absolutamente.

—¿Por qué?

—Cuando seas inteligente lo comprenderás... Tu padre era mejor.

—¡Ya lo creo! exclamó Tomás con importancia.

Aunque desde este instante se estableció entre ambos una corriente de simpatía, resultaban aburridos al cabo de conversaciones que no eran nunca de su interés respectivo... Ella se complacía en hablar de su hermano Taras, que no conocía, pero de quien contaba historias que le hacían semejante á los grandes y nobles forajidos de la tía Antheisa.

V

El modo grosero con que obró Tomás el día del entierro de su padre, era conocido de los comerciantes y le habían valido una detestable reputación.

En la Bolsa notaba miradas atravesadas y bur-lonas; se le hablaba de un modo afectado y especial. Dió parte á su sobrino de estas observaciones y de sus largos discursos, Tomás sintió germinar en sí la ambición por vez primera y hasta empezaba á arraigar, pero sus relaciones con la Medinskaja tomaron fatalmente los vuelos que debían tomar. Aquella mujer le atraía, quería verla á todas horas, y en su presencia no osaba parpadear, se ponía torpe é idiota, lo sabía y sufría horribilmente. Iba á menudo á su casa, pero nunca la encon-

traba sola, un enjambre de jóvenes elegantes la rodeaban constantemente. La hablaban en francés, cantaban, relan, mientras que él, sentado en un rincón, se callaba y los miraba lleno de hiel y envidia.

A decir verdad, cuando estaba á solas con ella, se sentía tan torpe, ó más. Ella le recibía con una sonrisa encantadora, se instalaba con él en uno de los rincones íntimos de su salón, y empezaba generalmente la conversación quejándose de todo el mundo.

—¡Qué dichosa soy al verle! no se lo puede figurar.

Perfumada, con movimientos de felino, se inclinaba hacia él y le miraba en los ojos, con una mirada donde relucía un resplandor extraño. Y al cabo de una conversación de retruécanos y juegos de palabras, él concluía por decirle con ardor:

—Le amo á usted... ¡la amo! ¿Es posible no amarla? Pero ¿para qué?

—¡Sí, V. lo ha dicho! suspiraba Medinskaia satisfecha.

Y se alejaba un poco.

—Me gusta tanto oírsele decir, ¡lo dice tan bien! es V. joven... ¿Quiere besar mi mano?

—El cogía su manecita blanca y fina y se inclinaba respetuosamente para depositar en ellas largos y ardientes besos.

La Medinskaia retiraba vivamente la mano, sonriente y graciosa, pero sin ninguna emoción. Después con vagososa mirada examinaba á Tomás como un objeto raro y curioso y decía:

—Es una piedra preciosa, á la que sólo falta ser bien pulida... ¡ah! entonces...

Se complacía en enloquecerle de tentaciones que domaba en el acto por sólo efecto de su mirada y se gozaba en este juego, segura de su omnipotencia. Una vez él, le preguntó tímidamente:

—Sofía Pavlovna... ¿ha tenido hijos?

—No.

—¡Estaba seguro de ello! exclamó él contentísimo.

—¿Por qué me lo pregunta?

Tomás enrojeció, bajó la cabeza y sus palabras salían sordas y vacilantes lo mismo que si cada una de ellas pesase cien kilos.

—Es que... una mujer cuando ha estado encinta no... tiene... los ojos iguales...

—¡Sí! ¿Cómo son?

—¡Desvergonzados! profirió Tomás.

Medinskaia se echó á reír, con su risa clara, y su alegría ganó á Tomás.

—Perdonadme, dijo al fin, me he expresado mal quizás... poco conveniente...

—¡Oh! ¡no! ¡no! No podéis decir inconvenientes, porque sois un niño puro y bueno... ¿Mis ojos no son desvergonzados?

—¡Los suyos! son los de un ángel,—declaró Tomás radiante mirándola con entusiasmo.

Ella le miró á su vez, como aún no lo había hecho, con mirada de madre, triste mirada de amor, mezclada de temor por el bien amado.

—Vaya... vaya V. amigo mío... Estoy fatigada y tengo necesidad de reposar...

Y se levantó diciendo estas palabras.

La abandonó, dócilmente. Su manera de ser se modificó en poco tiempo. Se mostró más correcta y más leal como si le hubiese tenido lástima; pero poco tardó en que sus relaciones fuesen lo que habían sido, y el gato empezó á jugar con el ratón.

Estas relaciones continuadas de Tomás con la Medinskaia no podían escapar á la sagacidad de su padrino, que le dijo un día con una sonrisa melosa:

—¡Ten cuidado, Tomás, con perder la cabeza! No me parece muy sólida.

—¿Por qué me decís eso? preguntó Tomás.

—A propósito de Sofía... ¡me parece que vas muy á menudo á su casa!

—¿Y que os puede importar eso? replicó Tomás groseramente, ¿y por qué la llamáis Sofía?

—A mí no me importa, si... te despluman, no perderé nada yo... En cuanto á llamarla Sofía... todo el mundo está enterado de eso... y hasta que saca las sardinas del fuego con mano ajena.

—Es inteligente, declaró Tomás firmemente. Y metió las manos en los bolsillos... Instruida... también...

—¡Inteligente, ya lo creí! El otro día, cuando ha dado una fiesta, se ha portado diestramente: dos mil cuatrocientos rublos percibidos, mil novecientos de gastos... y aún creo que ni llegaron á mil rublos, pues lo tiene todo y de todo el mundo gratis... Instruida... Te instruirá... Y sobre todo los tipos que la rodean.

—¡Esos no son tipos, sino gente de talento! respondió Tomás furioso, diciendo lo contrario de lo que pensaba. Me aprovecho de su sociedad. Yo no sé una palabra: ¿qué me han enseñado? Allí se habla de todo y cada uno dice su cosa. No impedáis que llegue á ser un hombre como los demás.

—¡Dios! ¡qué locuaz te has vuelto! Ya vendrá la hora en que sepas distinguir al mundo... á Sofía, por ejemplo. ¿Qué representa ella? Un insecto, adorno de la naturaleza y nada más.

Alterado hasta el fondo de su alma, Tomás hundió aún más las manos en sus bolsillos, apretó los dientes y abandonó á Maiakin.

En otra ocasión Maiakin le preguntó:

—¿Le has hecho muchos regalos?

—¿Qué regalos? ¿para qué? replicó Tomás sorprendido.

—¿No le has regalado nada? ¡Qué pretensión!... ¿Es posible que sea tu querida por amor únicamente?

Tomás dió un salto, se volvió bruscamente hacia el viejo y le dijo con tono de reproche:

—¡Oh! un hombre anciano como vos, hablar así... ¡qué vergüenza!... ¿Creerla culpable de semejante villanía?

Maiakin apretó los labios y murmuró con voz plañidera:

—¡Qué imbécil!

Después de repente, entrando en furor, exclamó:

—Un pesebre donde beben todas las bestias, donde no queda más que cieno y el imbécil que se cree un dios, del desperdicio de los demás... ¡Qué diablo! véte á su lado y dile sencillamente: «Deseo ser vuestro amante, soy un hombre joven; no me llevéis muy caro.

—¡Padrino! dijo Tomás con una violencia contenida. ¡No quiero oír más! Si otro se hubiese permitido eso...

El viejo estaba alterado. El despecho, la cólera y aún lágrimas temblaban en su voz. Jamás Tomás le había visto en aquel estado, y á pesar suyo se callaba, contemplándole. Tomás sentía la verdad en las palabras del viejo. Se sentía oprimido, su boca se ponía seca y amarga.

—¡Está bien! papá... ¡basta! suplicó dulcemente, apartando de Maiakin su mirada de crucificado.

—¡Ah! ¡Ya es hora de que trates de casarte! exclamó el viejo alarmado.

—¡Callaos en nombre del cielo! articuló Tomás con voz sorda.

Maiakin echó una ojeada á su abijado y se calló. El rostro de Tomás se había estirado, invadido por una palidez terrosa. Alrededor de su boca entreabierta surcaba una arruga sombría y en la mirada de sus ojos apagados se leía una sorpresa dolorosa: la amargura de una tristeza profunda é incurable.

Por ambos lados de la carretera donde pasea-

ban, se extendían campos que guardaban aun girones de sus vestidos de invierno.

El agua salpicaba bajo las patas del trineo y hacía volar en el aire pedazos de barro y nieve.

—¡Qué estúpida es la juventud!—exclamó Maiakín á media voz.

Tomás no le miró.

—Se vé un tronco de árbol, se le toma por un espectro... y se hace objeto de espanto...

—Hablad con sencillez, dijo Tomás con voz sorda.

—Todo está dicho; y es bien claro: las jóvenes son la crema, las mujeres la leche; pero las mujeres están cerca y los jóvenes están lejos... Ve á casa de Sonka, puesto que no te puedes pasar sin ello, pero dídle francamente: «Esto quiero»... ¡Tonto! debes comprender perfectamente que siendo pecadora, es más accesible. ¿Por qué te disgustas por qué pones esa cara?

—No comprendéis, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué es lo que no comprendo? Yo lo comprendo todo.

—¡El hombre tiene un corazón, un corazón!—repitió el joven con un extenso suspiro.

—Es porque entonces carece de talento, le respondió Maiakín.

VI

Sentimientos de odio, de venganza y de cólera se disputaban el corazón de Tomás, cuando entró en la ciudad. Un deseo salvaje de insultar á la Medinskáia, de humillarla se había apoderado de él.

Con los dientes apretados y las manos metidas en los bolsillos, dió vueltas en las habitaciones de su casa, durante varias horas, irguiendo siempre su elevada talla. Su corazón lleno de hiel no le cabía en el pecho. Sus pasos pesados golpeaban el suelo con cadencia, como si éste tuviese la culpa de su cólera.

—¡Oh! ¡la vil criatura!... ¡con su aspecto de ángel!

Su memoria le representaba fielmente la imagen de Pelagia y murmuraba con amarga alegría:

—¡Una mujer perdida!... ¡pero cuanto mejor! Aquella no disimulaba nada. Descubría á la vez su cuerpo y su alma. Debía tener el corazón tan blanco y tan firme como su seno...

Con voz tímida, la esperanza murmuraba á su oído: «Ya ves hen mentido!...»

Pero recordaba el discurso violento y convencido de su padrino, y aquella esperanza se desvanecía. Rechinaba de nuevo los dientes y ensanchaba su ancho pecho. Pensamientos malos cercaban su corazón como espinas que entran en la carne y su corazón sangraba y se retorció en un sufrimiento agudo.

Cubriendo de lodo á la Medinskáia, Maiakín había roto el encanto y destruido en su ahijado el temor respetuoso que ella le inspiraba.

La primavera recrudeció el trabajo y cuidados de toda índole absorbieron á Tomás. Aquello fué una diversión saludable y que procuró un poco de calma á su corazón ulcerado. El dolor que le causara la pérdida de un sér venerado, había animado su cólera contra la mujer y este pensamiento, á que ella no era inaccesible, se la representaba aún más agradable. Insensiblemente comprendió y se decidió bruscamente á ir casa de Sofía Pavlovna, y decirle sin rodeos lo que deseaba obtener de ella. Experimentó una gran alegría de su resolución y partió con paso ligero, no pensando otra cosa en el camino, que el modo más diestro y más conveniente de expresarle su deseo. Los criados acostumbrados á su asiduidad le anunciaron seguidamente que la señora estaba sola en el salón.

Se turbó... pero un espejo le reflejó su imagen elegante, oprimido por la levita, su rostro moreno

ban, se extendían campos que guardaban aun girones de sus vestidos de invierno.

El agua salpicaba bajo las patas del trineo y hacía volar en el aire pedazos de barro y nieve.

—¡Qué estúpida es la juventud!—exclamó Maiakín á media voz.

Tomás no le miró.

—Se vé un tronco de árbol, se le toma por un espectro... y se hace objeto de espanto...

—Hablad con sencillez, dijo Tomás con voz sorda.

—Todo está dicho; y es bien claro: las jóvenes son la crema, las mujeres la leche; pero las mujeres están cerca y los jóvenes están lejos... Ve á casa de Sonka, puesto que no te puedes pasar sin ello, pero dídle francamente: «Esto quiero»... ¡Tonto! debes comprender perfectamente que siendo pecadora, es más accesible. ¿Por qué te disgustas por qué pones esa cara?

—No comprendéis, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué es lo que no comprendo? Yo lo comprendo todo.

—¡El hombre tiene un corazón, un corazón!—repitió el joven con un extenso suspiro.

—Es porque entonces carece de talento, le respondió Maiakín.

VI

Sentimientos de odio, de venganza y de cólera se disputaban el corazón de Tomás, cuando entró en la ciudad. Un deseo salvaje de insultar á la Medinskáia, de humillarla se había apoderado de él.

Con los dientes apretados y las manos metidas en los bolsillos, dió vueltas en las habitaciones de su casa, durante varias horas, irguiendo siempre su elevada talla. Su corazón lleno de hiel no le cabía en el pecho. Sus pasos pesados golpeaban el suelo con cadencia, como si éste tuviese la culpa de su cólera.

—¡Oh! ¡la vil criatura!... ¡con su aspecto de ángel!

Su memoria le representaba fielmente la imagen de Pelagia y murmuraba con amarga alegría:

—¡Una mujer perdida!... ¡pero cuanto mejor! Aquella no disimulaba nada. Descubría á la vez su cuerpo y su alma. Debía tener el corazón tan blanco y tan firme como su seno...

Con voz tímida, la esperanza murmuraba á su oído: «Ya ves hen mentido!...»

Pero recordaba el discurso violento y convencido de su padrino, y aquella esperanza se desvanecía. Rechinaba de nuevo los dientes y ensanchaba su ancho pecho. Pensamientos malos cercaban su corazón como espinas que entran en la carne y su corazón sangraba y se retorció en un sufrimiento agudo.

Cubriendo de lodo á la Medinskáia, Maiakín había roto el encanto y destruido en su ahijado el temor respetuoso que ella le inspiraba.

La primavera recrudesció el trabajo y cuidados de toda índole absorbieron á Tomás. Aquello fué una diversión saludable y que procuró un poco de calma á su corazón ulcerado. El dolor que le causara la pérdida de un sér venerado, había animado su cólera contra la mujer y este pensamiento, á que ella no era inaccesible, se la representaba aún más agradable. Insensiblemente comprendió y se decidió bruscamente á ir casa de Sofía Pavlovna, y decirle sin rodeos lo que deseaba obtener de ella. Experimentó una gran alegría de su resolución y partió con paso ligero, no pensando otra cosa en el camino, que el modo más diestro y más conveniente de expresarle su deseo. Los criados acostumbrados á su asiduidad le anunciaron seguidamente que la señora estaba sola en el salón.

Se turbó... pero un espejo le reflejó su imagen elegante, oprimido por la levita, su rostro moreno

orlado de una barba sedosa y fina y sus grandes ojos negros serios y dulces. Alzó los hombros y atravesó la sala con paso seguro.

Entonces á medida que avanzaba, percibía más netamente los sonidos de un instrumento de cuerdas, sonos bizantinos que conmovían el alma y parecían ya reír con risa triste y silenciosa, ya gemir en una queja lamentable y desesperada. Tomás no amaba la música: le impresionaba siempre profundamente. En estos momentos, cuando el órgano de Berberia en la taberna tocaba aires melancólicos, sufría físicamente y se veía forzado á mandar parar la música ó alejarse. No podía permanecer insensible á aquellos discursos sin palabras, pero llenos de lágrimas y de gemidos.

Llegado al dintel del salón se detuvo involuntariamente. Uno de esos cortinajes japoneses en que las perlas multicolores representan plantas extrañas, ocultaba la entrada; los largos hilos de perlas se movían al menor soplo y en las sombras ligeras de las plantas parecían temblar en el aire. Aquella barrera transparente no ocultaba á los ojos de Tomás el interior del salón. Pudo ver á Medinskaia sentada en su rincón favorito en la dormilona y tocando la mandelina, un amplio quitasol japonés aplicado á la pared reflejaba sus tintes caprichosos sobre la mujer menudita vestida de oscuro. Una lámpara muy alta con gasa roja, proyectaba sobre ella un resplandor de puesta de sol.

Los sonos armoniosos de las cuerdas vibraban en la semi obscuridad de la habitación. De pronto dejó caer el instrumento en sus rodillas y mientras que sus dedos continuaban recorriendo las cuerdas mudas, su mirada fija pareció ver algo ante ella.

Tomás exhaló un suspiro.

En el aire la melodía se moría y el rostro de Sofía cambiaba sin cesar, como si las sombras que la envolvían no hubiesen hecho más que rozarla sua-

vemente hundiéndose en el acto bajo el brillo ardiente de sus pupilas.

Tomás la miraba y notaba que, vista así, no era tan linda como cuando ella se mostraba en sociedad. Su rostro más grave, parecía envejecido; sus ojos no tenían la dulzura y la caricia que estaba acostumbrado á ver en ellos: no expresaban sino la fatiga y el aburrimiento. Su postura acusaba una lasitud infinita como si hubiese sido incapaz de todo movimiento. Tomás se apercibió que todo deseo se desvanecía para dar lugar en su corazón á otro sentimiento. Hizo un movimiento y tosió.

—¿Quién es?—dijo la joven con sobresalto.

Las cuerdas vibraron y sonaron con inquietud.

—Soy yo, respondió Tomás, apartando con las manos las perlas del cortinaje.

—¡Ah! ¡sois vos!... Entráis tan callando. ¡Me siento dichosa al veros! Pero sentáos. ¿Por qué habéis estado tanto tiempo sin venir?

Ella le tendió una mano y con la otra, le indicó una butaca baja, á su lado. Sus ojos sonreían dichosos.

—He ido al puerto á visitar mis barcos, respondió Tomás, con tono suelto y acercando su butaca á la dormilona.

—¿Hay mucha nieve ahora en los campos?

—¡Bastante! pero se empieza á fundir; los caminos impracticables están cubiertos de agua.

La miraba y sonreía. La libertad de sus ademanes y la expresión nueva de su sonrisa debieran chocar á la Medinskaia, pues se envolvió en su bata y se alejó un poco de él. Sus ojos se encontraron y ella bajó la cabeza.

—¡Ah! ¡La nieve se funde! articuló con languidez. Y examinó con detención la sortija que llevaba en su dedo meñique.

—Sí, hay arroyos en todas partes, replicó Tomás

absorto en la contemplación de sus zapatos de charol.

—¡Qué alegría... llega la primavera...

—No tardará.

—La primavera está cercana... murmuró la Medinskaia.

Y pareció escuchar su propia voz.

—La estación de los enamorados, dijo burlescamente Tomás frotándose energicamente las manos.

—¿Os enamoraríais por casualidad? le preguntó ella secamente.

—No es de mí de quien se trata... yo estoy hace mucho tiempo enamorado de la vida...

Y diciendo aquellas palabras, Tomás se volvió á aproximarse á ella, con sonrisa triste y confusa en los labios.

Ella le arrojó una mirada distraída, después se puso á pellizcar las cuerdas de la mandolina y dijo:

—La primavera... ¡qué dichoso sois de estar en la aurora de la vida! Vuestro corazón desborda de fuerza... y nada le obscurece...

—¡Sofía Pavlovna! exclamó Tomás dulcemente.

—¡Escuchadme, amigo! algo tengo que deciros hoy no menos bueno... Sabed que los que han vivido mucho tienen también momentos en que hallan en un rincón de su corazón cosas olvidadas desde largo tiempo... Estas cosas dormían en el fondo del corazón... pero no habían perdido el perfume de la juventud y cuando el recuerdo las despierta, exhalan un dulce aroma de primavera... una frescura vivificante de aurora... Esto es magnífico, aunque bastante triste...

Las cuerdas temblaban y lloraban entre sus dedos, y esta armonía, mezclada con la voz de la joven acariciaba dulcemente el corazón de Tomás. Pero, inquebrantable en su resolución, no comprendía el sentido de las palabras que ella le dirigía y se decía:

—¡Sigue! No creo ya ni una palabra de lo que cuentas...

Este pensamiento le enervaba... Sentía no poder escucharla ya con la misma atención.

—¿Habéis reflexionado alguna vez en el modo como se debe vivir? le preguntó ella.

—A veces... después se olvida... ¡No tengo tiempo! dijo Tomás sonriendo. Por lo demás, ¿para qué pensar en ello? Los demás viven, lo más sencillo es imitarlos...

—¡Oh!... ¡no hagas eso! ¡Tened piedad, por vos mismo! ¡Sois tan bueno! Poseéis algo de excepcional ¿qué, que es? No sé. Pero lo siento... Y tengo miedo de que la vida no os sea atrocemente dura de vivir... Estoy convencida que seguiréis la senda trazada, no seguiréis á la gente de vuestra esfera, no. Una vida únicamente dedicada á la ganancia, á la caza de los rublos, al comercio ¡oh, no! Lo sé, deseáis otra cosa; ¿no es verdad?

Ella hablaba de prisa, con agitación.

Tomás pensaba, mirándola:

—¿A dónde irá á parar?

Respondió lentamente:

—Lo que desearía, lo deseo ya quizás...

Ella se había aproximado á él, juntaba su rostro con el suyo él le decía en tono de súplica:

—Escuchad, no viváis como todo el mundo. Organizad de otro modo vuestra existencia... Sois fuerte, joven ¡y tan bueno!

—¡Pero suponiendo que soy bueno todo debe sonreirme! exclamó Tomás, embargado por la emoción y sintiendo su corazón latir con violencia.

—¡No sucede siempre eso! ¡Y en este mundo los buenos son menos dichosos que los malos! replicó tristemente la señora Medinski.

«¡Ayudadme Dios mío!» pronunció en mientes Tomás. Después, empezó á hablar en voz baja, con el corazón oprimido:

—¡Sofía Palovna! ¡Ya basta! Es necesario que hable... He venido expresamente para deciros esto: llegó la hora de concluir... es necesario obrar lealmente... francamente... Primero me habéis atraído, ahora me desdenáis. Vuestras frases no son siempre claras... mi inteligencia es lenta... pero siento... siento que queréis ocultar... y lo veo, ¡comprendéis muy bien el por qué de mi venida!...

Sus ojos llameaban, su voz vibraba y tomaba más amplitud á medida que hablaba.

Ella hizo un movimiento, y dijo con espanto:

—Parad...

—¡No debo hablar!...

—Sé lo que queréis decir...

—¡No lo sabéis todo! dijo Tomás levantándose bruscamente, con aire amenazador. ¡Yo sé todo lo que os conviene todo!

Se levantó como para irse, pero se volvió á sentar al cabo de un momento.

Su rostro estaba severo, sus labios apretados, bajaba los ojos y Tomás no veía su expresión.

El se había imaginado que cuando le dijese: «Sé todo», ella quedaría aterrada, vergonzosa y confusa, le pediría perdón de haberse burlado de él. Entonces la cogería entre sus brazos, la besaría.

Pero nada de esto había ocurrido: era él, él quien se turbaba ante su calma: la miraba, buscaba sus palabras y no las encontraba.

—¡Tanto mejor! repitió con tono firme y seco. ¿Habéis sabido todo, decís? y me habéis condenado como una cosa justa... Comprendo... soy culpable para V... Pero no... no puedo justificarme...

Se calló de repente, con gesto nervioso llevó el brazo á su cabeza y arregló sus cabellos.

Tomás exhaló un hondo suspiro.

Las palabras de la señora Medinskaia le habían devuelto una última esperanza y replicó con tono amargo:

—La miraba á veces y me decía: «¡Qué hermosa es, qué buena y dulce es mi paloma!» y hé ahí que usted también, se dice culpable. ¡Ay de mí!

Su voz se apagó.

Ella se puso á reir dulcemente.

—Es usted un excelente muchacho, pero raro. ¡Y qué lástima es que no pueda usted comprender todo eso!...

El joven la miraba sintiéndose desarmado por sus palabras afectuosas y su triste sonrisa.

Todo cuanto en su corazón existía de dureza contra ella se deshacía al cálido mirar de sus pupilas.

Se le representaba muy pequeñita, sin defensa, parecida á un niño.

Le hablaba con voz llena de caricias y de súplicas, le sonreía, pero Tomás no la escuchaba.

—He venido, replicó él, cortándole la palabra, no tenía lástima... pensaba: «Se lo diré todo». Pero no he dicho nada... ni tengo ganas... mi valer ha sucumbido... Estoy en poder de usted... ¡Ah! ¿para qué la he visto? No es usted nada para mí. Es necesario partir.

—¡Espere, amigo mío! ¡no parta usted! dijo ella rápidamente tendiéndole la mano. ¿Por qué tan bruscamente? No me guarde usted rencor. ¿Qué puedo ser para usted? Le hace falta otra amiga, un alma también sencilla, sana como la de usted. Debe ser alegre y robusta. Yo soy una vieja... Me aburro á cada momento... ¡mi vida es tan vacía y tan triste!... ¡Tan vacía! ¿Entiende usted?... cuando el hombre se habitúa á llevar una vida alegre y que ya nada puede alegrarla de nuevo, es desgraciado. Querría ser alegre, reir... y ya no es él quien ríe, es la vida quien se ríe de él. Y el mundo... ¡Escúcheme usted! Le doy un consejo de madre: le ruego, le suplico, no escuche usted á su corazón.

Viva usted como él le ordene. Los hombres no saben nada, no pueden decir nada verdadero... no los escuche.

Trataba de hablarle simplemente para hacerse comprender, pero se agitaba y las palabras se seguían rápidas, incoherentes.

Una sonrisa amarga erraba en sus labios y su rostro había perdido toda la belleza.

Tomás hizo un gesto de cansancio y, por toda respuesta dijo con voz sorda:

— ¡Adios!

— ¡Adios! le respondió dulcemente la Medinskaia.

No le dió la mano y volviéndole la espalda dulcemente se alejó.

Pero, apenas había dado dos pasos, se sintió lleno de piedad y volvió á medias.

Ella continuaba en el mismo sitio, inmóvil, en el rincón del salón, los brazos colgando y la cabeza inclinada sobre el hombro.

Comprendió que no podía dejarla así, se turbó y dijo en voz baja, pero sin arrepentimiento:

— ¡Si la he ofendido, perdóneme, porque la amo, á pesar de todo!

Y suspiró profundamente.

Ella tuvo una risa extraña y dulce.

— No me ha ofendido usted... ¡Dios le proteja!

— ¡Entonces, adiós! repitió Tomás más bajo.

— Sí, respondió en el mismo tono.

Tomás apartó con la mano los hilos de perlas del cortinaje que se agitaron en un rumor ligero y le rozaron la mejilla.

Tembló al contacto frío, y salió, llevando un peso indefinible y doloroso.

En su pecho, su corazón latía con golpes desiguales.

Hacia una noche clara. El hielo había cubierto

los charquitos de agua de finas láminas heladas que relucían como plata.

Tomás iba por la acera, y con la contera de su bastón, hería el hielo que se rompía con un rumor seco.

Las casas proyectaban en su camino sombras cuadradas y los árboles fantásticos dibujos; algunos parecían inmensas manos que trataban vanamente de hincarse en la tierra.

— ¿Qué hace en este momento? pensaba Tomás, representándose á la joven sola en su salón al lado del quitasol japonés, anegada en el rojo resplandor de la lámpara.

— Vale más olvidarla, decidió.

Pero el olvido no venía.

Ella y siempre ella ante sus ojos, excitando ya su piedad, ya su ira que se exasperaba hasta el furor.

Su imagen era tan clara y su recuerdo tan preciso, que le parecía llevar esta mujer en sí, como un peso enorme, en el pecho.

Un coche avanzaba á su encuentro, llenando el silencio de la noche con el ruido de las ruedas que rechinaban sobre el hielo ó resbalaban sobre el empedrado.

Cuando entraba en una parte alumbrada de la calle, el ruido aumentaba; en la sombra parecía más sordo y más lejano. El cochero y un viajero sentado á su lado, dando saltos en su asiento, se confundían con la grupa del caballo en una masa confusa é informe.

El suelo estaba sembrado de manchas de sombra y luz, pero á lo lejos la obscuridad era tan profunda que daba la ilusión de un verdadero muro interceptando la calle y subiendo hasta el cielo.

Tomás no comprendía que estas gentes supiesen á donde se dirigían... y él tampoco lo sabía... Se representaba á su casa: las seis grandes piezas que

él solo habitaba, la tía Anthéisa en peregrinación, para ver un convento y quizás no volviese más á verla: moriría sin ninguna duda; Juan, el viejo guardián, medio sordo; Secletia, una vieja solterona, cocinera y ama de llaves, y un perro negro hirsuto, también muy viejo.

— Quizás debería casarme, decididamente, pensó Tomás.

Pero esta idea le pareció irrealizable y le turbó. Era sin embargo una cosa bien fácil.

No tenía más que decirlo mañana á su padrino, que bien pronto le encontraría una novia y no se pasaría ni un mes sin que una mujer entrase en su morada.

Día y noche la tendría con él. No tendría más que decirle: «Salgamos», y saldría; «Vámonos á acostar», ella se acostaría.

Cuando quisiera abrazarle, ella podría hacerlo quisiera él ó no. Si le dijese nó y la echase, ella se ofendería.

¿Qué podría hablar con ella? ¿Y qué encontraría ella por decirle?

Todas las jóvenes conocidas desfilaban en su imaginación, todas hijas de comerciantes. Algunas eran lindas y ninguna habría querido otra cosa mejor que casarse con él.

Pero ninguna le tentaba y á ninguna deseaba para esposa.

¡Qué molesto y cuánta vergüenza debe costar, hacer de una linda muchacha, vuestra mujer!... ¿Y qué de interesante pueden decirse los novios jóvenes la noche de bodas, en la alcoba nupcial?

Tomás ensayóse, pensando en ello; buscó las palabras que diría en semejante situación y se puso á reír, confuso, no encontrando ninguna palabra conveniente.

Pensó entonces en Liuba Maiakín. Ella habría hablado seguramente la primera, con palabras de

rutina cuyo sentido ella misma no habría comprendido...

Le parecía que empleaba siempre palabras que le eran extrañas y que no decía lo que una muchacha de su edad, de su aspecto y de su esfera habría debido decir...

Su pensamiento se trasladó entonces á los propósitos, á las quejas de Liubov. Apresuró el paso admirado de repente de esta coincidencia de que todos los que charlaban íntimamente con él le hablaban de la vida.

Su padre, su tía, el padrino, Liubov, Sofia Pavlovna, todos querían hacerle comprender la vida ó bien se quejaban de ella.

Las frases sobre el Destino, pronunciadas por aquel viejo que había visto á bordo del barco, le acudieron á la memoria, así como muchas observaciones, reproches y quejas amargas contra la vida oídas acá y allá.

— ¿Qué significa esto? se decía. ¿Qué es la vida si no son los hombres? Los hombres hablan de ello como si no fuesen ellos mismos, como si, aparte de ellos, hubiese otra cosa, algo que les impidiese vivir. ¿Es quizás el diablo?

Con este pensamiento experimentó bruscamente una sensación de frío por todo el cuerpo.

Tembló y arrojó una rápida mirada en torno de él. Como ojos sin pupila, las ventanas negras de las casas se abrían en la oscuridad. Su sombra sola corría á lo largo de las casas y de las tapias.

— ¡Cochero! gritó apresurando el paso.

Su sombra le siguió muda y negra.

Creía sentir un aliento glacial detrás de él y una masa invisible, pero terrorífica que trataba de cogerle.

Enloquecido corrió hasta dar de bruces con un coche que apareció de repente, saliendo con gran ruido de alguna calle oscura, y cuando se encon-

tró confortablemente instalado en los almohadones, no osó mirar hacia atrás á pesar de las ganas que sentía.

VII

Una semana poco más ó menos había trascurrido desde la conversación que Tomás tuviera con la señora Medinskaia. Su imagen le perseguía día y noche, oprimiéndole el corazón.

Quería volver á ella, resistiase á este deseo y sufría de tal modo que, de estas luchas consigo mismo, salía destrozado, desfallecido: Callábase, pero conservaba su odio contra esta mujer, al mismo tiempo que se ocupaba activamente de sus asuntos. Sentía perfectamente, de un modo confuso quizás, que entre él y ella la cadena estaba rota, que ya no la volvería á ver como ella misma, que su sonrisa afectuosa, su dulce mirada que cada vez despertaba en él tantos deseos, que todo eso ya no existía.

Y por temor á encontrarla cambiada, se violentaba y agonizaba.

Pero ni el trabajo, ni sus ocupaciones le impedían pensar en la vida.

No discutía este problema misterioso y temible: no sabía discutir, pero impresionábase con avidez y trataba de retener todo lo que pudiese referirse á este objeto cautivante.

Frases recogidas á derecha é izquierda sin explicarle nada, aumentaban su perplejidad y su desconfianza con respecto á los hombres.

Veía perfectamente que eran diestros, listos é inteligentes y que, en los negocios, era necesario andar prudentemente, pues en los casos graves ninguno decía su pensamiento.

Estas observaciones le inspiraban el sentimiento de que sus quejas no eran sinceras. Los observaba

con ojo avizor y una arruga profunda surcaba su frente.

Una mañana, en la Bolsa, su padrino le dijo:

—Anani ha llegado... quiere verte... vé esta noche, pero cuidado con la lengua. Anani tratará de hacerte hablar de negocios... Es un pícaro, el viejo diablo... Un verdadero zorro... Mirando al cielo, os desliza la mano en el bolsillo y atrapa la bolsa... Desconfía...

—¿Le debemos algo? preguntó Tomás.

—Ciertamente, la barcaza no está pagada... y además se ha tomado madera... Si te pide el pago inmediato, rehusa... El rublo es como la liga: cuanto más lo guardas en la mano, más kopeks vienen á pegarse.

—¿Pero qué hacer para no pagarle, si reclama?

—Déjale llorar, suplicar y tú gime también y no des nada.

—Iré, dijo Tomás.

Anani Sawitch Tchuroff era un rico comerciante en maderas, propietario de un inmenso aserradero. constructor de barcas y balsas.

Tomás le había conocido en tiempo de su padre y este viejo hermoso, de barba blanca, derecho como una I, le inspiraba un profundo respeto aunque la pública murmuración le atribuyese una fortuna mal adquirida y le acusase de llevar una vida mala en su intimidad, allá en su lejana aldea, en medio del bosque. Ignat había contado á Tomás que Tchuroff en sus primeros años era un pobre campesino. Había, un día, acogido en su granja á un presidiario evadido al que hacía fabricar moneda falsa. Este fué el principio de su fortuna.

Su granja se incendió un día y se descubrió en las cenizas el cuerpo calcinado de un hombre que tenía el cráneo partido. El clamor público acusó á Tchuroff de haberle asesinado y haber prendido fuego acto seguido.

tró confortablemente instalado en los almohadones, no osó mirar hacia atrás á pesar de las ganas que sentía.

VII

Una semana poco más ó menos había trascurrido desde la conversación que Tomás tuviera con la señora Medinskaia. Su imagen le perseguía día y noche, oprimiéndole el corazón.

Quería volver á ella, resistiase á este deseo y sufría de tal modo que, de estas luchas consigo mismo, salía destrozado, desfallecido: Callábase, pero conservaba su odio contra esta mujer, al mismo tiempo que se ocupaba activamente de sus asuntos. Sentía perfectamente, de un modo confuso quizás, que entre él y ella la cadena estaba rota, que ya no la volvería á ver como ella misma, que su sonrisa afectuosa, su dulce mirada que cada vez despertaba en él tantos deseos, que todo eso ya no existía.

Y por temor á encontrarla cambiada, se violentaba y agonizaba.

Pero ni el trabajo, ni sus ocupaciones le impedían pensar en la vida.

No discutía este problema misterioso y temible: no sabía discutir, pero impresionábase con avidez y trataba de retener todo lo que pudiese referirse á este objeto cautivante.

Frases recogidas á derecha é izquierda sin explicarle nada, aumentaban su perplejidad y su desconfianza con respecto á los hombres.

Veía perfectamente que eran diestros, listos é inteligentes y que, en los negocios, era necesario andar prudentemente, pues en los casos graves ninguno decía su pensamiento.

Estas observaciones le inspiraban el sentimiento de que sus quejas no eran sinceras. Los observaba

con ojo avizor y una arruga profunda surcaba su frente.

Una mañana, en la Bolsa, su padrino le dijo:

—Anani ha llegado... quiere verte... vé esta noche, pero cuidado con la lengua. Anani tratará de hacerte hablar de negocios... Es un pícaro, el viejo diablo... Un verdadero zorro... Mirando al cielo, os desliza la mano en el bolsillo y atrapa la bolsa... Desconfía...

—¿Le debemos algo? preguntó Tomás.

—Ciertamente, la barcaza no está pagada... y además se ha tomado madera... Si te pide el pago inmediato, rehusa... El rublo es como la liga: cuanto más lo guardas en la mano, más kopeks vienen á pegarse.

—¿Pero qué hacer para no pagarle, si reclama?

—Déjale llorar, suplicar y tú gime también y no des nada.

—Iré, dijo Tomás.

Anani Sawitch Tchuroff era un rico comerciante en maderas, propietario de un inmenso aserradero. constructor de barcas y balsas.

Tomás le había conocido en tiempo de su padre y este viejo hermoso, de barba blanca, derecho como una I, le inspiraba un profundo respeto aunque la pública murmuración le atribuyese una fortuna mal adquirida y le acusase de llevar una vida mala en su intimidad, allá en su lejana aldea, en medio del bosque. Ignat había contado á Tomás que Tchuroff en sus primeros años era un pobre campesino. Había, un día, acogido en su granja á un presidiario evadido al que hacía fabricar moneda falsa. Este fué el principio de su fortuna.

Su granja se incendió un día y se descubrió en las cenizas el cuerpo calcinado de un hombre que tenía el cráneo partido. El clamor público acusó á Tchuroff de haberle asesinado y haber prendido fuego acto seguido.

Parecidos crímenes eran numerosos en la historia del viejo, pero tantas leyendas análogas corrían por cuenta de los ricos de la ciudad, que todos se habrían enriquecido robando, asesinando y sobre todo haciendo moneda falsa.

Tomás oía estas historias desde su más tierna infancia; nunca les había prestado atención ni tratado de comprobarlas.

Recordó también que Tchuroff había tenido dos mujeres, de las que una muriera la noche de sus bodas en los brazos de su marido.

Acto seguido había seducido á la mujer de su hijo que, de tristeza, se dió á la bebida y faltó poco para que muriera, pero finalmente curó y entró en un convento, en Irges.

Después, cuando su querida, su nuera, murió, tomó una niña muda, una mendiga, con la que vivía en la actualidad y que acababa de dar á luz un niño, muerto al nacer.

En el camino, dirigiéndose al hotel donde paraba Anani, Tomás recordó todo cuanto se decía acerca del viejo y sintió en aquel momento que Tchuroff le interesaba extraordinariamente. Cuando entreabrió la puerta detúvose respetuosamente bajo el dintel.

Encontró al viejo sentado en la cama. Acababa de despertarse; con los ojos fijos en tierra estaba tan encorvado, que su gran barba blanca se posaba en sus rodillas; pero aun así parecía inmenso.

—¿Quién es? preguntó sin levantar la vista.

—Soy yo. Buenos días, Anani Sawitch.

El viejo levantó la cabeza, cerró los ojos á medias y miró á Tomás.

—¿Eres tú, el hijo de Ignat?

—El mismo.

—Bien, ven aquí.... siéntate cerca de la ventana.

¡Vamos á ver si has cambiado!... ¿Quieres té?

—Con mucho gusto.

—¡Camarero! gritó el viejo levantando la voz.

Después, acariciándose la barba, se puso á contemplar curiosamente á Tomás, sin decir una palabra.

Tomás, por su parte, también le examinaba.

La frente espaciosa del viejo, cuyo tinte se parecía al del cuero curtido, estaba surcada de arrugas. Cabellos grises, en bucles, cubrían sus sienas y sus orejas puntiagudas; ojos azules y serenos daban una expresión de sabiduría y casi de candor á la parte superior de su rostro.

Pero sus gruesas mejillas y labios espesos, lo echaban todo á perder. Su larga nariz aguileña se escondía en el blanco bigote y los labios del viejo se entreabrían constantemente, dejando entrever unos dientes pequeños, amarillos y afilados.

Tenía puesta una camisa de percal rosa, ajustada al cuerpo por una cintura de seda, y anchos calzones negros, metidos en botas de montar.

Tomás miraba aquellos labios gruesos y se decía que era tal como se lo había figurado.

—Cuando tú eras un pequeñuelo, te parecías mucho á tu padre, dijo Tchuroff de pronto.

Y suspiró:

—¿Te acuerdas de tu padre?... ¿Ruegas por él?... ¡Es necesario orar! continuó él á una breve respuesta de Tomás. Ignat era un gran pecador... Ha muerto súbitamente sin confesarse... ¡Un gran pecador!

—No más que otro cualquiera, probablemente, replicó Tomás herido en sus sentimientos de piedad filial.

—¿Que quién, por ejemplo? preguntó severamente Tchuroff.

—¡No faltan pecadores!

—No hay más que un hombre en la tierra que sea más culpable que el difunto Ignat, y es ese mal-

dito hipócrita, tu padrino, Taschka, dijo el viejo recalcando sus palabras.

—¿Está usted seguro? preguntó Tomás con una sonrisa.

—¡Lo sé! respondió Tchuroff con tono convencido.

Y sus ojos se fruncieron.

—Yo también tengo cuentas que rendir á Dios... son pesadas... Llevaré un costal bien repleto á sus pies. Más de una vez he regocijado al diablo, pero creo en la misericordia del Señor, mientras que Taschka no cree en nada... Taschka no cree en Dios, lo sé y por esta falta de fe será castigado en la tierra misma.

—¿También lo sabéis? preguntó Tomás.

—¡También! Además, comprendo que te parecerá risible el oírme hablar así... Tú te dices: «¡Qué ojo!» Pero el hombre que ha pecado mucho... tiene que tener experiencia; el pecado instruye... Por esto es que Maiakín Taschka es de una inteligencia poco común.

Oyendo la voz ronca y segura del viejo, Tomás se decía:

«Se siente cerca de su fin».

El camarero del hotel entró en este momento pálido y como extraviado: puso la tetera en la mesa y salióse á toda prisa.

Tchuroff se había levantado, colocaba unos paquetes en el marco de la ventana y hablaba sin mirar á Tomás.

—Tú eres un insolente... y tu mirada es sombría... Antes se veían más gentes con ojos claros... es porque las almas eran más puras... Todo era más sencillo en otro tiempo, los hombres y los pecados... ahoratodo se ha complicado... ¡ay de mí!

Puso el té en infusión y se afeitó frente á Tomás: A tu edad, tu padre—era trabajador á bordo de un barco enfrente de nuestra villa— á tu edad, Ignat,

me parecía tan claro como el cristal... No había más que mirarlo y se adivinaba en seguida la clase de hombre que era. En cambio, á ti no hago sino mirarte, y no te comprendo. ¿Quién eres? ¿quién? Tú mismo, joven, no lo sabes... y es lo que te perderá. Todos los hombres de hoy están perdidos, porque no se conocen ellos mismos. La vida es una selva llena de árboles arrancados por la tempestad y es menester, á través de tanto obstáculo, encontrar el camino... ¿dónde? Todos yerran... el diablo se complace. ¿Eres casado?

—Todavía no, dijo Tomás.

—Aún no estás casado, y seguramente traqueteado desde largo tiempo... ¿Trabajas mucho, á lo menos, en tus negocios?

—Bastante. Aún estoy con mi padrino...

—¿En qué trabajas ahora? preguntó el viejo meneando la cabeza.

Sus ojos brillaban, se aclaraban y se ponían sombríos consecutivamente.

—No sabéis lo que es el trabajo. Antaño, un fabricante viajaba por su cuenta en coche, entre borrascas por la noche... marchábase. Bandidos le acechaban en el camino y lo mataban... moría mártir, rescatando el olvido de sus pecados con su sangre... Ahora se viaja en vagón, se envían despachos... además, aún se ha inventado entenderse sin moverse del escritorio, y las gentes se enteran á leguas de distancia... esta es una invención que no anda sin auxilio del diablo... El hombre está quieto, sin movimiento... Peca porque se aburre; no tiene nada que hacer: los mecanismos hacen sus necesidades. ¡No tiene ningún trabajo, y sin trabajo el hombre está perdido! Se ha rodeado de máquinas y se considera perfecto. No ve que estas máquinas son justamente un lazo que le tiende el diablo. Así es como os cogel... Trabajando, el hombre no tiene tiempo para pecar, mientras que ahora tiene toda

libertad. La libertad hará perecer al hombre, como el sol mata las lombrices, habitantes del seno de la tierra. ¡El hombre perecerá por la libertad!

El viejo Anani golpeó cinco veces la mesa con el dedo, pronunciando estas palabras lenta y reposadamente. Su rostro resplandecía con una alegría malsana, su pecho se inflaba, los pelos de su barba argentada se agitaban dulcemente. Sus palabras y su aspecto hicieron experimentar cierto malestar á Tomás, pues discernía una fe inquebrantable y la fuerza de esta fe le confundía. Olvidó por el momento los antecedentes del viejo, y lo que él creía como verdadero momentos antes.

—¡El que liberta á su cuerpo, pierde su alma! decía Anani. La expresión de sus ojos era tan extraña que parecía mirar á otra persona á través de Tomás, una persona cuyo sufrimiento y terror le regocijaban.

—Vosotros, gente nueva, pereceréis por la libertad... El diablo os ha cogido en sus redes... os ha apartado del trabajo dándoos máquinas, telégrafos y la libertad devora ya las almas humanas. ¿Dime, por qué los hijos son más malos que los padres? A causa de la libertad. Si por esto es, precisamente, por lo que se emborrachan, escandalizan sus mujeres... tienen menos salud teniendo menos trabajo... han perdido la alegría, puesto que las inquietudes son mayores... La alegría viene con el reposo, y hoy nadie se fatiga...

—Vaya, dijo Tomás por lo bajo, creo que antiguamente se bebía y se escandalizaba con mujeres como ahora...

—¿Qué sabes tú? Cállate más bien, exclamó Anani con ojos llameantes. Antaño, los hombres tenían más vigor... sus pecados se medían por sus fuerzas... Hoy las fuerzas han disminuído, pero los pecados han aumentado en proporción. Y estos son más feos.. En otro tiempo los hombres eran enci-

nas... El juicio de Dios se hará según sus fuerzas... Sus cuerpos serán pesados y su sangre medida, y entonces se verá si el peso de sus pecados no es mayor que el de su cuerpo y el de su sangre... ¿Has comprendido? Dios no condenará al lobo que haya comido un cordero; pero si una rata vil ha vertido la sangre de un cordero... condenará á la rata!

—¿Cómo los hombres pueden saber del modo que Dios los juzgará? preguntó Tomás meditabundo. Es menester un juez visible...

—¿Para qué visible?

—Para que los hombres lo comprendan...

—¿Y quién puede juzgarme que no sea Dios?

Tomás arrojó sobre el viejo una ojeada, se calló y bajó la cabeza. El forzado evadido, matado por Tchuroff, vino á la memoria y de nuevo creyó que era verdad. Mujeres también, esposas y queridas habían perecido á causa del viejo, conducidas á la tumba por sus caricias pesadas. Las había aplastado con su pecho huesoso, había absorbido su sangre con sus gruesos labios, rejos aún, y como húmedos de la sangre de todas estas pobres mujeres, muertas bajo la opresión de sus largos brazos nervudos. Y él, allí, hacía balance de sus pecados, esperando la muerte oculta muy cerca de él. Juzgaba á los hombres y se juzgaba él también, probablemente... y decía:

«¿Quién puede juzgarme, sino Dios?»

—¿Tiene miedo, sí ó no? se preguntaba Tomás. Y quedó un momento pensativo contemplando al viejo.

—Así es, amigo mío. Reflexiona, decía Tchuroff meneando la cabeza; reflexiona como debes vivir... ve... tu corazón tiene débiles capitales y gustos dispendiosos... ten cuidado no hagas bancarrota contigo mismo. ¡Ja, ja, ja!

—¡Lo que tengo en el corazón, no podéis saberlo! replicó Tomás, herido por la risa del viejo.

—¡Lo veo! ¡Lo sé todo! porque hace mucho tiempo que vivo... ¡Oh! ¡sí! ¡cuánto tiempo! Árboles han sido plantados, han fructificado, los han cortado y con ellos han hecho casas!... todo lo he visto y aún vivo... A veces traigo á mi memoria mi existencia y me digo: «¿Es posible, Dios, que un solo hombre haya hecho todo esto? ¿Tantos años he vivido?»

El viejo miró á Tomás severamente, movió la cabeza y se calló. Todo quedó en silencio. En el techo un estremecimiento se dejaba oír; el ruido de los coches y la vocería subía de la calle. La tetera hervía en el fuego. Tchuroff miraba el fondo de un vaso, acariciaba su barba y un ronquido pesado salía de su pecho como si algo pesado se hubiese movido en él.

—¿La vida debe parecerte dura sin tu padre?

—Me habitúo, respondió Tomás.

—Eres rico... Jacob morirá, tú serás más rico aún, te lo dejará todo...

—No tengo ninguna necesidad de ello...

—¿Qué ha de hacer? no tiene más que una hija, tú deberías escogerla... Es tu hermana de leche, pero eso no tiene importancia. Todo se puede arreglar. Cásate... No es bueno vivir así. Apuesto á que andas de muchachas...

—No.

—¡Confíesalo! ¡ja, ja! el traficante se muere... He oído decir por un guarda forestal—quizás mintiese—que los perros eran todos lobos al principio... que después han degenerado... Lo mismo en nuestra casta, al fin seremos también perros. Estamos rellenos de ciencia y nos ponemos sombreros á la moda; ¡bah! hacemos todo lo que podemos para perder nuestra individualidad... Pronto no se nos distinguirá del resto de los hombres. Todos envían sus hijos al liceo... ¡Todo se nivela! comerciantes, nobles y burgueses. Se les viste de gris y á todos se les enseña la misma ciencia... se quiere educar á

los hombres como se cultiva á los árboles... ¿Para qué? Ninguno lo sabe. Un árbol mismo se distingue de otro, aunque no sea más que por una rama ¡y se quiere que los hombres entren todos en un mismo molde! ¡Ciertamente, que para nosotros, los viejos, es ya tiempo de ocupar el ataúd, sí! Cincuenta años más y nadie se acordará de que yo he existido, yo, Anani, apellidado Tchuroff! Y que yo, Anani, no temía á nadie excepto á Dios!... Si en mi juventud no no era sino un pobre campesino, poseyendo cortamente dos hectáreas de terreno, he amasado para mis últimos días once mil, llenas de árboles... y de dinero dos millones poco más ó menos.

—Siempre se habla de dinero, interrumpió Tomás mohino. ¿Y á pesar de todo, qué gozo encuentra el hombre en eso?

—¡Bah! refunfuñó Tchuroff. Tú harás un mal comerciante si no comprendes el valor del dinero.

—¿Quién lo comprende? preguntó Tomás.

—¡Yo! le respondió Tchuroff con fuerza, y todo hombre inteligente... Jacob lo comprende también... ¿el dinero? ¡Eh! amigo, es enorme. Póntele delante y reflexiona lo que representa. Entonces te darás cuenta: la fuerza humana, el talento humano. Millares de hombres han puesto su vida en tu dinero y millares aún la pondrán... Y tú puedes arrojar todo este dinero en el fuego y verle quemar. En ese instante puedes creerte todopoderoso.

—Eso no hace...

—Porque los imbéciles no tienen dinero... Se invierte el dinero en los negocios... los hombres encuentran su vida alrededor de esos negocios... y tú, tú eres el dueño de toda esta gente. ¿Para qué ha creado Dios al hombre? Para que el hombre se incline ante él y le suplique... él era solo y su soledad le pesaba... quería ser poderoso... Y como sabes que el hombre ha sido creado á la imagen del Señor, el hombre también busca la dominación. ¿Y quién,

pues, si no el dinero, da el poderío? Ahí ves... Vaya, ¿has traído el dinero?

—No, respondió Tomás, cuya cabeza empezaba á irse en fuerza de escuchar las largas disertaciones del viejo y que estaba encantado viendo que la conversación se encaminaba hacia el terreno de los negocios.

—¡Está mal! dijo Tchuroff severamente. El vencimiento ha pasado, es menester pagar...

—Mañana tendréis la mitad..

—¿Por qué la mitad? Da todo.

—Tenemos en este momento una necesidad extrema de fondos.

—¿Y no los tenéis? Pues el caso que yo también tengo necesidad.

—Tened un poco de paciencia.

—No, amigo mío, no esperaré... Tú no eres como tu padre... vosotros, inexpertos, no sois seguros... En un mes echaríais todo á rodar y yo sería quien sufriese... Tráeme mañana toda la suma ó hago protestar las letras, sin más consideración.

Tomás miraba á Tchuroff con sorpresa. Este ya no era el viejo que elocuentemente discurría un momento antes acerca del diablo. Su rostro y sus ojos habían cambiado de expresión; su mirada era dura, sus labios impertérritos y en sus mejillas, hacia la nariz, aparecían venitas negras en un visaje de codicia, Tomás comprendió que si Tchuroff no recibía el dinero en la fecha convenida, obraría sin piedad y deshonraría la casa haciendo protestar las letras.

—No marchan los negocios, ¿eh? preguntó Tchuroff. Dime francamente, ¿dónde has echado el dinero de tu padre?

Tomás quiso probar suerte y dijo:

—Los negocios no son excelentes... no hay pedidos.

—¡Vaya!... ¿Es necesario ayudarte?

—Sed lo bastante bueno... para aplazar el pago...

—¡Pse! por la amistad de tu padre, quizás lo haría. Pero vamos á ver...

—¿Para cuándo lo aplazaríais? preguntó Tomás.

—Seis meses.

—Os estoy reconocido...

—De nada... me debes once mil seiscientos rublos. Vas á aceptar una nueva letra, por quince mil... paga los intereses por adelantado y hago una hipoteca sobre los barcos.

Tomás se levantó de la silla y dijo sonriendo:

—Enviadme mañana las letras; las pagaré íntegramente.

Tchuroff se levantó trabajosamente, y sin bajar la vista bajo la mirada burlona de Tomás, dijo rasgando pensosamente el pecho:

—¡Sea! tampoco está mal eso...

—Gracias... por vuestra buena acogida...

—No hay por qué... No dejar hacer... á pesar de que habría sido muy bueno, dijo el viejo descubriendo sus dientes afilados.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Cuando se cae en vuestras garras!

—¡Aprieto!...

—Y estranguláis, según se dice...

—¡Eal! ¡basta ya! dijo Tchuroff enfadado. Te creo fuerte, pero es algo pronto. Has jugado á la ganapierde y estás orgulloso... Espera que en efecto me ganes algo, y en seguida podrás regocijarte. ¡Hasta la vista! y trae el dinero mañana.

—No tengáis miedo. ¡Hasta la vista!

—¡Adiós!

Cuando iba á salir del cuarto, Tomás oyó un bostezo sonoro y después la voz del viejo que entonaba un salmo:

«¡Virgen Santa, ábreme las puertas de la clemencia celeste!...»

Tomás sacó de esta visita una doble impresión, y Tchuroff le agradaba y le repugnaba al mismo tiempo.

Repasó una á una las palabras del viejo sobre el pecado, pensó en su fe ardiente, en la misericordia divina, y un sentimiento vecino del respeto nacía en él.

«Este también habla de la vida... conoce sus pecados, pero no gime ni se queja de nada... «He pecado, responderé de mis faltas.» Sí... ¿Y el otro?

Se acordó de la Medinskaia, y su corazón se oprimió de dolor.

«La otra representa el arrepentimiento .. no se la comprende... ¿Es para evitar que se la juzgue? ¿O bien es que en realidad su corazón sufre? «¿Quién tiene la misión de juzgarme sino Dios?» ha dicho él. Veamos esto...»

Tomás creyó sentir que estaba celoso de Anani y al mismo tiempo recordó como éste había tratado de explotarlo. Este recuerdo le llenaba de disgusto por el viejo y no llegaba á conciliar los sentimientos opuestos que le inspiraba. Estaba perplejo y pensativo cuando llegó á casa de Maiakín.

—¡Vengo de casa de Tchuroff! dijo cogiendo una silla, ante la mesa donde estaba servido el té.

Maiakín tenía puesta una bata grasienta y un libro de cuentas en la mano. Removiése en su sillón de cuero y dijo con animación:

—¡Ponle té en seguida, Liubov!... Vamos, cuenta, Tomás. A las nueve debo estar en el Consejo, habla pronto.

Tomás contó con sarcasmo el ofrecimiento de Tchuroff de renovar las letras.

—¡Bah! suspiró Maiakín con sentimiento, moviendo la cabeza. Has echado todo á perder. Si se puede ir así derecho. ¡Uf!... El diablo es quien me ha hecho enviarte á su casa. Yo mismo debiera haber ido. Le habría hecho ver lo blanco negro,

—Lo dudo. Dice: «Soy una encina...»

—¿Una encina?... y yo una sierra. ¡Una encina! La encina es un árbol magnífico, pero sus frutos no sirven sino para alimentar puercos... Resultado: la encina no es más que una imbécil.

—Pero puesto que es necesario pagar...

—¡Eso no corre nunca prisa!... para la gente lista. Pero tú, irías corriendo de buena gana á llevarle el dinero... ¡Magnífico comerciante!...

Jacobo Tarasovitch estaba realmente descontento de su ahijado. Hacía mohines y daba órdenes imperiosas á su hija, que asistía en silencio á este coloquio y servía el té.

—Acerca el azucarero... ya ves que no no puedo cogerle...

El rostro de Liubov estaba pálido, sus ojos turbados y sus gestos lentos y vagos. Tomás la miró y pensó:

«¡Qué dulzura ante su padre!»

—¿De qué le habéis hablado? le preguntó Maiakín.

—Del pecado!...

—¡Naturalmente! Cada uno aprecia su obra y él es fabricante de pecados. Bastante tiempo hace que deben gemir por él en el infierno y en el presidio... se aburren, se le espera con impaciencia.

—Habla muy bien, dijo Tomás al tiempo que deshacía el azúcar en el té.

—¿Ha hablado mal de mí? preguntó Maiakín con tono medio rencoroso, medio sonriente.

—Un poco...

—¿Qué has respondido tú?

—He escuchado...

—Ah! ¿y qué has oído?

—«Serán perdonados los fuertes, para los débiles no habrá perdón...»

—Qué ingenio! Las pulgas mismas saben eso.

Esta manera desdeñosa de tratar á Tchuroff des-

agradóle sin saber precisamente por qué y mirando bien de frente á su padrino, le dijo:

—Ciertamente, no os quiere.

—A mí, amigo mío, nadie me quiere, declaró Maiakin con orgullo. Por lo demás, ninguna razón existe para que se me quiera, puesto que no soy una muchacha... Pero en revancha se me estima... y no se estima sino á aquellos á quienes se les teme...

El viejo guiñó maliciosamente un ojo mirando á su ahijado.

—Habla muy bien, repitió Tomás, se queja, dice que la raza de los comerciantes degenera... A todo el mundo se le enseña la misma creencia, dice, para que todos sean iguales, todos cortados por el mismo patrón...

—¿Y él encuentra esto poco conveniente?...

—¡Ya lo creo!

—¡Imbécil! exclamó Maiakin lleno de desprecio.

—¿Por qué, pues? le preguntó Tomás incrédulo.

¿Creéis que está bien?

—Lo que está bien lo ignoramos, pero lo que demuestra inteligencia lo vemos... En el momento en que se recogen gentes de todos los ámbitos para reunirles en un mismo sitio é inculcarles las mismas ideas, debemos admitir que es inteligente. Además, ¿qué es un hombre en la constitución del Estado? Nada más que una piedra y las piedras deben tener todas las mismas disposiciones. ¿Comprendes ahora? Si los hombres tienen todos el mismo peso y la misma talla, puedo agruparlos á capricho.

—¿Qué agradable es ser una piedra! dijo sombríamente Tomás.

—No se trata del agrado, sino de la necesidad. Si estás constituido de metal duro no te pulirá... No es fácil borrar la fisonomía primera de todo hombre... pero algunos se transforman en oro puro á fuerza

de martillo... Si la cabeza se parte en el yunque, tanto peor, es que se es endeble.

—Después ha hablado de trabajo... Las máquinas lo hacen todo, dice, por eso es por lo que los hombres se echan á perder...

—¡Más cuentos aún! exclamó Maiakin con una nueva mueca de desprecio. ¿Qué placer puedes experimentar en escuchar tales galimatías?... ¿Y á propósito de qué?

—¿Es también falso? preguntó Tomás con sonrisa forzada.

—¿Qué puede decir en justicia? ¡Una máquina! ¡Alcorcoque! ¿Ha pensado él siquiera de qué se componía una máquina? ¡De hierro! por consiguiente, no debe inspirar lástima. Se le hace trabajar y fabricar rublos y si sin ninguna reflexión, sin ninguna preocupación se la deja suelta, vuelve á hacerlos. Mientras que el hombre es nervioso y miserable... muchas veces es desdichado... Grita, gime, llora, suplica, se emborracha. ¡Ah! cuántas cosas superfluas veo en la humanidad. Mientras que en una máquina, lo mismo que en un metro, no se encuentra más de lo sucinto, todo tasado para que uno y otro llenen las funciones á que están destinados. Vaya, voy á vestirme... es tiempo.

Se levantó y abandonó la habitación arrastrando sus zapatillas. Tomás le siguió con la vista, y frunciendo el ceño, murmuró:

—¡Al diablo si es posible comprender algo... uno dice blanco, el otro negro... (R)

Después se despidió de Liubov y se dirigió á su círculo.

Venía la noche, el aire era fresco. Un viento frío y vivo barria la calle, levantando el polvo y cegando á los transeuntes.

Era ya de noche y siluetas fugitivas se deslizaban en la obscuridad. Tomás trataba de evitar el polvo cerrando los ojos; pensaba:

«Si encuentro una mujer, Sofía Pavlovna me acogerá cariñosamente, como antaño... Iré a verla mañana... Si es un hombre, no iré mañana... aguardaré aún...»

Encontró un perro y eso le puso furioso... De buena gana le habría roto el bastón en el lomo... Al entrar en el círculo la primera faz conocida que vio fué la del alegre Uchtitchef. Apoyado contra la puerta del bufete, hablaba con un hombre grueso, de bigote enorme; pero en cuanto percibió á Gordeieff avanzó unos pasos y dijo:

—¡Buenas noches, modesto millonario!

Este joven agradaba á Tomás á causa de su carácter alegre y abierto y siempre le veía con gusto. Le tendió la mano cordialmente.

—¿Cómo sabéis que soy modesto? le preguntó.

—Sois un hombre que lleváis una vida de ermitaño; bebéis, no jugáis, no andáis de niñas... ¡A propósito! ¿sabéis, Tomás, que nuestra incomparable patrona nos deja mañana para ir á pasar el verano al extranjero?

—¿Sofía Pavlovna? preguntó lentamente Tomás.

—¡La misma! El sol de mi vida se oculta y quizás también el de la vuestra.

Uchtitchef hizo una mueca cómica y maliciosa mirando á Tomás descaradamente. Este último estaba inmóvil y sentía su cabeza caer sobre el pecho, á pesar del esfuerzo que hacía para mantenerse rígido.

—Sí, nuestra radiante aurora!...

—¿La Medinskaja se marcha? articuló una voz gruesa. ¡Muy bien! me alegro...

—Dispense... ¿por qué? exclamó Uchtitcheff.

Tomás sonreía tontamente y miraba con aire distraído al hombre que estaba al lado de Uchtitcheff. Este, con gesto afectado, retorcia su bigote y dejaba escapar un turbión de palabras, groseras y pesadas, que parecían dichas para molestar á Tomás.

—Porque así la ciudad tendrá una *cocotte* menos.

—Eh, Martín Nikititch! exclamó Uchtitcheff frunciendo el ceño. ¡Un reproche!...

—¿En qué se fija V. para creerla coqueta? preguntó Tomás, con calma, dirigiéndose hacia el compañero de Uchtitcheff.

Este le miró con aire desdenoso, y volviéndose á medias, recalcó estas palabras:

—No he dicho coqueta... En todo caso, declaró Uchtitcheff conciliador, no se puede hablar así de una mujer que...

Pero Tomás le interrumpió:

—¡Esperad! Deseo preguntar al señor lo que significa... la palabra que ha dicho.

Tomás pronunció estas palabras con voz firme y decidida. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y sacó el pecho, lo que le dió un aire inquietante. El hombre del bigote grande le miró de arriba á abajo y sonrió.

—Señores!... suplicaba Uchtitcheff.

—He dicho: «cocotte», repitió el hombre, avanzando los labios como si paladease esta palabra. Si no comprendéis, puedo explicarle...

—Sí, esto es, dijo Tomás con un profundo suspiro y sin apartar de él los ojos, tengo la bondad de explicarse.

Uchtitcheff levantó los ojos al cielo y se hizo á un lado.

—Una *cocotte*, puesto que deseáis saberlo, es una mujer que se paga, continuaba el otro á media voz aproximando á Tomás su rostro abultado.

Tomás exhaló un gruñido sordo y antes que su interlocutor hubiese pensado en hacerse atrás, le cogió de un puñado por sus cabellos grises ensortijados.

Con movimiento convulsivo, se puso á sacudir aquella cabeza y aquel cuerpo enorme y macizo,

ritmando sus movimientos con palabras cadenciosas.

—No insulte... en la espalda... insulte... en la cara... en la cara...

Experimentaba un goce áspero viendo agitarse en el aire los brazos y las piernas del hombre que sacudía, desbaratado y tirado en el suelo. Un reloj de oro se había deslizado de su bolsillo, prendido á una cadena y había venido á parar sobre su vientre prominente. Borracho de su fuerza y de la humillación infligida á este individuo que se daba tantos aires de importancia, Tomás respiraba una alegría feroz y como esperezos de voluptuosidad. Contento de su venganza y continuando en arrastrar á su víctima por el suelo, exhalaba gruñidos sordos y furiosos en una especie de delirio salvaje. En este momento un sentimiento de una intensidad extrema le dominaba: le parecía que se había librado de un peso que desde largo tiempo le oprimía el pecho.

De repente sintió que le agarraban por detrás, por la cintura y los hombros; alguien le sujetaba por los brazos; le pisoteaban los pies. Sin embargo, insensible, los ojos inyectados en sangre, se encarnizaba en la masa negra que gemía horriblemente bajo su mano... Por último, llegóse á arrancarle su víctima; quedó inmovilizado bajo el peso de varios cuerpos y distinguió á través de una bruma roja, delante de él, en tierra á sus pies, al hombre que había golpeado. Despeinado, descompuesto, pataleaba en el suelo, tratando de levantarse; dos hombres vestidos de negro le sostenían por los sobacos, sus brazos colgaban lastimosamente, como alas rotas, y gritaba á Tomás con voz entrecortada por sollozos convulsivos:

—¡Cómo ha osado... pegarme! ¡Cómo han osado! ¡Estoy condecorado!... ¡miserable! Tengo hijos...

todo el mundo me conoce... ¡Canalla, salvaje! ¡Oh! ¡Oh!... ¡Quiero un duelo!

Durante este tiempo Uchtitcheff decía al oído á Tomás:

—Vámonos, querido amigo, ¡por el cielo!

—¡Espera, que le rompa los hocicos de una patada! gritaba Tomás.

Se le sacó fuera de la sala. Sus orejas estaban rojas, su corazón palpitaba hasta destrozarse, pero se sentía alegre y bien dispuesto. En la escalera del círculo aspiró con satisfacción una bocanada de aire fresco y dijo á Uchtitcheff con una sonrisa llena de bondad:

—Le he dado una buena paliza, ¿eh?

—Mira, exclamó el alegre secretario indignado, dispénsame, pero es un acto salvaje. Que me muera si he visto nunca una cosa parecida.

—Amigo, dijo Tomás afectuosamente. Vamos á ver, ¿no lo ha merecido? ¿no es un canalla? ¿Se oúden decir esas cosas á espaldas de una mujer? Se va á ella y se le dice en la cara...

—Bueno... ¡que el diablo te lleve! No es tampoco á causa de ella por lo que le has pegado.

—¿Cómo que no es á causa de ella? ¿Pues á causa de quién? preguntó Tomás estupefacto.

—¿De quién? No sé... pero es evidente que tenais cuentas pendientes. ¡Uf! ¡Dios mío, qué escena! No la olvidaré hasta el fin de mis días.

—¿Pero quién es, después de todo, ese buen hombre? preguntó Tomás soltando la carcajada. ¡Qué modo de gritar tenía el imbécil!...

Uchtitcheff miró atentamente á Tomás y le hizo esta pregunta:

—Dí... ¿ignoras realmente á quien has pegado? ¿Y es únicamente á causa de Sofía Pavlovna?

—Te lo juro! replicó Tomás.

—Pues que el diablo te lleve si tiene siquiera apariencia de buen sentido!

Se detuvo, encogióse de hombros y añadió:

—Pagarás eso muy caro, Tomás Iguatitch...

—¿Me llevará á los tribunales?

—Quiera Dios que no sea más que eso... Es hijo político del Vice gobernador.

—¡Vamos, anda! exclamó Tomás cuyo rostro se contrajo.

—Sí, si á decir verdad es un miserable y un bribón... Y que la corrección le estaba merecida... pero si se toma en consideración que la dama por quien has tomado la defensa es también...

—¡Basta! articuló Tomás interrumpiéndole con tono firme y poniéndole la mano sobre el hombro. Siempre me has sido simpático... y estás á mi lado en este momento... comprendo y sé apreciar... Pero no digas mal de ella... Sea lo que quiera según tú... para mí... la quiero... y es lo mejor... Te lo digo francamente... puesto que has querido seguirme: no la toques... La estimo perfecta: así, pues, es perfecta...

Uchtitcheff le miró y le respondió con distracción:

—Eres una persona rara... es necesario confesarlo.

—Soy un hombre sencillo... salvaje. Le he dado una paliza y estoy contento... venga lo que venga.

—Mucho temo que lo que venga no tenga nada de bueno... Franqueza por franqueza: Tú me agradas también... por más que ¡hum! eres peligroso. Cuando te da un acceso caballeresco, se puede temer verdaderamente una terrible pateadura...

—¡Qué caramba! Es la primera vez... todos los días no ha de ocurrir lo mismo, dijo Tomás, confuso.

Su interlocutor se echó á reír.

—¡Qué monstruo eres! pero... escucha: entregarse á un pugilato semejante, es de salvaje... excúsame...

Así, debo decirte que en el caso actual tu elección ha sido afortunada. Has dado con un juerguista, un cinico... un parásito... un hombre que habiendo despojado á sus sobrinos ha quedado impune...

—¡A Dios gracias, dijo Tomás con satisfacción, yo le he castigado un poco!

—¿Llamais á eso un poco? Sea, pongamos que sea un poco... Sólo que, mirad, amigo mío, permítidme daros un consejo, soy un hombre de leyes... Este Kniazeff es un miserable, ¡bueno! Pero no hay derecho de pegar, aunque sea un miserable, pues es un sér social, bajo el amparo maternal de la ley. No se debe osar pegar mientras que no traspase los límites del código penal, y aun entonces, no sois vosotros, sino nosotros, los jueces quiénes debemos aplicar el castigo. Y vosotros tened paciencia...

—¿Os caerá pronto entre manos?... preguntó inocentemente Tomás.

—No lo sé. Como no es tonto, tiene la suerte de que jamás le suceda. Y vivirá el resto de sus días ante las leyes, como tú y como yo. ¡Oh, Dios mío! ¿qué estoy diciendo?...

Y Uchtitcheff suspiró con aire cómico.

—No hagas traición al secreto profesional... dijo Tomás sonriendo.

—No es secreto... pero no debo aparecer ligero... ¡Diablo! esta historia me ha excitado en verdad. Némesis sigue fiel á ella misma, aun cuando se encabrite simplemente como un caballo.

Tomás paróse de pronto como si hubiese encontrado un obstáculo en su camino. Uchtitcheff continuaba charlando.

—Némesis es la diosa de la Justicia; ¿pero qué tenéis?

—Todo esto ha empezado por el anuncio de su partida, dijo Tomás con voz sorda, hablando lentamente, como con esfuerzo.

—¿Qué partida?

—Sofia Pavlovna...

—Sí, se va... ¿Y qué?

Estaba enfrente de Tomás y le miraba sonriendo... Gordeieff se callaba, la cabeza baja, rayando la tierra con el bastón.

—¡Andemos! dijo Uchtitcheff.

Tomás se puso en movimiento balbuceando con indiferencia:

—Y bien, que parta... Solo, sin ella...

Uchtitcheff hacía molinetes con su bastón y silbaba echando á hurtadillas miradas á su compañero.

—¿Es que no puedo vivir sin ella? articuló Tomás, lanzando una vaga mirada en torno suyo.

Y después de un corto silencio, respondió con convicción.

—Admirablemente.

—¡Mira! exclamó Uchtitcheff, voy á darte un buen consejo... Un hombre debe ante todo ser él mismo. Sois un hombre épico, por así decirlo, el lirismo no os siente. No es vuestro género...

—Mirad, querido señor, habládme de un modo más sencillo, dijo Tomás que le había escuchado con mucha atención

—¿Más sencillo? ¡Bueno!... quiero deciros que obraríais mejor olvidando á esa dama... Ella para vos... es veneno.

—Es precisamente lo que ella pretende, agregó Tomás.

—¿Os ha dicho eso? articuló Uchtitcheff admirado.

Y quedó pensativo.

—¡Hum! ¿Y si fuésemos á cenar?

—Con gusto, respondió Tomás.

Y de repente, exhaló un gruñido salvaje, apretó los puños y los agitó en el aire:

—¡Vamos, vamos! ¡Qué cena voy á tener después!

—¿Por qué, Dios mio? Cenaremos tranquilamente.

—No, espera, dijo Tomás con voz desgarradora de tristeza poniéndole la mano en el hombro. Después de todo, ya basta! ¿Soy acaso menos que los demás? Todo el mundo vive, se agita, se mueve, cada uno va derecho á un fin... Yo me aburro. Cada uno está satisfecho de sí mismo... y aquellos que se quejan, ¡mienten, los miserables! Lo hacen para disimular la verdad. Yo no tengo necesidad de fingir: soy un imbécil. Yo, amigo mio, no comprendo nada, pero, simplemente, quiero vivir. No se pensar... estoy descorazonado, uno me dice una cosa... otro lo contrario. ¡Pch! ¿Y ella...? ¡ah! si tu supieras todo lo que esperaba de ella... esperaba... ¿qué esperabas? No sé... pero es lo mejor. Y yo creía en ella... estaba convencido de que ella me diría un día palabras cuyo secreto sólo á ella perteneciera... Sus ojos, amigo mio... ¡qué hermosos son! Me da vergüenza contemplarlos... Decía que yo pensaba oír de ella palabras... que me lo explicasen todo... No es sólo el amor, era un alma entera que yo le entregaba... Buscaba... creía que, puesto que ella era tan bella, yo sería á su lado un hombre como los demás...

Uchtitcheff miraba á su interlocutor y escuchaba las palabras incoherentes y pesadas que se escapaban de sus labios. Veía temblar los músculos de su rostro bajo el esfuerzo del pensamiento que trataba de expresarse de un modo inteligible y sentía bajo estas palabras sin orden, un profundo y sincero sentimiento.

Este joven hercúleo, vigoroso y salvaje, que andaba con paso largo y desigual por la acera, inspiraba, en su estado, una lástima profunda. Acaso Uchtitcheff comprendía que estaba en él el conso-

larle y calmarle. Todo lo que Tomás había dicho y hecho esta noche despertaba su simpatía: se sentía aun más halagado de la confianza que le atestiguaba el joven millonario. Pero estaba desconcertado por esta franqueza brutal y aunque poseyese ya, á pesar de su juventud frases apropiadas para las diferentes circunstancias de la vida, no las encontró en el momento.

—Todo es sombrío y reducido alrededor de mí, continuaba Gordeieff; siento un peso que me aplasta... ¿qué es? no puedo comprenderlo. Me molesta... é impide mi libertad de acción. Cuando presto oídos, todos hablan de modo diferente. Ella sola habría podido decirme...

—¡Eh! amigo mío, interrumpió Uchtitcheff, cogiéndole del brazo amigablemente, eso no puede ser así, apenas entráis en la vida ya hacéis filosofía. De ningún modo. La vida nos es dada para vivirla. Así pues vivid y haced vivir á los demás; he ahí la filosofía. En cuanto á esa mujer ¡bah! ¿es el centro del universo?... Si lo deseáis, os haré conocer una persona notable, un veneno que no dejará, al cabo de un momento, ni un átomo de filosofía en vuestra alma. Una mujer extraordinaria y que sabe gozar de la vida. Es también un ser épico. ¡Y hermosa!... Una verdadera Fryné, puedo asegurarlo. Haríais buena pareja, los dos. ¡Qué demonio! Verdaderamente es una idea magnífica... os la haré conocer. Un clavo saca otro clavo.

—Tengo conciencia, dijo Tomás sombrío y triste, deque mientras viva no podré tener otra mujer.

—¡Cómo! ¡Un muchacho vigoroso y fresco como vos! ¡oh! exclamó Uchtitcheff.

Y se puso á convencer á Tomás de la necesidad de encontrar un derivativo á su humor negro corriéndola con mujeres alegres.

—Será soberbio é indispensable para vos, ¡creedme!

—¡Vuestra conciencia... dispensad! vuestra definición es algo inexacta... no es vuestra creencia quien os impide, sino vuestra timidez, supongo... Vivís apartados de la sociedad, sois tímido y apocado... y á este sentimiento es al que llamáis conciencia. Por el momento no puede tratarse de otra cosa... ¿Y qué tiene que ver la conciencia, si es completamente natural que el hombre se divierta, toda vez que es una necesidad y está dentro de sus derechos?

Tomás interceptaba el paso á su compañero y miraba la calle ante él, que entre dos filas de altos edificios se extendía, haciendo pensar en un canal lleno de tinieblas. Parecía no tener fin y que allá á lo lejos se arrastraba algo de sombrío é inexplicable que cortaba la respiración. La voz persuasiva y amiga de Uchtitcheff resonaba en los oídos de Tomás monótona y aunque él no tratase de comprender sus palabras se le pegaban como liga y las retenía involuntariamente. A pesar de la presencia de su compañero se sentía perdido en la obscuridad. Este pensamiento le envolvía y le impulsaba en pos de Uchtitcheff. Una gran lasitud se había apoderado de él y le quitaba todo deseo de resistencia á las solitudes de éste, y además, ¿para qué resistir?

—La discusión no es útil á todo el mundo, decía Uchtitcheff, jugando con su bastón. Si todos discutiesen, ¿quién viviría? No se vive más que una vez. Y aun es cuerdo darse prisa, os lo juro ¿pero, para qué hablar? Autorizadme para reanimaros un poco. Vamos ahora á una casa muy alegre... en ella habitan dos hermanas... Ellas sí que saben reir.

¡Decidíos!

—¿Por qué no? Vamos, dijo Tomás con calma y bostezando. ¿No es algo tarde? preguntó examinando el cielo cargado de nubes.

—¡Para ellas nunca es tarde! exclamó alegremente Uchtitcheff.

VIII

Tres días después de los sucesos del círculo, Tomás se encontraba á siete leguas de la ciudad, en los talleres que servían para la explotación forestal del mercader Ivantzeff, en compañía del hijo de este último, de Uchtitcheff, un señor muy serio, con patillas, de cabeza calva y nariz roja, y cuatro mujeres..

El joven Ivantzeff llevaba lentes, era pálido, delgado y cuando estaba de pie sus pantorrillas temblaban continuamente como si hubiesen sido indignas de soportar este cuerpo débil, vestido con una hopalanda á grandes cuadros, con un capuchón, entre los dobleces del cual se movía, lamentable, una cabecita cubierta con una gorra de jockey. El señor de las patillas le llamaba Juan y pronunciaba este nombre como si hubiese estado atacado de catarro crónico. La compañera de Juan era una mujer alta y vigorosa. Su cabeza achatada de ambos lados, su frente baja y erguida, su nariz larga y puntiaguda le daban un parecido á un pájaro. Aquel rostro feo estaba impasible: sólo los ojos, pequeños y redondos, sonreían siempre, llenos de malicia y perspicacia. La de Uchtitcheff se llamaba Vera. Era una persona lista, pálida, con cabellos rojos; y de tal modo abundantes, que parecía llevar un casco que le llegase á las mejillas y al cuello, enmascarando su frente espaciosa que esclarecían dos ojos azules inmensos, tranquilos é indolentes.

El señor de las patillas estaba sentado al lado de una joven, muy fresca, que no cesaba de reír de las frases que aquel le deslizaba al oído.

En cuanto á la amiga de Tomás, era una morena esbelta, vestida de negro. Su color era mate, los cabellos ondulados y se mantenía muy derecha, la cabeza erguida, de mirada altiva, llena de condescendencia para todos los que la rodeaban. Se veía enseguida que ella se consideraba como la persona más importante de la reunión.

Todos se habían instalado sobre una balsa, último anillo de una cadena larguísima que marchaba en el sentido de la corriente. Sobre la balsa se habían colocado varias tablas y en el centro del islote flotante se veía una mesa, al rededor de la cual se agrupaban botellas vacías, canastos de provisiones, pedazos de papel, cáscaras de naranja... En un rincón, sobre un montón de tierra, había una lumbre y un campesino, en cuclillas delante del fuego, se calentaba las manos, echando de cuando en cuando una mirada sobre los amos reunidos en torno de la mesa. Esta estaba llena de frutas y de vinos; pero los comensales, cansados de una fiesta que duraba dos días y de una comida copiosa que acababan de concluir, parecían indispuestos. Todos contemplaban el río y la conversación languidecía, cortada por grandes silencios.

Hacia un día de primavera, claro y vivificante; un cielo puro y frío, se extendía majestuosamente encima de la inmensa sábana de agua turbia, inmóvil como el cielo y vasta como el mar, que el río había extendido profusamente sobre las praderas féculdas. A lo lejos, las frondosas montañas se esfumaban dulcemente en un humo azulado donde brillaban, semejantes á grandes estrellas, las cruces de las iglesias. En esta parte del horizonte, el río presentaba mucha animación. Barcos lo surcaban en

—¡Para ellas nunca es tarde! exclamó alegremente Uchtitcheff.

VIII

Tres días después de los sucesos del círculo, Tomás se encontraba á siete leguas de la ciudad, en los talleres que servían para la explotación forestal del mercader Ivantzeff, en compañía del hijo de este último, de Uchtitcheff, un señor muy serio, con patillas, de cabeza calva y nariz roja, y cuatro mujeres..

El joven Ivantzeff llevaba lentes, era pálido, delgado y cuando estaba de pie sus pantorrillas temblaban continuamente como si hubiesen sido indignas de soportar este cuerpo débil, vestido con una hopalanda á grandes cuadros, con un capuchón, entre los dobleces del cual se movía, lamentable, una cabecita cubierta con una gorra de jockey. El señor de las patillas le llamaba Juan y pronunciaba este nombre como si hubiese estado atacado de catarro crónico. La compañera de Juan era una mujer alta y vigorosa. Su cabeza achatada de ambos lados, su frente baja y erguida, su nariz larga y puntiaguda le daban un parecido á un pájaro. Aquel rostro feo estaba impasible: sólo los ojos, pequeños y redondos, sonreían siempre, llenos de malicia y perspicacia. La de Uchtitcheff se llamaba Vera. Era una persona lista, pálida, con cabellos rojos; y de tal modo abundantes, que parecía llevar un casco que le llegase á las mejillas y al cuello, enmascarando su frente espaciosa que esclarecían dos ojos azules inmensos, tranquilos é indolentes.

El señor de las patillas estaba sentado al lado de una joven, muy fresca, que no cesaba de reír de las frases que aquel le deslizaba al oído.

En cuanto á la amiga de Tomás, era una morena esbelta, vestida de negro. Su color era mate, los cabellos ondulados y se mantenía muy derecha, la cabeza erguida, de mirada altiva, llena de condescendencia para todos los que la rodeaban. Se veía enseguida que ella se consideraba como la persona más importante de la reunión.

Todos se habían instalado sobre una balsa, último anillo de una cadena larguísima que marchaba en el sentido de la corriente. Sobre la balsa se habían colocado varias tablas y en el centro del islote flotante se veía una mesa, al rededor de la cual se agrupaban botellas vacías, canastos de provisiones, pedazos de papel, cáscaras de naranja... En un rincón, sobre un montón de tierra, había una lumbre y un campesino, en cuclillas delante del fuego, se calentaba las manos, echando de cuando en cuando una mirada sobre los amos reunidos en torno de la mesa. Esta estaba llena de frutas y de vinos; pero los comensales, cansados de una fiesta que duraba dos días y de una comida copiosa que acababan de concluir, parecían indispuestos. Todos contemplaban el río y la conversación languidecía, cortada por grandes silencios.

Hacia un día de primavera, claro y vivificante; un cielo puro y frío, se extendía majestuosamente encima de la inmensa sábana de agua turbia, inmóvil como el cielo y vasta como el mar, que el río había extendido profusamente sobre las praderas féculas. A lo lejos, las frondosas montañas se esfumaban dulcemente en un humo azulado donde brillaban, semejantes á grandes estrellas, las cruces de las iglesias. En esta parte del horizonte, el río presentaba mucha animación. Barcos lo surcaban en

todas direcciones y su rumor confuso llegaba como un gran suspiro hasta las balsas y hasta las praderas que el movimiento blando del agua embargaba con ruidos, vagos é indecisos. Enormes barcazas en larga fila, subían en contra de la corriente y desgarraban como bestias monstruosas la superficie apacible del río.

Las chimeneas de los remolcadores vomitaban torrentes de humo negro, que se dispersaba lentamente en el aire fresco, lleno de la claridad deslumbradora del sol. Una sirena desgarraba el aire con su grito furioso de enorme bestia, exasperada por el esfuerzo. Sin embargo, al rededor de la balsa, en las praderas, reinaba silencio, una paz profunda. Algunos árboles inclinándose sobre el río se cubrían de verdes yerbas. La inundación hacia llegar al agua á sus copas, que se reflejaban en el agua y tomaban el aspecto de esferas ligeras, no esperando mas que un leve soplo de aire para ponerse á bogar, graciosas, en la sábana azogada del río...

La joven rubia miraba al horizonte soñadora y cantó con ritmo plañidero:

A lo largo del río Volga
pasea un barco ligero...

La morena frunció el ceño, cerró á medias sus grandes ojos severos y dijo con desprecio:

—¡Bastante nos aburrimos sin eso!

—¡Déjala cantar! dijo Tomás, con bondad, incli-
uándose hacia su amiga.

Estaba pálida sus ojos brillaban y una sonrisa perezosa vagaba en sus labios.

—¡Cantemos en coro! propuso el señor de las pa-
tillas.

—¡No, mejor es que canten los dos! exclamó

Uchtitcheff, muy animado. Vera, declama esta canción; ¿sabes? «¡A la aurora, iré!»

—¿Cómo es? ¡Paulina, cántala, te lo suplico!

Paulina—era la que no cesaba un momento de reir—se volvió con deferencia hacia la morena y le preguntó:

—¿Se puede cantar, Sacha?

—Yo también cantaré... dijo la amiga de Tomás, y volviéndose hacia la mujer de perfil de pájaro:

—Vassa, canta conmigo, exclamó con tono de mando.

Vassa interrumpió instantaneamente su conversación con Ivantzeff, se pasó la mano por el cuello y fijó su mirada en la de su hermana. Esta se levantó, se apoyó contra la mesa y con la cabeza orgullosamente echada atrás, empezó con voz fuerte, casi masculina:

Dichoso es todo aquel
que no conoce cuidados;
ni amor se apodera de él...

Su hermana inclinó la cabeza y gimió, con voz de mezzo contralto, plañidera y lenta:

¡Y yo, pobre niña, yo siento!

Con los ojos brillantes, Sacha continuó más bajo:

¡que mi corazón es árido cual las piedras!

Las dos voces se mezclaron y se balancearon sobre el agua en una armonía bella y cautivante, donde vibraba todo un mundo de sentimientos. La una echaba el sufrimiento intolerable de un alma torturada, quejas amargas, sollozos impotentes y desesperados.

Como un veneno sutil, destilaba su tristeza y tra-

taba de ahogar en las lágrimas el fuego de sus tormentos. La otra más profunda y más varonil, respiraba odio: en un concierto de imprecaciones mortales, se elevaba importante y alterada de venganza...

Los versos de la canción se destacaban, uno á uno, lentamente y la voz volaba libre, sonora y llena. Temblaba bajo la injuria exasperada por el ultraje, no se quejaba, clamaba sangre y cada palabra pedía venganza...

¡Yo te querré más que ella!...

cantaba plañidera Vassa, con los ojos cerrados.

¡Lo enloqueceré de amor!...

continuaba Sacha con violencia, lanzando al aire notas vigorosas y llenas, parecidas á golpes... Después, cambiando de pronto de ritmo, con voz más alta, lentamente como su hermana, profirió amenazas, vibrantes de alegría lasciva:

El también será más árido que el viento,
más seco que la hierba guadañada,
arrasada, y que la brisa va curtiendo...

De codos en la mesa, con la cabeza inclinada y las cejas fruncidas, Tomás contemplaba el rostro de la cantora y sus bellos ojos negros á medio cerrar. Ella dejó vagar á lo lejos su mirada donde brillaba un fuego sombrío y feroz, y diríase que la voz velada que salía de su pecho, se iluminaba al resplandor misterioso de sus ojos perdidos en vagos horizontes...

Tomás recordó sus caricias y pensó:

«¿De dónde sale? Ella os hace temblar.»

Uchtitcheff, abrazado con su amiga escuchaba la canción, con rostro místico y radiante de placer.

El señor de las patillas é Ivantzeff bebían y cambiaban algunas palabras en voz baja, inclinándose mutuamente sus oídos. La mujer roja examinaba, pensativa, la palma de la mano de Uchtitcheff, que tenía entre las suyas y la joven, antes tan alegre, parecía entristecida; la cabeza baja, escuchaba la canción, sin hacer el más mínimo movimiento como si estuviese encantada. El campesino se aproximó abandonando su fuego. Andaba con precaución sobre las tablas, alzándose sobre las puntas de los pies, las manos atrás y todo su ancho rostro barbudo transfigurado por una sonrisa de goce extático.

¡Oh! ¡adivina, elegido de mi corazón!

suspiraba lánguidamente Vassa. Y su hermana irguiendo todo el busto, elevando aún su cabeza en un gesto soberbio, respondía con voz potente y triunfal por el verso final:

El dolor de mi amor despreciado.

La canción terminada, paseó á su alrededor una mirada altiva, y sentándose cerca de Tomás, le rodeó el cuello con su brazo, con gesto vigoroso y lento.

—¿Es bonita mi canción?

—¡Soberbia! suspiró Tomás con una sonrisa.

Aquella música le había emocionado. Su corazón vibraba de amor y aún palpitaba, lleno de melodía; sin embargo al movimiento acariciador de Sacha, delante de todos, se sintió embarazado.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Alejandra Savieliewna! gritaba Uchtitcheff, mientras que los demás aplaudían.

Pero Sacha no prestaba ninguna atención y opri-

miendo á Tomás contra ella, le decía, con majestad:

—Es necesario hacerme un regalo bonito por esta canción...

—¡Bueno! lo tendrás, dijo Tomás.

—¿Qué?

—¿Qué quieres, tú?

—Te lo diré en la ciudad... Y si me concedes lo que te pida... ¡oh! ¡cómo voy á quererte!

—Será por el regalo... más valía que fuese desinteresadamente...

Ella le miró reposadamente, reflexionó un momento y replicó con seguridad:

—¡Desinteresadamente, es demasiado pronto!... Yo no sé mentir. ¿Para qué voy á engañarte? Te lo digo francamente, te amo por tu dinero, por tus presentes... pues aparte del dinero, los hombres no son nada. No pueden ofrecer nada más precioso que el dinero... nada que equivalga... Estoy convencida... Pero también se puede amar sin interés... Si... ten paciencia, también podré amarte por nada... quizás... Por el momento es preciso no aborrecerme, tengo necesidad de mucho dinero, en mi oficio...

Tomás la escuchaba y temblaba al contacto de su cuerpo joven, firme y ligero.

La voz chillona, agria y mahumorada de Ivantzeff se hizo oír:

—No me gusta, no puedo comprender la belleza de este famoso canto ruso... ¿Qué tiene? ¡Aullidos de lobo hambriento, algo de salvaje! Ninguna alegría... ningún «chic»... Quejas de perro, es bestial... ningún sonido bello y vivificante... ¡Oh! si pudiéseris oír lo que canta y como canta el campesino francés, ¡ah!—ó bien el italiano...

—Dispensad, Ivan Nicolaevitch... exclamaba Uchtitcheff, indignado.

—Hay que convenir en que la canción rusa es

monótona y aburrida... le falta ese brillo de la civilización... decía con melancolía el señor de las patillas, bebiendo vino á pequeños sorbos.

—En desquite se encuentra siempre un corazón que sangra, observó la dama roja, mondando una naranja.

El día declinaba. Allá en el valle, el sol desaparecía en el horizonte tras una foresta lejana. Coloreaba los árboles de un tinte rojizo y reflejaba en el agua negra manchas rosas y doradas. Tomás contemplaba este cuadro y admiraba el juego de los rayos de luz; seguía sus cambiantes indecisos en la superficie tranquila y desierta de las aguas, mientras que á su oído llegaban trozos de conversación, semejantes al vuelo de mariposas de noche. Con la cabeza apoyada en el hombro de su amante, Sacha murmuraba palabras que encendían su sangre joven, haciéndole enrojecer y apoderándose de él el deseo furioso de cogerla en sus brazos y besarla en plenos labios.

Ninguno de los circunstantes le interesaba, excepto ella... Ivantzeff y su amigo le disgustaban indudablemente.

—¿Qué tienes tú que ver aquí? resonó la voz de Uchtitcheff.

Uchtitcheff interpelaba al campesino. Éste se quitó la gorra y se golpeó en la rodilla. Respondió sonriendo:

—Me he aproximado para oír mejor á la señora.

—¿Canta bien?

—Eso no se pregunta siquiera, dijo el campesino, que fijó en Sacha su mirada llena de admiración.

—¡Eso es! exclamó Uchtitcheff.

—¡Ellas tienen una gran fuerza en el pecho! dijo el campesino moviendo la cabeza.

Sus palabras hicieron reír á las mujeres y pro-

vocaron frasecillas de doble sentido en los hombres.

Sacha escuchaba tranquilamente y sin dignarse responder, preguntó al campesino:

—¿Cantas tú?

—A nuestra manera.

—¿Qué canciones conoces?

—De todas clases... Me gusta cantar...

Sonrió con aire de hombre cogido en falta.

—Cantemos los dos.

—¿Cómo? Yo no soy vuestro igual.

—¡Vamos, da el tono!

—¿Puedo sentarme?

—Siéntate á la mesa... próxima...

—¡Qué cosa más divertida! exclamó Ivantzeff, con una mueca.

—Si se aburre V., arrójese al río, replicó Sacha con una mala mirada.

—¡Gracias está demasiado frío! respondió Ivantzeff, visiblemente incomodado.

—¡Cómo V. guste! dijo ella alzando los hombros. El instante es buenisimo: el agua abunda precisamente en este momento y no la echaría toda á perder con esa podredumbre de cuerpo...

—¡Bah! ¡qué broma de más mal gusto! gruñó el joven volviéndola la espalda.

Y dijo con desprecio:

—En Rusia, aun las *cocottes* son groseras...

Se dirigía á su vecino, pero no obtuvo por toda respuesta sino una sonrisa de bestia borracha. Uchitcheff estaba igualmente borracho. Miraba á su amiga con ojos turbados, tartamudeaba palabras ininteligibles y no comprendía nada.

La mujer de cabeza de pájaro picoteaba bombones, metiendo la nariz en la caja. Paulina estaba en el lado opuesto de la balsa y arrojaba cortezas de naranja al agua.

—Nunca tomé parte en un paseo tan estúpido y

en semejante compañía, decía Ivantzeff á su vecino.

Tomás le miraba con gesto burlón; estaba encantado de que este buen hombre melindroso y feo se aburriese y que Sacha lo hubiese molestado. Contemplaba á su amiga con ternura y satisfacción. Se complacía en verla hablar á todos tan sencillamente y mostrar la misma altivez de una gran dama.

El campesino se había instalado á los pies de Sacha. Las manos puestas en las rodillas, la consideraba y la escuchaba religiosamente.

—Tú subes la voz cuando yo la baje... ¿comprendes?

—¡Comprendo... sólo que, señora, deberiais ofrecerme una copa para darme valor!

—¡Tomás, dale de beber!

Cuando el campesino hubo tragado un vaso de vino, hubo tosido y se hubo secado los labios, dijo:

—Ande, ya estoy dispuesto...

Entonces Sacha ordenó frunciendo el ceño.

—Empieza...

El campesino torció la boca, elevó los ojos hacia ella y entonó con voz de tenor:

¡Ay de mí! ya ni puedo beber, ni puedo tragar...

Sacudida por un temblor de la cabeza á los pies, la mujer sollozó y continuó con acento de tristeza aguda:

Es mi alma quien rechaza tu vino...

El campesino movió dulcemente la cabeza de derecha á izquierda; con los ojos medio cerrados, una sonrisa extática en los labios, lanzó toda una gama de notas altas.

¡Ay de mí! llegó la hora de todo abandonar...

Y la mujer lloró y gimió. Se retorció y respondió en un sollozo:

Abandonar á todos; este es el destino...

Y el campesino, en un tono más bajo, con un balanceo rítmico de todo el cuerpo, una fuerza de expresión extraordinaria, sorprendente de angustia, continuó:

Y á un país extraño debo marchar...

Quando las dos voces, confundiendo sus lloros y sus gemidos, se elevaron en la paz y la frescura de la noche, todo pareció más bello y más dulce. Parecía que la naturaleza entera se hubiese impregnado de lástima y sonriese al dolor de aquel hombre que una fuerza fatal arrancaba del nido familiar para hacerle pasto de humillaciones y duras esclavitudes. No era ni la armonía del canto ni las palabras que vibraban en el aire, sino verdaderos sollozos, y aquellas lágrimas de un corazón humano, exasperado por el sufrimiento, caían sobre la tierra como un rocío misterioso y bienhechor.

Una angustia infinita, todos los dolores que puede ser capaz de soportar un sér humano en la lucha con las fuerzas implacables de la naturaleza, anonadado bajo el peso férreo de la necesidad, todo se encontraba en las palabras sencillas de la canción, en las notas infinitamente tristes que volaban al cielo, lejano é inmutable, sordo á toda emoción y que ningun eco llegará nunca á despertar.

Tomás se había alejado algo de los cantadores y los consideraba con un sentimiento vecino al terror. Su canción penetraba en su pecho como una lengua de fuego, y la desesperación sin límites de que estaba poseído le oprimía el corazón hasta el extremo de producirle un dolor físico. Los ojos se le lle-

naban de lágrimas, su garganta se contraía y una agitación nerviosa ponían en tensión los músculos de su rostro. Miraba los ojos negros de Sacha, inmóviles, animados de un brillo sombrío, y aquellos ojos desmesurados parecíanle agrandarse á cada momento. Le parecía también que no eran dos personas las que cantaban, sino que la naturaleza entera cantaba y sollozaba, vibraba y se retorció en los espasmos del dolor, lanzándose á ciegas hacia un fin desconocido, esparciendo lágrimas ardientes y que todo cuanto hay de vivo se había unido en un estrecho abrazo común de desesperación. Y él también cantaba en este coro lamentable, cantaba con la humanidad entera, con el agua del río, con los bosques lejanos, de donde llegaban suspiros lejanos mezclando su vago murmullo al eco de la canción.

Pero he aquí que el campesino se ha arrodillado delante de Sacha. La mira y levanta los brazos. Ella está inclinada hacia él y su cabeza se balancea con movimiento cadencioso. Los dos cantan ahora sin hablar, y Tomás no puede creer que de aquellos pechos salgan los sonidos potentes, hechos de gemidos, que llenan el éter...

Quando hubieron concluido de cantar, los contempló, temblando de emoción, el rostro bañado en lágrimas, una sonrisa errante en los labios.

—¿Te ha emocionado eso? le preguntó Sacha. Desfallecida, vacilante, estaba blanca y respiraba difícilmente. Tomás miró al campesino. Se secaba la frente y paseaba á su alrededor miradas inconscientes, como si no hubiese podido comprender lo que acababa de sucederle.

Alrededor de ellos todo era calma. La asistencia continuaba inmóvil y en silencio.

—¡Ah! ¡Dios mío! suspiró Tomás levantándose bruscamente. ¡Eh! ¡Sacha! Campesino, ¿quién eres? dijo con voz casi amenazadora.

—Soy Esteban, respondió el campesino, con una sonrisa forzada, levantándose al mismo tiempo; ya lo creo, soy Esteban.

—¡Qué bien cantas! ¡ah! exclamó Tomás con admiración.

—¡Eh! ¡Excelencia! suspiró el campesino.

Y añadió con tono convencido y muy quedo:

—La desgracia daría al buey una voz de ruiseñor... Pero ¿en qué consiste que esta señora canta así?... ¡Sólo Dios lo sabe!... Canta con todas sus fibras... de buena gana se estiraría uno y moriría de tristeza. ¡Ah! ¡Qué señora!

—¡Está muy bien cantado! resonó la voz aguardentosa de Uchtitcheff.

—¡No, que os lleve al diablo, esto es horrible! exclamó Ivantzeff, la voz ahogada por las lágrimas y levantándose bruscamente de la mesa. He venido aquí para divertirme, quiero distraerme y se me fuerza á escuchar canciones de cementerio. ¡Es inconcebible! No quiero más. Me voy.

—¡Juan! yo también me voy... Me aburro, declaró el señor de las patillas.

—¡Vassa! gritó Ivantzeff llamando á su amiga. Prepárate.

—Ya es hora de partir, dijo flemáticamente la mujer roja de Uchtitcheff. Hace fresco y la noche viene...

—Esteban, recógelo todo, ordenó Vassa.

Tomás se agitaba, se pusieron á conversar. Tomás les miraba perplejo y temblando aún. Las gentes iban y venían sobre las balsas, vacilantes, pálidas, cansadas; cambiaban frases, sin ilación, desnudas de sentido. Sacha los empujaba sin ceremonia, al ir recogiendo sus abrigos.

—¡Esteban! haz avanzar los coches...

—Yo... tomaría bien, aun, un poco de cognac... ¿Quién quiere tomar cognac conmigo? decía el se-

ñor de las pastillas, con voz aguardentosa, teniendo una botella entre las manos.

Vassa envolvía el cuello de Ivantzeff con una bufanda. El estaba de pie delante de ella, con semblante descontento, crispado y sus pantorrillas temblaban. Su vista inspiró repugnancia á Tomás, que se alejó y pasó á otra balsa. Estaba estupefacto viendo que la canción no había producido efecto en todas aquellas gentes... Vibraba en su alma y despertaba un deseo inquieto de moverse y de hablar. Pero no encontraba á quien dirigirle.

El sol se había puesto y una bruma azul ocultaba el horizonte. Tomás miró y dió media vuelta. No tenía el más mínimo deseo de entrar en la ciudad con aquellas gentes y menos de quedar en su compañía. Continuaban todos moviéndose en la balsa, arrastrando sus pasos indecisos y murmurando palabras incoherentes.

Las mujeres estaban menos borrachas que los hombres; sólo la roja no podía conseguir ponerse derecha; por fin se levantó y dijo:

—¡Dios mío! ¡qué borracha estoy!

Tomás se sentó en un madero, recogía el hacha que había servido al campesino para cortar leña y se puso á jugar distraídamente con ella.

—¡Dios! ¡qué insípido es todo esto! resonó la voz agria de Ivantzeff.

Tomás se apercibió en este momento, que le detestaba... á él y los demás á excepción de Sacha que le produjo una impresión extraña, en la que dominaba el temor de verla entregarse á algun acto extravagante y terrible.

—¡Bruto! gritó Ivantzeff con voz aguda.

Y Tomás le vió empujar al campesino, que se quitaba humildemente la gorra y se alejaba.

—¡Imbécil! continuó Ivantzeff al tiempo que, con la mano levantada, perseguía al pobre diablo.

Tomás de un salto, llegó á él y con la voz impregnada de amenazas:

—¡Eh, tu! ¡no le toques! exclamó.

—¿Cómo? gruñó Ivantzeff volviéndose á él.

—¡Esteban, ven aquí! dijo Tomás.

—¡Campesino! dijo Ivantzeff mirando de arriba á abajo con desprecio, á Tomás.

Este alzó los hombros y dió un paso hacia Ivantzeff. De repente una idea atravesó por su imaginación. Sonrió maliciosamente y preguntó, muy quedo, á Esteban:

—¿La balsa está amarrada por tres sitios?

—Por tres, seguramente.

—Corta las amarras...

—¿Y ellos?...

—¡Calla! corta...

—¡Perol!...

—Corta, te digo... y dulcemente, que no se aperciban.

El campesino armado del hacha se aproximó sin hacer ruido parte donde las dos balsas están sujetas una á otra, dió varios hachazos y se volvió hacia Tomás.

—Vuestra Gracia sabe que no soy responsable.

—No temas nada...

—¡Ya se precipitan! murmuró el campesino con terror, y se persignó á toda prisa.

Tomás miraba, reía muy bajo y experimentaba una sensación aguda mezcla de terror y de voluptuosidad.

Las personas de la balsa continuaban moviéndose con lentitud. Se atropellaban los unos á los otros; los hombres ayudaban á las mujeres á ponerse sus abrigos; todos charlaban y reían, en tanto que la balsa se deslizaba con hipocresía en el agua.

—Si se inclinan hacia la fila de las barcazas, murmuraba el campesino, tropezarán en las cadenas y se destrozarán.

—Cállate...

—Se ahogarán seguramente.

—Tomarás una barca para pescarlos.

—¡A buena hora! ¡me gusta!... además, no está bien. Después de todo son hombres. Hay también que responder de ellos...

El campesino se dirigió apresuradamente hacia la orilla saltando de una en otra balsa.

Tomás seguía inmóvil y tenía deseos de gritar, decir algo á sus compañeros, pero otro deseo le retenía, el de verles alejarse primero. Temía que pudiesen saltar sobre las balsas amarradas. Al ver el ligero esquife balancearse lentamente sobre el agua y alejarse de él á cada momento, experimentaba un sentimiento delicioso.

Aquellas gentes llevaban consigo el peso que le oprimiera á todas horas. Aspiraba con delicia el aire fresco de la noche y su cabeza se despejaba de los vapores que la aturdián. En el borde de la balsa que se deslizaba, vuelta de espaldas, iba Sacha; miraba su graciosa cintura y pensaba involuntariamente en la Medinskaia. La otra era más menuda. Este recuerdo le entró como una flecha en el corazón y gritó con voz fuerte y burlona:

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Adiós! ¡ja, ja, ja!

Las siluetas oscuras se arremolinaron de repente y se volvieron con un movimiento uniforme.

Pere ya entre ella y Tomás un espacio de más de dos metros de agua brillaba con reflejo metálico. Varios segundos trascurrieron en un silencio de muerte.

Después, repentinamente, fué como una tempestad de sonidos, donde las voces se desgañitaban, llenas de un terror animal, de quejas horrorosas. Más fina y más temblorosa que las demás la voz de Ivantzeff se destacaba en este concierto desgarrando los oídos de Tomás.

—¡Socorro!...

Alguno, tal vez el señor de las pastillas, gritaba con voz de bajo:

—¡Que nos ahogamos!... hombres... aquí...

—¿Es que sólo hay hombres ahí? aulló Tomás con rabia, molesto por aquellos gritos que le hacían el efecto de mordeduras.

Los pasajeros de la balsa corrían en este momento de un lado á otro, enloquecidos de terror. Los movimientos que imprimían á la balsa aumentaba la velocidad; el agua rodeándola por todas partes chocaba contra las tablas. Los gritos desgarraban el aire; todos se arremolinaban, agitando sus brazos mientras que sola la silueta de Sacha permanecía inmóvil y en silencio.

—¡Saludad en mi nombre á los cangrejos! les gritaba Tomás.

Se sentía cada vez más alegre y su corazón estaba más ligero á medida que la balsa se alejaba más y más.

—¡Tomás Ignatitch! gritó Uchtitcheff, con voz insegura, pero donde toda traza de borrachera había desaparecido, tened cuidado; este es un juego peligroso, daré queja...

—¿Cuando estés ahogado? Quéjate, replicó Tomás sin prestar atención.

—¡Eres un asesino! gimió Ivantzeff en un sollozo.

Pero en este momento un remolino de agua chocó con ruido sonoro, semejante á un grito de sorpresa y de espanto. Tomás tembló y se detuvo petrificado. Las mujeres exhalaban gritos salvajes y los hombres, enloquecidos, exclamaciones llenas de terror. Todas las siluetas de la balsa se inmovilizaron. Tomás, también con la mirada fija en el agua, se sentía incapaz de hacer un movimiento. En una embestida de pequeñas ondas avanzaba á nado un bulto negro...

Instintivamente, más que por un movimiento me-

ditado, Tomás se echó á la larga sobre el suelo de la balsa y extendió los dos brazos, avanzando la cabeza por encima del agua. Algunos segundos pasaron que le parecieron horriblemente largos. Dos brazos helados y mojados se enlazaron al rededor de su cuello y entrevió el brillo de dos ojos negros... Entonces comprendió que era Sacha...

Al terror ciego que le había invadido, sucedió una alegría desbordante. Cogió á Sacha por la cintura, la arrancó así de la muerte y estrechándola contra sí, se puso á mirarla en los ojos, entontecido, sin encontrar una frase. Ella le sonreía con amor... Al cabo de un instante, experimentó una sacudida y dijo dulcemente:

—¡Tengo frío!...

Al oír su voz, Tomás tuvo una risa alegre. La levantó con facilidad y se precipitó á lo largo de la balsa en dirección de la orilla. Ella estaba completamente calada y fría como un pescado, pero su aliento era cálido; quemaba la mejilla de Tomás y le embargaba el corazón de una alegría enloquecedora.

—¿Querías ahogarme? decía ella estrechándose contra él. Aun no es hora.. espera...

—¡Qué bien has hecho! balbuceaba Tomás, corriendo. ¡Bravo!

—¡Pues bien! Y tu tampoco has imaginado mala cosa... á pesar de que tu semblante sea tan tranquilo...

—¿Y los demás? ¿Siguen aullando? ¡ja, ja, ja!

—¡Que el diablo los lleve!... Si se ahogan, iremos á Siberia, replicó Sacha, como si aquellas palabras hubiesen debido consolarle y darle bríos.

Se estremeció, y este estremecimiento de todo su cuerpo, transmitiéndose á Tomás, le hizo correr aun más de prisa.

El río les enviaba el eco de los gritos, de las que-

jas, de las plegarias. Allá abajo, en la obscuridad, el agua indiferente llevaba hacia el centro de la corriente y alejaba de la orilla un islote sobre el cual formas humanas se agitaban desesperadamente.

La noche las envolvía...

IX

Un domingo, por la tarde, Maiakín estaba en su jardín y tomaba el té conversando con su hija. Sentado á la sombra de un cerezo, desabrochado el cuello de la camisa y con una toalla liada alrededor del cuello, gesticulaba y charlaba sin cesar.

—¡El que se hace esclavo de su vientre es un imbécil y un miserable! ¿Es acaso que la vida no nos ofrece otra cosa mejor que comer y beber? ¿Y de que podrías vanagloriarte si no eres algo más que un cerdo?

El viejo tenía los ojos brillantes de cólera y de emoción, sus labios se plegaban desdeñosamente y las arrugas de su rostro atezado se hacían más numerosas.

—Si Tomás fuese mi hijo, desde chiquito le hubiera corregido.

Liubov escuchaba en silencio, jugando con una rama de acacia y la mirada fija con respeto en el rostro de su padre. A medida que avanzaba en edad, cambiaba insensiblemente sus maneras retraídas y desconfiadas con respecto al viejo. Encontraba en las palabras de su padre las ideas contenidas en sus libros, y esto la seducía, haciéndola preferir su conversación llena de imágenes á las frías doctrinas impresas.

Siempre negociando, siempre despierto é inteligente, seguía solo su ruta. Ella comprendía su soledad, sabía por experiencia cuán penosa era esta y sus modales se suavizaban en consecuencia. A ve-

ces discutía con él recibiendo contestaciones acerbadas é irónicas, pero, á pesar de ello, cada vez con un poco mayor abandono.

—¡Si el difunto Ignat hubiese leído este artículo del periódico, donde vienen las locuras de su hijo!... ¡le habría dado una paliza á Tomás! decía Maiakín dando un puñetazo formidable sobre la mesa. ¡Se le ha dado un repaso! ¡Qué vergüenza!

—No ha robado dijo Liuba.

—¡Yo no digo que esto sea injusto! Le han reventado con mano maestra... Quisiera saber quién ha escrito este artículo.

—¿Y qué puede importaros eso? preguntó la joven.

—¡Oh! por curiosidad... Este animal se ha burlado lindamente de la conducta de Tomás... Se adivina fácilmente que era de la fiesta y que ha asistido á todas sus locuras...

—¡Pse! ¡no querrá comprometerse con Tomás! declaró la joven.

Y en aquel momento enrojeció bajo la mirada escrutadora del padre.

—¡Ja, ja! Tienes lindas relaciones, Liubva, exclamó Maikín con tono mordaz de ironía. ¿Vamos á ver, quién lo ha escrito?

—¿Para qué quiere saberlo, papá?

—¡Dilo!

Hubiera preferido callarse, pero como su padre insistiese y su voz tomase un acento duro é iracundo, ella preguntó inquieta:

—¿No le hará nada?

—¿Yo?... ¡yo le... marcaría la cabeza! ¡Tontal! ¿Qué puedo hacerle? Estos escritores no son tontos tampoco y además tienen una fuerza... ¡una fuerza de los diablos! No soy el gobernador y tampoco el gobernador puede hacer cortar la mano ni arrancar la lengua... Son como los ratones, nos roen suavemente y para envenenarles es necesario servirse

jas, de las plegarias. Allá abajo, en la obscuridad, el agua indiferente llevaba hacia el centro de la corriente y alejaba de la orilla un islote sobre el cual formas humanas se agitaban desesperadamente.

La noche las envolvía...

IX

Un domingo, por la tarde, Maiakín estaba en su jardín y tomaba el té conversando con su hija. Sentado á la sombra de un cerezo, desabrochado el cuello de la camisa y con una toalla liada alrededor del cuello, gesticulaba y charlaba sin cesar.

—¡El que se hace esclavo de su vientre es un imbécil y un miserable! ¿Es acaso que la vida no nos ofrece otra cosa mejor que comer y beber? ¿Y de que podrías vanagloriarte si no eres algo más que un cerdo?

El viejo tenía los ojos brillantes de cólera y de emoción, sus labios se plegaban desdeñosamente y las arrugas de su rostro atezado se hacían más numerosas.

—Si Tomás fuese mi hijo, desde chiquito le hubiera corregido.

Liubov escuchaba en silencio, jugando con una rama de acacia y la mirada fija con respeto en el rostro de su padre. A medida que avanzaba en edad, cambiaba insensiblemente sus maneras retraídas y desconfiadas con respecto al viejo. Encontraba en las palabras de su padre las ideas contenidas en sus libros, y esto la seducía, haciéndola preferir su conversación llena de imágenes á las frías doctrinas impresas.

Siempre negociando, siempre despierto é inteligente, seguía solo su ruta. Ella comprendía su soledad, sabía por experiencia cuán penosa era esta y sus modales se suavizaban en consecuencia. A ve-

ces discutía con él recibiendo contestaciones acerbadas é irónicas, pero, á pesar de ello, cada vez con un poco mayor abandono.

—¡Si el difunto Ignat hubiese leído este artículo del periódico, donde vienen las locuras de su hijo!... ¡le habría dado una paliza á Tomás! decía Maiakín dando un puñetazo formidable sobre la mesa. ¡Se le ha dado un repaso! ¡Qué vergüenza!

—No ha robado dijo Liuba.

—¡Yo no digo que esto sea injusto! Le han reventado con mano maestra... Quisiera saber quién ha escrito este artículo.

—¿Y qué puede importaros eso? preguntó la joven.

—¡Oh! por curiosidad... Este animal se ha burlado lindamente de la conducta de Tomás... Se adivina fácilmente que era de la fiesta y que ha asistido á todas sus locuras...

—¡Pse! ¡no querrá comprometerse con Tomás! declaró la joven.

Y en aquel momento enrojeció bajo la mirada escrutadora del padre.

—¡Ja, ja! Tienes lindas relaciones, Liovba, exclamó Maikín con tono mordaz de ironía. ¿Vamos á ver, quién lo ha escrito?

—¿Para qué quiere saberlo, papá?

—¡Dilo!

Hubiera preferido callarse, pero como su padre insistiese y su voz tomase un acento duro é iracundo, ella preguntó inquieta:

—¿No le hará nada?

—¿Yo?... ¡yo le... marcaría la cabeza! ¡Tontal! ¿Qué puedo hacerle? Estos escritores no son tontos tampoco y además tienen una fuerza... ¡una fuerza de los diablos! No soy el gobernador y tampoco el gobernador puede hacer cortar la mano ni arrancar la lengua... Son como los ratones, nos roen suavemente y para envenenarles es necesario servirse

de rublos en vez de azufre. ¡Ea... vamos! ¿quién es?

—¿Se acuerda de cuando yo iba á la escuela de un muchacho llamado Ehoff que venía aquí... un chico moreno?...

—¡Hum!... ¡Ciertamente que le he visto! ¡ya sé!... ¿Es él?

—El es.

—¡Pícaro! Ya se veía que nada saldría de famoso, de semejante pillete... Debería haberme ocupado de él; hoy sería quizás un hombre...

Liubov tuvo una sonrisa mal velada y preguntó á su padre con desenfado:

—El que escribe en los periódicos ¿no es un hombre?

El viejo permaneció mucho rato sin responderle, dando en la mesa con los nudillos, absorto y examinando su rostro que se reflejaba en la tetera de cobre brillante. Después levantó la cabeza, guiñó los ojos y replicó con énfasis:

—¡No son hombres, son postemas! ¡La sangre de los hombres rusos se ha corrompido! se ha corrompido y se ha echado á perder y esta mala sangre produce todas esas gentes de letras, periodistas, fariseos feroces... Postemas han surgido en todas partes y siguen aún... ¿De dónde proviene la corrupción de sangre? De una circulación demasiado lenta... ¿Los mosquitos, por ejemplo, de dónde salen? De los lodazales... El agua estancada engendra toda clase de podredumbres y una vida mal organizada, igualmente...

—¡No se trata de eso, papá! dijo Liuba dulcemente.

—¿Pues de qué, entonces?

—Los escritores son la gente más desinteresada, son criaturas estimadísimas. ¡No quieren nada más que la justicia, que la verdad! No son mosquitos...

Liuba se agitaba, haciendo el elogio de gentes que le eran tan gratas: sus mejillas estaban sonro-

sadas y sus ojos tan elocuentes, mirando á su padre, que parecía querer imponerle así su convicción, sintiendo la impetencia de sus palabras.

—¡Eh, tú! suspiró el vieja interrumpiéndola, tú has leído demasiado, ¡te has envenenado! Dime más exactamente lo que son esas gentes. Nadie lo sabe. Ehoff, por ejemplo, ¿quién es?... No buscan más que la verdad, dices... ¡qué modestia!... pero si la verdad es lo que hay máspreciado en el mundo. Quizás por eso cada cual la busca en silencio. Créeme, el hombre no puede ser desinteresado... no dejará que lo aspen por el bien del prójimo, y si lo hace, es un imbécil... y nadie se aprovechará de ello. El hombre debe defender su fortuna, la fortuna suya, y entonces cumplirá, ¡así es!... ¡La verdad! He aquí cuarenta años que leo el mismo periódico y veo muy bien... Mira, tu rostro reflejándose en la tetera, está completamente desfigurado. Y á pesar de todo, eres tú. Así son los periódicos. Presentan siempre el rostro de la tetera y no es verdad... Tú lo crees... Mientras que yo sé que mi rostro aparece deformado en la tetera. No se puede decir la verdadera verdad á nadie: el hombre tiene el gáznate demasiado frágil para ello... y además, ¡aun no ha sido revelada á nadie esa verdad!...

—¡Padre mío! exclamó Liubov; los libros y los periódicos defienden, sin embargo, intereses generales, los de todos los hombres.

—¿En qué periódico has leído tú que la vida te pesa y que es hora de casarte? ¡Tus intereses no los defienden pues! ¡Eh! Tampoco los míos y además... ¿quién sabe lo que yo deseo? ¿quién puede conocer mis negocios, excepto yo?

Las palabras de su padre caían sobre Liuba como las mallas de una red la envolvían, la estrechaban, y la joven no podía deshacerse de ellas, y escuchaba en silencio el discurso del viejo. Le contemplaba con una tensión en todo su sér, esperan-

do encontrar en su pensamiento el apoyo que buscaba y recordaba ciertas analogías con lo que había leído en los libros que le parecían contener la verdad.

Sólo la risa triunfal y mala de su padre le oprimía el corazón y aquellas arrugas movibles que surcaban su rostro, semejantes á culebras, le inspiraban una inquietud vaga. Sentía que apartaba los ojos de la inteligencia de algo que en sus meditaciones le apareciera sencillo y luminoso.

—¡Papá! preguntó ella repentinamente cediendo á un brusco deseo... ¡Papá! ¿qué es... según vos, Taras?

Maiakín tembló. Sus cejas se unieron, amenazantes, fijó sus ojos irritados en su hija y replicó secamente:

—¿Qué significa esta pregunta?

—¿Me está prohibido hablar de él? preguntó Liuba confusa.

—No quiero hablar de ello... Y no te lo aconsejo á ti...

El viejo tuvo un gesto de amenaza, frunció de nuevo el entrecejo y bajó la cabeza.

Pero, diciendo que no quería hablar de su hijo, hizo traición á sus palabras, pues, al cabo de un instante de silencio, continuó con cólera:

—¡Taraskal es una postema también... La vida esparce por todas partes su aliento, pero vosotros, inexpertos, no sabéis distinguir los verdaderos perfumes y aspiráis indistintamente toda clase de miasmas: por eso vuestras cabezas están tan turbadas... Por eso, es por lo que no sois capaces de nada bueno y sufrís esa impotencia... ¡Taraskal!... ¡sí!... ¡puede tener ahora cuarenta años! Un presidiario, ¿mi hijo? Gran bestia que no has querido seguir los consejos de tu padre. Ha caído..

—¿Qué ha hecho? preguntó Liuba, que estaba suspensa de los labios de su padre.

—¿Acaso se sabe? Apuesto que á estas horas él mismo no lo sabe ya... si es inteligente... y debe serlo... no es hijo de un imbécil... y ha visto bastante... ¡Se contempla mucho á los nihilistas! Que me los entregasen... ¡pronto los pondría en su sitio! ¡La soledad! ¡Media vuelta y adelante hacia los países desiertos! Haced luz, señores intelectuales, sepamos como vais á organizar la vida á vuestra idea. ¡Vamos!... Y los habría puesto bajo la dependencia de robustos campesinos... ¡Y bien! señores, se os ha dado de comer y de beber, se os ha instruído, hacernos ahora conocer una muestra de vuestra sabiduría. Pagad vuestra deuda. ¡Sí! yo no habría desembolsado un céntimo por esas gentes, pero les habría hecho sudar sangre y agua... ¡pagad! Un hombre no es de desdenar, si se le mete en prisión es demasiado poco... ¿Has violado la ley y te crees el dueño? ¡Ah! ¡no! trabaja ahora. Un solo grano produce una espiga; es inadmisibile que un hombre sea perdido para el universo. El albañil diestro sabe utilizar la menor tabla: del mismo modo cada hombre debe ser empleado para el interés general, utilizado hasta la última de su sangre. En la vida cada grano de arena tiene su sitio y el hombre no es una cantidad insignificante... ¡Ay de mí! Cuando la fuerza no está secundada por la inteligencia es un triste espectáculo; pero la inteligencia sin la fuerza no vale nada tampoco. Mira, Tomás... ¿Quién es aquél viene por ahí? Ves á ver...

Liuba volvióse y percibió, avanzando hacia ella, con el sombrero en la mano, por una de las avenidas del jardín, á Efim, el capitán del *Ermak*. Su continente era el de un hombre que se siente culpable y no espera ningún perdón. Parecía completamente alterado. Jacob Tarasovitch lo reconoció en seguida y exclamó inquieto:

—¿De dónde vienes? ¿Qué sucede?

—¡Vengo en vuestra busca! dijo Efim con un profundo saludo.

Y se detuvo cerca de la mesa.

—Lo veo... Pero ¿de qué se trata? ¿Dónde está el barco?

—¡El barco está allá abajo! exclamó Efim extendiendo el brazo en sentido izquierdo.

—Pero ¿dónde? ¡qué diablo! Habla más claramente. ¿Qué ha sucedido? gritó el viejo fuera de sí.

—Voy á explicarme... una desgracia, Jacob...

—¿Se ha destrozado?

—No. Dios nos ha salvado...

—¿Quemado entonces? ¡vamos, habla pues!

Efim respiró con fuerza y dijo con lentitud:

—Se ha ido á pique la barcaza *núm. 9*, está perdida.. Un hombre tiene las caderas destrozadas... otro falta á la lista, puede ocurrir que se haya ahogado... Cinco más están heridos, pero, en fin, no mortalmente, aunque entre ellos hay quien estaba completamente inútil...

—¡Muy bien! exclamó Maiakin con los ojos locos de cólera y midiendo al capitán de la cabeza á los pies. Bien sabes, Efimochka, que te arrancaré el pellejo...

—No soy yo... replicó vivamente Efim.

—¡No eres tú! exclamó el viejo tembloroso. ¿Y quién entonces?

—El patrón mismo...

—¿Tomás? ¿Y tú, qué es lo que hacías?

—Yo estaba acostado en el entrepuente.

—¡Ah! ¡tú estabas acostado!

—Atado...

—¿Cómo? chilló el viejo con voz penetrante.

—Déjeme contar todo por orden... El patrón estaba borracho y exclamó: «¡Vete! ¡Voy á conducir el barco yo mismo!» Yo respondí: «¡No puedo! ¡Soy el capitán!»— «¡Atadle!» Entonces se me maniató y se me bajó al entrepuente. Y, como estaba borra-

cho, ha querido divertirse... Ibamos á chocar con seis barcazas vacías que remorcaba el *Thernogaretz*. Tomás se había puesto al través para interceptarles la ruta. Han silbado... más de una vez, ¡es necesario decir la verdad!

—¿Y entonces?

—Entonces nosotros nos hemos podido resistir. Las dos primeras barcazas han venido hacia nosotros, y cuando han abordado nuestro *núm. 9*, nos hemos hundido... Ellos han sufrido también, pero nuestras averías han sido más grandes.

Maiakin se levantó y dejó escapar su risa sarcástica y cascada. Efim suspiraba y decía:

—Tiene un carácter demasiado enérgico... Cuando Tomás no ha bebido, no habla y queda meditabundo, pero cuando se le ocurre echar aceite á los resortes, se precipita sin que se le pueda detener. En estos momentos no es dueño de sí ni se ocupa de negocios, pero es su peor enemigo... ¡dispénsame! ¡Y yo quiero irme, Jacob Tarasvitch! No estoy acostumbrado á no tener amo, no puedo vivir así...

—¡Silencio! exclamó Maiakin con voz ruda. ¿Dónde está Tomás?

—Allá... en el mismo sitio... Ha vuelto en sí en el momento del accidente y se ha enviado á buscar gente. Se va á tratar de poner á flote la barcaza, y hasta creo que ya han empezado á trabajar.

—¿Está él solo? preguntó Maiakin bajando la cabeza.

—No del todo, respondió Efim con voz baja, arrojando sobre Liuba miradas vacilantes.

—¿Y bien?

—Hay una dama... muy morena...

—¡Bueno!...

—Una mujer que no parecía estar muy cuerda, continuó Efim con un suspiro. Canta á todas horas... canta rudamente... muy bien... un encanto...

—¡No te pregunto detalles sobre ella! le gritó Maiakín con furor.

Las arrugas de su frente se plegaron dolorosamente, y Liuba creyó un instante que su padre iba á llorar.

—Calmaos, papá, suplicó ella tiernamente. ¿Las personas no son quizás muy importantes?

—¿No importantes? gritó Jacob Tarasovitch furioso. ¿Qué sabes tú de eso, tontita? ¿Se ha destrozado un barco? ¿Entiendes? ¡Es el hombre quien está perdido! ¡Ese es el asunto! y este hombre me es útil, ¿lo entendéis, brutos sin cerebro?

El viejo sacudió la cabeza con furor y se dirigió á grandes pasos hacia la casa.

Mientras que esta escena pasaba en casa de Maiakín, Tomás se encontraba bastante lejos de su padrino, en una cabaña de campesinos á orillas del Volga. Acababa de despertarse acostado en una cama de avena fresca sobre el suelo, y seguía con mirada perezosa á través de las ventanas, los jirones de nubes grises y pesadas. El viento las amontonaba y las echaba del cielo. Pasaban espesas y negras, cargadas de pesadez, semejante á un rebaño de animales, corriendo unas más que otras, reuniéndose en una sola masa compacta, después se separaban de nuevo y bajaban hasta la tierra, deslizándose mudas para volver á subir al cielo, volverse á unir y soldarse en una masa compacta.

Con la cabeza pesada por los vapores del vino, Tomás quedó inmóvil largas horas, absorto en la contemplación de esta agitación incesante y le pareció al fin que estas nubes se filtraban hasta lo más profundo de su ser en una bocanada fétida y helada. Su movimiento incierto hacía nacer una impresión de impotencia y de temor, los sentía espontáneamente en el fondo de su corazón: tuvo la visión neta de toda su vida durante estos últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua

turbia. Sombras vagas parecidas á las nubes le cogían y le hacían rodar en el espacio... en medio del éter y de la obscuridad, surgiendo siluetas confusas de individuos; nunca los mismos; los de hoy no son los de ayer... pero todos son igualmente innobles y entristecedores. Borrachos riendo á carcajadas, y ávidos, le rodeaban como hojas que el huracán levanta, burlándose de él, injuriándole, pegándole, gritando á llorando al mismo tiempo. El también les pegaba. Se acuerda de haber pegado un día á alguno en el rostro, de haberle arrancado su levita y de haberle arrojado al agua, y cree aún sentir en sus manos labios fríos, viscosos, repugnantes como de rana.. besándole las manos y suplicándole que no la mate. Su memoria evoca rostros, sonidos de voces... Una mujer desgarrada, con coletillo amarillo, canta con voz fuerte que resuena como un sollozo:

¡Vivamos así, el mayor tiempo posible
Y que después todo sea pulverizado!

...Todas aquellas gentes van, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como pajuelas, enloquecidos y embrutecidos... y sin osar mirar adelante para ver á dónde les lleva la ola furiosa. Ahogan su terror en el vino, siguen la corriente, se empujan, gritan, se insultan, se hastían de orgía, sin llegar á encontrar la calma ni el placer. Y él había sido su compañero, había obrado como ellos... Y ahora se decía que había obrado así por temor á él mismo, para pasar vertiginosamente esta etapa de su vida, ó quizás también para evitar pensar en el porvenir...

En este medio en que el apetito de orgía, las pasiones brutales y el escándalo cegaba, en que se buscaba ardentemente el olvido en el desorden, Sacha sola permanecía permanecía siempre en cal-

ma é igual. Jamás se emborrachaba, hablaba siempre con el mismo diapasón firme y autoritario, y se mantenía aparte de esa agitación, guardando la misma medida en sus gestos, como si hubiese sido la instigadora de esta locura tumultuosa y que la hubiese gobernado á su gusto. Tomás la encontraba más inteligente que todos, pero también la más ávida de ruido y de orgías. Ella dirigía todo, hablaba á todos del mismo modo, así á los cocheros, á los eriaños, á los marineros como á sus amigas ó á Tomás. Era más bella y más hermosa que Pelagia, pero sus caricias eran frías. Pensaba que en el fondo de su corazón, esta mujer ocultaba cuidadosamente un secreto odioso y que jamás se abandonaría por completo á ella misma. La potencia cautivante de sus encantos era aún mayor, y una curiosidad ardiente é inquieta se unía al misterio de su alma fría y sombría cual sus ojos.

Y Tomás recordó haberla dicho un día:

—¡Cuánto dinero hemos tirado ambos!

Ella le miró vivamente y replicó:

—¿Para que guardarle?

—Verdaderamente... ¿para qué guardarle? se dijo Tomás, estupefacto de una respuesta tan lógica.

Otro día había querido preguntarle algo sobre ella.

—¿Quién eres?

—¿Has olvidado mi nombre?

—¡Bromista!

—¿Entonces?

—Es tu origen lo que me interesa...

—¡Ah! pues bien... soy del departamento de Iaroslav, de Uglitch, burguesa... arpista. ¿Soy más para tí ahora que sabes todo esto?

—¿Qué es lo que sé? preguntó con sorna Tomás.

—¿No te basta?... Pues no sabrás más... ¿Para qué?... Todos hemos nacido del mismo modo... hom-

bres y bestias.—Aparte de esto que puede decirse de sí mismo... ¿y con qué objeto? Estas conversaciones son inútiles. Pensemos más bien como nos vamos á divertir hoy.

Ese día habían dado un paseo en barco con una orquesta de músicos, bebido champaña, y se habían emborrachado abominablemente.

Sacha les cantó una melodía extraña de punzante tristeza que hizo llorar á Tomás como un niño. En seguida bailaron la danza rusa, después de la cual, cansado y empapado de sudor, Tomás se arrojó al agua todo vestido. Faltó poco para que se hubiera ahogado.

Este recuerdo avergonzaba á Tomás, y concibió ira por Sacha. Mirando sus formas graciosas y ligeras, modeladas por el vestido, pensaba que aquella mujer no era indispensable á su vida y que no la amaba.

En su cabeza, aturdida aún por la borrachera de la víspera, pasaban ideas sombrías y sin hilación.

Su vida transcurrida, parecía haber tomado la forma de una especie de masa espesa y viscosa que rodaba en su pecho y de donde partían hilos finos y grises que se enmarañaban.

—¿Qué me sucede? se preguntaba. Llevo una vida desordenada, ¿y por qué? No sé vivir... No me comprendo... ¿Qué soy?

Esta cuestión le interesó á tal extremo que reflexionó largo tiempo ensayando saber la razón por la que no podía llevar una existencia tranquila y regular como todo el mundo. Pero este pensamiento le agitó y le atormentó más aún; se resolvió en su lecho y dió un codazo á Sacha.

—¡Qué dulzura! exclamó ella entresueños.

—¡Buena!... no eres ninguna gran señora.

—¿Qué tienes?

—Nada...

Ella le volvió la espalda, bostezó voluptuosamente y se puso á hablar con lentitud.

—Soñaba que me había vuelto otra vez arpista. Cantaba un solo... Un perro enorme negro salpicado de lodo, sentado delante de mí, mostró los dientes y esperó que concluyese. Tenía miedo, porque sabía que tan pronto concluyese, el perro me devoraría... cantaba... cantaba y de repente la voz me faltó... ¡Oh! ¡horror! El perro hizo rechinar sus mandíbulas... ¡Dios santo! algún presagio...

Tomás, sombrío, la interrumpió:

—No charles tanto, dime más bien lo que sepas de mí.

—Sé, y eso es todo, que te has despertado, respondió ella sin volverse.

—¿Despertado? Exactamente... me he despertado, replicó Tomás pensativo.

Después levantó los brazos por encima de su cabeza y continuó:

—Por eso te pregunto tu opinión: ¿qué clase de hombre soy yo?

—Apenas desembriagado, respondió Sacha bostezando.

—¡Alejandra! suplicó Tomás, no bromees; di en conciencia lo que piensas de mí...

—¡No piense nada! dijo ella secamente. Me aburre con tus tonterías.

—¿Esto son tonterías? exclamó Tomás desolado. ¡Qué diablo! es lo principal... lo demás qué me importa.

Y exhaló un profundo suspiro y se calló.

.. Ráfagas de viento pasaban por el río, levantando enormes ondas de tinte amarillento é irritado se lanzaba á la tempestad, arrastrando sus aguas tumultuosas cubiertas de una espuma rabiosa. Las plantas acuáticas se inclinaban hacia la tierra co-

mo si buscasen un abrigo contra los golpes repetidos del elemento desencadenado. Los silbidos el mugido cavernoso de la tempestad y un rumor intenso parecido á un gran lamento exhalado por millares de individuos, llenaban la atmósfera.

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!...

Llamada, á la vez, breve cual una descarga de metralla y pesada cual la respiración de un pecho gigantesco vacilante bajo el esfuerzo, se extendía sobre el río, bajaba sobre las olas á los que excitaba en su lucha contra el viento, precipitándose exasperadas hacia las orillas.

Barcos vacíos, anclados, al lado de la escarpada orilla, se balanceaban lentamente y los altos mástiles trazaban con sus puntas inquietas invisibles dibujos en el cielo. Los dos puentes estaban llenos de andamiajes, de gruesos maderos oscuros, de inmensas poleas de las que colgaban cuerdas y cadenas que rechinaban débilmente.

Una fila de campesinos con camisas rojas y azules arrastraban un largo poste y gemían cadenciosamente:

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!

Por todas partes se veían grupos de hombres rojos ó azules, agarrados á gruesos maderos. El viento inflaba sus blusas y sus calzones les daban formas imprevisitas, haciéndoles ya jorobados, ya redondos é hinchados como pellejos.

En los andamios y en los puentes, obreros aserraban, clavaban, destrozaban ó reconstruían. Una multitud de brazos desnudos hasta el codo se agitaban, torbellinos de virutas saltaban por encima de ellos. De aquella actividad subía un rumor agitado y brutal. Los dientes de las sierras profundizaban hasta el corazón de la madera con una especie de rabia gozosa; los potros crujían y se quejaban heridos por el hacha; las tablas gemían bajo los golpes que las cersaban; una garlopa, con feo

silbido placentero, quitaba al madero ráfagas de fibra viva. Y el viento, expulsando las nubes delante de sí, con aullidos, llevaba consigo los rumores de herramientas, el rechinar de las poleas, confundidos con el festín de las ondas y las diseminaba á lo lejos.

— ¡Michka! echadme el resto, gritaba una voz sonora desde lo alto del andamiaje.

Un enorme campesino, echando atrás la cabeza para ver mejor, respondía:

— ¿Que-e?

El viento jugaba con su larga barba roja y se la plantaba en pleno rostro.

— ¡Echa el resto!

Otra voz potente gritaba por el porta voz:

— ¡Especie de memo! ¿cómo has atado las tablas?

¿Estabas ciego?

Tomás, ligero y hermoso, vestido con una chaqueta negra y con botas del país, estaba al pie de un mástil y con mano distraída acariciaba su barba, admirando la actividad alegre de los campesinos.

Aquel ruido, rodeándole, le producía ganas de gritar, de mezclarse con aquellos hombres, de cortar maderas, de cargarse como ellos, de ordenarles. Habría deseado atraer su atención y desplegar ante ellos su actividad, su manejo, su vigor; pero permanecía inmóvil, en silencio.

Un doble sentimiento de respeto humano y de timidez le retenía. Se retraía por su posición. Era el amo. Aquellos hombres podrían no creer que en realidad fuese dichoso trabajando como ellos, y no quería que pudiesen sospechar que trataba de activarles estimulándoles por el ejemplo. ¿Quién sabe si así mismo se reírían de él?

Un rapaz de pelo rojo y ensortijado, con el cuello de la camisa desabrochado, pasaba repetidas veces delante de él, ya cargado con una tabla, ya

con un hacha. Saltaba como un cabrito, con risa inconsciente y alegre, daba bromas, soltaba palabrotas y trabajaba con ardor, ayudando á unos y á otros, corriendo con rapidez y destreza sobre el puente, todo lleno de maderos y herramientas. Tomás seguía con atención persistente á este muchacho que esparcía á su alrededor tal profusión de vida y tan sana y tan reconfortante animación. Le daba envidia.

«Este debe ser un hombre dichoso», se decía.

Y tras este pensamiento se deslizó en un instinto de celos odiosos, en el deseo de humillar á aquel muchacho y de hacerle sufrir.

Sin embargo, las cadenas continuaban zumbando, las poleas rechinando y los martillazos retumbando por encima de la superficie líquida. Los barcos se balanceaban en las olas y Tomás veía en su movimiento continuo, el símbolo, la imagen de aquella inestabilidad de espíritu que le impedía fijar su decisión y tomar un partido definitivo. ¡Qué triste destino era el suyo!

El capataz de los trabajos, un campesino pequeño, de barba pequeña y puntiaguda, de ojos encendidos en una faz terrosa y rugosa, se aproximó á él y pronunció con voz particularmente límpida, aunque baja:

— Todo está dispuesto, Tomás Ignatitch, todo está en orden... Se podría comenzar con la ayuda de Dios.

— Empieza, le respondió Tomás dulcemente.

Y apartó su mirada de la penetrante del campesino.

— ¡Con la gracia de Dios! dijo el capataz, irguiéndose y abotonando su traje.

Acto seguido, inspeccionó minuciosamente los andamios erigidos en dos barcos que estaban para-

lelos, á unos diez metros uno de otro, y gritó de repente:

—A vuestros sitios, hijos míos.

Los campesinos se pusieron en fila por grupos á lo largo de las bordas. Las conversaciones cesaron. Algunos se encaramaron con destreza en la cima de los mástiles, esperando órdenes sin rechistar.

—¡Oído, hijos míos! resonó la voz del capataz, tranquila y clara. ¿Está todo bien arreglado?... Cuando una mujer da á luz... no es ya hora de coser una camisa... ¡Ea! ¡roguemos á Dios!

Tiró su gorra al suelo, levantó los ojos al cielo y empezó á santiguarse con fervor. Acto seguido, todos los campesinos, levantando la cabeza hacia el cielo cubierto de nubes, hicieron la señal de la cruz con amplios gestos. Algunos rezaban en alta voz y un murmullo confuso mezclóse al batir de las ondas.

—¡Señor, bendecidnos!... ¡Virgen santa!... ¡San Nicolás!

Tomás escuchaba aquellas invocaciones que como piedras caían en su pecho. Todos se habían descubierto, él solo había olvidado quitarse la gorra; y el capataz le dijo, una vez terminada su plegaria, con tono incisivo:

—Deberíais vos también pedir al Señor...

—Ocúpate de tus asuntos... tú no tienes que enseñarme á mí nada, le replicó Tomás, con una mirada terrible.

Cuanto más avanzaban las obras, más avergonzado estaba de sentirse inútil entre aquellas gentes tan seguras de sus fuerzas, dispuestas á levantar por sí millones de kilogramos del fondo del río. De seaba que las obras fracasasen para gozarse en su confusión y un pensamiento criminal atravesó su cerebro.

«Las cadenas se romperán, quizás».

—¡Atención, hijos míos! gritaba el capataz. Em-

pezad todos á un mismo tiempo... ¡Que Dios nos bendiga!

Y dando una palmada, exhaló un grito estridente:

—¡Vamos!

Los obreros oyeron el grito y lo repitieron en coro, con vigor:

—¡Vamos! ¡Adelante!

Las poleas gemían y rechinaban; las cadenas, tirantes por los pesos que levantaban, tenían cruji-dos sonoros y los obreros apoyando su pecho en las barras, gruñían y pisoteaban pesadamente en el puente. Las ondas, celosas por guardar su presa, se agitaban furiosas entre los dos barcos.

Tomás veía á su alrededor las cadenas, las cuerdas y los cables atirantarse y vibrar bajo el esfuerzo de su tensión; las cadenas se arrollaban á sus pies, á lo largo del barco, semejantes á inmensas serpientes grises, después se elevaban, eslabón por eslabón, y volvían á caer en seguida como un desprendimiento de bronce; pero los gritos ensordecedores de los obreros apagaban los demás ruidos.

—¡Adelante! ¡adelante! ¡adelante!... ¡Andemos! cantaban en coro, con tono casi solemne.

Y en este tumulto confuso de voces, la palabra estridente y afilada del capataz se hundía como un cuchillo en el pan.

—¡Hijos míos, todos á una!

Entonces un deseo extraño se apoderó de Tomás: el de asociarse íntimamente á todo este concierto, á este ruido de caos, á estos aullidos formidables, amplios y potentes como el río, al enervante rechin-ar, al gemir, al batir furioso de las ondas. La violencia de este deseo le hacía sudar. Se destacó bruscamente del mástil y en unos cuantos saltos llegóse al cabrestante, pálido de emoción.

—¡Todos á un tiempo! aulló con voz salvaje.

Dió de bruces contra la barra, sin percibirse de la rudeza del choque y se puso á trabajar con los demás gritando y arqueándose con vigor sobre sus plantas. Sentía que una ola cálida y benéfica penetraba en su pecho y reparaba las fuerzas que dispendiaba. Su alegría sin límites se expresaba en gritos salvajes. No veía á nadie. El solo, hacía dar vueltas al torno y sus grandes fuerzas aumentaban más y más. Encorvado, la cabeza baja, se parecía á un toro, embestia á aquella resistencia que cedía ante él, lentamente, á cada uno de sus pasos, al mismo tiempo que le empujaba hacia atrás. Cada pie de terreno ganado, le excitaba más y más, cada esfuerzo se reconstituía por una nueva oleada de orgullo indomable y febril. La cabeza le daba vueltas, sus ojos estaban inyectados en sangre, no veía nada y sólo sentía que un obstáculo formidable le interceptaba el camino, que le vencía, que iba á salir victorioso y que entonces podría respirar libremente á plenos pulmones, en un delirio de altivez dichosa.

Era la primera vez de su vida que experimentaba un sentimiento tan violento y, con su alma hambrienta y ávida, se emborrachaba, se deleitaba en ello y exhalaba su alegría gritando al unísono con los demás cual una tocata guerrera.

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!

—¡Parad!... ¡Apretad! ¡parad, hijos míos!...

Tomás recibió un choque en el pecho y fué despedido con violencia.

—Os felicito, Tomás Ignatitch, del éxito final, decía el capataz, radiante de alegría. ¡Dios sea loado! Debéis estar fatigado.

La brisa glacial soplaba en pleno rostro. Un jaleo alegre y adulador se elevaba alrededor de Tomás. Los obreros le rodeaban, con sonrisas afectuosas sobre sus rostros sudorosos, empujándose alegremente. El los contemplaba sonriente é indeciso:

su agitación no se había aún disipado y le impedía comprender lo que les ponía tan contentos.

—Cerca de tres millones y medio de kilogramos, que se han sacado de la tierra con la misma facilidad que un rábano, decía una voz. El patrón debería convidarnos á beber.

De pie sobre el montón de cuerdas, Tomás miraba por encima de las cabezas de los obreros. Entre los dos barcos se percibía ahora un tercero, negro, enlodado, destrozado, liado profusamente de cadenas. Estaba como encorvado, como atacado de atroz enfermedad y allí, suspendido entre sus dos compañeros, se veía deforme é impotente, apoyándose sobre ellos. En medio del puente se erguía tristemente un mástil roto, cubierto de manchas mohosas y á lo largo corrían delgados hilillos de agua rojiza, parecida á sangre. El puente estaba lleno de una porción de hierros, de troncos de madera picada, negros y viscosos, de cuerdas...

—¿Lo han sacado? preguntó Tomás, no sabiendo qué decir en presencia de aquella masa informe y pesada y sintiéndose de nuevo ofendido al pensar que era para sacar á flor de agua aquel monstruo, sucio y desbaratado, para lo que su corazón había latido en su pecho y que había experimentado aquella explosión de alegría. ¿Cómo está? se informó vagamente, volviéndose hacia el capataz.

—No está mal, le dijo éste.

Y añadió como si hubiese querido consolarle:

—Es menester descargarle en seguida y poner una veintena de carpinteros y pronto tendrá otro aspecto.

El muchacho rubio se había aproximado á Tomás y le decía con franca sonrisa:

—¿No convidaréis á aguardiente? ¿eh?

—Eso no corre prisa! le dijo severamente el capataz.

—Ya ves que estamos cansados...

Entonces de todos lados partieron exclamaciones:

— ¡Cómo no estar fatigados!

— Como que no es una pavesa!

— Cuando no se tiene la costumbre, bien seguro que se cansa uno!

— Cuando no se tiene la costumbre, se cansa uno hasta de comer la sopa...

— Yo no estoy cansado, declaró Tomás sombrío.

Y las observaciones siguieron en aumento, mientras los campesinos se le aproximaban.

— ¡Ciertamente! cuando el trabajo agrada, no es penoso de ningún modo...

— Este es un juego...

— Esto no cansa más que el acariciar á una mujer...

El muchacho rubio era él solo el que mantenía su idea. Imploraba, sonriente y suspirando:

— ¡Excelentísimo! ¡Convidanos á vino!...

Tomás miró todos estos rostros barbudos, apiñados á su alrededor y experimentó el deseo de decirles algo insultante. Pero sus ideas estaban de tal modo confusas, que no encontró nada y concluyó por gritar con cólera, sin darse cuenta de sus palabras:

— ¡No pensáis más pue en beber! Lo demás no os importa. Deberíais preguntaros por qué.

La estupefacción se pintó en todos los rostros. Aquellos seres barbudos, azules y rojos, suspiraron, se rascaron, perdiendo el equilibrio de sus cuerpos, apoyándose en uno y otro pie. Algunos arrojaron á Tomás miradas desconcertadas y le volvieron la espalda.

— ¡Sí, suspiró el capataz, eso sería muy bueno! Quiero decir que es bueno saber el por qué y cómo cada cosa se hace... Es una palabra... llena de sentido...

El muchacho rubio, testarudo, hizo un gesto con la mano y dijo con sonrisa dulce:

— Nosotros no tenemos tiempo de reflexionar en el trabajo. Cuando se tiene se le da fin. Nuestro asunto es bien sencillo: un rublo ganado, ¡Dios sea loado! Somos capaces de hacerlo todo...

— ¿Y sabes tú lo que debes hacer? preguntó Tomás, á quien estas contradicciones exasperaban.

— Sí, todo. . esto, aquello...

— ¿Y el resultado?

— El resultado es siempre el mismo para nosotros... el pan y las imposiciones, cuando se ha ganado... se vive, Si resultan algunos céntimos de más, se bebe.

— ¡Pero! ¡oye! exclamó Tomás lleno de desprecio. ¿Para qué hablas? ¿Qué entiendes tú?

— ¿Está en nosotros comprender? dijo el muchacho rubio moviendo la cabeza.

Aquellas razones de Tomás empezaban á agriarle; creía comprender que era para no darles de beber y se irritaba un poco.

— ¡Tú vé! dijo Tomás con tono doctoral, encantado de que el chico cediese y sin notar las miradas burlonas y taimadas de los campesinos. El que comprende se dá cuenta de que debe trabajar en una obra eterna para una obra de la que pueda decirse mil años transcurridos: «Los campesinos de Bagorodsk lo hicieron». Sí.

El muchacho rubio miró admirado á Tomás y preguntó:

— ¿Y si para ello nos hiciese falta beber todo el Volga?

Y soltó una carcajada, movió la cabeza y declaró:

— ¡No podríamos, estallaríamos!

Estas palabras confundieron á Tomás. Miró á su alrededor; los campesinos sonreían desdeñosamen-

te y con sorna... Y aquellas sonrisas le picaron como agujas...

Un campesino grave, con una gran barba gris que hasta entonces no había abierto la boca, se decidió á hablar. Se aproximó á Tomás y pronunció lentamente:

—Aunque bebiesemos el Volga hasta la última gota y comiésemos aquella montaña... se olvidaría ¡Excelentísimo! Todo se olvida... La vida es larga... No nos es dado á nosotros hacer tales trabajos... ¡Los andamiajes, este es nuestro cometido!

Y escupió á sus pies, alejándose con indiferencia y perdiéndose en la muchedumbre. Sus palabras desconcertaron á Tomás; se sentía tonto y ridículo á los ojos de los campesinos. Entonces para salvar su prestigio de patrón y atraer de nuevo su atención, se irguió é hinchando cómicamente sus mejillas, declaró con énfasis:

—¡Os pago tres cubos de aguardiente!

Los discursos más cortos son siempre los más apreciados y producen las mayores sensaciones. En el acto los campesinos se dispáron respetuosamente ante Tomás, saludándole por lo bajo, con alegres y reconocidas sonrisas y dándole las gracias por su generosidad.

—Conducidme á tierra, dijo Tomás, dándose cuenta que la excitación ficticia que le sostenía no duraría.

Un gusano le roía el corazón; se sentía muy triste.

—¡Me aburro! dijo, entrando en la cabaña donde Sacha, vestida con un vestido rosa, elegante, se movía alrededor de la mesa, disponiendo los vinos y los entremeses.

—¡Me aburro, Alejandra! ¿No puedes tú hacer nada por mí, ¿eh?

Ella le miró atentamente, después se sentó á su lado y dijo:

—Si te aburres, es porque deseas algo... ¿qué te hace falta.

—¡No sé! le respondió él moviendo la cabeza melancólicamente.

—Pero medita, busca...

—No sé pensar... mis pensamientos no me conducen á nada...

—¡Ah! ¡Niño! pronunció Sacha quedo y con tono lleno de desprecio.

Se alejó y añadió:

—No te sirve para nada la cabeza.

Tomás no vió el tono con que fueron dichas aquellas palabras y no notó su movimiento de repulsión. Con los dos brazos apoyados en el banco en que se hallaba sentado y el cuerpo inclinado hacia adelante, miraba al suelo y hablaba y hablaba balanceando el busto:

—Pienso á veces, pienso... y los pensamientos se posan agrupados en mi alma, como moscas en liga... Después bruscamente, todo se desvanece, desaparece como por encanto y el alma queda vacía, negra y glacial como una cueva... ¡nada subsiste! Eso hace temblar... como si no se fuese hombre, sino un abismo sin fondo... ¿Qué me falta?

Se calló, pensativo. Sacha se levantó del banco y dió la vuelta á la cabaña mordiéndose los labios. Después se detuvo delante de él, levantó los brazos por encima de su cabeza y dijo:

—¿Entiendes? Voy á dejarte...

—¿Para ir adónde? preguntó Tomás sin levantar la cabeza.

—No sé, me es igual...

—¿Y para qué?

—Dices tonterías... Me aburro contigo... Engendras la melancolía...

Tomás levantó la cabeza y la contempló con una sonrisa affigida:

—¡Vamos! ¿pero es posible?

—¡Positivo! Si me pongo á pensar, comprendería el sentido de tus palabras y su razón... Soy de tu especie... pensaría cuando llegaría mi hora... Y pecaría... Pero aún es demasiado pronto... No, aun quiero vivir... y después venga lo que venga.

—¿Y yo? ¿Debo perecer también? preguntó Tomás indiferente y como fatigado.

—¡Ya lo creo! respondió Sacha con calma y seguridad. Gentes como tú perecen siempre... Cual puede ser la vida de aquel cuyo carácter no se doblega y que no tiene talento? Este es precisamente nuestro caso.

—Yo no tengo carácter, dijo Tomás estirándose. Y añadió después de algunos segundos de silencio: ni talento.

Algunos minutos transcurrieron, durante los cuales miráronse mutuamente; ninguno se habló.

—¿Y bien, qué vamos á hacer? preguntó Tomás:

—Es menester comer.

—No, pero en general. ¡Después!

—¿Después? No sé...

—Así es que tú me dejas... ¿estás decidida?

—Te dejo... pero divirtámonos primero una última vez. Vamos á Kazán y hagamos allí una orgía como no se haya visto igual. Enterraremos nuestros amores.

—¡Es factible! respondió Tomás. Y asimismo es lo indicado para despedirnos... ¡Qué diablo! ¡Existencia alegre! Dí, Sacha, se dice de vosotras, cortesanas, que sois ávidas de dinero y aun ladronas...

—Deja decir, replicó Sacha sin conmovirse...

—¿No te disgusta eso? interrogó Tomás con curiosidad. Apesar de ello, tú no eres avariciosa... tú sacarías provecho quedándote conmigo... soy rico y me dejas... luego, no te importa el dinero...

—¿A mí?

Sacha reflexionó y dijo con gesto indiferente:

—¡Quizás! ¿pero qué te importa? Aún no he caído

tan baja... como las que llaman á los transeuntes en la calle... ¿Quién puede ofenderme? Todo se puede decir... Lo que el mundo cuenta tiene menos importancia que el mugido de una vaca... La honradez, la virtud humana, las conozco bien... ¡y tanto! ¡Si yo fuese juez; no absolvería más que á los muertos!

Y Sacha soltó una carcajada granuja; después dijo bruscamente:

—Basta de tonterías... ¡Vamos á la mesa!

Al día siguiente por la mañana, Tomás y Sacha, se encontraban codo con codo sobre el puente del barco en el momento en que daba vista á Ustié. Todas las miradas se dirigían á Sacha, cubierta con un enorme sombrero negro, levantado de un lado y guarnecido de plumas blancas. Tomás estaba muy contrariado y sentía deslizarse sobre su rostro mil miradas curiosas. El barco silbaba y se movía, colocándose á lo largo del muelle lleno de una muchedumbre abigarrada, vestida de claras vestimentas de verano. Parecía á Tomás, que entre todos estos rostros tan varios, apercibía uno que le era familiar, pero que se disimulaba entre los otros, sin dejar de perseguirle con la mirada.

—Bajemos á nuestro camarote, dijo á su compañera, muy inquieto.

—¡Es muy feo el ocultar los pecados! dijo burlescamente Sacha. ¿Has apercibido á alguno de tus amigos?

—¡Hum!... sí... alguien que me acecha...

—¿Una nodriza con un biberón? ¡ja! ¡ja!...

—¡Ah! He ahí que te has errado ahora, le dijo Tomás echándole una ojeada feroz. ¿Crees que tengo miedo?

—¡Oh! Veo bien tu valor...

—Lo verás... No temo á nadie, dijo Tomás con cólera.

Pero, examinando atentamente á la muchedum-

bre del muelle, cambió de fisonomía y añadió dulcemente:

—Es mi padrino...

Contra el parapeto, entre dos enormes mujeres, Jacob Tarasovitch agitaba su gorra con una cortesía páfida y elevaba por encima su rostro de cuadro antiguo. Su barbilla temblaba, su frente calva relucía al sol y sus ojillos, como dos barrenas, traspasaban á Tomás.

—¡Qué buitre! murmuraba Tomás, devolviendo á su padrino su salud y agitando su gorra en el aire.

Este saludo puso á Maiakín en el colmo de la alegría, pues el viejo se retorció, pisoteaba, y su rostro radiaba con sonrisa diabólica.

—¡El muchachito será castigado! decía Sacha buscando excitar á Tomás.

Estas palabras, unidas á la sonrisa de su padrino, encendieron en el pecho de Tomás un fuego ardiente.

—Vamos á ver lo que sucede, gruñó entre dientes.

Y quedóse de repente en calma de mal agüero.

El barco se detenía. Los pasajeros se reunieron en el muelle y Tomás había perdido de vista á Maiakín algunos momentos, cuando este surgió de repente entre la muchedumbre, frente á él, con una sonrisa burlona y triunfante. Tomás, con las cejas arqueadas, la mirada fija, se dirigió hacia él, franqueando lentamente la pasarela. Empujado, apretado y estrujado, lo que le ponía furioso, concluyó por encontrarse frente á frente con su padrino, que le recibió con un saludo gracioso y le preguntó:

—¿Dónde os dirigíais, Tomás Ignatitch?

—Voy á mis asuntos, le respondió Tomás muy tranquilo y sin devolverle el saludo.

—¡Mi enhorabuena, señor! replicó Jacob Taraso-

vitch radiante. ¿Y esta señora de plumas se puede saber quién es?

—Es mi querida, declaró Tomás muy alto y sin bajar los ojos, bajo la mirada de su padrino.

Detrás de él, por encima de su hombro, Sacha examinaba sin emocionarse al pequeño viejo, cuya cabeza no llegaba á la barba de su amante. El público, al que la frase pronunciada por Tomás había atraído, les miraba, prometiéndose un escándalo. Con el genio belicoso de su ahijado, Maiakín temió una asomada. Agitó sus arrugas, movió los labios y dijo conciliador:

—Tengo que hablarte... Ven conmigo al hotel...

—Iré si no está muy lejos...

—¿No tienes tiempo? Adivino... tienes prisa para volver á echar á pique otro barco, exclamó el viejo que no podía contenerse.

—¿Por qué no? ¡bello espectáculo! replicó Tomás picado en lo vivo y guardando siempre su sangre fría.

—¡Ya lo creo! Como no eres tú quien ha ganado el dinero, no debes ahorrarlo. Vamos ven... ¿Y no se podría... tirar á la dama al río durante unos minutos? dijo con dulzura.

—Vete al hotel Sacha, toma un cuarto en la *Posada de Siberia*; pronto iré contigo, dijo Tomás.

Después, volviéndose hacia Maiakín, declaró con tono decidido:

—Estoy á vuestras órdenes... Partamos...

Los dos marcharon en silencio hacia el hotel.

Tomás veía que para no quedarse atrás su padrino se veía obligado á correr; alargó más aún el paso. Por esta falta de miras, trataba de entretener y estimular el espíritu belicoso que se agitaba en él:

—¡Camarero! llamó con voz dulce Maiakín entrando en el restaurant del hotel y dirigiéndose al

ridcón más alejado. Traiga una botella de kwas...

—Y cognac para mí, ordenó Tomás.

—¡Eso es! Cuando se tiene un mal juego, se em-
pieza siempre por lo más comprometido, exclamó
Maiakín con sorna.

—Vos no conocéis mi juego, replicó Tomás sen-
tándose ante la mesa.

—¡Vamos! Hay tantos que juegan así...

—¿Cómo?

—Como tú... con audacia, pero sin inteligencia.

—¡Juego mi juego de tal modo que mi cabeza ó
el muro se partiría! exclamó Tomás fogosamente,
dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Aún sigues borracho? preguntó Maiakín son-
riente.

Tomás se arrellanó en su silla y con el rostro al-
terado por la cólera, dijo:

—¡Padrino! Sois hombre inteligente; tengo una
profunda deferencia por vuestro talento...

—Mil gracias, hijo, dijo Maiakín inclinándose y
levantándose de su sitio, las dos manos apoyadas
sobre la mesa.

—De nada... quiero decir que ya no tengo veinte
años... Ya do soy un niño...

—Te creo... ¡Tienes ya una edad respetable! Mira,
si un mosquito hubiese vivido tanto tiempo como
tú, apuesto que sería más grande que una gallina...

—¡Basta de bromas! dijo Tomás cortándole la
palabra, y pronunció estas palabras con tal calma,
que Maiakín tembló y sus arrugas se pronuncia-
ron con inquietud.

—¿Para qué habéis venido aquí? preguntó To-
más.

—Has hecho tantas locuras, que vengo á ver lo
que hay de verdad. Somos algo parientes y tú no
tienes á nadie más que á mí...

—Habéis hecho mal en molestaros... ¿Sabéis, pa-

drino?... Dejadme en completa libertad ó bien en-
cargaos de todos mis asuntos... ¡Cogedlo todo! ¡Has-
ta el último céntimo!

Esta proposición vino de un modo completamen-
te inesperado, aún para Tomás mismo: nunca tal
idea se le había ocurrido. Pero cuando acababa de
pronunciar tales frases, comprendió de repente que
en ello consistía su salud y que si su padrino con-
sentía en despojarle de toda su fortuna, sería hom-
bre libre, podría ir á donde bien le pareciera y
hacer lo que quisiera. Hasta entonces había per-
manecido liado y embarazado, pero no conocía sus
trabas y no podía atacarlas ¡y he aquí que iban á
caer solas y sin ninguna dificultad! Una esperanza
inquieta y alegre se despertó en su alma. Era como
un rayo de luz que entraba en su vida tan brumosa
y le hacía ver un camino amplio y espacioso... Su
cerebro creaba imagenes vagas y siguiéndolas en
las diferentes fases de su aparición hasta el mo-
mento en que desaparecían. Tomás balbuceaba
frases apenas comprensibles.

—Eso es lo que será mejor... ¡Tomadlo todo y que
se concluya esto! ¡Yo podría ir á mi antojo! No
puedo vivir así... como si me hubiesen puesto pesos
en los miembros... ó liado con cuerdas. «No hagas
esto, no vayas por ahí»... Quiero vivir libremente...
ser mi solo dueño... Buscaré mi senda... ¿Qué soy
ahora? un prisionero... Os lo suplico... tomad, to-
mad... que todo vaya al diablo. Libradme de ello,
os lo suplico. ¿Qué traficante soy yo? No valgo para
eso... mientras que si vos me escucháseis... yo deja-
ría el mundo... todo... Encontraría algo... trabajo...
¡os lo juro! ¡Papá! ¡devolvedme mi libertad! Ved,
bebo, estoy liado con una mujer...

Maiakín le miraba con atención, seguía sus pala-
bras, pero su rostro permanecía frío y no acusaba
ninguna emoción.

Algunos pasaban al lado de ellos y el ruido sordo del restaurant se elevaba en la atmósfera. Varios saludaban á Maiakín, pero él no los veía, los ojos fijos en el rostro de su ahijado. Tomás sobreexcitado tenía una expresión de dicha, vaga y afligida al mismo tiempo. Su padrino le interrumpió con un profundo suspiro de tristeza y le dijo:

— ¡Pobre muchacho! veo que estás dispuesto á extraviarte por completo... Me cuentas cosas insensatas... ¿Aún haría falta discernir si es efecto del cognac ó de tu idiotez?

— ¡Padrino! exclamó Tomás. ¡Es factible! Otros lo han hecho antes que yo... Renunciaban á su bienes y en cambio recobraban su salud...

— No en mi tiempo... ¡ni ninguno de mis allegados! pronunció Maiakín severamente. ¡No lo habría sufrido!

— Algunos fueron santos cuando abandonaron sus bienes terrestres...

— ¡Hum!... no me habían abandonado. Y si no, el asunto es claro. ¿Conoces tú el juego de damas? Llegas á avanzar á cierto extremo donde no puedes ser cogido, y si no te haces coger eres rey. Todos los caminos están abiertos; ¿has comprendido? ¡Pero qué diablo! ¡y te hablo seriamente! ¡Bah!

— ¡Padrino! ¿Por qué no consiente usted? exclamó Tomás con cólera.

— ¡Mira! ¡Si eres deshollinador, gatea por los tejados! ¡Bombero, siempre en tu puesto! Cada uno tiene su puesto aquí abajo y debe permanecer en él fielmente! ¡La ternera no muge como el oso! ¡Tú tienes tu senda trazada; síguela! No murmures, no te apartes de ella. Da á tu vida un impulso cualquiera.

Y de los labios delgado del viejo se escapó aquel torrente tumultuoso de palabras vivas y persuasivas, dichas con aquella voz chillona que Tomás co-

nocía tan bien. Pero, absorto en su sueño de libertad que le parecía de una realización tan fácil, no escuchaba á nadie.

Estaba enteramente absorto en su idea.

En su pecho se afirmaba el deseo de concluir con aquella existencia insípida y vaga, de romper con su padrino, de abandonar sus barcos, sus barcazas, renunciar á sus orgías, separarse, en fin, de todo lo que le esclavizaba y le ahogaba haciéndole la vida imposible.

Las palabras del viejo, que parecían venir de lejos, se confundían con el ruido de la vajilla, los pasos del camarero y el son de una voz aguardentosa.

Cuatro traficantes, sentados á una mesa cerca de la suya, discutían en alta voz:

— Dos y cuartillo y puedes dar gracias á Dios.

— ¡Vamos, dale dos y medio!

— ¡Eso no es sino lo justo! Es menester darlos. El barco es bueno y marcha de prisa.

— Amigos míos, no puedo. Dos y cuarto...

Maiakín trataba de hacerle comprender la razón.

— Te se han metido estas locuras en la cabeza; pero esas son ligerezas de la juventud.

Y acentuaba estas palabras á puñetazos sobre la mesa.

— ¿Tus bravuconadas? Tontería. ¿Todos esos discursos que me diriges hace una hora? Locuras... ¿No querrás meterte en un convento ó hacerte peón de albañil?

Tomás escuchaba en silencio. Le parecía que el rumor sordo que le rodeaba, se alejaba; se hacía la cuenta de estar en medio de una muchedumbre considerable. Vela á las gentes agitarse sin motivo, sin razón, los ojos foscas, gritar, insultarse, caer los unos sobre los otros, pisoteándose. Se sentía tan desgraciado, porque no los comprendía, porque no

tenía fe en ellos y se daba cuenta que ellos tampoco se comprendían entre sí y que no eran sinceros los unos para con los otros. Pero si hubiese podido sustraerse á su contacto, recobrar su libertad y alejado de ellos contemplar su agitación, todo se habría puesto en claro. Se habría explicado sus necesidades y habría podido ocupar su lugar entre ellos.

—Vamos, ¿consiente usted en darme la libertad? preguntó Tomás á boca de jarro.

Y bajo su mirada de fuego, Maiakín volvió la cabeza.

—¡Padre mío! ¡Sólo por algún tiempo! ¡dejadme respirar! ¡ponerme al tanto de todo! suplicaba Tomás. Yo observaré, me daré cuenta de la razón de las cosas, y entonces... Pero si sigue usted sordo á mis súplicas, ya lo ve bien, llegaré á hacerme un borracho.

—¡No digas tonterías! ¡Haces el tonto! gruñó Maiakín.

—¡Está bien! replicó Tomás con sangre fría. ¡Entendido! ¿No consiente V.? Entonces no obtendrá V. nada! ¡Disiparé todo! Y por el momento no tenemos nada más que hablar... ¡adiós! Pero oirá V. hablar de mí. Le alegraré el corazón. De todo lo que tengo, no quedará ni para el hueco de una muela.

Tomás estaba tranquilo y hablaba con tono decidido. El creía que una vez su resolución tomada, su padrino no podría ya oponer obstáculo.

Pero Maiakín se revolvió en su silla y le respondió con el mismo tono sencillo y tranquilo:

—¿Sabes qué medios puedo emplear contra tí?

—Todos los que quiera V., respondió Tomás con un gesto de indiferencia.

—Pues bien, iré á la ciudad y daré los pasos para que te reconozcan por loco y te encarcelen en un manicomio...

—¡No podrá V. hacer eso! dijo Tomás incrédulo, pero un poco sobresaltado.

—En nuestro país, amigo mío, todo es posible...

—¡Verdaderamente!...

Tomás bajó la cabeza, y echando á su padrino una mirada á hurtadillas, tembló y se dijo:

«Lo hará... y sin piedad».

—Puesto que es de veras las locuras que dices, me veo precisado á recurrir á medidas rigurosas... Me comprometí, ante tu padre, á meterte en cintura... y lo haré... Sé que tus palabras son el resultado de tu última borrachera... Pero, en fin, si no te ordenas, si no paras los pies y si la fortuna adquirida por tu padre es tirada á los cuatro vientos por un galopín como tú, yo sabré ponerte á la sombra... te encerraré sólidamente... Conmigo no se juega impunemente...

Maiakín hablaba con voz melosa; sus ojos guardaban una expresión de frío sarcasmo.

Las arrugas que surcaban su rostro subían á la frente, y las de la frente se habían reunido en un dibujo fantástico que se prolongaba hacia la coronilla de su calva cabeza.

Aquel rostro era inexorable y sin lástima y el alma de Tomás se heló y se llenó de tristeza.

—¿Entonces no hay otra salida para mí? preguntó ofuscado. ¿Quiere V. encarcelarme?

—La salida es que no tienes más que seguir adelante. Yo te guiaré... no tengas temor... no vacilarás y llegarás á buen puerto...

Tanta fatuidad y aquella inquebrantable vanagloria pusieron á Tomás fuera de sí.

Con las manos metidas en los bolsillos, para no pegar al viejo, Tomás irguió la cabeza, y con voz sorda, dijo entre dientes:

—¿De qué se vanagloria V. así? ¿Qué es lo que tú has hecho de glorioso? ¿Tu hijo, dónde está? ¿Y tu hija, qué es? ¡Tú! ¡Reglamentar la vida! ¡Eres un hombre superior!... sabes todo... vamos, dime: ¿Por

qué vives? ¿Para qué amasas tanto dinero? ¿Te crees inmortal? ¡Pues bien! sea, soy tu prisionero... te has amparado de mí... me has vencido... pero espera... ¡quizás pueda escapar!... ¡La última palabra no está dicha! ¡Eh! ¡tú! ¿qué has hecho en la vida? ¿Qué quedará después de tí? Mi padre al menos ha hecho construir una casa; ¿y tú? ¿qué has hecho tú?

Las arrugas del rostro de Maiakin temblaron y se contrajeron, bajándose hacia sus labios, lo que dió á su rostro una expresión dolorosa como si fuese á llorar. Abrió la boca, pero no dijo nada, mirando á su ahijado sobrecogido y casi con temor.

—¿Qué dirías tú para justificarte ante el Señor? preguntaba aún Tomás, sin apartar de él sus miradas.

—¡Silencio, perro pillo! gruñó el viejo en voz baja. Y miró con inquietud á su alrededor.

Pero Tomás se levantó de su silla, se encasquetó la gorra en la cabeza, y mirando al viejo con rencor:

—¡Todo queda dicho... me voy!

—¡Vete!... ¡pero te volveré á ver! ¡Yo diré la última palabra! le respondió Maiakin con voz entrecortada.

—¡Voy á divertirme, me arruinaré!

—Está bien... ¡se verá!

—¡Adiós! héroe... dijo con sarcasmo Tomás.

—¡Hasta pronto! No me desdigo... es mi divisa... y te quiero á pesar de todo... aunque seas una bala perdida.

Maiakin hablaba en voz baja y ahogada.

—No tienes necesidad de quererme. ¡Instrúyeme sólo! Pero he ahí... la ciencia verdadera no la conoces tampoco, le dijo Tomás volviéndole la espalda.

Y se alejó del salón.

Jacobo Tarasovitch Maiakin quedó solo.

Apoyado sobre la mesa, trazaba, con el dedo mo-

jado en vino, dibujos en el platillo. Su cabeza puntiaguda bajaba más y más, como si no pudiese distinguir lo que su dedo nervioso iba trazando. Gruesas gotas de sudor se escapaban de su frente. El restaurant estaba lleno de un rumor sonoro que hacía temblar los cristales de las ventanas.

Del Volga subían los silbidos estridentes de los barcos, los golpes sordos de las ruedas batiendo el agua y la llamada de los hombres que descargaban las barcazas. Era la vida que seguía su curso, sin un segundo de vacilación ni de fatiga. Maiakin hizo una seña al camarero, llamándole, y le preguntó con voz particularmente imponente y sin esfuerzo:

—¡La cuenta!

X

Antes de su disputa con Maiakin, Tomás, cansado ya de la vida, entregábase á la licencia más vergonzosa. A partir de este día, se abandonó á su destino con bríos de desesperado, el corazón henchido de un sentimiento de venganza rencorosa contra los hombres y de un desprecio insolente del que él mismo estaba asombrado.

Algunos días después de su llegada á Kazán, Sacha era la querida del hijo de un fabricante de alcoholes, que era uno de los camaradas de Tomás. Antes de partir con su nuevo amante para alguna villa lejana de la ribera, Sacha dijo á Tomás:

—Adiós, querido. Nos encontraremos quizás un día... nuestros destinos son los mismos. Te doy un consejo: no dejes en libertad á tu corazón. Diviér-

qué vives? ¿Para qué amasas tanto dinero? ¿Te crees inmortal? ¡Pues bien! sea, soy tu prisionero... te has amparado de mí... me has vencido... pero espera... ¡quizás pueda escapar!... ¡La última palabra no está dicha! ¡Eh! ¡tú! ¿qué has hecho en la vida? ¿Qué quedará después de tí? Mi padre al menos ha hecho construir una casa; ¿y tú? ¿qué has hecho tú?

Las arrugas del rostro de Maiakin temblaron y se contrajeron, bajándose hacia sus labios, lo que dió á su rostro una expresión dolorosa como si fuese á llorar. Abrió la boca, pero no dijo nada, mirando á su ahijado sobrecogido y casi con temor.

—¿Qué dirías tú para justificarte ante el Señor? preguntaba aún Tomás, sin apartar de él sus miradas.

—¡Silencio, perro pillo! gruñó el viejo en voz baja. Y miró con inquietud á su alrededor.

Pero Tomás se levantó de su silla, se encasquetó la gorra en la cabeza, y mirando al viejo con rencor:

—¡Todo queda dicho... me voy!

—¡Vete!... ¡pero te volveré á ver! ¡Yo diré la última palabra! le respondió Maiakin con voz entrecortada.

—¡Voy á divertirme, me arruinaré!

—Está bien... ¡se verá!

—¡Adiós! héroe... dijo con sarcasmo Tomás.

—¡Hasta pronto! No me desdigo... es mi divisa... y te quiero á pesar de todo... aunque seas una bala perdida.

Maiakin hablaba en voz baja y ahogada.

—No tienes necesidad de quererme. ¡Instrúyeme sólo! Pero he ahí... la ciencia verdadera no la conoces tampoco, le dijo Tomás volviéndole la espalda.

Y se alejó del salón.

Jacobo Tarasovitch Maiakin quedó solo.

Apoyado sobre la mesa, trazaba, con el dedo mo-

jado en vino, dibujos en el platillo. Su cabeza puntiaguda bajaba más y más, como si no pudiese distinguir lo que su dedo nervioso iba trazando. Gruesas gotas de sudor se escapaban de su frente. El restaurant estaba lleno de un rumor sonoro que hacía temblar los cristales de las ventanas.

Del Volga subían los silbidos estridentes de los barcos, los golpes sordos de las ruedas batiendo el agua y la llamada de los hombres que descargaban las barcazas. Era la vida que seguía su curso, sin un segundo de vacilación ni de fatiga. Maiakin hizo una seña al camarero, llamándole, y le preguntó con voz particularmente imponente y sin esfuerzo:

—¡La cuenta!

X

Antes de su disputa con Maiakin, Tomás, cansado ya de la vida, entregábase á la licencia más vergonzosa. A partir de este día, se abandonó á su destino con bríos de desesperado, el corazón henchido de un sentimiento de venganza rencorosa contra los hombres y de un desprecio insolente del que él mismo estaba asombrado.

Algunos días después de su llegada á Kazán, Sacha era la querida del hijo de un fabricante de alcoholes, que era uno de los camaradas de Tomás. Antes de partir con su nuevo amante para alguna villa lejana de la ribera, Sacha dijo á Tomás:

—Adiós, querido. Nos encontraremos quizás un día... nuestros destinos son los mismos. Te doy un consejo: no dejes en libertad á tu corazón. Diviér-

tete sin tasa; después, el vino bebido... la copa rota... ¡adiós!

Y sus labios se posaron, en un largo y profundo beso, sobre los de Tomás, que se sentía dichoso con esta partida, pues ella le aburría y le asustaba con su indiferencia glacial. Pero en el momento de separarse se conmovió; se volvió hacia ella y respondió dulcemente:

—No os entenderéis quizás... tú puedes siempre volver á mí...

—¡Gracias! respondió ella con risa extraña que se asemejaba á un aleteo.

Y la vida de Tomás continuó su curso, produciendo cada día las mismas distracciones, con los mismos individuos, incapaces de inspirar ningún sentimiento elevado.

A menudo, por la noche, á solas con sus pensamientos, los ojos cerrados, veía una inmensa muchedumbre toda negra, tan numerosa que le asustaba, amontonada en el fondo de un abismo, que rodeaban rocas áridas y que obscurecía una nube de polvo. Aquella muchedumbre, mugiente, se agitaba, parecida al trigo echado en la campana receptora de molino. Una rueda invisible los pulverizaba. En las profundidades de aquella masa viva, los hombres desaparecían, engullidos como arrebatados por la piedra; otros, al contrario, eran despedidos á la superficie, como si acabasen de escapar á ella. Esta multitud de individuos tenía también el aspecto de innumerables cangrejos echados en un gran canasto; se movían con trabajo, enganchados los unos con los otros, buscando una salida, librándose asaltos furiosos, sin poderse escapar de su prisión.

Entre ellos, Tomás distinguía rostros conocidos; he aquí á su padre que avanza, se abre paso derribándolos á todos. Se estira de pies y manos riendo

á carcajadas: con su pecho potente aparta todos los obstáculos y desaparece, abismándose en un agujero que se abre bajo su peso; á su padrino, saltando, retorciéndose cual una anguila; se alza sobre los hombros de sus vecinos ó se desliza entre ellos ligero y nervioso. Liubov se desgañita siguiendo á su padre; sus movimientos son bruscos; pero débiles, y la muchedumbre los une y los separa con sonrisa angélica en el rostro, la tía Antheisa avanza á pasos lentos, cediendo el paso á los demás y estando siempre á la mira. Su imagen tiene el resplandor indeciso de la pálida claridad de un cirio en la noche. Pelagia pasa rápidamente sin detenerse... Después Sofia Pavlovna Medinskaia, de pie, rígida, los brazos colgando como aquel día en su salón, la última vez que se habían visto... Sus ojos están dilatados por el terror. Sacha también está allí. Sin prestar atención á los que la empujan, entra indiferente en el seno de la muchedumbre y canta á plena voz, con la mirada, calma y sombría, dirigida al frente.

Un estruendo de aullidos, de risas, de voces aguardentosas, de disputas feroces á causa de dinero, resuenan en los oídos de Tomás: canciones y lágrimas pasan por encima de este hormigero de cuerpos humanos amontonados en aquel abismo, que saltan, caen, se arrastran á gatas, se estrujan, botan, suben sobre los hombros, unos sobre otros, se empujan como ciegos, encuentran siempre seres invariablemente semejantes á ellos, luchan, caen y desaparecen en el vacío. El roce de billetes de Banco entre sí asemeja al vuelo silbador de los murciélagos; los hombres elevan al aire sus manos ávidas. De este amontonamiento de vicios y de ignominias sube el sonido del oro y de la plata, de tapones que saltan y de donde se destaca una voz femenina que canta:

Vivamos así en tanto que esto dura,
y que después todo sea pulverizado.

Esta pesadilla le hacía delirar. Palabras incoherentes, desprovistas de sentido, se escapaban de sus labios; se despertaba anegado en sudor y destrozado por esta lucha.

A veces pensaba que el abuso del vino le hacía perder la razón y que era la verdadera causa de todos aquellos horrores que le asediaban el espíritu. Hacía entonces un violento esfuerzo para desterrar estas escenas y estos sueños; pero apenas se veía solo y no muy bebido, otra vez se apoderaba de él la pesadilla y sucumbía bajo esta fatalidad que pesaba sobre él.

Después de su cuestión con Tomás, Jacobo Tarasovitch volvió a su casa sombrío y abatido. Sus ojos tenían un brillo seco; él permanecía rígido como una cuerda tirante. Las arrugas de su semblante estaban dolorosamente plegadas, su tinte parecía más mate que de costumbre y Liubov pensó, viéndole, que era presa de una grave enfermedad contra la cual luchaba.

En silencio, el viejo media á grandes pasos la habitación, respondiendo á las preguntas de su hija por frases cortas y duras. Por último, impaciente, exclamó:

—¡Déjame en paz! Ya ves que tengo algo en que pensar, más que en contestarte...

Ella tuvo lástima de él, cuando vió sus ojos verdes tan tristes y desolados. Resolvió hacerle hablar, se aproximó á él bruscamente en el momento en que se sentaba á la mesa, le posó las dos manos

en los hombros, é inclinándose hacia su rostro, le preguntó cariñosamente, inquieta:

—¡Papá! ¿sufre V. verdad?

Sus caricias eran raras; con ellas siempre conseguía enternecer al viejo. No respondía, pero en su interior gozaba. Esta vez, como de costumbre, rechazó su abrazo y le dijo:

—Ponte en tu sitio.. Bien se ve que eres hija de Eva, anda.

Liubov no se alojó; con los ojos obstinadamente fijos en los de su padre, le preguntó, con voz ligeramente alterada por el desvío:

—¿Por qué toma V. ese tono para hablarme como si fuese una c'iquilla ó una tonta?

—Porque eres mayor, pero no muy inteligente... En eso consiste... Anda á comer.

Le dejó y se puso á la mesa, mordiéndose los labios.

Contra su costumbre, Maiakin comía con lentitud daba caza á los postres con las púas de su tenedor y los examinaba con obstinación.

—¡Ah! ¡si tu cerebro de aire pudiese comprender los pensamientos de tu padre! exclamó de repente, con profundo suspiro.

Liuba dejó su cuchara, y con lágrimas en la voz, le preguntó:

—¿Por qué trata V. siempre de picarme, papá? ¡No vé que estoy sola! ¡Siempre sola! Debe comprender lo penosa que me es la vida... Nunca tiene para mí una palabra de ternura... ¡Nunca me decís nada! Y sin embargo V. está sólo también... y esta soledad, le pesa... Lo ve... La vida es dura... perc... V. el culpable... Usted solo...

—¡Bah! ¡La burra tomando voz humana! dijo irónico el viejo. ¡Veamos! ¿Qué tienes que decirme?

—Es V. demasiado orgulloso, padre, su talento le extravía...

—¿Y además?

—Está mal... y eso me entristece... ¿Por qué me rechazáis? No tengo á nadie más que á V....

Lágrimas subieron á sus ojos. Su padre las vió y su rostro se contrajo.

—¡Ah! ¡Si no fueses mujer! exclamó. O bien, si tuvieses el talento de Marta la Regente... ¡Ah, Liuba! me burlaría de todos... y á más de Tomás. ¡Ea, no llores!

Ella limpió sus ojos y dijo:

—¿Qué ha sucedido á Tomás?

—Se rebela, ¡ja, ja, ja! Me propuso entregarme su fortuna á cambio de darle su libertad... Quiere buscar su cura... en las tabernas... Eso es lo que ha encontrado, nuestro Tomás.

—¿Y bien? dijo Liuba, indecisa.

Ella quiso dar á entender que el deseo de Tomás era noble y elevado, si era sincero: y no osó expresar su pensamiento, por miedo de irritar á su padre y levantó hasta él, una mirada interrogadora.

—¿Y bien? continuó Maiakín agitado de un temblor nervioso, es el efecto del vino, á menos que—Dios nos libre—esto no sea hereditario. ¿Su madre lo habrá doctado de ideas de su secta... de antiguos creyentes? Si es esta levadura de devoción la que le mueve, tendremos negocio para tiempo. Libraremos más de una batalla. Se ha puesto contra mí, con todas sus fuerzas... su insolencia ha sido bien grande... Es joven... no sabe fingir... dijo: «¡Voy á arruinarme, en la bebida, disiparé todo hasta el último céntimo. ¡Te haré ver locuras!»

Maiakín levantó los brazos por encima de la cabeza, los puños cerrados, con gesto de amenaza furiosa.

—¿Cómo te atreves? ¿Quién ha ganado tu fortuna? ¿Quién la ha levantado? ¿Eres tú acaso? Es tu padre... cuarenta años de trabajo, representa ¿y tú

quieres destruirlo todo? Es un deber de todos sostenernos cuando es necesario, trabajar juntos, marchar adelante, marchar en fila compacta para dar á cada uno el sitio que le corresponde. Nosotros traficantes ó comerciantes hemos llevado durante siglos la Rusia sobre nuestros hombros y aún lo hacemos... Pedro el Grande era un tzar de una inteligencia sobrehumana... nos estimaba en nuestro valor... Nos sostenía. Se imprimieron libros especiales para nuestra educación. Yo poseo un libro editado bajo sus órdenes de Polidor Virgile Urbinsky, sobre descubrimientos científicos... data del año 1720... sí... ¡Es menester comprender eso... Lo ha comprendido... y nos ha cedido la parte del león! Hoy estamos avisados... y nos damos cuenta de la importancia de nuestra situación. ¡Que se nos haga sitio! Hemos puesto los cimientos de la vida, nuestros cuerpos han servido de ladrillos, en nosotros está continuar el edificio... debemos tener libres los codos. He ahí el fin que debemos perseguir... He ahí el problema... Tomás no comprende ni gota... Pero es menester que comprenda y que continúe... Su fortuna es la de su padre... ¡Cuando yo expire la mía se unirá á ella! ¡Trabaja, perro! ¡Y él hace extravagancias! ¡Ah! ¡pero paciencia! ¡Yo te despertaré el espíritu, yo!

El viejo perdía la respiración, la emoción lo ahogaba y sus ojos lanzaban llamas hacia su hija, como si hubiese sido Tomás quien hubiese estado en su lugar. Esta excitación espantaba á Liuba, pero no osaba interrumpirle y miraba en silencio su rostro severo.

—El camino está trazado por los padres, tú debes seguirlo. De que habrán servido mis cincuenta años de trabajo, si no es para que mis hijos continúen mi obra. ¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

El viejo movió la cabeza tristemente, su voz se

alteró y pronunció estas palabras, apenas comprensibles como si hablase con alguien oculto en el fondo de sí mismo.

—Uno... presidiario... perdido... otro... borracho... ¡triste esperanza! Mi hija... ¿A quién legaré yo mi obra? Si tuviese un yerno... Yo me decía: «¡Tomás perderá su corteza: es necesario que la juventud pase... te casaré con él y le daré toda mi fortuna, ten, toma!» Pero, lo veo, Tomás no vale para nada. No veo á nadie para reemplazarle... ¡qué hombres los de hoy! Eran de hierro los de antaño, ahora no son más que de goma. Todos doblan sin ofrecer la menor resistencia... ¿De qué proviene eso?

El rostro del viejo expresaba una decepción amarga y un altivo desprecio. Se hizo atrás con su butaca ruidosamente, se levantó y se puso á recorrer el cuarto á pasos cortos, las manos á la espalda. Movía la cabeza y hablaba con voz donde silbaba la cólera contenida. Liuba, pálida de emoción, sintiéndose impotente y estúpida ante él, escuchaba sus palabras que no eran más que un murmullo y su corazón latía con violencia.

—Heme aquí, sólo... sólo... como Job... ¡Señor!— ¿A dónde iré á parar? ¡Oh... sólo! ¿No soy inteligente? ¿No soy hábil? Pero la vida me ha engañado... ¿A quién favorecerá? Castiga á los buenos y no perdona á los malos... Y nadie puede comprender su justicia...

La joven sentía en el corazón una lástima dolorosa por el viejo, un violento deseo de ir en su ayuda, de serle útil.

Le seguía con ojos ansiosos y le dijo de repente muy dulcemente:

—¡Papá... querido! No se desespere... Taras ¡vi-
ve aún... quizás él...

Maiakín se detuvo como clavado en el sitio y levantó lentamente la cabeza.

—El árbol se ha agostado siendo joven, ya no resistirá... Sin embargo, cuando uno se ahoga se recurre á una paja... Aunque no valga de ningún modo más que Tomás... Gordeieff tiene carácter... tiene la audacia de su padre... Sus fuerzas son grandes. Pero Taras... has pensado en él á tiempo... ¡sí!

Y el viejo que un momento antes gemía lamentablemente, que corría extraviado á lo largo del cuarto como un ratón cogido en ratonera, vino tranquilo y decidido cerca de la mesa, aproximó su butaca con cuidado y se instaló diciendo:

—Será menester probar á Taras... Habita en Uso-
lée en una máquina... He oído decir que fabrica vidrio... Tomaré los informes necesarios... Escribiré...

—¿Permitidme escribirle, papá? dijo Liuba toda temblorosa y roja de placer.

—¿Tú? le preguntó Maiakín.

Después reflexionó y contestó:

—¿Por qué no? Si es mejor... Le preguntarás si está casado... lo que hace... lo que piensa... Sí... Además, yo te daré instrucciones cuando llegue el momento.

—¡No tardéis demasiado, papá! exclamó la joven.

—Lo que es necesario no diferir es el casarte. Tengo á la vista... un rubio... el muchacho no es tonto... aunque de fabricación extranjera.

—¿No es Smolín, papá? preguntó Liuba con curiosidad inquieta.

—¿Y por qué no? dijo Jacob Tarasovitch.

—Nada. No lo conozco, respondió Liuba de un modo evasivo.

—No lo conocerás... Es tiempo, Liuba, es tiempo. No contemos ya con Tomás... aunque no lo abandono. En cuanto á él...

—Yo no he contado nunca con Tomás... ¿Qué me importa?

—Mal hecho... ¡Si hubieses tenido talento, no se vería él como se vé, quizás! Cuando os veía á los dos me decía á veces: Ella se apegará al muchacho. Mi casa estará así bien dirigida... Pero me he engañado... yo creía... que comprenderías tus intereses sin que fuese necesario ponerte los puntos sobre las íes. ¡Eso es hija, mía! terminó con acento doctoral.

Estas palabras la dejaron pensativa.

Sana y fuerte, la idea del matrimonio, en estos últimos tiempos, la preocupaba muy á menudo. Era, en realidad, la sola manera de poner fin al abandono en que vivía. Sus antiguos proyectos de fuga, de trabajo, de independencias habían pasado con el tiempo, así como se habían formado en su alma, para segregarse en seguida como frutos secos, muchas más ideas y otros deseos violentos pero indecisos y sin persistencia.

En su corazón se despertaban también los tiernos instintos de la mujer y más de una vez la presencia de una joven madre, con un bebé en los brazos, la había llenado de tristeza y de humillación. Su espejo le reproducía un rostro redondo y fresco en el cual dos grandes ojos velados de una sombra violeta, la miraban con lástima; la vida la dejaba á un lado, parecía olvidarla.

En este momento mientras que con oído distraído escuchaba el discurso de su padre, ella trataba de recordar á Smolín. Se acordaba de cuando era colegial: en aquella época, tenía el rostro lleno de manchas rojas y nariz chata. Siempre muy limpio y muy pesado, bailaba mal, parecía muy torpe y su conversación insulsa... Años habían transcurrido. Había viajado en el extranjero, había hecho allí sus estudios, y debía estar muy cambiado. De Smolín su pensamiento saltaba á su hermano y se preguntaba con el corazón oprimido, lo que respo-

dería á su carta. ¿Qué hacía? La imagen de su hermano, tal como ella se lo representaba, borró las de su padre y la de Smolín. La voz de su padre la sacó de su meditación.

—¡Eh! ¡Liuba! ¿en qué piensas?

—En todos los acontecimientos que se precipitan, exclamó sonriendo la joven:

—¿Qué acontecimientos?

—Hace ocho días no se osaba hablar de Taras, mientras que hoy...

—La necesidad hija mía. ¡La necesidad es una fuerza, ella dobla al acero y el acero es un metal resistente! ¡Taras... es necesario verlo! Es la resistencia del hombre lo que constituye su valor... la resistencia á la presión que sobre él ejerce la vida. Si sale victorioso de la lucha: ¡todos mis respetos! Permitidme estrechad vuestra mano y trabajemos juntos... ¡Bah, yo me hago viejo! La vida, sin embargo es más interesante á cada año... ¡le toma uno el gusto! Se querría vivir siempre, siempre estar en acción...

El viejo se lamió los labios, se frotó las manos y sus ojillos brillaron ávidos....

—Vosotros no tenéis sangre en las venas. No esperáis vuestra madurez para poner os fofos como rábanos viejos... Sois incapaces de apreciar las bellezas de la vida... Tengo sesenta y siete años y tengo un pie en la tumba; veo sin embargo que la tierra produce ahora más flores y flores más bellas... ¡Todo se embellece! ¡Qué edificios! ¡qué nuevas herramientas! ¡qué barcos! ¡Y qué esfuerzos de inteligencia se han debido hacer! Se dice: ¡estos hombres son fuertes y hacen fácil la vida! ¡Todo está bien, todo es agradable, excepto vosotros, nuestros herederos, que estáis desprovistos de todo sentimiento, de todo sentimiento de vitalidad! No os importa que un impostor, no os importa que

burgués, sea más diestro que vosotros. Ten, por ejemplo, Ejoff, ¿quién es? El se toma el derecho de juzgaros á vos y á toda la vida... No le falta audacia mientras que vosotros... ¡pchl! vosotros vivís como mendigos... vuestras distracciones son bestiales; en el infortunio sois dignos de lástima. Séres podridos... sería necesario verter fuego en vuestras venas, arrancaros la piel y echar sal en vuestras carnes, entonces, os pondriáis á saltar.

Jacob Tarasovitch, pequeño, aviejado, la boca guarnecida de ruinosos dientes negros, calvo y el color sombrío, como si la vida le hubiese calcinado y ahumado, vibraba bajo la exaltación de su palabra inflamada. Lanzaba á su hija, bella, fresca y joven, palabras despreciativas y crueles.

Ella le miraba y se sentía culpable, le sonreía confusa y en su sér nacía poco á poco un sentimiento de veneración religiosa por aquel viejo tan lleno de vida y tan tenáz en su voluntad implacable.

Tomás continuaba llevando una existencia extravagante, pasando días y noches en los cafés conciertos y las tabernas. Sentimientos de odio y de desprecio hacia las gentes que le rodeaban, se arraigaba más y más profundamente en su corazón. Se hubiese considerado dichoso si en ellos hubiese encontrado una resistencia á sus malos instintos. Hubiese deseado encontrar un hombre con bastante valor, el alma bastante elevada para dirigir los reproches que él merecía y para detenerle en la pendiente en que se sentía deslizarse. Este deseo de ser socorrido por sus semejantes, se hacía más y más ardiente á medida que se enfangaba más en el vicio.

—¡Hermanos míos! exclamó un día que estaba

ante la mesa en un café-cantante, en medio de un grupo de gentes de mal vivir. ¡Hermanos míos! ¡Me aburro... me descorazonáis! ¡Pegadme... echadme! Sois canallas todos... pero entre vosotros existe al menos una solidaridad, mientras que yo siempre quedo abandonado de todos... ¿Por qué? Soy como vosotros... un borracho y un miserable, y sin embargo me tenéis á un lado... Lo veo bien... no soy de los vuestros... Os aprovecháis de mí lo más posible y me escupís cuando he vuelto la espalda... lo siento perfectamente, ¿por qué? ¿decid?...

No podía ser de otro modo. En su fuero interno, cada uno se consideraba como igual de Tomás, pero él era rico y esto era una superioridad que apartaba toda idea de compañerismo. A más de sus discursos los insultaba siempre y mostraba escrúpulos de conciencia que los alejaba de él. Se conocían también sus fuerzas físicas y su carácter violento. Ninguno de ellos osaba abrir la boca en su presencia.

Y sin embargo éste era precisamente el deseo ardiente de su alma enferma: encontrar un sér que tuviese el valor de tenérselas derechas, un hombre cuya palabra enérgica fuese la palanca que le echara fuera del abismo, hacia el cual rodaba y todo aquel barro que le salpicaba el corazón, y que por sus propias fuerzas se sentía impotente de arrancar.

En fin, Tomás encontró lo que buscaba. Un día en medio de una orgía, irritado por ciertas familiaridades, exclamó:

—¡Silencio, especie de chinches! ¿Quién os paga de beber y de comer? ¿Lo habéis olvidado? ¡Os refrescaré la memoria! ¡Os enseñaré á respetarme! ¡Bandidos! ¡Y cuando yo hable... que todos se callen!

Se callaron en efecto, aterrados ante la idea de no aprovecharse más de sus prodigalidades y temiendo también despertar al león dormido.

El silencio duró algunos segundos. Ahogando su cólera, se inclinaron sobre sus platos, en una actitud de humildad afectada y confusa.

Tomás los envolvió á todos en una mirada satisfecha, halagado por aquella obediencia servil y dijo con orgullo:

—Ea, ya estáis callados, perfectamente. Y que ninguno se menee, sabéis... ó si no ojo.

—¡Estúpido! pronunció una voz tranquila y fuerte.

—¡Cómo! aulló Tomás, saltando de su asiento. ¿Quién ha osado hablar?

Un hombre extraño, largo, vestido de levita, una gorra enorme sobre su cabeza no menos enorme, se levantó al otro extremo de la mesa. Mechas de cabellos crespos y rebeldes le cubrían todo el cráneo y en medio de su rostro amarillo é imberbe, se destacaba una larga nariz aguilena. Tomás le encontró parecido á aquellas viejas escobas de cuerdas, que sirven para lavar el puente de los barcos, y eso bastó para alegrar su furor naciente.

—¡Eres verdaderamente hermoso! exclamó sonriendo. Pero ¿por qué me injurias? ¿sabes siquiera quién soy?

El hombre, con gesto trágico, tendió hacia Tomás una mano de aflados y ágiles dedos, semejantes á los de un prestidigitador, y dijo con voz bronca:

—Eres una postema, resultado del vicio de tu padre, que, aunque ladrón, fué un hombre de bien si se le compara contigo...

Este apóstrofe provocó en Tomás tal cólera y tal indignación, que su respiración se cortó en el acto. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, se le salían de la cabeza y fué incapaz de articular una sola palabra.

El hombre, sin embargo, de pie frente á él, sopla, moviendo sus furiosas pupilas furibundas, bajo los párpados exangües.

—Tú exiges miras... ¡imbécil! ¿Las has merecido? ¿Quién eres? Un borracho, en camino de comerse la fortuna de su padre... ¡Salvaje! Tú deberías estar orgulloso de que yo, artista célebre, servidor desinteresado y fiel del arte, se digne beber el mismo brebaje que tú! Este brebaje es un cocimiento de madera de sándalo y de melaza, mezclada con tabaco de rapé y que tú tomas por vino de Oporto. Esto basta ya para asegurar tus derechos á un premio de asnería y de estupidez.

—¡Ah! ¡Bandido! aulló Tomás precipitándose sobre el artista.

Pero varias manos le cogieron y le sujetaron antes de que le hubiese tocado. Revolviéndose entre el círculo que le estrechaba por todas partes, se veía forzado á escuchar, sin poder responder á ello, el discurso que fulguraba con voz ronca, el hombre que se asemejaba á una escoba vieja.

—Arrojas á las pobres gentes cinco céntimos del rublo que has robado y te crees un héroe. Eres dos veces ladrón: has ocultado el rublo y robas el agradecimiento por el céntimo que das. Pero el mío no lo tendrás. Me he entregado á este oficio ingrato que desenmascara los vicios y aquí me ves decirte descaradamente: eres un tonto, un mendigo, porque tu fortuna es escandalosamente grande. Esta es la última palabra de la sabiduría: ¡todos los ricos son pobres! Así es como el célebre cantante Rimski Cannibalski sirve á la Verdad.

Inmóvil y en silencio, en medio de las gentes que le sujetaban, Tomás escuchaba con una atención apasionada las palabras que fulminaba el artista. Experimentaba una sensación muy agradable, parecida á la que da una fricción calmante durante

un dolor de muelas. La asistencia se agitaba. Los unos trataban de calmar la elocuencia intempestiva del actor, otros trataban de llevarse á Tomás fuera de la sala. El los rechazaba dulcemente y escuchaba, absorto en el goce áspero de su humillación pública. Se sentía acariciada el alma por el sufrimiento nacido del discurso de Rimski y continuaba mudo, mientras que éste experimentaba una viva alegría viendo su insolencia permanecer sin castigo.

—Te crees señor y dueño de la vida... ¡tú no eres sino un vil esclavo del rublo!

Uno de los comensales tenía hipo, y muy descontento gruñía á cada espasmo. «¡Ah, día-blo!»

Un personaje de barba inculta y de rostro grisiento enterneciósese de la suerte de Tomás. Quizás también porque toda esta escena concluyó por enervarle. Se puso á implorar lamentablemente, gesticulando con ambos brazos:

—¡Señores! ¡cesad! Está muy mal. Cada uno de nosotros tiene sus pecados. Sin excepción, todos somos pecadores. Creedme.

—¡Habla! balbuceaba Tomás. Di todo. No te tocaré.

Grandes espejos colgados en la pared reflejaban esta escena de borrachera, y los individuos aparecían allí más feos, más odiosos aún que en la realidad.

—¡No quiero hablar más! dijo el cantante, no quiero tirar las perlas de la verdad y de mi furor delante de un sér como tú...

Se levantó, y con la cabeza erguida, se dirigió majestuosamente hacia la puerta.

—¡Ah! ¡lo que es eso no! clamó Tomás lanzándose en su persecución. Tú me debes una explicación después del suplicio que acabas de infligirme...

Pero se le rodeó de nuevo, se le sujetó, se esfor-

zaron en calmarlo, mientras que se revolvió, empujaba á todo el mundo, tratando de abrirse camino.

Cuando Tomás encontraba una resistencia real, la lucha obraba en él como un calmante. Todos los sentimientos que fermentaban en su sér, se fundían en uno solo; el deseo de echar por tierra el obstáculo que se le oponía en el camino.

Después de haberse sustraído á todos y una vez en la calle, se sintió más tranquilo. De pie en la acera, miró á derecha é izquierda y se dijo, avergonzado:

—¿Cómo he podido permitir á esta especie de estropajo ridiculizarme así é insultar á mi padre?

A su alrededor todo estaba en calma. Hacía luna y un vientecillo fresco le acariciaba el rostro. Tomás se puso á caminar á grandes pasos, exponiendo su rostro acalorado á la bienhechora brisa.

Miraba de cuando en cuando hacia atrás para asegurarse de que ninguno de sus compañeros le seguía. Sentía cuán bajo había caído á los ojos de todas aquellas gentes. Andando, se decía que su fracaso era también completo, porque él, hijo de un traficante estimado y conocido, había permitido al primer venido insultarle, sin hacerle pagar cara tal insolencia.

—¡No tengo más que lo que he merecido! se decía él con rabia reconcentrada. ¡Está bien hecho! No tenías más que no haberte rebajado... ves, ahora... Y á más tú lo has querido... lo has buscado... has provocado á todo el mundo... ¡Coge eso, ahora!

Y su corazón se contrajo.

Abismado en estas tristes reflexiones y completamente despejado, Tomás andaba recto, buscando un punto de apoyo en su corazón... Pero en su corazón todo era obscuro, vago... un sentimiento de confusa impotencia le invadía... Llegó en este estado de estupor á la orilla del río, se sentó en un

montón de tablas y se puso á mirar el agua tranquila y negra que el viento fruncía de arruguitas. El río inmenso deslizaba en silencio sus aguas tranquilas que acarreaban pesos enormes. Estaba lleno de siluetas de barcos, cuyas luces, así como las estrellas, se reflejaban en la superficie; pequeñas ondas ligeras llegaban á bañar sus pies y se deshacían con dulzura de caricia. Una tristeza calmosa caía del cielo, y la soledad, como una piedra pesada, aplastaba el alma de Tomás.

—¡Jesús! murmuró, levantando hacia el cielo una mirada distraída, ¡qué mal camino sigo! Dios no me ayuda... ¿Para qué valgo? ¡Jesús mío!

Estas palabras dirigidas á Jesús, casi instintivamente, le aliviaron en el acto; su aislamiento le fué menos amargo; suspiró profundamente y continuó:

—¡Divino Jesús! Hay más, muchos más que yo que no comprenden la vida, y creen saberlo todo, y la vida les es menos difícil... Pero yo no tengo apoyo... He aquí... la noche y estoy solo, no sé donde ir... No tengo nada que decir y nadie me escucharía... no quiero á nadie... No tengo más que el padrino... pero no tiene corazón... ¿Por qué no le castigas? Se imagina que sobre la tierra no hay nadie más inteligente ni mejor que él... y tú lo permites... Y yo también... Si me sucediese alguna desgracia... alguna enfermedad... Pero no soy fuerte como una encina... Bebo, me entretengo, me revuelco en el fango... El cuerpo no sufre por ello, pero el alma sola languidece... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Para qué, tal vida?

Una á una se despertaban en su alma protestas tímidas y vacilantes. La noche se oscurecía y el silencio á su alrededor era cada vez más profundo. Una barca, atada cerca de la orilla, se balanceaba con un ligero ruido parecido á un gemido.

«¿Cómo librarme de esta vida? se preguntaba

Tomás mirando la barca. ¿Cuál es mi papel aquí abajo? Todos trabajan...»

Y una idea completamente nueva se apoderó de él:

«Cuanto más duro es el trabajo, es menos remunerado. Algunos se matan para ganar un rublo, otros no tienen más que mover un dedo para conquistar millares...»

Esta idea le procuró una sobreexcitación muy agradable. Le pareció haber descubierto en la humanidad una nueva mentira, una duplicidad que añadir á todas las que oculta con tanto cuidado... Se acordó de uno de sus maquinistas, Iliá, que se encargaba, por diez kopeks, de reemplazar á un compañero en la máquina, permaneciendo ocho horas seguidas en un calor sofocante que le secaba los pulmones. Un día, que agotadas sus fuerzas, se arrastraba á la popa, Tomás se aproximó á él y le preguntó por qué hacía aquel oficio de perro. Iliá le respondió grosero y tosco:

—Pues bien, porque un ochavo me hace más que á tí cien rublos... ¡Por eso!

Y el viejo, con estas palabras, le había vuelto la espalda moviendo penosamente su pobre cuerpo, quemado de fiebre.

El pensamiento de Tomás fué, sin esfuerzo, del maquinista á todos aquellos trabajadores, hombres de fatiga, y otros miserables que desempeñan trabajos rudos. Eso le pareció extraño. ¿Para qué viven? ¿Qué placer experimentan de vivir en este mundo? Hacer eternamente el mismo trabajo repugnante y duro, mal comer, apenas mal vestir... y beber... Algunos tienen ya sesenta años y trabajan como jóvenes. Su imaginación se los representó como un gran montón de gusanos royendo la tierra y buscando un alimento. Recordó fielmente sus relaciones con ellos, sus palabras y sus reflexiones so-

bre la vida... Todos empleaban á poco más ó menos el mismo lenguaje, ya embargado de una dolorosa ironía, ya de una sombría indiferencia... como sus canciones, llenas de melancolía y profundamente desesperadas. Con este recuerdo vió que Efm había dicho á un empleado, venido á la oficina á tomar órdenes:

—Encontrarás á los campesinos de Lapuchinsk, allá abajo. Buscan trabajo: no les ofrezcas más de diez rublos por mes. Este verano les ha sido malo, y hoy se encuentran en una profunda miseria... consentirán seguramente en trabajar á este precio.

Recostado sobre las tablas, Tomás se balanceaba lamentablemente de adelante atrás, como la péndula de un reloj, y en la obscuridad surgían ante él siluetas familiares; marineros, maquinistas, empleadillos, camareros de café, mujeres borrachas y pintadas, todos los contertulios del café cantante. Pasaban como sombras chinescas y exhalaban un olor enmohecido y como de cosa encerrada. Era una masa compacta, silenciosa, y que se movía lentamente como las nubes en un cielo de otoño. El choque del agua tenía sonidos lúgubres que helaban el alma de Tomás. Un fuego llameaba á lo lejos, al otro lado del río; anegada en la obscuridad, aparecía como una mancha rojiza y vaga que se extinguía por momentos. Este resplandor no duró más que un momento y la obscuridad se hizo de nuevo.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! pensaba Tomás profundamente afligido y sonriéndose más y más angustiado. Soy parecido al fuego... completamente solo... como él... sólo que yo no doy ni calor ni luz, sino un humo acre y asfixiante. Yo quisiera encontrar á alguien inteligente... hablar á alguno... No puedo vivir así solo... No soy capaz de nada... Encontrarme con un hombre...»

En aquel momento, del medio de la corriente, en la noche, una masa enorme surgió, iluminada por dos grandes luces rojas, y encima, muy alto, por una tercera. Un rumor sordo llegaba á los oídos de Tomás, y la masa avanzó lentamente hacia él.

«Un barco que sube, se dijo. Lleva más de cien personas... y ninguna de ellas se preocupa de mí... Todas saben adónde van y lo que tienen que hacer... cada una de ellas comprende su destino. ¿Y á mí? ¿Quién me lo enseñará? ¿Dónde está el hombre que me hará luz?...»

Las luces del barco se reflejaban temblorosas en la superficie; el agua iluminada se separaba con un sordo murmullo y el barco parecíase á un pez formidable con aletas de fuego.

Algunos días transcurrieron y Tomás se puso de nuevo á beber, pero esta vez fué á su pesar.

Había tomado sabias resoluciones y se dirigía hacia un restaurant donde contaba no encontrar á ninguno de los compañeros de costumbre que por lo general iban á sitios menos lujosos. Pero las circunstancias engañaron sus previsiones. Cayó sobre su amigo el hijo del fabricante de alcoholes que se había llevado á Sacha. Este se precipitó hacia Tomás, le abrazó y le dijo alegremente:

—¡Qué dichoso encuentro! ¡Yo, que desde hace tres días me amodorro en una soledad odiosa! Ni un hombre conveniente en toda la ciudad. Ayer me he reducido á hablar con mozos de cordel... Gentes muy alegres... aunque, al principio, hayan querido echárselas de aristócratas... pero al cabo los he dejado borrachos como polacos... Hoy vamos á ofrecernos una segunda representación, lo juro por los capitales de mi padre. Voy á presentároslos. He encontrado también un periodista. ¡Aquél que os molestó tanto en un artículo! ¿os acordáis? Cómo se llama, ya? ¿Un muchacho bien raro? á fe mía. Le

daremos algunos rublos para que nos divierta. ¿Qué decís? También había traído conmigo á un camarero de café-concierto. A fe mía, que estuvo muy bien y hubo momentos que me divirtió mucho. Le decía de cuando en cuando: «¡Rimski, una cancioncilla!» Y acto seguido empezaba, y os aseguro que valía... Desgraciadamente ha desaparecido... ¿Habéis comido?

—Tedavía no... ¿Y Alejandra? preguntó Tomás ligeramente abrumado por la exuberancia de aquel joven, listo, rojo y vestido con excentricidad.

—¡Pse! exclamó con una mueca, vuestra Alejandra es una mujer antipática! Siempre sombría. Es abrumadora, ¡qué el diablo cargue con ella! Y fría como una rana. ¡Brr! No, voy á despedirla.

—Fría, eso es exacto, dijo Tomás pensativo.

—Cada uno debe cumplir con su empleo lo mejor que pueda, dijo el hijo del rico traficante de alcohol con tono doctoral, y la que se hace *entretenner* debe cumplir su deber escrupulosamente... si es una mujer de conciencia... ¡Vaya, un vaso de aguardiente!

Bebieron y naturalmente se emborracharon.

Por la noche una numerosa y estrepitosa sociedad se les agregó. Tomás borracho, pero triste y dulce, decía, con la boca llena:

—He aquí lo que comprendo: unos son gusanos... otros gorriones... Los gorriones son los que comercian... Se comen los gusanos... es el destino... Están hechos para ellos... Son útiles... ¿Pero yo y vosotros en general, para que servimos? No representamos nada y nuestra vida no tiene excusa... es inútil... Nadie tiene necesidad de nosotros... ¿Además los otros para que han sido hechos? He ahí lo que sería necesario saber... ¡amigos míos! ¡Perecemos todos, os lo aseguro! ¿Y por qué pereceremos? Porque todo en nosotros es inútil, nuestras almas

están vacías.. y nuestra vida no sirve para nada... ¡Hermanos míos! Yo lloro... ¿para que valgo? Nadie tiene necesidad de mí. ¡Matadme... para que muera!... Querría estar muerto..

Y vertía abundantes lágrimas, lágrimas de borracho enternecido.

Un hombrecillo negro, borracho también, se agarraba á él y trataba de abrazarle. Buscaba, evidentemente, recordarle algún recuerdo, dando golpes en la mesa con su cuchillo.

—Verdaderamente. Callaos todos, Escuchadle. ¡Dejad hablad á los elefantes y á los mamuts! Estas son las santas palabras que pronuncia la apática conciencia rusa. ¡Ruge, Gordeieff! ¡Ruge contra todo!

Y se agarraba á los hombros de Tomás, se frotaba contra su pecho, elevando hacia su rostro una cabeza redonda, pelada, que se agitaba entre sus hombros.

Tomás no podía llegar á distinguir su rostro y se irritaba y le rechazaba gritando:

—¡Vete al demonio! ¿Dónde tienes los morros?...

Risas ensordecedoras embargaban la atmósfera. La voz del joven traficante de alcohol se ahogaba en su esfuerzo por dominar el ruido y gritaba á alguien, con la lengua torpe:

—Ven á mi casa. Cien rublos por mes, la comida y habitación. Palabra de honor. Deja el periódico... yo te pagaré mejor.

Todo lo que estaba alrededor de Tomás oscilaba con movimientos amplios y suaves. La gente se acercaba á él y se retiraba; el techo bajaba y el suelo subía. Parecíale á Tomás que iba á morir aplastado. Después se veía precipitarse á lo largo de un inmenso río que le arrastraba en su rápida corriente. Espantado, titubeando, se puso á aullar:

—¿A dónde vamos? ¿Dónde está el capitán?

Una salva de risas y de exclamaciones aguardentas respondieron á sus palabras.

La voz chillona y detestable del hombrecillo negro sobresalía de este jaleo:

— ¡Es la verdad! Todos bogamos, sin timón, en un buque desarbolado... ¿Dónde está el capitán? ¡Eh! ¡ja, ja, ja!

Tomás recobró el sentido en una habitacioncita alumbrada por dos ventanas. La primera cosa que llamó su atención fué un árbol seco. Este árbol encontrábase frente á una de las ventanas y su tronco enorme, descortezado y de corazón podrido, interceptaba la luz del día. Sus ramas negras y nudosas, desprovistas de hojas, se extendían lamentablemente y gemían sacudidas por el viento. La lluvia se escurría á lo largo de los cristales y caía del tejado en cascada rumorosa. A este ruido, semejante á sollozos, se unía el chirrido de una pluma que corría veloz sobre el papel.

Tomás levantó su cabeza aturdida. Vió un hombrecillo negro, sentado á una mesa, que garrapateaba rápidamente en una hoja de papel. Aquel hombre sacudía su cabeza redonda, con aire satisfecho; la movía sin cesar en todos sentidos, levantaba los hombros y todo su cuerpo, cubierto sólo de una camisa de dormir y unos calzoncillos, y saltaba sobre la silla como si hubiese estado sobre ascuas. Con su mano izquierda, fina y delgada, se rascaba la frente, haciendo en el aire ademanes raros. Sus pies desnudos se agitaban en el suelo; se distinguía el latido de una vena gruesa en su cuello y sus orejas también se movían sin cesar. Cuando se volvía

hacia Tomás, éste podía ver unos labios delgados que balbuceaban algo y una larga nariz puntiaguda que le llegaba al bigote cuando abría la boca... El rostro era joven, enfático, arrugado y dos ojillos negros y vivos parecían no pertenecer á este rostro.

Causado de contemplarle, Tomás volvió lentamente los ojos hacia el techo y las paredes.

Parecidos á tumores, paquetes de periódicos suspendidos en grandes clavos cubrían las paredes. El techo había sido en otro tiempo tapizado de papel blanco; este papel, despegado por la humedad, colgaba en míseros jirones lamentables que en varios sitios se enrollaban; vestidos, calzado, pedezos de papel estaban revueltos por el suelo... Parecía que toda aquella habitación hubiese sido pasto de la desgracia.

El hombrecillo tiró de repente la pluma, se inclinó hacia adelante y se puso á teclear alegremente en el borde de la mesa y cantó con voz atiplada:

Coge tu tambor y no tengas miedo
Da á la cantinera un buen beso sonoro;
¡Que esa es la única razón
De toda una filosofía de amor!

Tomás exhaló un profundo suspiro y dijo:

— Si pudiese disponer de agua de Seltz...

— ¡Ah! exclamó el hombrecillo, lanzándose desde su silla al canapé cubierto de hule en el que estaba echado Tomás. ¡Buenos días, amigo! ¿Agua de Seltz? Es fácil. ¿Con cognac ó sin él?

— Con cognac será mejor, exclamó Tomás, estrechándole la mano febril y seca que le tendía su interlocutor y examinándole atentamente,

— ¡Egorovna! llamó este último abriendo la puerta. Y preguntó á Tomás:

— ¿No me reconoces, Tomás Ignatitch?

— Creo... por mi vida... haberte... visto otra vez.

— En efecto, nos hemos visto durante cuatro años... ¡Pero hace tanto tiempo!... Ejoff...

— ¡Dios santo! exclamó Tomás, dando un salto en su canapé. ¿Eres tú?

— ¡Ay de mí amigo mío, yo bien quisiera no ser, pero la realidad es una cosa que rechaza las dudas como el hierro rechaza una bala de goma...

El rostro de Ejoff se arrugó cómicamente y sus manos se crisparon sobre el pecho.

— Esto es, pronunció Tomás lentamente. Por cierto que has envejecido bonitamente... ¡Carambal! ¿Qué edad tienes?

— Treinta años.

— Cualquiera te echaría cincuenta... seco, amarillo... la vida no ha sido cariñosa para contigo, ¿eh? Y bebes...

El corazón de Tomás se oprimió al reconocer á su camarada de infancia, en otro tiempo alegre y decidór, ahora tan lamentablemente estropeado, alojado en aquel cuartucho desmantelado cuyo aspecto evocaba la idea de una enfermedad, de un pobre cuerpo llagado de quemaduras...

Lleno de lástima contemplaba á Ejoff. Veía el temblor que recorría su rostro, al mismo tiempo que sus ojillos se encendían con cólera. Disponiéndose á descorchar una botella de agua de Seltz y entregado por completo á este trabajo, la botella sujeta entre las rodillas, Ejoff callaba, esforzándose en vano por extraer el tapón.

Su delgadez conmovió á Tomás.

— ¡Hum! ¡qué casa!... Y sin embargo, estudiaste... Diríase que, aun siendo sabio, el hombre no es dichoso, profirió Gordeieff pensativo,

— ¡Bebel! dijo Ejoff, pálido por el esfuerzo. Y le tendió el vaso.

Después se restregó la frente, se sentó al lado de Tomás en el canapé y se puso á hablar:

— Deja la ciencia tranquila... no blasfemes. La ciencia es el néctar de los dioses... pero está en estado de fermentación y no puede ser servida á todos, así como el aguardiente de uva que no está destilado no se puede beber. Para contribuir á la dicha humana no está aún suficientemente en condiciones, amigo mío, y los que hacen uso de ella no ganan más que dolores de cabeza, como tú y yo. ¡Bah! ¡Por qué bebes tonto?

— ¿Yo? ¿Acaso puedo hacer otra cosa? preguntó Tomás sonriendo.

Ejoff le miró con interés y dijo:

— Esta pregunta, relacionada con todo lo que has dicho ayer noche, me hace creer, amigo mío, que no te diviertes con alegría de corazón.

— ¡Ah! suspiró Tomás dejando bruscamente el canapé. ¿Cuál es mi existencia? ¡Un verdadero contrasentido! Estoy solo, no comprendo nada... y sin embargo mi alma aspira á algo... enviar todo al demonio y andar por mi propio esfuerzo... Quisiera concluir con todo... ¡eh! ¡aburrimiento! ¡aburrimiento!

— ¡Es curioso! exclamó Ejoff frotándose las manos y agitándose extraordinariamente. Es curioso si es verdadero y sincero, pues eso probaría que el santo desconocimiento de la vida ha penetrado así mismo en las alcobas de los traficantes, en esas almas muertas anegadas en ondas de sopas grasosas, en lagos de té y otros líquidos... Cuéntame todo eso detalladamente... Haré una novela de ello...

— He oído decir que habías escrito un artículo contra mí, replicó Tomás, curioso, examinando con atención á su condiscípulo y preguntándose lo que podría producir, él, tan haraposo,

— En efecto, lo escribí. ¿Lo has leído?

— No; no he tenido ocasión...

— ¿Y qué te han dicho?

— Que me dabas un palo terrible...

— ¡Hum!... ¿Y eso no te da ganas de leerle á ti mismo? proseguía Ejoff, examinando con interés el rostro de Tomás.

— Lo leeré, afirmó Tomás, molesto, deseoso de consolar á Ejoff, al cual su indiferencia habría podido parecer hiriente.

Y añadió débilmente:

— Debe ser interesante, puesto que eres tú quien lo ha escrito.

Y sin embargo, no experimentaba ni la más mínima curiosidad; sus palabras eran únicamente dictadas por la lástima que le inspiraba Ejoff. Su pensamiento no estaba allí; habría querido comprender qué clase de hombre era Ejoff y lo que lo había estropeado así.

Este encuentro despertaba en él un sentimiento dulce y cariñoso, recordándole días de infancia que surgían ahora uno á uno en su memoria, como fuegos fatuos, apenas visibles, en el pasado lejano.

Ejoff se aproximó á la mesa, en la cual la tetera estaba ya preparada, virtió silenciosamente en dos vasos, té negro como la tinta, y dijo á Tomás:

— Ven á tomar té... y háblame de tí!

— No tengo nada que decirte... no he visto nada... ¡Mi vida está tan vacía! Cuéntame más bien la tuya... tú tienes que contar más que yo...

Ejoff se puso á reflexionar, sin cesar de mover la cabeza en todos sentidos y de agitarse en su silla. Sólo su rostro se había inmovilizado; todas sus arrugas, en haz como rayos, alrededor de sus ojos, les hacían parecer aun más metidos en sus órbitas.

— Sí, amigo mío, no he visto pocas pocas cosas y he adquirido experiencia. Quizás sepa más que me

convenga, pues tan malo para un hombre es saber demasiado, como no saber bastante. ¿Quisieras saber cómo he vivido? Voy á decírtelo, ó más bien, voy á ensayar... Pues nunca he hablado de mí á nadie, porque nadie se ha interesado... y á propósito, es muy desilusionante vivir sin inspirar interés á alguien, sea quien sea.

— ¡Oh! Veo en tu semblante y en lo que te rodea que tu vida no ha sido bella, dijo Tomás, experimentando cierto placer en hacer ver á su amigo que no lo había pasado mejor que él.

Ejoff tragó de un sorbo su té y puso el vaso en el platillo. Puso sus pies en los travesaños de la silla, rodeando sus rodillas con los brazos, en las que apoyó la barba.

Pequeño y flexible como si hubiera sido de goma, empezó su relato:

— El estudiante Satchkoff, mi antiguo profesor, que ahora es doctor en medicina, jugador y criado, me decía en tiempos, cuando yo había preparado bien mi lección: «¡Bravo, Nicolás! Tú eres un muchacho de capacidad. Nosotros aventureros, sencillos y pobres, que salimos de la baja clase de la sociedad, debemos estudiar, y estudiar tanto y tanto, que al fin lleguemos á los primeros puestos... La Rusia tiene necesidad de hombres de inteligencia y probos: trata de serlo y serás el dueño de tu destino y un miembro útil á la sociedad. En nosotros los plebeyos, reposan las más bellas esperanzas del país; nosotros somos quienes debemos hacer luz, verdad, etc., etc.» He creído en este bruto... Veinte años han transcurrido... nosotros, los aventureros, hemos crecido, pero, intelectualmente, somos los mismos y no hemos hecho ninguna luz en la vida. La Rusia sufre siempre su mal crónico, de una abundancia de canallas y nosotros, los plebeyos,

engrosamos con fruición sus filas compactas. Mi profesor, lo repito, es un criado, sér impersonal y mudo, al cual su amo da órdenes... y yo soy un bufón al servicio de la sociedad... En esta ciudad, amigo mío, la fama me persigue... Oigo en la calle á un cochero que dice á otro: «Mira á Ejobb. Cuando se mete con alguien lo arregla, palabra de honor.» ¡Y aun para llegar á esto, es difícil...

A estas palabras el rostro de Ejobb se contrajo y sus labios se desplegaron en una risa silenciosa.

Tomás no comprendió nada de su discurso y dijo al azar, por responder algo:

—Es que aun no has llegado al fin que te propones...

—¡Eh! sí, yo creía llegar más arriba... ¡Y habría llegado! ¡Te lo aseguro, habría llegado!...

Saltó de su silla y se puso á correr á través del cuarto, gritando con volubilidad y cólera:

—Para guardarse en la vida, para ser hombre libre son menester fuerzas enormes. Las he tenido... Era ligero, era diestro... todo lo he empleado por adquirir conocimientos que ahora me son inútiles. Me he gastado enteramente, para conservar algo en mí... ¡Ah, diablo! Yo mismo... y cuantos otros conmigo... nos hemos despojado voluntariamente á fin de poder armarnos para la vida... Calcula que con el deseo de ser más tarde un hombre de valor, he despreciado mi personalidad de mil maneras... Para estudiar y no morir de hambre, he enseñado durante seis años el A B C á párvulos... y soportado por parte de los padres y madres que me humillaban á su antojo, que me hicieran las más crueles ofensas... Ganando apenas bastante para el pan y el té, no tenía que comprar sino calzado y me veía reducido á dirigirme á la beneficencia pública, á escribir súplicas... para obtener socorros... que se dan á los indigentes. ¡Ah! ¡Si estas obras de caridad

supiesen todo lo que ellas matan en el hombre cuando le socorren materialmente! Si supiesen que cada rublo que dan para comprar pan contiene noventa y nueve kopeks de veneno para el alma! ¡Si pudiesen matar por exceso de bondad y de orgullo, gastado en prácticas piadosas! ¡No hay hombre sobre la tierra más odioso y más vil que el que da limosna y nadie más desdichado que aquel que la recibe!

Ejobb había llegado al paroxismo de la cólera. Titubeaba como un hombre borracho y los papeles esparcidos bajo sus pies se desgarraban en jirones. Rechinaba los dientes, movía la cabeza, sus dos brazos se agitaban en el aire como dos alas mutiladas. Se habría dicho que hervía en una marmita en plena ebullición. En cuanto á Tomás, se sentía animado de dos sentimientos contrarios. Ejobb le inspiraba lástima y al mismo tiempo se sentía regocijado de verle sufrir. «No soy solo... no lo pasa mejor que yo...» se decía escuchándole hablar. De la garganta de Ejobb se escapaban sonidos secos como de vidrio y chirridos semejantes á los de una rueda mal engrasada.

—Envenenado por la bondad humana he perecido víctima de esta fatalidad que lleva en sí cada uno de los pobres diablos que pretenden triunfar: la facultad de contentarse con poco, en la esperanza de obtener mucho... ¡Ah, si supieras! Mueren más hombres todos los años por no conocer su precio ni estimar su justo valor, que de la tuberculosis, y por esta razón es por la que se encuentran jefes de partido desempeñando empleos de guardias de seguridad.

—¡Que el diablo se lleve á los guardias de seguridad! exclamó Tomás con un gesto de impaciencia. Es de tí de quien se trata...

—¡De mí! ¡Pero si es justamente de mí, de quien

se trata! replicó Ejjoff parado en medio del cuarto y golpeándose el pecho. He llegado al colmo de mis ambiciones... soy un bufón propio para divertir al público é incapaz de otra cosa. ¡Oh! ¡saber lo que se debe hacer y no poder ejecutarlo, no tener la energía, la fuerza de cumplir la obra, esto es lo que se llama un suplicio!

—¡Ah! toma, espera un poco, exclamó Tomás animándose. Dime lo que es menester hacer para vivir tranquilo... es decir, para estar contento de sí mismo.

—Para eso es menester llevar una vida agitada y evitar como un verdadero mal la probabilidad de una satisfacción personal.

Aquellas palabras sonaron huecas en el espíritu de Tomás y no despertaron ningún sentimiento en su corazón ni ninguna nueva idea en su cerebro.

—Es menester vivir en la busca apasionada de alguna cosa inaccesible... El hombre sólo crece estorzándose en llegar por encima de él...

Ahora que su persona estaba fuera de causa, Ejjoff hablaba con un tono más medido, más tranquilo. Su voz era firme y segura y la expresión de su rostro era severa. Estaba de pie en medio de la habitación, la mano extendida hacia Tomás y hablaba como si leyese:

—Los hombres son viles porque no buscan más que saciarse... El hombre harto es un animal... pues la saciedad es una satisfacción de la carne... Por lo demás, el orgullo del hombre demasiado satisfecho de su talento le lleva de igual modo al estado de bruto...

Un movimiento convulso agitó su cuerpo, como si sus venas y sus músculos se hubiesen atirantado hasta romperse y volvió á dar vueltas á la habitación.

—El hombre perfectamente contento de sí es

un tumor en el seno de la sociedad... es mi enemigo jurado. Está relleno de verdades de á cuarto, mugre de sabiduría enmohecida; es como el desván en el que una criada parsimoniosa amontona sin orden las cosas viejas en desuso, que no se sabe en qué emplearlas. Cuando se consulta á uno de estos hombres y abre las fuentes de su alma, se percibe un olor fétido, tasto de toda clase de detritus podridos. Estos desdichados se llaman hombres de principios, de convicciones, almas fuertes... y nadie quiere confesar que sus convicciones no son sino oropeles que sirven sólo para ocultar la desnudez de su alma miserable. Las frentes estrechas de esta categoría de gentes, llevan siempre una deslumbradora etiqueta: calma y seguridad, ¡falso reclamo! Frota sus frentes con mano firme y harás aparecer la verdadera enseña: mediocridad é idiotismo...

Tomás seguía con la mirada á Ejjoff, que se agitaba en la habitación, y se decía con tristeza:

—¿Contra quién va? No se puede saber... Pero ha sido bien maltratado... Eso se va en seguida...

—¡Cuántos he encontrado así! proseguía Ejjoff lleno de cólera. ¡Cuántas expendedurías así se han abierto desde hace algunos años! Se encuentra de todo; percal para sudarios, untos de ruedas, bombones y bórax para destruir arañas; pero no se descubre nada fresco, nada nuevo, nada sano! Estas gentes tienen el alma enferma, amortiguada, destrozada por la soledad, y viven en la esperanza de oír una palabra viviente. Os ofrecen reminiscencias que descorazonan, ideas robadas de los libros viejos, rancios por el tiempo. Estas ideas, por lo demás, encallecidas, son tan pobres que, para expresarlas, es fuerza emplear una cantidad de palabras sonoras y vacías. Cuando oigo hablar á uno de estos hombres, me digo siempre: hé aquí un matalón bien

alimentado, pero enfermo, adornado de cascabeles y que arrastra una carreta llena de basura, para arrojarla fuera de los muros de la villa, y la desgraciada bestia está contenta de su suerte.

—Ellos son también seres inútiles, exclamó Tomás.

Ejoff se plantó delante de él y dijo con una sonrisa irónica:

—¡Oh! no, esos no son inútiles! Sirven de modelos, modelos de lo que es necesario no ser. En realidad su puesto está en el museo de Anatomía, donde se conservan toda clase de monstruos, los ejemplos potentes de las enfermedades raras. Nada es inútil en la vida: asimismo yo soy necesario para algún designio obscuro. Sólo los hombres de alma bajamente servil y en que el corazón muerto está reemplazado por una enorme postema de odiosa adoración por el yo, sólo esos son inútiles... y aun... sirven de algo, aunque no sea más que para recibir la expresión de mi odio...

Ejoff continuó discurrendo así hasta la noche con la misma ferosidad. Vomitaba injurias contra los hombres que aborrecía, y sus palabras, cuyo sentido quedaba, la mayor parte de las veces, obscuro para Tomás, despertaban en él su instinto de combate. A veces, experimentaba dudas acerca de la sinceridad de Ejoff. Le preguntó en un momento dado, brutalmente:

—Está bien, ¿pero eres capaz de decirles todo eso en pleno rostro?

—A cada momento... y cada domingo en el periódico... ¿Quieres que te lo lea?

Sin esperar respuesta de Tomás, arrancó de un clavo un paquete de periódicos, que se puso á leer en alta voz, sin interrumpir sus paseos á través de la habitación. Enrojecía, reía, mostraba los dientes y se parecía á un perro rabioso, atado, que se esfuerza en vano por romper la cadena.

Tomás no percibía una idea en los escritos de su camarada, pero comprendía aquella mordaz ironía, aquella audaz protesta, el furor violento de las frases, y experimentaba una sensación deliciosa, una satisfacción casi física.

—¡Buena estocada! exclamaba, cogiendo al vuelo una frase. ¡Bien dicho!

Comerciantes á quienes conocía y muchos notables de la ciudad aparecían con sus nombres en los artículos de Ejoff y sobre cada uno dirigía su dardo envenenado. Ya les denunciaba audaz á la indignación pública, ya con formas de respeto péfidas les hería cruelmente.

Los ojos brillantes de Tomás y su aprobación, excitaban más aun á Ejoff. Sus rugidos eran más y más fuertes y agotadas sus fuerzas caía sobre el diván para saltar después y seguir...

—Vamos lee un poco de lo que has escrito sobre mí, dijo Tomás, que había tomado gusto á esta literatura.

Ejoff registró un montón de papelotes y retiró una hoja que desplegó, poniéndose de pie frente á Tomás, abierto de piernas. Tomás se acomodó en el sillón donde estaba sentado él y sonriente prestó oído.

El artículo sobre Tomás contaba primeramente la historia de las balsas que tan poco había faltado para que concluyese trágicamente. Durante esta lectura Tomás se sintió molestado por ciertas expresiones que le hacían el efecto de picotazos de mosquitos. Su rostro se puso serio, bajó la cabeza y guardó silencio. Pero el número de mosquitos seguía aumentando.

—Te has ido un poco lejos, dijo al fin, descontento y confuso. Tu no ganarás el cielo únicamente por deshorrar á un hombre...

—¡Cállate! ¡Espera! interrumpió Ejoff, volviendo á la lectura.

Habiendo dicho en principio que el traficante ruso habla pasado á maestro en cuestión de escándalos de todo género, y de fantasías burlescas é insensatas, Ejjoff se preguntaba: ¿de donde proviene eso? Y respondíase:

—«Me parece que estas disposiciones particulares á escándalos tan salvajes, descubren tanto la insuficiencia de educación como exceso de energía sin empleo. Está fuera de dudas que nuestra clase traficante, es con más ó menos excepciones, la más sana, la más robusta y al mismo tiempo la menos trabajadora...»

—¡Eso es ciertísimo, de una exactitud absoluta! exclamó Tomás acompañando sus palabras con un puñetazo formidable. Tengo tantas fuerzas como un buey y no trabajo más que un gorrión...

—¿Qué uso puede hacer el traficante de su energía? La Bolsa no pide mucha; la gasta en orgías, en los cafés cantantes, ignorando que sus fuerzas musculares tienen otro empleo más digno, más precioso. Es aun un animal y la vida es para ellos una jaula estrecha, estando dotados de buena salud y con tan amplias costumbres. Molesto por la civilización, se sacude de cuando en cuando y se lanza en la corrupción. La corrupción del traficante, es siempre la protesta de la bestia aprisionada. Es incontestablemente deplorable. Pero ¡ay de mí! aun será peor cuando la bestia haya adquirido un poco de talento y haya disciplinado sus fuerzas. Creedme, el traficante hará siempre algunos escándalos, pero entonces estos escándalos perderán las proporciones de acontecimientos históricos. ¡Que el cielo nos preserve de ello! Pues entonces el objetivo, será el deseo de subir al poder, su fin, el poderío de una sola clase y estad seguros de que el traficante no se detendrá en la elección de medios para llegar á ello...»

—¿Eh? ¿qué piensas tú de esto? ¿Es verdadero? preguntó Ejjoff poniendo el periódico á un lado.

—No comprendo el final, respondió Tomás. Todo lo que concierne á la fuerza está muy justo. ¿Para qué me sirve á mí la fuerza sino le encuentro empleo? Habría debido pegarme con canalla... ó ser canalla yo mismo... en general, hacer algo... grande... Pero no con la cabeza, con los brazos y el pecho... No, que estoy condenado á ir á la Bolsa para aplicarme á robar un rublo á mi vecino... ¿Tengo acaso necesidad de ello? Y más aun: la vida está constituida sólo sobre esta base? ¿Qué vida es esta en donde todo el mundo gime y está estrecho? La vida debería ser á gusto de cada cual... Si yo no tengo bastante sitio, estoy obligado de hacérmelo... para sentirme á gusto... ¿Pero cómo? ¡ese es el problema! ¿Qué es necesario hacer para vivir libremente? No puedo comprenderlo y me hago siempre la misma pregunta...

—Sí, exclamó Ejjoff lentamente. ¡Así te encuentras! ¡No es malo! ¿Si pudieses instruirte un poco? ¿qué piensas de los libros? ¿Has leído algunos?

—No, no me gusta leer, no leo...

—No te gusta, porque nunca has leído.

—Tengo hasta miedo de leer... Conozco alguno... es peor que un borracho. ¿Qué resultado da la lectura? Un hombre inventa una historia, los demás la leen... Si es por curiosidad... está muy bien. Pero si es menester aprender á vivir por los libros es grotesco. No es Dios quien escribe los libros, son los hombres. ¿Cuáles pueden ser los ejemplos y las leyes que puede dictar para su uso?

—¿Y el Evangelio? Ha sido escrito por los hombres.

—Eran los Apóstoles... No hay más ya...

—¡La observación es justa! Es verdad, amigo, ya no existen más Apóstoles... sólo se encuentra Judas, y aún esos son degenerados.

Tomás estaba contento porque veía que Ejoﬀ le escuchaba atentamente y parecía pesar algunas de sus palabras. Por primera vez en su vida encontraba semejantes disposiciones con respecto á él, y lo aprovechaba para expresar libremente ante su camarada, todos sus pensamientos, sin buscar las palabras cierto de ser comprendido, porque se deseaba comprenderle.

— ¡Eres un muchacho bien extraño! le dijo por fin Ejoﬀ, dos días después de su encuentro. No eres de palabra fácil... pero se adivina en tí un alma audaz. ¡Si tuvieses alguna práctica de la vida, habrías podido hablar alto y firme... sí!

— ¡Ah, las palabras no alivian en ningún modo y no nos purifican, suspiró Tomás tristemente. Hablabas el otro día de las gentes que pasan por saberlo todo y poderlo todo... Yo conozco también algunos... Mi padrino es de ellos... Contra ellos, es contra quienes se debería empezar una campaña... sacarlos á la vergüenza... Son individuos nefastos...

— No puedo imaginarme, Tomás, cómo harás para vivir, si conservas, más tarde, lo que tienes en tí mismo, le dijo Ejoﬀ pensativo.

— Es duro... Me falta perseverancia... Yo habría quizás podido hacer algo, pero en el momento... Comprendo, por ejemplo, que todo el mundo sufre y se siente estrecho... y yo sé que el padrino se da cuenta perfectamente... Pero él aprovecha este este estado... Así vive á su gusto: entra donde quiere como una anguila... Mientras que yo soy un hombre corpulento y pesado... ¡Y me ahogo! ¡Yo vivo trabado!... pero no tengo más que hacer un esfuerzo con todo el cuerpo y las ligaduras caerán...

— ¿Y después? preguntó Ejoﬀ.

— ¿Después?

Tomás reflexionó un instante: luego movió la cabeza y dijo:

— No sé aún; ¡lo veré!

— ¡Veremos! concluyó Ejoﬀ.

Este hombrecillo vegetaba en la vida. Su día empezaba así: por la mañana tomaba el té, recorría los periódicos y sacaba de los sucesos del día su crónica que hacía inmediatamente en su extremo de la mesa. Después de esto, pasaba presuroso á la redacción del periódico y recortaba en varias cuartillas extractos que presentaba bajo el título de *Cuadros de provincia*. El viernes preparaba el folletín del domingo. Todo este trabajo le valía ciento veinticinco rublos mensuales; trabajaba de prisa y consagraba sus horas libres á la *Revista de los establecimientos religiosos*. Hasta media noche, andaba en compañía de Tomás, por los círculos, los cafés cantantes y los restaurants, recogiendo en todas partes datos para artículos que titulaba: *Los cepillos de la conciencia pública*. Llamaba al redactor jefe «el gerente de la propagación de la verdad y de la justicia en el mundo», á su periódico «la entrometida, ocupada en poner al lector al corriente de ideas malélicas» y su trabajo «la tienda del alma al pormenor» ó también «un ensayo de temeridad contra las instituciones de naturaleza divina.»

Tomás no distinguía la mayor parte de las veces, si Ejoﬀ estaba serio ó si bromeaba. Hablaba de todo fogosamente, lo denigraba todo, y eso agradaba á Tomás. Le sucedía también empezar un discurso con un ardor apasionado y contradecirse con el mismo ardor ó concluir con alguna salida bufona. En estas ocasiones, Tomás se decía que no llevaba en sí ningún ideal, que para él no había nada sagrado, nada que le guiase. Sólo cuando hablaba de él mismo, Ejoﬀ tomaba una voz diferente, y entonces cuanto más calor ponía en sus palabras, más era terrible y duro para con los otros. En sus referencias á Tomás, este mismo contraste atizaba y le decía con voz vibrante;

—¡Animo! ¡Echa por tierra y niega lo que puedas! ¡Abrete camino! Nada es más precioso que el hombre; acuérdate de eso... Grita con todas tus fuerzas: ¡Libertad! ¡libertad!

Pero cuando Tomás, inflamado por esta palabra, pensaba en combates, en confundir á todos los que por interés personal rehusasen ensanchar los límites de la vida, Ejoff le interrumpía á menudo:

—¡Deja! tú no puedes nada. Los individuos como tú son innecesarios... Vuestra era, la era de la violencia, pero no la del talento, ha pasado! Llegas demasiado tarde... Tu puesto está tomado ..

—¿Tomado? ¡Mientes! gritaba Tomás, á quien la contradicción visitaba.

—Vamos á ver, ¿qué puedes tú hacer?

—¿Yo?

—¡Tú!

—Toma... puedo matarte, respondió Tomás apretando los puños con rabia.

—¡Oh! ¡qué horror! decía Ejoff, levantando los hombros con lástima. ¿Tiene eso buen sentido? Yo estoy bastante deteriorado, estoy medio muerto...

Atento á cada una de sus palabras, observándole y compilando sus discursos, Tomás comprendía que Ejoff era un hombre tan débil y tan sin guía como él. Y, sin embargo, notaba su influencia. Su lengua se enriquecía de expresiones nuevas y se apercibía á veces con alegre admiración del giro hábil y de la fuerza que había sabido dar á su palabra.

—Nos vamos á divertir hoy, declaró una mañana Ejoff. Nuestros cajistas se han reunido y toman su trabajo directamente de la imprenta... Con esta ocasión se organiza una fiestecita á la que estoy invitado... soy yo quien se lo ha aconsejado... ¿Vienes? Les pagarás la bebida...

—Con gusto, dijo Tomás, indiferente en los medios de matar el tiempo.

En la noche del mismo día, Tomás y Ejoff se encontraban en el campo, en el lindero de un bosque, en compañía de individuos de tinte pálido. Los tipógrafos eran doce; muy limpios, estaban con Ejoff con cierta confianza que admiraba mucho á Tomás, pues á sus ojos Ejoff era un maestro, su superior, y ellos no eran sino sus servidores.

La presencia de Gordeieff pasó inadvertida, por más que, llegando Ejoff, lo hubiese presentado y que todos le hubiesen estrechado la mano y hecho una acogida amable. Se extendió bajo un nogal apartado, sintiéndose extraño en esta reunión y advirtiéndole que Ejoff le evitaba y no le hacía caso. Este buscaba evidentemente la compañía de los tipógrafos. Se esforzaba en hacer lo que ellos; corría, se acercaba al fuego, descorchaba botellas de cerveza, juraba y reía á carcajadas. Vestía también con mayor sencillez que de costumbre.

—¡Amigos míos, qué bien me siento entre vosotros! ¡Mi origen y el vuestro son hermanos! ¡No soy más que el hijo de un portero, del suboficial Matié Ejoff!

«¿Para qué preguntarles eso? se preguntaba Tomás. Cada uno es hijo de su padre .. y la estimación no viene á causa del padre .. sino por los méritos personales..»

El sol se ponía y el cielo tenía el carácter de una inmensa hoguera que tenía las nubes de oro y sangre, y aquellos hombres que se agitaban ruidosamente, ofrecían un conmovedor contraste con la calma profunda de la selva. Uno de los obreros, alto y delgado, con sombrero de paja de ala ancha, tocaba una armónica. Otro de bigote negro, su gorra metida hasta la nuca, canturreaba á media voz. Otros ensayaban sus fuerzas en un árbol flexible. Varias siluetas se movían alrededor del canasto de las provisiones; un hombre gris echaba sarmientos

al fuego. Sus ramas húmedas se retorcián y chisporroteaban, mientras que la armónica continuaba su aire alegre que acompañaba la voz del cantor.

Al borde del foso tres jóvenes conversaban echados en la hierba y Ejoff ante ellos, les hablaba con su tono penetrante:

— Sois los porta bandera del estandarte sagrado del trabajo... y yo soy como vosotros, un simple soldado en las mismas filas, al servicio de Su Majestad la Prensa... Debemos continuar unidos en una fraternal y sólida amistad...

— Lo que decís, es cierto, Nicolás Matveich, articuló una voz baja. Os suplicamos intercedáis por nosotros acerca del editor. ¡Usad de vuestra influencia! Es inadmisibile poner al mismo nivel la enfermedad y la borrachera... Mientras que con su sistema he aquí lo que sucede: cuando algún compañero se emborracha, se le insulta; cuando cae malo... sufre el mismo castigo. Nosotros querriamos poder llevar un certificado del médico en caso de enfermedad... como prueba, y se le daría entonces al reemplazante la mitad de la paga del ausente. Esto es muy duro á veces... sucede que tres caen enfermos al mismo tiempo.

— Sí... es razonable, incontestablemente, aprobó Ejoff. Pero, amigos míos, los principios de la cooperativa...

Tomás no prestó más atención á su conversación. La indiferencia de que se creía objeto le hería en su amor propio, al tiempo que le inspiraba estimación por aquellos individuos, en cuyos rostros el polvo del plomo había señalado su sello gris. Casi todos conversaban de cosas serias y empleaban expresiones justas. Ninguno le buscaba, no le importunaban con aquella bajeza servil que veía habitualmente en sus compañeros de recreo. Consideró esto lleno de satisfacción.

— ¡Ved esos! se decía, tienen su orgullo.

— Nicolás Matveitch, exclamó bruscamente una voz á su lado, no se pueden juzgar las cosas por los libros! Es menester ir á los hechos.. Se disputa una corteza de pan por necesidad y no por haberlo leído en los libros. No existen reglas para esto.

— Dispensad, amigos míos. La experiencia de nuestros compañeros debe servirnos...

Tomás volvió la cabeza del lado en que Ejoff peyoraba, gesticulando con el sombrero que tenía en la mano.

Pero en este momento alguien dijo:

— ¡Aproximaos, señor Gordeieff!

Un muchacho rechoncho con blusa y botas de montar, le sonreía amigablemente, pronunciando estas palabras. Su rostro, redondo y ancho, de gruesa nariz, agradó á Tomás y respondió sonriendo igualmente:

— Con gusto... ¿Pero no es hora de aproximar también el cognac? He traído una decena de botellas por casualidad...

— ¡Oh! ¡Bien! ¡Bien se ve que sois un comerciante serio! Voy á comunicar esta nota diplomática á los compañeros...

Y se echó á reír, encantado de su propia broma. Su risa contagiosa ganó á Tomás que se sintió alegre y dichoso, preguntándose si era la precocidad del muchacho ó bien el calor del hogar lo que le calentaba el corazón.

El crepúsculo palidecía. En el horizonte, en la puerta, una inmensa cortina de púrpura bajaba hacia tierra, descubriendo la profundidad infinita del cielo, donde brillaban las innumerables luces de las estrellas. A lo lejos aparecía, confusa ya, la masa compacta de la ciudad que una mano invisible bordaba de luces, mientras que acá la foresta majestuosa erguía al cielo su muralla negra. La luna no

había aun aparecido y en los campos se extendía una semiclaridad gris...

Todos se aproximaron al fuego; Tomás se colocó al lado de Ejoff, de espaldas á la llama, teniendo en frente una fila violácea de rostros alegres é inocentes.

Todos estaban ya un poco excitados por el vino, pero ninguno estaba aun ebrio. Bromeaban, reían, empezaban canciones y bebían comiendo pepinos, pan blanco y salchichón. Todas estas cosas tenían este día un gusto particularmente agradable para Tomás. Se sentía á gusto en aquel medio ambiente franco y sencillo. Habría querido encontrar palabras cordiales que decir y despertar en estas gentes simpatías por él Ejoff, sentado á su lado, murmuraba palabras ininteligibles, se agitaba sin cesar, le daba con el codo, sacudía la cabeza...

—Vaya, amigos míos, propuso el rechoncho muchacho, cantemos la canción de los estudiantes... ¡Vamos! una .. dos...

Nuestros días corren
rápidos cual las olas...

Empezó con voz de contralto.

—¡Camaradas! dijo Ejoff, levantándose, con su vaso en la mano.

Apenas si se tenía derecho y con su mano libre se apoyaba en la cabeza de Tomás. El cantor se detuvo y todas las miradas se volvían hacia Ejoff.

—¡Trabajadores! Permitidme dirigiros algunas palabras... del fondo del corazón... Me siento feliz entre vosotros. ¡Me siento libre!... Es porque sois hombres de trabajo, hombres cuyos derechos á la felicidad son incontestables, aunque desconocidos...

En vuestro sano y noble seno de gente honrada, el alma ulcerada de un pobre hombre, que la vida ha destrozado, se siente libre y sin trabas.

La voz de Ejoff vibró y fué sacudida de temblor.

Tomás sintió que una gota caliente le caía en la mano. Levantó los ojos hacia Ejoff, quien, con el rostro convulso continuaba su discurso, temblando como una hoja.

—No soy sólo... somos legión, á quienes un destino madrastra ha inhumanamente perseguido, maltratado, aprisionado. Somos más desgraciados que vosotros, porque no tenemos ni vuestra fuerza moral ni vuestra resistencia física; pero mas fuertes que vosotros tambien porque estamos armados de todos los conocimientos que podemos utilizar... Nos consideramos dichosos procurándoos vuestra ayuda para facilitaros la vida... ¡Qué otra cosa podemos hacer!... Sin vosotros, nos vemos privados del suelo y vosotros sin nosotros de la luz. ¡Camaradas! el destino nos ha creado para completarnos los unos á los otros...

«¿Qué querrá de ellos?» se preguntaba Tomás indignado.

Examinó los rostros de los tipógrafos y vió que todos expresaban la fatiga, la perplejidad ó el aburrimiento.

—El porvenir es nuestro... ¡amigos míos! prosiguió Ejoff, moviendo la cabeza con tristeza como si hubiese tenido este porvenir y sufrido de cederle á aquellas gentes. El porvenir pertenece á los hombres laboriosos y probos... ¡Tenéis una gran obra que llevar á cabo! de vosotros es el crear una civilización... ¡de libertad, de vida y de luz! Y yo que soy de los vuestros, en cuerpo y alma, yo hijo de soldado os llevo este brindis: bebamos por vuestro porvenir ¡Hurra!

Ejoff vació su vaso y se sentó pesadamente en tierra. Los obreros exhalaban varios hurras, con entusiasmo, y en el aire subía un largo grito que hizo temblar el follaje de los árboles.

—¡Ahora la canción! propuso de nuevo el muchacho regordete.

—¡Empezaremos! aprobaron dos ó tres veces.

Y una viva disputa se entabló á causa de la elección de la canción. Ejoff escuchaba volviendo la cabeza á derecha é izquierda, examinando todos los rostros.

—¡Amigos míos! exclamó de repente. Respondedme... respondedme algunas palabras á los deseos que he formulado por vosotros!

Un nuevo silencio aunque menos completo se restableció entre los obreros. Algunos le miraban con curiosidad, otros reprimían una sonrisa, otros estaban visiblemente descontentos. Se levantó y empezó á hablar muy excitado:

—Estamos dos aquí... que la vida ha rechazado... soy yo y aquel hombre. Tenemos los dos las mismas aspiraciones... queríamos tener la fortuna de sentirnos útiles á la humanidad... ¡Camaradas! Este gran bestia...

—Nicolás Matveitch, no debe V. injuriar á nuestro huésped, dijo una voz gruesa irritada.

—Sí, es enteramente inútil,—afirmó el muchacho regordete que había invitado á Tomás á unirse á ellos. ¿Para qué palabras que hieran?

Una tercera voz articuló claramente:

—Nos hemos reunido para divertirnos, para descansar...

—¡Tontos! articuló débilmente Ejoff, ¡buenos tonos estáis! ¿Tenéis lástima de él? ¿Pero sabéis si quiera quién es? ¡Es uno de los que chupan vuestra sangre!

—¡Basta, Nicolás Matveitch! exclamaron en coro:

Y se pusieron á hablar todos á la vez, sin preocuparse más de Ejoff. Su aspecto dió tanta pena á Tomás, que ni siquiera pensó en ofenderse por sus palabras. Veía que todos aquellos individuos que habían tan calmosamente tomado su partido contra Ejoff, se habían unido y no le concedían ni la más mínima atención. Comprendía que si el periodista se apercibía de ello, sufriría horriblemente. Para distraer á su amigo y evitarle aquella humillación, le tocó con el codo y le dijo con una sonrisa:

—¡Eh! gruñón... ¿bebemos? A menos que prefieras la retirada!

—Retirar... ¿Dónde está la casa de aquel que parece de puesto entre los hombres? preguntó Ejoff.

Y exclamó de nuevo:

—¡Camaradas!

Su llamada confundióse en la conversación general y no tuvo eco. Bajó la cabeza y dijo á Tomás:

—¡Vámonos!

—Vamos... A pesar de que hubiera quedado de buena gana. Es curiosísimo... Se portan muy bien esta gente... te lo juro...

—Yo no puedo mas... me ahogo... tengo frío...

Tomás se levantó, se quitó la gorra y saludó á los obreros con voz alegre y fuerte:

—Muchas gracias, señores, por vuestra buena acogida. ¡Adiós!

Se le rodeó, se trató de contenerle y voces persuasivas decían:

—¡Esperad! ¿Dónde vais? Habríamos cantado juntos, ¿eh?

—Imposible, me veo precisado á dejaros... mi camarada está solo... no puedo abandonarle... debo acompañarle. ¡Divertirse!

—¡Bah! Bien podíais aguardaros un poco, exclamó el muchacho grueso.

Y murmuró quedo:

—El puede acompañarse... solo...

Otro añadió en el mismo tono:

—Quedaos... vamos á acompañarle hasta la ciudad. Tomará un coche y concluido.

Tomás tenía grandes deseos de quedarse, pero se veía comprometido.

Ejoff se había levantado, se agarraba á su manga y balbuceaba:

—Vámonos... ¡que se los lleve el demonio!

—Hasta la vista, señores. Me voy, dijo Tomás. Y se alejó.

—¡Ja, ja, ja! exclamaba Ejoff, andando; manifiestan sentimiento, pero en el fondo están encantados de verme partir... Les molestaba, les impedía transformarse en brutos...

—Verdaderamente, tú les molestabas, replicó Tomás. Pero ¿á qué tanto discurso? Esta gente se ha reunido para divertirse un rato... ¿Qué es lo que pretendías?... Los aburrías...

—¡Cállate! ¡No sabes nada! le gritó Ejoff. ¡Te imaginas que estoy borracho! Mi cuerpo quizás esté ebrio, pero mi alma está lúcida y puede comprenderlo todo... ¡Oh, qué odiosa es la vida! ¡Qué de fealdades, de miserias, de atrocidades se encuentran! ¡Y la humanidad... esta estúpida y lamentable humanidad!...

Ejoff se detuvo. Se cogió la cabeza con las manos y permaneció así durante varios segundos.

—Sí, articuló lentamente Tomás, los hombres difieren unos de otros... Esos, por ejemplo... Son cortes... Diríase hombres de mundo... Tienen razonamientos llenos de sentido... ideas... Y no son, sin embargo, más que obreros.

Una canción cantada en coro llegó hasta ellos en este momento. Las voces, primero inciertas, se afirmaron más y más y formaron pronto un conjunto armonioso que se extendió como una onda amplia

y llena en el aire fresco de la noche por encima de la soledad y de la paz de los campos.

—¡Oh, Dios mío! dijo dulcemente Ejoff con un doloroso suspiro. ¿Cómo vivir? El alma tiene necesidad de alimento... ¿Cómo satisfacer sus necesidades de amistad, de fraternidad, de amor, de trabajo puro y santo?...

—Esas gentes sencillas, prosiguió Tomás en su idea sin escuchar las palabras de su camarada, cuando se les ve de cerca, están bien, verdaderamente; pero muy bien... Es curioso... campesinos... obreros... tomados individualmente... son bestias en suma. Sufren, soplan...

—Llevan nuestra vida en sus hombros, exclamó Ejoff mohino. La sobrellevan, como caballos, resignados y estúpidos... y esta resignación es la que constituye precisamente nuestra desgracia...

Tomás daba vueltas á su idea y continuaba:

—Trabajan, se fatigan toda su vida diciendo tonterías... Después, de repente, sacan á relucir una idea, como no se encontraría en un siglo de reflexión... Lo que prueba que sienten algo... ¡Hum! ¡ya lo creo, son bien curiosos!..

Ejoff andaba tambaleándose y silencioso. De pronto se puso á hablar con voz cavernosa, vacilante, que parecía salir del fondo de sus entrañas. Recitaba versos acompañando sus palabras de gestos en el vacío:

La vida cruel me ha traicionado, me ha engañado.

He sufrido los ultrajes y bebido la copa amarga...

—Amigo mío, estos son versos de mi composición, dijo deteniéndose é inclinando tristemente la cabeza. Veamos cómo sigue. Ya he olvidado... Era

cuestión de ilusiones, de deseos puros y santos... pero todo ha sido ahogado en mi alma por esta vida de miseria... ¡Ah!...

¡Las ilusiones muertas
no renacerán jamás!...

— ¡Amigo!... tú eres más dichoso que yo, porque tú eres bestia. Mientras que yo...

— ¡Ea, basta! dijo Tomás impacientado. Mira, escucha su canción...

— No quiero oír canciones de nadie, replicó Ejoft moviendo la cabeza. Tengo la mía... la canción de un alma, que la vida ha destrozado...

Exhaló un grito salvaje:

¡Las ilusiones muertas
no renacerán jamás!...
¡Son innumerables!...

— Había cultivado con amor un parterre de brillantes y bellas esperanzas y de sueños... Todo está ajado... La muerte ha entrado en mi corazón... Los cadáveres de mis ilusiones acaban de podrirse en él. ¡Oh! ¡oh!

Ejoft se puso á llorar, sollozando como una mujer.

Tomás le compadecía, pero se sentía enervado. Le sacudió por el hombro impaciente y dijo:

— Concluye, pues. Ven... ¡Qué débil eres!... ¡Amigo mío!...

Ejoft se irguió y continuó con voz salvaje y plañidera su melopea:

¡Son innumerables!
¡La tumba no puede contenerlas!
Yo las he revestido con sudarios de rimas
y las he mecido con mis canciones
dolorosas y tristes...

— ¡Oh! ¡Señor! exclamó Tomás desesperado. Basta ya, te digo... en el nombre del cielo. Es espantoso, palabra...

El coro se oía aún... Alguien acompañaba chillando, y aquel chillido penetrante se adelantaba á la onda profunda de las voces.

Tomás miró en dirección de donde provenía el canto. Se veía siempre el bosque que se elevaba como una alta muralla negra y el fuego que flameaba alegremente, iluminando las formas humanas que se agitaban. La masa profunda de los árboles parecía un ancho pecho que la llama sangrienta de la hoguera agujereaba cual una enorme herida. La sombra espesa agrupada alrededor de esa mancha de luz hacía resaltar con nitidez las siluetas de los hombres que se movían alrededor de la hoguera, iluminados y como mezclados en el resplandor rojo de las llamas. Parecían todos pequeños, parecidos á niños, y se agitaban levantando los brazos y lanzando en el espacio su canto vigoroso.

Ejoft, de pie al lado de Tomás, le decía, alterado:

— ¡Tú eres un bruto insensible! ¿Por qué me rechazas? Debes escuchar la queja de un alma agonizante... y llorar... pues está herida y se muere. ¡Pero vete! ¡Aléjate de mí! ¿Crees que estoy ebrio? Estoy envenenado... ¡vete!

Tomás se alejó algunos pasos sin dejar de mirar el bosque y el fuego que formaban un cuadro con-

movedor en la obscuridad que los rodeaba. Dijo dulcemente:

—No seas tonto... ¿por qué gritas?

—Quiero quedarme solo... y concluir mi canción...

Y dió algunos pasos tambaleándose y vociferó con voz desgarradora:

He cantado y ya no quiero violar

su reposo eterno.

¡Señor! tened lástima de mi alma;

está herida mortalmente...

¡Señor! acordadle la paz...

Aquellos aullidos llenaron de espanto el alma de Tomás. Corrió á su camarada, pero antes de que llegase á él, Ejóff exhaló un grito estridente y cayó pesadamente á tierra, con los brazos en cruz. Sollozaba y exhalaba quejas, y después lloró en silencio como un niño.

—¡Nicolás! decía Tomás, cogiéndole por los hombros; vamos, anda... ¿qué significa esto? ¡Dios mío!... ¡Nicolás! Basta... ¿No te da vergüenza?

Pero Ejóff no experimentaba ninguna vergüenza. Se escabullía como un pescado que acaba de sacarse del agua, y desde que Tomás pudo ponerle en pie, se le pegó abrazándose á él y apretándose contra su pecho siempre llorando.

—¡Vaya, vaya! gruñía Tomás entre dientes. Cálmate, amigo mío...

Lleno de lástima y compasión por aquel hombre que la vida hollaba tan despiadadamente, con el alma llena de hiel y de rabia, Tomás se volvió hacia la ciudad, brillante de luz, y gritó con voz fuerte y llena:

—¡Anatema! ¡Malditos seáis! Paciencia... Vuestras tornas llegaron. ¡Malditos seáis!

XI

¡Liubovka! dijo un día Maiakín volviendo de la Bolsa, prepárate esta noche á recibir un pretendiente. Haznos una buena cena... Pon en la mesa la vajilla de familia... los vasos para las frutas... Es necesario que nuestro servicio salte á la vista... Quiero que se sepa que aquí no tenemos sino objetos de valor.

Liubovka repasaba los calcetines de su padre sentada cerca de la ventana, la cabeza inclinada sobre el trabajo.

—¿Para qué tantas historias, papá? preguntó con voz descontenta.

—Es la salsa... obligatoria... Es la costumbre también... una hija no es como un caballo, no se deshace uno de ella sin haberla antes adornado...

Liubov roja levantó la cabeza vivamente; puso á un lado su trabajo y miró á su padre... después volvió á coger los calcetines y se puso á trabajar con ardor. El viejo se paseaba en la estancia, tirándose de los pelos de la barba; su mirada era dirigida sobre algo invisible y lejano y toda su actitud

movedor en la obscuridad que los rodeaba. Dijo dulcemente:

—No seas tonto... ¿por qué gritas?

—Quiero quedarme solo... y concluir mi canción...

Y dió algunos pasos tambaleándose y vociferó con voz desgarradora:

He cantado y ya no quiero violar

su reposo eterno.

¡Señor! tened lástima de mi alma;

está herida mortalmente...

¡Señor! acordadle la paz...

Aquellos aullidos llenaron de espanto el alma de Tomás. Corrió á su camarada, pero antes de que llegase á él, Ejóff exhaló un grito estridente y cayó pesadamente á tierra, con los brazos en cruz. Sollozaba y exhalaba quejas, y después lloró en silencio como un niño.

—¡Nicolás! decía Tomás, cogiéndole por los hombros; vamos, anda... ¿qué significa esto? ¡Dios mío!... ¡Nicolás! Basta... ¿No te da vergüenza?

Pero Ejóff no experimentaba ninguna vergüenza. Se escabullía como un pescado que acaba de sacarse del agua, y desde que Tomás pudo ponerle en pie, se le pegó abrazándose á él y apretándose contra su pecho siempre llorando.

—¡Vaya, vaya! gruñía Tomás entre dientes. Cálmate, amigo mío...

Lleno de lástima y compasión por aquel hombre que la vida hollaba tan despiadadamente, con el alma llena de hiel y de rabia, Tomás se volvió hacia la ciudad, brillante de luz, y gritó con voz fuerte y llena:

—¡Anatema! ¡Malditos seáis! Paciencia... Vuestras tornas llegaron. ¡Malditos seáis!

XI

¡Liubovka! dijo un día Maiakín volviendo de la Bolsa, prepárate esta noche á recibir un pretendiente. Haznos una buena cena... Pon en la mesa la vajilla de familia... los vasos para las frutas... Es necesario que nuestro servicio salte á la vista... Quiero que se sepa que aquí no tenemos sino objetos de valor.

Liubovka repasaba los calcetines de su padre sentada cerca de la ventana, la cabeza inclinada sobre el trabajo.

—¿Para qué tantas historias, papá? preguntó con voz descontenta.

—Es la salsa... obligatoria... Es la costumbre también... una hija no es como un caballo, no se deshace uno de ella sin haberla antes adornado...

Liubov roja levantó la cabeza vivamente; puso á un lado su trabajo y miró á su padre... después volvió á coger los calcetines y se puso á trabajar con ardor. El viejo se paseaba en la estancia, tirándose de los pelos de la barba; su mirada era dirigida sobre algo invisible y lejano y toda su actitud

denunciaba una grave preocupación. La joven comprendió que no estaría dispuesto á escucharle y que no comprendería toda la humillación que le inflingiera. Sus sueños románticos de un marido instruído, que hubiese sido su compañero, con el cual hubiese podido continuar sus lecturas elevadas, fuente de claridad para sus pensamientos y sus deseos, eran ahogados por la voluntad implacable de su padre que le imponía este casamiento con Smolín. Una amargura y una gran tristeza invadieron su corazón.

Se había habituado á considerarse superior á las jóvenes de su medio, hijas de comerciantes, frívolas y tontas, preocupadas únicamente de sus tocados, que se casaban por razón y no por amor.

Y he ahí que le llegaba su turno, iba á casarse porque era tiempo y su padre buscaba un yerno y un heredero. Y aquel padre se decía que ella era insuficiente para atraer la atención de un hombre y que á más hacía falta el atractivo de la vajilla de familia.

Alterada, trabajaba nerviosamente, se pinchaba los dedos, rompía las agujas, pero se callaba, sabiendo por experiencia que el corazón de su padre permanecía sordo á todas sus palabras.

El viejo continuaba su paseo á través del cuarto, ya canturreando salmos, ya morigerando la conducta que ella debía seguir con Smolín. Hacía al mismo tiempo cálculos con los dedos, sonreía, ó fruncía las cejas...

—¡Hum!... así es! Juzgadme Señor y preservarme de todo hombre pillo y falso... Sí... Pónte las esmeraldas de tu madre, Liobov.

—¡Basta, papá! exclamó la joven desesperada. Dejad eso...

—No repliques... trata más bien de escuchar los consejos que se te dan...

Se abismó de nuevo en sus cálculos, cerrando á medias los ojos y moviendo los dedos.

—Treinta y cinco por ciento... ¡hum!... Este muchacho es un bribón... ¡Consérvanos, Señor, la luz y la verdad.

—¿Papá? interrumpió Liobov con voz temerosa y abatida.

—¿Eh?

—¿Os agrada... quizás?

—¿Quién?

—Smolín.

—¿Smolín? Si es un pillo, un muchacho serio... un excelente comerciante. ¡Y con estas, me voy! ¡Vamos! está sobre aviso...

Una vez sola, Liubov abandonó su trabajo y se apoyó en el respaldo de la silla, cerrados los ojos. Había puesto sus manos en sus rodillas y apretaba con tal fuerza una contra otra que hacía crujir los huesos. Cruelmente humillada en su amor propio y aterrorizada ante un porvenir desconocido, dirigía mentalmente á Dios esta plegaria:

—«¡Dios mío! ¡Si pudiese ser un hombre bien educado! ¡Haz, Dios mío, que sea un hombre de corazón! ¡un hombre de bien! ¡Oh! ¡Dios mío! Un hombre cualquiera viene, mira... y te coge para largos años... si le agrada! ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Si pudiese huir... ¡Si encontrase á alguien que me aconsejara! ¡Qué hacer? ¡Quién es él? ¡Cómo hacer para conocerle? ¡No puedo nada! ¡Y sin embargo, cuánto he meditado! He leído... ¿de qué me sirven las lecturas? Y para qué el saber que hay otro medio... puesto que no puedo... Quizás si no hubiese leído tanto... la vida me sería más fácil... ¡Qué suplicio!... ¡Qué desgraciada soy!... miserable! ¡sola!... ¡Si al menos estuviese Taras!...»

El recuerdo de Taras, avivó su tristeza y aumen-

tó la lástima que le inspiraba ella misma. Había escrito á Taras una larga carta, exaltada, llena de cariño y de esperanzas que en él ponía. Suplicaba á Taras viniese en seguida á ver á su padre. Formaba planes para su vida común, afirmaba á Tara que su padre era de una inteligencia superior y era capaz de comprenderlo todo, y todo asimilarlo. Le contaba la tristeza de su soledad, admiraba la vitalidad sorprendente del viejo y se quejaba al mismo tiempo del modo con que la trataba.

Durante quince días, esperó temblando la respuesta tan deseada y cuando por fin llegó ésta y Liovbov la hubo devorado, anegóse en lágrimas, lágrimas de alegría y de decepción. La respuesta era corta y seca. Taras decía que dentro de un mes vendría para negocios en el Volga y que no dejaría de visitar á su padre si en realidad el viejo no veía inconveniente en ello.

Aquella carta era glacial. La leyó varias veces, y llorando la estrujó; no podía hacerla más afectuosa! El papel amarillento cubierto de una escritura firme y gruesa que tenía entre sus dedos, evocaba en su imaginación un rostro arrugado, huesoso, sombrío, mirada sospechosa, el retrato de su padre.

Contraria fué la impresión que esta carta produjo á Jacob Tarasovitch... Sabiendo que su hijo había escrito, el anciano se emocionó, se animó y dijo á su hija con una sonrisa peculiar:

— ¡Vamos dámela! Déjame ver... Qué se pueda juzgar lo que escribe la gente de talento... ¿Dónde están mis gafas?... ¡Hum!... «Mi querida hermana!» Sí...

El viejo se calló; leyó la carta de su hijo y la puso sobre la mesa. Sus cejas se elevaron y dió algunos pasos á través del cuarto, abismado en sus meditaciones. Después releyó la carta; dió con los dedos en la mesa, tecleando y declaró:

— Esta bien... es una carta sensata... no tiene nada de más... Pues bien, este muchacho se ha corregido quizás en las regiones polares... Los fríos allá son terribles... Que venga... Siento curiosidad por verle... Sí... Hay también el los salmos de David, sobre los misterios del hijo, un versículo muy justo, pero no lo recuerdo de memoria... En fin, conversaremos despacio.

El viejo ensayaba hablar con calma y una sonrisa desdeñosa erraba en sus labios; pero sus arrugas temblaban y sus ojos resplandecían con brillo particularmente vivo.

— Escríbele otra vez Liubov; dile que venga... ¡qué se venga resueltamente!

Liubov había escrito una segunda carta á Taras, pero aquella vez una carta tranquila y reposada, y esperaba la respuesta de un día á otro, esforzándose por representarse este hermano misterioso. Siempre había soñado con él, lleno el corazón de ese piadoso respeto que los creyentes sienten por los santos y los ascetas. Ahora, veía su posición, adquirida á precio de sufrimientos, de su juventud perdida en un destierro alejado, obtenía el derecho de juzgar á los hombres y la vida... Va á venir y le preguntará:

— «¿Te casas libremente y por amor?»

¿Qué le responderá ella? ¿Le perdonará su cobardía? ¿Por qué se casa? ¿Ha hecho realmente todo lo que estaba en su poder para cambiar el curso de su vida?

Pensamientos melancólicos surgían uno á uno en el cerebro sobreexcitado de la joven, atormentándola y turbándola en su impotencia de oponerles una voluntad firme, un deseo bien definido.

En este estado nervioso, vecino de la desesperación costándole trabajo retener las lágrimas, hizo maquinal, pero estrictamente, lo que su padre le

ordenara. Dispuso la mesa, colocó la vajilla antigua y cristales preciosos, vistióse una bata de seda gris y colgó de sus orejas enormes esmeraldas, alhajas de familia de los príncipes Grusinski, en manos de su padre, á título de garantía, con otras numerosas curiosidades. Al mismo tiempo que se miraba en el espejo, vió que sus labios carnosos parecían más rojos aún ante la palidez de su rostro alterado por la emoción. Su busto, de formas repletas, ondeado por la seda gris le daba cierto aire majestuoso que le surgería la idea de ser digna de atraer la atención de un hombre.

Pero el brillo de las piedras verdes, suspendidas de sus orejas, la hirió como un adorno supérfluo y le pareció que su reflejo esparcía un tinte amarillento en sus mejillas. Las retiró y las reemplazó por rubís pequeñitos, sin cesar de pensar en Smolin. Se preguntaba: «¿Qué hombre es este? ¿Cuál es su carácter? ¿Cuáles son sus aspiraciones? ¿Es amante de las letras?»

Notó que tenía ojeras negras alrededor de los ojos y se puso á cubrirlos de polvos, diciéndose que era una desgracia ser mujer, y dirigiéndose amargos reproches por su debilidad de carácter. Cuando el color obscuro hubo desaparecido bajo la capa de blanco de polvos de arroz, Liubov vió que sus ojos perdían su brillo y quitóse los polvos... Una última ojeada en el espejo le dejó la agradable impresión de una bella persona. Este sentimiento la calmó y entró en la sala comedor con el paso seguro de una rica heredera que conoce lo que vale.

Su padre y Smolin estaban ya allí.

Liubov se detuvo en el dintel, los ojos ligeramente cerrados y los labios apretados. Smolin se levantó, avanzó hacia ella y se inclinó respetuosamente. Apreció la cortesía de este saludo y el corte elegante de la levita que oprimía sin hacer una

arruga la ligera cintura de Smolin... Había cambiado poco, seguía tan rojo, los cabellos cortados al rape, el rostro cubierto de manchas escarlatas; pero al presente tenía un hermoso bigote sedoso y largo y sus ojos parecían más grandes.

—¿Qué tal te parece, ¿eh? dijo Maiakin á su hija presentándosele.

Smolin estrechó la mano que ella le tendía y dijo sonriendo:

—¿Oso esperar que no habréis olvidado completamente á un antiguo camarada?

—¡Está bien! Hablaréis más tarde, dijo el viejo, tratando de adivinar el pensamiento de su hija. Concluye de arreglarlo todo, Liubov, mientras que nosotros terminamos nuestra conversació. ¡Vamos! Africán Mitrich, explícate...

—¿Dispensad, Liubov Jacovlevna? preguntó amigablemente Smolin.

—Continúa, te lo suplico, dijo Liubov.

«Cortes y listo,» se dijo ella.

Y yendo y viniendo del aparador á la mesa, escuchaba con atención las palabras de Smolin. Hablaba seguramente, con seguridad, tratando ponerse al nivel de su interlocutor.

—He estudiado cerca de cinco años la situación de los cueros rusos en los mercados extranjeros. ¡Mala y triste situación! Hace treinta años, nuestro cuero era considerado como inmejorable, mientras que hay los pedidos bajan y los precios también, por supuesto. Además, es natural, pues todos estos pequeños productores, á quienes falta capital y conocimientos técnicos, son incapaces de levantar su industria, bajando los precios. Su cuero es detestable y ridículamente caro. Todos positivamente son culpables ante la Rusia, pues han perdido la reputación que este país se había adquirido como productor de los mejores cueros. Por regla general, el

fabricante al detalle sin conocimientos especiales y sin medios, colocado por consiguiente en la imposibilidad absoluta de mejorar su industria y de ponerla al nivel del progreso técnico realizado, es la desgracia de un país, la ruina del comercio... una planta parásita...

—¡Hum! gruñó el viejo, que con un ojo seguía todos los movimientos de su hija y con el otro miraba á su invitado. Entonces, su intención hoy es crear una fábrica gigantesca que será para los demás, el feretro y la tapadera.

—¡Oh! no, exclamó Smolín con gesto negativo. ¿Para qué hacer daño á los demás? ¿Con qué derecho? mi proyecto es levantar la reputación y el precio de los cueros rusos en el extranjero, y armado de conocimientos especiales y profundos del asunto, quero montar una máquina modelo y no vender sino géneros perfectos. El honor comercial del país...

—¿Qué capital piensas consagrar á ello? preguntó el viejo pensativo.

—Trescientos mil rublos aproximadamente...

«Mi padre no me dará semejante dote», pensó Liubov.

—Mi fábrica pondrá en venta cueros, bajo forma de maletas, de calzado, de correas, de armases, etc., etc.

—¿Y qué interés imaginas sacar tú del dinero?

—No me imagino nada, calculo con toda la precisión necesaria y posible en nuestro país, dijo Smolín reposadamente. El industrial debe estar lleno de sangre fría como el mecánico que crea una máquina. Puedo daros una nota que he redactado, según mis estudios personales, sobre la cría del ganado y el consumo de la carne en Rusia...

—¡Hombre! dijo sonriendo Maiakin. Tráeme esa nota, ¡es curioso! Veo que no has perdido el tiempo

en tus viajes á través de la Europa occidental. Ahora, según costumbre rusa, comamos algo.

—¿Qué tal va, Liubov? preguntó Smolín cogiendo su cuchillo y su tenedor.

—Lleva una existencia bien triste, se apresuró á responder Maiakin. Es mi ama de llaves; toda la casa está á su cargo... no le queda tiempo para diversiones...

—Ni la ocasión, hay que añadir, dijo Liubov. Las reuniones y los bailes de los comerciantes no me gustan ni chispa...

—¿Y el teatro? preguntó Smolín.

—Voy muy raramente. No tengo á nadie que me acompañe.

—¡El teatro! exclamó el viejo. Dí, ¿por qué la absurda costumbre de representar al comerciante como un imbécil y un salvaje? Es muy raro, pero incomprendible porque no es cierto. ¿Soy un imbécil yo, que soy el amo en todo, así en el ayuntamiento como en el comercio y así mismo del teatro que por cierto es mío? Veo al comerciante en escena y no es conforme con la realidad. Es cierto que piezas como: *La vida por el Czar* con canto y danza ó bien: *Hamlet* ó aun *la Maga Basilisa*, no tienen necesidad de ser verdaderas, puesto que es el pasado que no nos importa... Que sea verdad ó mentira poco importa siempre que esté bien! Pero si es una pieza de actualidad, la mentira es prohibida. Se debe representar al hombre tal cual es...

Smolín escuchaba al viejo, con sonrisa cortés en los labios y echaba miradas á Liubov á hurtadillas como si la azuzase á replicar.

—Sin embargo es menester convenir, papá, que la mayor parte de nuestros comerciantes son gente sin educación, salvajes...

—Sí, apoyó Smolín con sentimiento, es una verdad triste.

—Tomás por ejemplo... prosiguió la joven.

—¡Oh! exclamó Maiakín, sois jóvenes, á vosotros la palabra...

—¿No pertenecéis á ninguna sociedad? preguntó Smolín á Liubov. Aquí hay varias...

—Verdaderamente suspiró Liubov, vivo alejada de todo...

—¡Los cuidados de la casa! dijo el padre. Ved qué cantidad de porcelanas tenemos... todo debe estar en orden, cuidadosamente puesto.

Echó una mirada satisfecha á la mesa resplandeciente de cristales y de argentería á las vitrinas llenas de objetos preciosos y que parecían á un escaparate de almacén. Smolín examinó también todo lo que le rodeaba y una sonrisa irónica plegó sus labios. Después trasladó su mirada á Liubov con expresión amigable y compasiva. Un ligero rubor se extendió por sus mejillas y se dijo con tímida alegría: «Gracias Dios mío!

Le pareció que la luz de la gran lámpara de bronce proyectaba un brillo más vivo: el cuarto apareció más claro y en las facetas de los cristales la luz bailó alegremente.

—Me gusta nuestra buena vieja ciudad, decía Smolín, sonriendo amigablemente á la joven, es tan hermosa... tan animada, se respira un aire reconfortante vivificador, que predispone al trabajo... Su situación pintoresca contribuye á ello... Se desea vivir una vida amplia y sana... trabajar mucho y seriamente... Sin contar que es un centro intelectual... Miren qué periódico más excelente se publica ahora. A propósito, queremos comprarlo...

—¿Quién, nosotros? preguntó Maiakín.

—Yo, y Urvantzeff Tchuzine...

—¡Está muy bien! exclamó el viejo dando un golpe sobre la mesa. ¡Perfectamente! ¡Tiempo es de taparles la boca! ¡ya lo creo que es tiempo! Sobre

todo á ese pillo de Ehoff... A ese debéis rematarle y seriamente.

Smolín echó aun una mirada sonriente á Liubov cuyo corazón palpitó de nuevo. Muy ruborizada se volvió hacia su padre, dirigiéndose en realidad al joven.

— Tanto como me es posible juzgar á Africán Dmitrievitch afirmo que no tiene de ningún modo la intención de rematar, como decís...

—¿Pero para qué sirve un periódico, preguntó el viejo alzándose de hombros. Palabras en el aire y agitación, movimiento estéril... Es cierto que si gente seria lo dirigiese, si el traficante mismo se pusiese á escribir...

—La publicación de un periódico, interrumpió Smolín con tono doctoral, examinada bajo el punto de vista comercial, puede ser un buen negocio. Pero el periódico tiene también otro fin, más importante: la defensa de los derechos del ciudadano y de los intereses industriales y comerciales...

—Es precisamente lo que yo digo: si el traficante lo dirigiese el mismo, el periódico sería útil.

—Permítame papá dijo Liuba.

Experimentaba el deseo de expresar sus ideas ante Smolín. Quería hacerle comprender que sentía el valor de sus palabras, que no era la vulgar hija del traficante, frívola, ocupada de trapos y de danzas. Smolín le agradaba. Encontraba por primera vez un traficante que habla vivido largo tiempo en el extranjero, que razonaba bien, vestía elegante y que tomaba con Maiakín, la cabeza más fuerte de la ciudad, aquel tono de condescendencia que tienen las personas mayores cuando se dirigen á los niños.

«Después del casamiento le pediré me lleve al extranjero», pensó de repente; y esta idea la alteró de tal punto que perdió el hilo de sus pensamientos

y no supo lo que quería decir á su padre. Se calló durante algunos segundos, y, toda confusa, se decía que su silencio iba á ser desfavorablemente interpretado por Smolín.

—Olvida dar vino á nuestro huésped, papá, concluyó por decir.

—Es asunto tuyo, eres tu la dueña de la casa, replicó el viejo.

—No se molesten, exclamó vivamente Smolín. No tomo nunca nada.

—¡Vamos! bromeó Maiakín.

—¡Os lo aseguro! Un vasito ó dos por casualidad, si me encuentro indispuerto; pero no comprendo como se puede beber vino por placer. Existen tantas distracciones diferentes para un hombre civilizado...

—Las mujeres, ¿eh? dijo el viejo, guiñando el ojo de un modo significativo.

Las mejillas y el cuello de Smolín se enrojecieron sobre la oleada de sangre que afluyó, y miró á Liubov pareciendo pedirle perdón.

—El teatro, los libros, la música, replicó secamente.

Liubov se puso radiante á estas palabras mientras que el viejo deslizaba hacia el joven virtuoso una mirada baja y decía con sonrisa sardónica:

—¡Eh! ¡la vida nos ha dejado otras! ¡Antes los perros se contentaban con una corteza; hoy la crema no les parece bastante buena! Dispensad la vulgaridad del proverbio; no es para vosotros especialmente, es una observación general y es verdaderamente circunstancial.

Liubov palideció, y avergonzada, miró á Smolín.

Este examinaba con calma imperturbable un salero esmaltado, de forma antigua, retorció su bigote y parecía no haber oído las palabras del viejo... Sus ojos sólo se habían oscurecido y sus labios

apretados acentuaban el dibujo firme de su barba.

—De modo, señor gran industrial, repuso Maiakín, como si no fuese nada, con trescientos mil rublos vuestro negocio marchará á las mil maravillas?

—Y en dieciocho meses, podré soltar el cargamento de géneros que se venderá como pasteles, añadió Smolín con una convicción inquebrantable, sus ojos fríos, fijos en los del viejo.

—Entonces, razón social: Smolín y Maiakín y ¿nada más? ¡Bueno!... solo que... no es demasiado tarde á mi edad emprender un nuevo negocio? Creo que mi ataud me espera desde hace tiempo... que dices tu eso?

Smolín por toda respuesta, soltó una carcajada sonora, pero indiferente y concluyó:

—¡Qué broma!

El viejo tembló oyendo esta risa y tuvo un movimiento hacia atrás involuntario. Los tres permanecieron en silencio durante algunos instantes.

—Sí, dijo Maiakín sin levantar su cabeza caída sobre el pecho. Es menester pensar, reflexionar...

Después levantó la cabeza, posó en su hija y en su futuro yerno una mirada profunda y dejando su asiento, dijo brutalmente:

—Voy á mi escritorio un momento... No os aburriréis, espero.

Y salió, arrastrando los pies, encorvada la espalda y la cabeza baja...

Solos, los jóvenes cambiaron algunas frases banales, despues se callaron, sintiendo que aquellas palabras los alejaban uno de otro. Se estableció un silencio molesto y pesado. Liubov cogió una naranja y se puso á pelarla con una atención exagerada.

Smolín bajó los ojos para mirarse el bigote y lo acarició con su mano siniestra. Después se puso á jugar con el cuchillo y dijo en voz muy baja:

—¡Soy muy indiscreto, escusadme! pero primero que vuestra existencia es muy penosa. Liubov... al lado de vuestro padre... pertenece á otro tiempo... y me parece muy severo...

Liubov tembló y levantó sus ojos reconocidos ha Smolín.

—No tiene muy buen carácter, es verdad, pero ya estoy acostumbrada... Tiene sus cualidades...

—¡Oh! ¡es incontestable! Pero sois tan joven, tan bella, tan instruida, con vuestras ideas!... pues he oído hablar mucho de vos...

¡Su sonrisa era tan buena, tan compasiva, su voz se hacia tan tierna!... Un soplo tibio pasó en el aire y calentó sus corazones. La joven sintió germinar en el fondo de su alma, la esperanza tímida de la dicha y de la próxima libertad...

XII

Al día siguiente, por la mañana, Tomás, de vuelta de su viaje al Volga, se encontraba en el cuarto de Ejóff. Sentado ante la mesa llena de periódicos. Ejóff le contaba lo que había ocurrido en la ciudad durante su ausencia:

—La elección de los comerciantes ha empezado: quieren nombrar alcalde á tu padrino ¡el viejo diablo! Como Satanás, es inmortal... tiene más de ciento cincuenta años. Da su hija á Smolín... ¡lo recuer-

das? ¡aquel de pelo rojo! Se preocupan mucho de él... ¡pero en los tiempos que corremos, se alaba á un hombre, cuando es un pillo redomado, puesto que ya no existen hombres! Africán es hoy un hombre culto; ha penetrado en la sociedad intelectual, ha hecho donaciones y á fe mía se ha creado una bella situación... En cuanto á mí, le tengo por un perfecto granuja; pero irá lejos, pues tiene el sentimiento del cálculo... Sí, amigo mío, Africán es un liberal... y un comerciante liberal es una mezcla de lobo y de cerdo, entreverado de sapo y vípera...

—¡Bah! ¡me río de eso! dijo Tomás con indiferencia. ¿Qué me importa? Y tú ¿sigues bebiendo?

—Yo lo creo; ¿por qué no?

A medio vestir, despeinado, Ejóff se parecía á un pájaro desplumado que sale del combate y aun no ha vuelto en sí.

—Bebo porque me hace falta de cuando en cuando apagar los ardores de mi corazón ulcerado. Y tú, leño húmedo, ¿te consumes aún poco á poco?

—¡Debo ir á casa del viejo! dijo Tomás con una mueca.

—¡Ten valor!

—No tengo grandes deseos de ir... Va á empezar sus sermones...

—Entonces no vayas...

—¡Es preciso!

—Entonces ve.

—Déjate de chanzas! dijo Tomás descontento. Cualquiera diría que realmente estás muy alegre...

—¡Y te juro que es así! exclamó Ejóff saltando de la mesa al suelo. ¡Qué repaso le he dado ayer en el periódico á cierto individuo! Y además he oído una historia muy instructiva: Algunas personas reunidas al borde del mar hablan de filosofía á propósito de la vida. Entre ellos un israelita dice: «Señores, ¿para qué tantas palabras inútiles? Voy

—¡Soy muy indiscreto, escusadme! pero primero que vuestra existencia es muy penosa. Liubov... al lado de vuestro padre... pertenece á otro tiempo... y me parece muy severo...

Liubov tembló y levantó sus ojos reconocidos ha Smolín.

—No tiene muy buen carácter, es verdad, pero ya estoy acostumbrada... Tiene sus cualidades...

—¡Oh! ¡es incontestable! Pero sois tan joven, tan bella, tan instruida, con vuestras ideas!... pues he oído hablar mucho de vos...

¡Su sonrisa era tan buena, tan compasiva, su voz se hacia tan tierna!... Un soplo tibio pasó en el aire y calentó sus corazones. La joven sintió germinar en el fondo de su alma, la esperanza tímida de la dicha y de la próxima libertad...

XII

Al día siguiente, por la mañana, Tomás, de vuelta de su viaje al Volga, se encontraba en el cuarto de Ejóff. Sentado ante la mesa llena de periódicos. Ejóff le contaba lo que había ocurrido en la ciudad durante su ausencia:

—La elección de los comerciantes ha empezado: quieren nombrar alcalde á tu padrino ¡el viejo diablo! Como Satanás, es inmortal... tiene más de ciento cincuenta años. Da su hija á Smolín... ¡lo recuer-

das? ¡aquel de pelo rojo! Se preocupan mucho de él... ¡pero en los tiempos que corremos, se alaba á un hombre, cuando es un pillo redomado, puesto que ya no existen hombres! Africán es hoy un hombre culto; ha penetrado en la sociedad intelectual, ha hecho donaciones y á fe mía se ha creado una bella situación... En cuanto á mí, le tengo por un perfecto granuja; pero irá lejos, pues tiene el sentimiento del cálculo... Sí, amigo mío, Africán es un liberal... y un comerciante liberal es una mezcla de lobo y de cerdo, entreverado de sapo y vípera...

—¡Bah! ¡me río de eso! dijo Tomás con indiferencia. ¿Qué me importa? Y tú ¿sigues bebiendo?

—Yo lo creo; ¿por qué no?

A medio vestir, despeinado, Ejóff se parecía á un pájaro desplumado que sale del combate y aun no ha vuelto en sí.

—Bebo porque me hace falta de cuando en cuando apagar los ardores de mi corazón ulcerado. Y tú, leño húmedo, ¿te consumes aún poco á poco?

—¡Debo ir á casa del viejo! dijo Tomás con una mueca.

—¡Ten valor!

—No tengo grandes deseos de ir... Va á empezar sus sermones...

—Entonces no vayas...

—¡Es preciso!

—Entonces ve.

—Déjate de chanzas! dijo Tomás descontento. Cualquiera diría que realmente estás muy alegre...

—¡Y te juro que es así! exclamó Ejóff saltando de la mesa al suelo. ¡Qué repaso le he dado ayer en el periódico á cierto individuo! Y además he oído una historia muy instructiva: Algunas personas reunidas al borde del mar hablan de filosofía á propósito de la vida. Entre ellos un israelita dice: «Señores, ¿para qué tantas palabras inútiles? Voy

á decirnos todo esto en dos palabras: nuestra vida no vale los dos sueldos que podríamos echar al agua..

—Vamos, ¡déjame en paz! Adiós... me voy.

—¡Te marchas! Hoy me hallo en los tonos mayores y no puedo gemir contigo... tanto más cuanto que tú no gimes... gruñes...

Tomás dejó á Ejóff, que cantaba á grito pelado: «Los tambores baten la carga..»

—«¡Tambores! ¡Buen tambor eres tú!» pensó Tomás irritado, atravesando lentamente la calle.

Liuba le recibía en casa de los Maiakín. Conmovida y muy animada, vino á su encuentro y dijo vivamente:

—¡Tú! ¡Dios mío, qué palido estás!... y delgado...

—¡Debes llevar una linda vida!

Después su rostro reveló viva ansiedad.

—¡Ah, Tomás! ¡En verdad, tú no lo sabes! ¿oyes?

Llaman... quizás sea él..

Y la joven se lanzó fuera de la habitación, con un crujir de sedas delicioso, dejando á Tomás absorto y no dándole tiempo siquiera para preguntarle por Maiakín.

En aquel momento presentóse Jacob Tarasovitch. Venía vestido de levita muy larga y cubierto de condecoraciones; se detuvo en el umbral, apoyadas ambas manos en el montante de la puerta. Sus ojos verdes examinaban á Tomás que sintiendo como el peso de aquella mirada, concluyó por levantar la cabeza...

—¡Buenos días, hermoso caballero! dijo el viejo moviendo la cabeza con aire burlón. ¿De donde viene? ¿Quién le ha reducido á ese estado de delgadez? ¿Hay de mí! la trucha busca el remanso y Tomás el cieno, el mal...

—¿No tiene V. otras palabras para m? replicó Tomás, sombrío, fijando sus ojos en los del viejo.

A estas palabras, el rostro de Jacob cambió de color, sus piernas flaquearon; un violento temblor le sacudió y se agarró á la puerta. Tomás hizo un movimiento para prestarle auxilio, creyendo que se ponía malo. Pero el viejo le detuvo con el gesto y con voz sorda que dejaba entrever su furor:

—Vete, le dijo.

Y su rostro recobró la expresión habitual.

Tomás dió un paso atrás y se encontró al lado de un individuo de mediana estatura, redondo, que saludó á Maiakín y pronunció con voz ronca:

—¡Buenos días, papá!

—¡Buenos días, Taras Jakovlitch, buenos días! decía el viejo sin quitar las manos de la puerta, sonriendo con aire estúpido.

Tomás, incomodado se alejó un poco, y se arrellanó en una butaca considerando con curiosidad extraña el encuentro del padre con el hijo.

En el umbral de la puerta, Jacob Tarasovitch temblaba de pies á cabeza; con la frente doblada á un lado, los ojos medio cerrados, miraba á su hijo en silencio. Taras, frente á él, con la cabeza erguida, envejecido, fruncido el ceño, posaba en su padre sus grandes ojos oscuros.

Una barbita negra, puntiaguda y varios pelos de bigote diseminados temblaban en su rostro huesoso, de larga nariz, parecido al de su padre. El sombrero temblaba en sus manos. Por encima del hombro del viejo, Taras podía percibir el rostro pálido, asustado y dichoso de Liubov. Esta miraba á su padre con gesto suplicante y parecía pronta á hablar.

Durante algunos momentos, los tres permanecían en silencio, inmóviles, aplastados por la violencia de sus sentimientos. Jacob rompió al fin el silencio diciendo con voz sorda y temblona:

—¡Tu estás viejo, Taras!

El hijo sonrió y examinó á su padre de arriba á abajo. Este dejó la puerta, dió un paso hacia adelante y se detuvo arrugando el ceño. Entonces Taras Maiakin, de un salto, se colocó frente al viejo y le tendió la mano.

—Abracémonos, propuso el padre dulcemente.

Se arrojaron uno en brazos del otro, y con movimiento brusco se estrecharon convulsivamente.

En este momento las arrugas del viejo temblaban, mientras que el rostro huesoso del joven guardaba su inmovilidad altiva.

Su abrazo no cambió en manera alguna el aspecto exterior de aquella escena de familia. Liuba sollozaba de alegría y Tomás pudo al fin respirar ruidosa y libremente.

—¡Eh, hijos míos, sois las llagas del corazón y no sus alegrías! pronunció Maiakin con voz vibrante.

Debió poner toda su alma en esta queja, pues su rostro se iluminó; pero pronto se sobrepuso y dijo á su hija con gesto de enfado:

—¡Ea! ya estás entontecida por la alegría... danos algo, té, etc... ¿No debemos festejar la vuelta del hijo pródigo? Tú, viejecillo, ¿no te acuerdas ya de cómo es tu padre?

Con sus grandes ojos meditabundos, Taras Maiakin examinaba á su padre y sonreía. Se callaba, y sus vestidos negros hacían resaltar más las canas que sembraban aquí y allá su barba y sus cabellos.

—¡Vamos, siéntate! Habla, cuenta tu vida, todo lo que has hecho. ¿Qué miras? ¡Ah! es mi ahijado... el hijo de Ignat Gordeieff, Tomás... ¿Te acuerdas de Ignat?

—Me acuerdo de todo, respondió Taras lacónicamente.

—¡Oh! Estaría bien... si no te alabases... ¿Eres casado?

—Viudo...

—¿Tienes hijos?

—Es lás-ti ma... ¡Habría tenido nietos!

—¿Puedo fumar? preguntó Taras.

—¡Ya lo creo! ¡Bah! ¿fumas cigarros?...

—¿Le desagrada?

—¿A mí? me es igual... no, digo eso porque un cigarro... es de gran señor...

—¿Y por qué estimarnos menos que ellos? dijo Taras sonriendo.

—Pero ¿acaso he dicho yo eso? exclamó el viejo. He hecho una simple observación... porque me parece eso muy raro. Un viejo serio, con la barba cortada á la europea y un cigarro en la boca... ¿Qué es? ¡Hijo mío! ¡ja, ja, ja!

El viejo empujó á Taras por el hombro y retrocedió asustado, preguntándose si su alegría no era prematura y si era así como él debía recibir á aquel hombre encanecido. Con mirada curiosa se puso á examinar el rostro de su hijo, sus grandes ojos sobre todo, rodeados de un círculo obscuro y ligeramente hinchado.

Taras le envió una sonrisa afectuosa y le dijo pensativo:

—Así es como yo le recuerdo; siempre alegre y vivo. Los años no pasan por usted... no cambia...

El viejo se irguió, lleno de orgullo, y dijo golpeándose el pecho:

—¡No cambiaré jamás! La vida no rinde al hombre que conoce su propio valer. ¿Verdad?

—¡Oh, qué soberbia!..

—¡Imito á mi hijo, ya se ve! exclamó el padre con maliciosa sonrisa. Tengo un hijo, amigo mío, que por orgullo ha permanecido en silencio durante diez y siete años.

—Es que su padre no quería oírle, replicó Taras.

—¡Bueno! Ya pasó... Dios solo puede juzgar cuál

de los dos tuvo la culpa. El es justo. El te lo hace ver, ten paciencia... Yo sólo deseo guardar silencio sobre esto... No es tampoco hora de hablar. Dime más bien lo que te has hecho durante estos largos años. ¿Cómo estás en aquella fábrica? ¿Cómo has hecho tu carrera?

— ¡Es largo de contar! dijo Taras suspirando.

Lanzó al techo una bocanada de humo y repuso:

— Desde que pude trabajar libremente, entré como empleado en casa del gerente de las minas de oro que pertenecen á los Remezoff...

— Les conozco... gente muy rica. Tres hermanos; les conozco á los tres. El uno es deforme, el otro tonto y el otro avaro... Continúa...

— He trabajado allí durante dos años... y me casé con la hija, continuó Taras con voz aguda.

— ¿La hija del gerente? Eso no está mal.

Taras se calló pensativo... El viejo notó su expresión dolorosa y adivinó la causa.

— Veo que has sido dichoso en tu matrimonio... ¿Qué hacer? El paraíso es para los muertos y los vivos deben continuar sus negocios... Por otra parte, no estás viejo... ¿Hace mucho tiempo que enviudaste?

— Tres años...

— ¡Ah! Bueno... ¿y cómo has entrado en la fábrica?

— Es la fábrica de mi suegro.

— Muy bien, ¿cuánto ganas?

— Unos cinco mil rubios...

— ¡Hum!... ¡buen pellizco! Sí. ¡Es lindo para un presidiario!

Taras dirigió á su padre una mirada segura y preguntó secamente:

— A propósito, ¿de dónde ha sacado V. que yo he estado en presidio?

El viejo contempló á su hijo con estupefacción que pronto tornóse en loca alegría.

— ¡Ah! Pero ¿no has estado allí? ¡Oh, qué bien! Pero entonces ¿cómo es eso?... No te ofendas... ¡Es tan difícil á veces contenerse! Se ha dicho: ¡En Siberia! ¡Y allí está el presidio!

— Para concluir de una vez con todas esas leyendas, dijo Taras golpeando su rodilla, voy á contarte inmediatamente cómo pasaron las cosas. He sido deportado á Siberia durante seis años, y he vivido todo ese tiempo en el gobierno minero de Lensk... He estado nueve meses en la cárcel de Moscú... ¡eso es todo!

— ¡Bah! ¿cómo ha podido ser? balbuceaba Jacob, alegre y confuso.

— Circuló ese rumor estúpido...

— Verdaderamente estúpido, repitió el viejo.

— Que ya me ha sido una vez perjudicial...

— ¿Es posible?

— Sí... había emprendido un negocio por mi propia cuenta y he perdido mi crédito gracias á...

— ¡Oh! exclamó Jacob Maiakín con cólera, ¡los diablos! ¿habrase visto?

Tomás no se movía en su rincón, guiñaba los ojos mirando al recién venido y seguía atentamente la conversación.

Todo lo que Liubov le contara á propósito de su hermano le había entusiasmado y le creía de fisonomía distinta á la de los demás hombres. Pensaba que Taras debía hablar, vestirse de un modo particular y en general que no podía ser semejante á todo el mundo y he ahí que se encontraba frente á un hombre burdo, serio, correctamente vestido, con ojos severos y muy parecido á Maiakín, de quien no se diferenciaba más que por el corte de la barba y el cigarro. Su lenguaje era claro y breve; hablaba de cosas corrientes. ¿En qué veía Liuba lo extraordinario?

Diserta sobre los beneficios que se pueden sacar

de la fabricación de la soda... ¡Ni siquiera ha estado en presidio! ¡Liubov ha mentido! Y Tomás se representó con placer la conversación que tendría con ella á este propósito.

Liubov se mostró varias veces en la puerta mientras los dos hombres hablaban. Su rostro estaba radiante y sus ojos, resplandecientes de entusiasmo, se posaron en su hermano, vestido con levita de numerosos bolsillos y enormes botones. Andaba de puntillas y extendía el cuello en dirección de Taras. Tomás le echaba miradas interrogadoras, pero ella no las veía, yendo y viniendo ante la puerta, con las manos cargadas de platos y botellas. Se encontraba precisamente en el umbral cuando Taras habló del presidio. Se detuvo como petrificada, con una fuente en la mano, y escuchó religiosamente lo que su hermano contó del castigo que había soportado. Después se fué sin notar la mirada burlona que le dirigió Tomás.

Aborto en sus reflexiones, un poco mohino por pasar inadvertido, aun para el mismo Taras que ni se dignó siquiera mirarle desde que le había estrechado la mano, Tomás olvidaba á los dos Maiakin y su conversación, cuando sintió bruscamente que una mano se había posado en su hombro. Tembló y se puso en pie de un salto, con tal vivacidad, que faltó poco para tirar al padrino, que de pie delante de él, con el rostro animado, le decía:

—Mira, ¡he aquí un hombre! ¡Este es un Maiakin! Se le ha hecho hervir en siete aguas, se le ha prensado como manteca, y vive. ¡Y es rico! ¿Comprendes? Solo, sin apoyo, sin ayuda, ha hecho su camino, y está orgulloso de ello. ¡Lo que es un Maiakin! Maiakin significa un hombre que tiene el destino en sus manos... ¿Has comprendido? Mirale. No encontrarás otro parecido entre ciento. Y hasta te desafío á encontrarlo entre mil. ¿Qué? Acuérdate:

un Maiakin es un hombre; no se hará de él ni un ángel ni un demonio.

Confundido por aquella salida vehemente, Tomás no encontraba nada que responder y sus ojos se dirigían á Taras.

Este fumaba tranquilamente su cigarro, mirando á su padre, mientras una sonrisa vagaba por sus labios; su rostro tenía una expresión de satisfacción benévola y en su mirada se reflejaba un gran orgullo. Parecía contento de ver la alegría del viejo. Sin embargo, Jacob empujaba á Tomás con el dedo y continuaba:

—No conozco á este hijo único... no he abierto su corazón... Es posible que estemos separados por un abismo que no pueda franquear el vuelo del águila, ni atravesar el diablo... Su sangre quizás ha cambiado, y no le resta nada de la sangre paterna... pero es un Maiakin. Y lo siento de pronto. Lo siento y digo: ¡Te dignas, Señor, perdonar tus pecados á tu humilde servidor!...

El viejo temblaba de pies á cabeza y parecía bailar de alegría bajo la nariz de Tomás.

—Vamos, calmáos, padre, dijo Taras abandonando lentamente su asiento y aproximándose á su padre. ¿Para qué alterar á este joven? Sentémosnos.

Sonrió bondadosamente á Tomás y cogiendo á su padre por el brazo le llevó hacia la mesa.

—Creo en la voz de la sangre, decía Jacob Tarasovitch. ¡La herencia es una fuerza! Mi padre, aun lo recuerdo, me decía: «Yaschka, tú eres de mi sangre... La sangre de los Maiakin es una sangre espesa... pasa de padres á hijos y ninguna mujer la corromperá.» ¡Vaya! ¿Tomamos champagne? ¡Bebamos! Y continúa hablándome de tí... de la Siberia...

Y el viejo miró de nuevo á su hijo con mirada

extraviada, como si acabase de ser arrancado del sueño por una idea súbita. Pero el lenguaje claro y preciso de Taras provocó una nueva explosión de alogría muy viva. Tomás no se movía del rincón y lo observaba todo en silencio.

—La explotación minera es una industria interesante, decía Taras tranquilamente, pero al mismo tiempo arriesgado y que necesita de un gran capital... La tierra no dice a nadie lo que guarda... Es al contrario muy ventajoso traficar con los indígenas. Este comercio, organizado sin método, da grandes beneficios. Es una empresa de absoluto reposo... pero enojosa, hay que confesarlo. No pide más que un poco de inteligencia y un hombre de grandes miras no encuentra allí donde emplear sus facultades.

En este momento Liubov entró e invitó a todos a pasar al comedor.

Cuando los dos Maiakín se dirigieron hacia la puerta, Tomás tiró dulcemente de la manga a Liubov y la joven se detuvo, preguntándole con apresuramiento:

—¿Qué tienes?

—Nada, dijo Tomás sonriendo; quería sólo saber si estabas contenta.

—¡Naturalmente! exclamó Liubov.

—¿De qué?

—¿Qué quieres decir?

—Nada... Te pregunto por qué estás contenta...

—¡Qué rarezas tienes! dijo Liubov sorprendida.

¿No lo ves?

—¿Qué?

—Pero ¿qué tienes? exclamó ella, mirándole con inquietud.

—¡Oh! ¡oh! pronunció Tomás desdeñoso. Tu padre y nuestro medio de tráfico ¿pueden producirte alguna sensación de alegría? Los cardos no pue-

den dar frutos. Mentías odiosamente cuando me decías: Taras por aquí, Taras por allá. ¿Qué ves de particular en él? Un comerciante como los demás. Hasta tiene vientre como nuestros comerciantes... ¡ja, ja, ja!

Estaba encantado del efecto que producían sus palabras en la joven, que, alterada, cambiaba de color y se mordía los labios.

—Eres... eres... Tomás... trató de responder con la garganta apretada.

Después golpeó con su pie el suelo y exclamó:

—¡Te prohibo que me hables!

Bajo el dintel se volvió y le dijo a media voz:

—¡Oh! ¡Feo, más que feo!

Tomás se echó a reír. No tenía deseos de seguir al comedor a aquellos tres seres tan dichosos, cuya conversación animada llegaba a él. Oía el sonido de sus voces, risas alegres, ruido de vajilla y se daba cuenta perfectamente de que su sitio no estaba allí. Su sitio no estaba en ninguna parte. Si todo el mundo le aborrecía como Liubov en aquel momento, se sentiría aun más a gusto. Se decía:

«¡Oh! entonces me conduciría como es debido y encontraría a quien hablar, mientras que ahora no comprendo si es lástima ó desprecio lo que excito con mi aspecto de ser sin talento, que no sirve para nada...»

Después de algunos momentos de reflexión, en medio del cuarto, Tomás dejó aquella casa, en la que todo el mundo era dichoso. ®

En la calle se sintió irritado contra los Maiakín, sus únicos parientes. Se representó el rostro de su padrino, sus arugas temblorosas de placer, sus ojillos verdes en los cuales la alegría había iluminado con resplandor fosforescente. «En la obscuridad todo es brillante», se dijo con coraje.

Después su pensamiento se trasladó al rostro tranquilo de Taras y al de Liubov que se inclinaba ansiosa sobre su padre. Experimentaba celos y una gran tristeza.

«¿Quién tendrá para mí esa mirada?... Ni un alma...»

Y volvió á la vida real cerca de los barcos en el muelle, despertado por el ruido del trabajo.

Se llevaban, se arrastraban mercancías y bultos en todas direcciones. Todos circulaban atareados, de prisa, fustigando los caballos, irritándose y gritando, llenaban la calle de agitación y de ruido ensordecedor. Barcos enormes esperaban ya amarrados al muelle y lanzaban espesos torbellinos de humo.

—¡Excelencia, exclamó una voz aguardentosa al mismo oído de Tomás, dignás socorrer á un pobre borracho!

Tomás miró al mendigo con indiferencia: era un pillete enorme, barbudo, la camisa en jirones, el rostro abotagado y cubierto de contusiones.

—¡Lárgate! articuló Tomás dando media vuelta.

—¡Traficante asqueroso, morirás y no te llevarás el dinero contigo! Dame para beber un vasito. ¿Te da pereza de meter la mano en el bolsillo?

Tomás le miró de nuevo y vió que estaba cubierto de barro, hecho jirones, medio borracho aún. Esperaba inmóvil, obstinado, los ojos hinchados é injectados en sangre.

—¿Es ese modo de pedir? le dijo Tomás.

—¿Qué quieres... que me arroje de rodillas ante tí por diez kopeks?... respondió el hombre audazmente.

—Toma, dijo Tomás poniéndole una moneda en la mano.

—¡Gracias! ¡quince kopeks!... ¡gracias! Si me das

otro tanto iré á cuatro pies hasta la taberna frente, ¿quieres?

—¡Vaya, lárgate! replicó Tomás rechazándole.

—Os lo propongo, dijo el mendigo; pero si no lo aceptáis todo es beneficio para mí.

Tomás le siguió con la mirada y se dijo:

«Hé ahí un perdido, y sin embargo, ¡qué audacial! Pide limosna como si reclamase un débito. ¿De dónde sacan tanta desvergüenza?»

Y se respondió con un gran suspiro:

«¡La sacan de su libertad!... Este no tiene amo... ¿qué tiene que temer? Y yo, ¿qué tengo que temer? ¿Y qué puedo yo sentir?»

Estas dos últimas preguntas abismaron á Tomás en una gran perplejidad. Seguía admirando la actividad del puerto, diciéndose sin cesar: «¿Qué puedo yo lamentar? ¿qué tengo que temer? Debo creer que abandonado á mi sola iniciativa, soy absolutamente incapaz de afirmar mi personalidad... No sería nunca más que un imbécil en la sociedad de los demás... la burla y el empacho de todos... ¡Ah! si pudiesen aborrecerme, rechazarme, entonces... ¡oh! entonces... sería libre como el aire... Me vería forzado á huir de todo el mundo...»

Sobre uno de los puentes resonaba desde hacía tiempo el canto alegre de los marineros. Los hombres de carga se libraban á un trabajo que exigía movimientos rápidos y ellos les acompañaban con el estribillo de una canción, cuyo ritmo era muy vivo: ®

Los negociantes ricos en la taberna
Beben licores de los más caros...

cantaba él solo de la *troupe*.

Después el coro seguía. Voces graves cantaban:

¡Más caros, más caros!

Voces más altas respondían:

¡Más caros, más caros!

Tomás prestó oído y se aproximó á los cantores. Vió que los cargadores, puestos en dos filas, descargaban enormes barricas de salazón que sacaban de la cala del buque, con ayuda de cuerdas.

Sucios, con las rojas camisas desabotonadas, los brazos remangados hasta el codo, el color subido por el trabajo, tiraban alegremente de las cuerdas, acompañando al canto rítmico:

Y los pobres campesinos
no tienen el suficiente vino...

Y el coro repetía con una armonía perfecta:

no tienen el suficiente vino...

Tomás contemplaba este cuadro con una mezcla de placer y de envidia. Las caras afeitadas de los cargadores resplandecían de contento. El trabajo no era pesado y se hacía con gusto. El jefe del coro tenía buena voz. Tomás se dijo que sería dulce tra-

bajar así con buenos camaradas al son de una alegre canción, y después, cansado, tomar un vaso de aguardiente, tragar un buen plato de sopa de coles, con bastante grasa, preparada por la gruesa cantinera de los obreros.

— Más aprisa, amigos míos, más aprisa! gritó de pronto una voz desagradable.

Tomás se volvió.

Un hombre grueso, barrigudo, golpeaba el suelo con su bastón. Sus ojillos estaban fijos en los cargadores y decía:

— Gritad, menos, y trabajad más de prisa...

Tenía el rostro y el cuello reluciente de sudor. Se limpiaba sin cesar con la mano izquierda y solapaba como si acabase de subir una cuesta.

Tomás le miró con odio y se dijo:

«Los otros trabajan y él suda... Pero yo soy peor aún... Soy la mosca de la cochina... no sirvo para nada...»

Cada nueva impresión daba por resultado recordarle su inutilidad. Todo lo que llamaba su atención contenía algo de ofensivo para su amor propio.

A su lado estaban dos marineros. Uno de ellos, muchacho regordete, de cara roja, decía á su camarada:

— Y de pronto se echan sobre mí! ¡ah! ¡amigo mío! ¡Eran cuatro contra uno sólo! Pero se las he tenido tiesas!... ¡creí que me destrozaban! ¡Un carnero se pone rabioso, si se le arranca la piel! Me arrojé hacia adelante con todas mis fuerzas y han rodado por el suelo...

— ¡A pesar de ello, tú has recibido una hermosa paliza! exclamó el otro marinero.

— Ya lo creo, que me he ganado más de un golpe... ¿Pero que importa? No me han matado... y les doy gracias:

—Ciertamente...

—¡Allá atrás, os digo, demonios! gritó con voz terrible el hombre barrigudo, á dos cargadores que rodaban sobre el puente una barrica de salazón.

—¿Por qué gritas así? le preguntó Tomás con rudeza, pues aquel grito le había sobresaltado.

—No os importa, respondió el hombre mirándole de arriba á bajo.

—¿Ya lo creo... Esa gente trabaja y tú sólo derrites tus mantecas... y te imaginas que tienes el derecho de insultarlos? exclamó Tomás, ya furioso, aproximándose á él.

—Mire... cuídese de su persona...

El individuo abandonó bruscamente su puesto y entró en el escritorio. Tomás le siguió con la vista y abandonó el muelle á su vez, deseoso de buscar querrela con alguien, de hacer algo que cambiase sus pensamientos.

«Aquel marinero los rechazó y quedó sano y salvo... él y yo...»

Aquella misma noche volvió á casa de los Maikin. El viejo había salido. Encontró á los hermanos en el comedor, tomando el té.

Cerca de la puerta Tomás reconoció la voz ronca de Taras.

—¿Por qué papá se preocupa tanto él?

Se calló, viendo á Tomás y posó en él su mirada seria y profunda. El rostro de Liubov expresaba á la vez confusión y descontento; sin embargo, se dirigió á Tomás con el deseo evidente de excusarse y le dijo:

—¡Toma, eres tú!

«Se trataba de mí», se dijo Tomás sentándose á la mesa.

Taras bajó los ojos y se abismó en su butaca.

Un silencio embarazoso reinó en la habitación,

Tomás estaba encantado de comprender que les incomodaba.

—¿Vas tu á la comida? preguntó por fin Liubov.

—¿Qué comida?

—¿No sabes nada? Kononoff hace bendecir un nuevo barco... Habrá un Te-Deum y además se paseará en el Volga...

—No estoy invitado, dijo Tomás.

—Nadie está invitado... Ha dicho sencillamente en la Bolsa, «¡qué vengan los que quieran honrarme con su presencia!»

—¡Yo no quiero!

—¡De veras! Habrá un festín monstruo, insinuó Liubov, echándole una ojeada.

—Puedo emborracharme á mi costa... si tengo ganas.

—Lo sé, dijo Liubov, con gesto expresivo.

Taras los miraba de reojo y jugaba con la cucharilla del té, dándole vueltas entre sus dedos.

—¿Dónde está mi padrino? preguntó Tomás.

—Está en el Banco... Hay reunión del Consejo, hoy... se debe nombrar Presidente...

—¿Se le elegirá?

—Naturalmente.

Por segunda vez la conversación se extinguió.

Liubov limpiaba las tazas del té: su rostro tenía una expresión grave y sus movimientos eran lentos. Taras se había levantado y se paseaba á lo largo de la sala. Se detenía ante las víctimas examinaba la vajilla, silbaba, tecleaba con los dedos en los cristales, los ojos ligeramente cerrados. La péndola aparecía y desaparecía tras la ranura en cristales del reloj, semejante á una faz alegre y cortaba el silencio con golpes sordos, monótonos. En ciertas miradas interrogadoras y mal veladas que Liubov le asestaba, Tomás comprendió que esperaba impacientemente que se retirase.

—Esta noche, duermo en vuestra casa, dijo él sonriendo. Tengo que hablar con mi padrino. Además, me aburro mucho en mi casa...

—Entonces ve á decir á Marta que te prepare el cuarto del rincón, replicó vivamente Liubov.

—Eso es.

Y se levantó, pero apenas había salido de la habitación, oyó una pregunta dirigida en voz baja, por Taras á su hermana.

«¡Hablan de mí!» pensó.

Una mala idea atravesó su mente:

«Si escuchase... lo que dicen las gentes de talento...»

Y tuvo una risa apagada y de puntillas entró en el cuarto vecino. No estaba alumbrado, pero la luz se filtraba á través de la puerta entre-cerrada y dibujaba en el suelo una raya blanca. Tomás se deslizó con precaución hacia la puerta, latándole el corazón de malsana alegría... Allí quedóse inmóvil...

—Una persona bien débil, decía Taras.

Liubov respondió de prisa y en voz baja:

—¡Siempre está de juerga! Una conducta vergonzosa... Le ha dado de repente... Ha empezado por pegar al yerno del vicegobernador, en el círculo. Papá se ha movido bien para ahogar este escándalo, y dichosamente, resultó que el señor no era de gran influencia... Era un hombre que vivía del juego... un personaje bastante despreciable. A pesar de ello, papá ha tenido que desembolsar más de dos mil rublos. Y mientras que él se ocupaba de arreglar este asunto, Tomás trató y faltóle poco para ahogar á toda una reunión en el Volga...

—¡Ja, ja, ja! ¡qué monstruo! Y un hombre así se preocupa de la razón del sentido de la vida...

—En otra ocasión se paseaba en barco con gentes de su calaña. Se divertían, se bebía, cuando de

repente gritó él: «¡Rogad á Dios! ¡Os echo á todos al agua!» Está dotado de unas fuerzas espantosas. Aquellos individuos gritaban, naturalmente... pero él les respondía: «¡Quiero servir á mi patria, quiero desembarazar á la tierra de un puñado de miserables!...»

—¡Ah!... es verdaderamente original.

—¡Un hombre terrible! ¡Cuántas extravagancias de bruto no ha hecho estos últimos años!... ¡Cuánto dinero tirado!

—Y dime ¿es mi padre quien se ocupa de sus negocios? ¿En qué condiciones?

—No sé. Tiene una procuración general. ¿Por qué preguntas eso?

—Por nada... Es un negocio hermoso. Es cierto que se ha montado á la rusa, es decir, abominablemente mal. A pesar de eso, es un negocio de primer orden. Si se tomase como se debe, sería una mina inagotable...

—Tomás no hace nada... todo está en manos de padre.

—¡Sí!... entonces perfectamente...

—Sabes, me parece á veces, que esas disposiciones de espíritu, esos discursos de Tomás son sucesos y que vale más de lo que se cree; pero no puedo conciliar su conducta escandalosa con sus palabras y sus razonamientos... No puedo...

—Es completamente inútil que te des ese trabajo... Es un perezoso y un ignorante que busca una excusa á su ociosidad.

—No, á veces es cándido como un niño... Antes de todas estas historias es cuando le ocurría eso.

—Es lo que te digo. No vale la pena de atormentarse por un ignorante y un salvaje, que no quiere salir de la ignorancia y del estado inculto, que no le importa hacer público.

—Eres demasiado severa...

—Sí, soy severa. Se debe serlo. Nosotros los rusos somos todos de una negligencia desesperante. Dichosamente la vida nos fuerza, quieras ó no, á tener continencia... A los jóvenes, sueños é ilusiones; á los hombres maduros, ocupaciones serias.

—A veces tengo lástima de Tomás... ¿qué será de él?

—Eso me importa poco... Nada extraordinario, creo, ni bien ni mal... Un muchacho absurdo... que corre á su ruina... ¿qué más quieres? Tanto peor para él. Sus semejantes son raros... hoy el traficante comprende el valor de la instrucción... pero él, tu hermano de leche, perecerá...

—¡Es verdad, señor! dijo Tomás apareciendo en el umbral de la puerta.

Pálido, las cejas fruncidas, la boca torcida en un mohín doloroso, estaba allí, la vista en la vista de Taras y repitió sordamente:

—¡Tienes razón! ¡Pereceré y amén! ¡Ojalá sea pronto!

Liubov dió un salto asustada y corrió á su hermano, que estaba en medio de la habitación, tranquilo, con las dos manos en los bolsillos.

—Tomás! ¡oh! ¡qué vergüenza! ¡Has escuchado en la puerta! ¡Oh! ¡Tomás! exclamó ella, avergonzada.

—Cállate, pobre cordero, le dijo Tomás.

—¡Hum! no está bonito escuchar tras las puertas... dijo lentamente Taras, sin quitar los ojos de Tomás.

—¡Sea! articuló Tomás con un gesto de indiferencia. ¿Tengo yo la culpa si no puedo conocer la verdad más que por sorpresa?

—¡Vete, Tomás! ¡Te lo suplico! decía Liubov estrechándose contra su hermano.

—¿Tenéis algo que decirme? le preguntó Taras con calma.

—¿Yo? exclamó Tomás. ¿Qué es lo que puedo deciros? Nada absolutamente. Sois vos... Sois vos quien podéis... espero...

—Por consiguiente, ¿no deseáis hablar más conmigo? preguntó de nuevo Taras.

—¡No!

—Me siento dichoso de ello...

Volvió la espalda á Tomás y preguntó á Liubov:

—¿Crees que padre venga pronto?

Tomás le miró y experimentó cierto respeto.

Fuése muy quedo. No experimentaba deseos de meterse en su casa, en aquel caserón donde cada paso despertaba un eco sonoro y seguía la calle, bañada en el crepúsculo gris y frío de un día de fin de otoño. Pensaba en Taras Maiakín. «¡Qué firmeza!.. Conserva de su padre... pero tiene menos agitación... ¡Cuánta malicia debe tener!... ¡Y Liubov que le tomaba por un santo!... ¡Tonta! ¡Cómo me ha tratado! Un verdadero juez... ¡Ella... es buena para mí!..»

Todos estos pensamientos no despertaban en él ningún sentimiento, ni de odio contra Taras ni de simpatía por Liubov.

Llevaba en su alma como un peso enorme que no podía definir. Este peso se hacía cada vez mayor y le parecía que su corazón estaba inflado y le hacía padecer, como una úlcera que madura. Sentía aquel dolor agudo y lacerante, notaba el progreso que hacía cada día, y no sabiendo como calmarlo, esperaba con apatía lo que le sucediere.

De pronto pasó el coche de su padrino. Tomás distinguió la menuda silueta de Jacob Maiakín, pero sin experimentar ninguna impresión particular. Un farolero le adelantó corriendo, aplicó su escalera á una farola y se deslizó en el asfalto. El hombre se agarró con ambas manos al poste y lanzó ternos. Una joven que lleva una caja de cartón, da con ella á Tomás y se excusa:

—¡Oh, dispense!

Y le miró sin decir nada... Gotitas pequeñas de bruma condensadas en una lluvia finísima, interponían un velo gris ante los escaparates de las tiendas y las luces de los reverberos. El aire era irrespirable.

«¿Habrá que ir á dormir á casa de Ehoff? ¿Beber con él?» se dijo Tomás; y se dirigió hacia el cuarto del periodista sin tener el menor deseo de verle ni de beber.

Encontró á Ehoff en compañía de un joven hirsuto de blusa y de pantalón gris. Aquel hombre tenía un rostro moreno, como ahumado; grandes ojos inmóviles é irritados. Un gran bigote de sargento ocultaba su boca completamente. Estaba replegado en el canapé cogiéndose las rodillas con sus brazos. Ehoff estaba sentado al través del sillón, con las piernas pendientes de uno de sus brazos. En medio de los papeles y de los libros esparcidos se veía una botella de aguardiente, y en el cuarto flotaba un olor de embutidos.

—¿Vagas? exclamó Ehoff percibiendo á Tomás.

Después, designando con un movimiento de cabeza al individuo sentado en el canapé:

—Gordeieff, dijo.

El desconocido arrojó una ojeada hacia Tomás y pronunció con voz chillona:

—Krasnotchckoff...

Tomás se sentó en un rincón del canapé y declaró á Ehoff:

—Voy á pasar la noche en tu cuarto.

—¡Muy bien! Y bien, continúa, Basilio...

Este miró á Tomás de reojo y dijo:

—A mi modo de ver, sois bien injustos con los tontos... Masaniello era un imbécil y sin embargo ha cumplido su deber á las mil maravillas. Un Winkelrid cualquiera era seguramente un imbécil

también... y sin embargo, si no se hubiese ofrecido para recibir á pecho descubierto las picas imperiales, se habría destrozado á los amigos. ¡Y hay tantos idiotas por ese estilo! Pero son héroes á pesar de todo... Mientras que los grandes talentos son unos cobardes. En lugar de combatir el obstáculo con todas sus fuerzas, el hombre inteligente da cien vueltas y se pregunta lo que podrá ocurrir. Para no perecer inútilmente, quédase á la expectativa, en lugar de obrar... ¡El imbécil sí que es valiente! ¡Baja la cabeza y da contra el muro! ¿Que se rompe la cabeza? ¡Tanto peor? Las cabezas de ganado no son caras... pero si hace una brecha en el muro... las gentes de talento la hacen mayor y pasan con todos los honores. ¡Ah! ciertamente, Nicolás Matveitch, la valentía es una hermosa virtud, pero es una virtud de idiota.

—Basilio, tú cuentas tonterías, dijo Ehoff tendiéndole la mano.

—¡Dispensad! replicó Basilio, no soy un lince... pero tampoco soy ciego. Y veo que, con mucha inteligencia, se llega á tocar pocos resultados. Mientras que las personas de talento deliberan, los imbéciles les manejan con el dedo meñique... Y con esto... me voy...

—Espera, dijo Ehoff.

—¡Imposible! Estoy de servicio esta noche... Apostaría á que ya estoy retrasado... Pasaré mañana... ¿no te molestaré?

—De ningún modo! ¡Te convertiré!

—Ese es tu oficio.

Basilio se estiró lentamente; se levantó, estrechó con su negra manaza la mano pequeña, pálida y seca de Ehoff y apretó con fuerza.

—¡Adiós!

Hizo una inclinación de cabeza á Tomás y salió casi sin volverse.

—¿Has visto? preguntó Ejoff á Tomás señalando hacia la puerta, detrás de la que resonaban aun pasos pesados.

—¿Quién es?

—El ayuda mecánico Basilio Krasnotchckoff. Toma ejemplo de él: empezó á los quince años á aprender el alfabeto y á los veintiocho ha leído á Dios, sabe muchos libros instructivos, ha aprendido dos lenguas á la perfección... Se va al extranjero.

—¿Para qué? preguntó Tomás.

—Para estudiar... Para ver como viven los demás y tú te enmoheces aquí; ¿con qué objeto?

—Lo que dijo sobre los imbéciles estaba lleno de buen sentido, dijo Tomás pensativo.

—Yo no sé, puesto que no soy un...

—Muy razonable... un hombre obscuro debe obrar bruscamente, caer con toda su balumba y quitar el obstáculo...

—Ya estás con tus ideas, exclamó Ejoff. Dime más bien si es exacto que Matakin haya recibido á su hijo...

—Sí, es exacto.

—¡Ah!

—Bueno ¿y qué?

—¡Nada!

—¿Pero qué? En tu cara veo que tienes una segunda intención.

—Lo conocemos á ese hijo... hemos oído hablar...

—Y yo le he visto...

—¡Ah! ¿y qué tal es?

—¿Y yo qué sé? no me importa...

—¿Se parece á su padre?

—Es más grueso... más redondo... más grave. Es muy frío.

—Eso equivale á decir: «Aun peor que Tashka!» ¡Ah! amigo mío, ten cuidado: te van á robar como en despoblado...

—Tanto mejor...

—Te despojarán de todo, te verás reducido á mendigar... Ese Taras ha arreglado bien á su suegro en Ekaterinburg...

—Que me arregle del mismo modo si quiere, le daré las gracias.

—Vuelves á la misma canción...

—Ya lo creo...

—¿Para tener libertad?...

—Y bien.

—¡Déjate! ¿De qué te servirá la libertad? ¿Qué harás? No vales para nada, apenas si sabes leer y escribir... y apostarías á que ni cortar madera sabes. ¡Ah! ¡yo, si pudiese sólo á quitarme de beber y de comer!

Ejoff se puso de pie, frente á Tomás y empezó á hablar á grandes voces como si declamase versos.

—¡Habría reunido los pedazos de mi alma destrozada y los habría mezclado con la sangre de mi corazón, para vomitarlos en el rostro de nuestros intelectuales que el diablo se lleve! Les habría dicho: «¡Microbios! ¡Sois la savia más preciosa de mi país! Vuestra existencia ha sido pagada con la sangre y las lágrimas de varias decenas de generaciones del pueblo ruso! ¡Oh, vergüenza! ¿Cuánto costáis á vuestro país, y qué hacéis por él? ¿Habéis transformado en perlas las lágrimas de antaño?... ¿qué habéis dado á la vida? ¿qué habéis producido? ¿Os habéis dejado vencer? ¿Qué hacéis? ¡Sois sólo objeto de escarnio!

En un acceso de rabia, con los dientes apretados, miraba á Tomás con fuego y odio, que hacía pensar en la cólera de una fiera.

—Les habría dicho: ¡Discutís mucho, pero sois ininteligentes, débiles y cobardes! Tenéis el corazón empachado de moral y de buenas intenciones, pero es fofo y tibio como algodón. El espíritu de

creación duerme un sueño apacible y profundo, y vuestro corazón no late, sino oscila dulcemente como una cuna. Habría mojado el dedo en la sangre de mi corazón y los habría señalado en la frente con el sello de mi indignación, y ellos, pobres de espíritu, mezquinos en sus deseos, habrían aguantado... ¡Oh! ¡pero cuándo! ¡Mifusta es sólida y mi mano firme! ¡Y amo demasiado para tener lástima! ¡Habrían sufrido! Pero ahora no sufren, pues hablan mucho, muy á menudo y muy alto de sus sufrimientos! ¡mienten! El verdadero dolor es mudo y la verdadera pasión no conoce obstáculos! ¡Ah! ¡las pasiones! ¡las pasiones! ¿Cuándo nacerán en el corazón de los hombres? Todos sufrimos por esta falta de pasiones...

Se ahogaba en un acceso de tos. Tosió mucho, encorvándose en el centro de la habitación, con grandes aspavientos, como si estuviese loco. Después se sentó frente á Tomás, pálido, los ojos inyectados en sangre. Su respiración era difícil y sus labios temblaban, descubriendo dientes pequeños y agudos. Con sus medias melenas, cayéndole sobre el rostro, parecía á un pescado recién sacado del agua... No era la primera vez que Tomás le veía en aquel estado y su exaltación era cada vez mayor. Escuchaba la palabra vehemente del hombrecillo en silencio, sin tratar de penetrar el sentido, sin saber á ciencia cierta, contra quien era dirigida, entusiasmándose sólo con su fuerza. Las palabras de Ejoff eran como salpicaduras de agua hirviente que le caldeaban el alma.

—Les diría á esos miserables ociosos: ¡atención! ¡La vida marcha y os abandona á sus espaldas!

—¡Bien dicho! exclamó Tomás entusiasmado, agitando en su canapé, eres un héroe, Nicolás. ¡Oh! ¡oh! ¡Pégales! ¡No tengas compasión!

Ejoff no tenía necesidad de ser arengado; pare-

cía más aún, que ni siquiera había oído la exclamación de Tomás. Continuaba:

—Conozco la medida de mis fuerzas, sé que se tratará de imponerme silencio. Se me dirá: ¡Chist! Lo dirán razonablemente, reposadamente, se burlarán de mi con altivo desdén... Sé bien que no soy más que un pequeño pajarito, ¡oh! ¡no soy un ruiseñor! Soy un ignorante en comparación de ellos, no soy más que un miserable periodista, bueno, cuando más, para divertir al público... Pero yo los dejaría gritar... ¡Su hálito no pasaría de mis mejillas y mi corazón no cesaría de latir! Y les respondería: ¡Sí, soy un ignorante! y mi primera superioridad sobre vosotros, consiste en no saber ninguna verdad impresa, que valga el valor de un hombre. ¡El hombre, para sí mismo, es el universo entero y viva el sér que lleve en sí al mundo!

«Y vosotros, les diría, vosotros, por una palabra de la que á veces desconocéis hasta el sentido, os hacéis los unos á los otros heridas mortales. Escupis hiel y violáis almas... ¡Ah! creedme, la vida os pedirá cuentas severas. Caerá sobre vosotros como el huracán y os barrerá, os echará de la superficie de la tierra como la lluvia y el viento barren el polvo de los árboles. La lengua humana no posee más que una sola palabra cuyo sentido sea igualmente precioso y claro para el mundo, y esta palabra es: ¡libertad!

—¡Destruýelos! aulló Tomás lanzándose de su asiento y cogiendo á Ejoff por los hombros.

Con la pupila brillante le miraba al rostro y exclamó en un gemido doloroso:

—¡Eh! ¡Nicolás! ¡amigo mío, cómo te compadezco! ¡Ah! ¡Te compadezco más que tú te puedas figurar!

—Pero ¿qué hay? ¿Qué tienes? exclamó Ejoff re-

chazándole, sorprendido por las palabras extrañas de Tomás y perdiendo el hilo de su discurso.

—¡Eh! amigo mío, continuaba Tomás bajando la voz, lo que daba á sus palabras una fuerza persuasiva, ¡eres un alma que vive y perecerás!

—¿Por qué? ¿Quién? ¿Yo? ¿Yo pereceré? ¡Mientes!

—Querido, ¡jamás encontrarás á nadie! A nadie te podrás dirigir. ¿Quién te escucharía? Yo soy el solo...

—¡Vete al diablo! le gritó Ejoff furioso, echándose á un lado, como si lo hubiese escaldado.

Pero Tomás avanzaba hacia él y continuaba con una tristeza y una convicción profundas:

—¡Habla! ¡Háblame! Llevaré tus palabras donde es necesario... ¡Las comprendo! ¡Ah! ¡Dios! ¡Cómo afrontaría yo á los hombres! ¡Espérate! ¡A mí también me llegará la hora!...

—¡Vete! gimió con voz histérica Ejoff, refugiado en el último rincón del cuarto, apoyado contra la pared. Estaba, sin conocimiento, destrozado, espumeante de rabia y evitando el abrazo afectuoso de Tomás.

En este momento la puerta se abrió y una mujer toda de negro apareció en el dintel. Tenía una expresión de maldad é indignación.

Levantó la cabeza, extendió la mano en dirección de Ejoff y dijo con voz silbante:

—Nicolás Matveitch, dispensad, pero es espantoso. ¡Aullidos de bestia salvaje! ¡Todos los días de Dios! ¡No, no puedo tolerarlo más! Yo también tengo nervios... Tened á bien abandonar la habitación mañana mismo... No habitáis en un desierto... ¡Estáis rodeados de seres humanos! ¡Y eso se llama tener instrucción! ¡Un escritor tiene también necesidad de reposo!... A mí me duelen las muelas... mañana mismo, os lo suplico. Mañana pondré el «se alquila» y enviaré mi declaración á la policía.

Háblale de prisa y la mayor parte de las palabras se perdían en una especie de silbido; no se distinguían más que las que acentuaba con voz penetrante é irritada.

A la vista de aquella figura grotesca y sobreexcitada, Tomás se replegó hacia el canapé, en tanto que Ejoff quedaba en el mismo sitio, se pasaba la mano por la frente y escuchaba con atención sostenida.

—¡Queda dicho! gritaba aún la voz en la escalera. ¡Desde mañana! ¡qué horror!

—¡Diablo! murmuró Ejoff mirando á la puerta con aire embrutecido.

—¡Sí! ¡qué severidad! añadió Tomás estupefacto. Y se sentó de nuevo en el canapé.

Ejoff se alzó de hombros, aproximóse á la mesa y llenó la mitad de un vaso grande de aguardiente que tragó de un golpe. Después se volvió á sentar frente á la mesa y bajó la cabeza. Durante un minuto, ambos permanecieron en silencio.

Tomás dijo al fin tímidamente:

—Pero ¿cómo ha sucedido? No ha habido tiempo ni de decir «Jesús», y mire qué desenlace más inesperado.

—¡Tú! le gritó Ejoff irguiendo la cabeza y fijando en Tomás una mirada furiosa y loca, ¡tú! ¡tú! ¡vete al diablo! Acuéstate... y duerme ¡monstruo! ¡pesadilla! ¡oh!

Le enseñó el puño y se echó más aguardiente.

Unos instantes después, Tomás, completamente desnudo, echado en el canapé y á través de sus párpados medios cerrados, vigilaba á Ejoff. Este continuaba inmóvil en su silla, en una postura lamentable. Tenía los ojos fijos en el suelo y sus labios se movían débilmente. Tomás se sentía muy perplejo. No podía explicarse la cólera de Ejoff. ¿Era contra él? Por la despedida del cuarto no podía ser. El sólo tenía la culpa por gritar tanto.

— ¡Oh! ¡Satanás! balbuceaba Ejjoff rechinando los dientes.

Tomás levantó con precaución la cabeza del almohadón. Ejjoff exhaló un profundo suspiro y tendió de nuevo la mano hacia la botella... Tomás propuso entonces con suavidad:

—Vamos al restaurant... No es tarde...

Ejjoff le miró y soltó una carcajada extraña. Después, levantándose, dijo á Tomás:

—Vístete...

Ante los movimientos lentos y poco hábiles de Tomás, se irritó impaciente y enojado:

—¡Muérete! ¡Tonto de capirote! ¡Bruto simbólico!

—¡Déjate de injurias! le respondió Tomás con sonrisa conciliadora; ¿merece eso una mujer que no te ha dicho más que tonterías?

Ejjoff le miró, escupió y se echó á reir con risa estridente...

XIII

—¿Estamos todos? preguntaba Iliá Efmovitch Kononoff, de pie en la proa de su nuevo barco, mirando con los ojos radiantes de alegría á la muchedumbre de invitados. ¡Creo que todos han llegado!

Volvió hacia el capitán su enorme cara roja, radiante de satisfacción, y dijo:

—¡Partamos, Pedro!

—Bien...

El capitán quitóse la gorra, descubrió su abulta-

do cráneo calvo, se santiguó; después examinó el cielo, acarició su hermosa barba negra y ordenó:

—¡Atrás!

Todos los invitados, atentos á los gestos del capitán, habian hecho varias veces la señal de la cruz, quitándose los sombreros, lo que produjo el efecto de un vuelo de aves negras pasando por el puente.

—¡Vamos, con la ayuda de Dios! exclamó Kononoff lleno de emoción.

—¡Babor, avante! ordenaba el capitán.

El inmenso barco *Iliá Murometz*, exhaló enorme bocanada de humo blanco, y sin esfuerzo, majestuoso como un cisne, se puso á remontar la corriente.

—¡Qué arranque! dijo uno de los invitados con admiración.

Era Lobo Grigorievitch Reznikoff, un hombre alto, delgado, de aspecto respetable, consejero en la Cámara de comercio.

—¡Ni la más mínima sacudida! Es como una señorita que baila.

—¡Velocidad media!...

—¡Este no es un barco... es un sueño! suspiró piadosamente Efm Zuboff, el macero de la catedral, primer usurero de la ciudad, hombre encorvado y desfigurado por la viruela.

El día estaba pesado. El cielo cubierto de nubes grises, se reflejaba en el río y le daba un tinte metálico. Airoso, reluciente, el barco bogaba sobre la larguísima sábana donde el reflejo de sus colores frescos proyectaba una mancha clara y alegre. Lanzaba hacia el cielo una columna de humo negro que no se disipaba y formaba poco á poco, por encima de él, como una nube sombría. Enteramente pintado de azul, con una chimenea rosa y las ruedas de rojo vivo, avanzaba con facilidad, partiendo el agua y rechazándola hacia las orillas. Los cris-

— ¡Oh! ¡Satanás! balbuceaba Ejjoff rechinando los dientes.

Tomás levantó con precaución la cabeza del almohadón. Ejjoff exhaló un profundo suspiro y tendió de nuevo la mano hacia la botella... Tomás propuso entonces con suavidad:

—Vamos al restaurant... No es tarde...

Ejjoff le miró y soltó una carcajada extraña. Después, levantándose, dijo á Tomás:

—Vístete...

Ante los movimientos lentos y poco hábiles de Tomás, se irritó impaciente y enojado:

—¡Muérete! ¡Tonto de capirote! ¡Bruto simbólico!

—¡Déjate de injurias! le respondió Tomás con sonrisa conciliadora; ¿merece eso una mujer que no te ha dicho más que tonterías?

Ejjoff le miró, escupió y se echó á reir con risa estridente...

XIII

—¿Estamos todos? preguntaba Iliá Efmovitch Kononoff, de pie en la proa de su nuevo barco, mirando con los ojos radiantes de alegría á la muchedumbre de invitados. ¡Creo que todos han llegado!

Volvió hacia el capitán su enorme cara roja, radiante de satisfacción, y dijo:

—¡Partamos, Pedro!

—Bien...

El capitán quitóse la gorra, descubrió su abulta-

do cráneo calvo, se santiguó; después examinó el cielo, acarició su hermosa barba negra y ordenó:

—¡Atrás!

Todos los invitados, atentos á los gestos del capitán, habian hecho varias veces la señal de la cruz, quitándose los sombreros, lo que produjo el efecto de un vuelo de aves negras pasando por el puente.

—¡Vamos, con la ayuda de Dios! exclamó Kononoff lleno de emoción.

—¡Babor, avante! ordenaba el capitán.

El inmenso barco *Iliá Murometz*, exhaló enorme bocanada de humo blanco, y sin esfuerzo, majestuoso como un cisne, se puso á remontar la corriente.

—¡Qué arranque! dijo uno de los invitados con admiración.

Era Lobo Grigorievitch Reznikoff, un hombre alto, delgado, de aspecto respetable, consejero en la Cámara de comercio.

—¡Ni la más mínima sacudida! Es como una señorita que baila.

—¡Velocidad media!...

—¡Este no es un barco... es un sueño! suspiró piadosamente Efm Zuboff, el macero de la catedral, primer usurero de la ciudad, hombre encorvado y desfigurado por la viruela.

El día estaba pesado. El cielo cubierto de nubes grises, se reflejaba en el río y le daba un tinte metálico. Airoso, reluciente, el barco bogaba sobre la larguísima sábana donde el reflejo de sus colores frescos proyectaba una mancha clara y alegre. Lanzaba hacia el cielo una columna de humo negro que no se disipaba y formaba poco á poco, por encima de él, como una nube sombría. Enteramente pintado de azul, con una chimenea rosa y las ruedas de rojo vivo, avanzaba con facilidad, partiendo el agua y rechazándola hacia las orillas. Los cris-

tales de los tragaluces relucían como espejos y parecían sonreír alegremente...

—¡Señores! exclamó Kononoff, sombrero en mano, ahora que dimos á Dios lo que era debido, demos al César lo que es del César. ¡Músicos!...

Y sin esperar respuesta, sirviéndose de su mano como de un portavoz, gritó:

—¡Adelante la música! tocad *La Gloria*.

La orquesta militar, oculta tras la máquina, dejó oír las primeras notas de la marcha.

Macario Bobroff, el director-fundador del Banco del comercio del pueblo, tarareaba con agradable voz de barítono, marcando el compás sobre su enorme vientre:

—Gloria, gloria á nuestro Czar de Rusia, ¡ta-ra ta! ¡bum!

—¡Señores, á la mesa! ¡Sirvanse pasar! ¡A comer! ¡ja! ¡ja! ¡hacedme esta merced!

Eran una treintena: la flor de la sociedad comerciante de la población, todos gente de posición. Los más ancianos, calvos ó canos, llevaban levitas anticuadas, gorra y botas altas. Pero estos eran poco numerosos. Los sombreros de copa, los botines y los trajes á la moda formaban la mayoría. Todos estaban en la proa del barco y sólo á su pesar cedían á las invitaciones reiteradas de Kononoff.

En la popa, bajo una tienda de campaña, estaba puesta una larga mesa, cubierta de entremeses. Lobo Reznikoff avanzaba de bracero con Maiakín. Inclinado hacia él, le decía algo al oído y Maiakín escuchaba con una leve sonrisa.

Tomás, que á ruegos de su padrino tomaba parte en esta solemnidad, no veía ningún amigo entre todos aquellos individuos que le eran antipáticos, y estaba alejado, triste y pálido. Días antes se había emborrachado de un modo abominable en compañía de Ejóff y estaba indispuerto. Se sentía á dis-

gusto en este núcleo de individuos de buen porte y excelente humor; el sonido de las voces, el rumor de la música, el estrépito de las ruedas, todo le molestaba.

Sentía la imperiosa necesidad de beber un poco para reponerse, y el deseo de saber por qué su padrino se mostrara tan amable con él, llevándole á aquella reunión de los más ricos comerciantes, le llenaba de curiosidad. ¿Por qué había insistido tanto por decidirle, llegando hasta suplicarle viniese á esta comida y al *Te Deum* de Kononoff? Tomás recordaba toda la conversación con su padrino.

—¡Vamos, no seas tonto, ven! ¿Por qué eres tan huraño? El carácter cada cual lo recibe de la naturaleza, y en cuanto á la riqueza, hay pocos que puedan rivalizar contigo... Es necesario mantenerte en tu espera, ¡ven!

—¿Para cuándo la discusión seria, papá? ¿Cuándo hablaremos de negocios? preguntaba Tomás, siguiendo, en el rostro de Maiakín, el juego de sus ojos verdes.

—¿Hablas de tu libertad? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Hablaremos, amigo. ¡Eres original! ¡De modo que te harás monje, después de haber abandonado tus bienes, á ejemplo de los santos y los ermitaños! ¿eh?

—Veré, respondió Tomás.

—¡Bueno! ¡Por de pronto, partamos! Prepárate pronto. Lávate esa cara con un trapo mojado: ¡está abotagada! y coge en el tocador de Liuboff un poco de agua de Colonia porque hueles á taberna! ¡Es horrible!

Habiendo llegado al barco cuando empezaba el servicio divino, Tomás estaba en una de las bandas. No había quitado ojo de los comerciantes durante la misa. Todos guardaban un silencio religioso; sus semblantes expresaban el recogimiento y la piedad; oraban con fervor, suspiraban inclinándose

hasta el suelo y elevaban al cielo dulces miradas. Tomás miraba ya al uno, ya al otro, y se acordaba de las historias que corrían acerca de cada uno de ellos.

Lobo Reznikoff: éste empezó como gerente de una mancebía y se ha enriquecido súbitamente. Se decía que había estrangulado á uno de sus clientes, rico propietario de Siberia.. Luboff se ocupaba en los primeros años en comprar cáñamo á los campesinos; había quebrado dos veces... Kononoff había sido perseguido, veinte años antes, por incendio voluntario y estaba procesado por corrupción de menores. En esta acusación estaba también implicado Zachar Robustoff, rico comerciante regordete, de cara redonda y de alegres ojos azules. Era la segunda vez que le acusaban por tan feo motivo... Entre estos individuos, Tomás no veía ninguno sobre cuya conciencia no pesase algo. Y sabía que todos tenían envidia á Kononoff, que, cada año, aumentaba el número de sus barcos. Sabía también que varios estaban á matar con él, que no se tenían lástima en el terreno del negocio y que ninguno de ellos ignoraba las acciones malas y deshonrosas de los demás... Pero en este momento todos estaban al lado de Kononoff y parecían fundidos en una sola masa compacta que vivía y respiraba como un solo hombre. Silenciosos y graves estaban todos allí, rodeados de algo invisible, pero impenetrable, que parecía rechazar á Tomás é intimidarle al mismo tiempo.

«Bellacos!» pensaba él para darse valor.

Sin embargo, ellos tosían levemente, suspiraban y se santiguaban, se inclinaban y rodeaban al clérigo como un muro viviente, inmutables y firmes, parecidos á enormes piedras negras. «¡Mienten!» se decía Tomás en tanto que á su lado el jorobado y tuerto Pavlín Gutchin, que acababa de despojar á

los hijos de su hermano loco, murmuraba con aire contito, elevando al cielo su ojo único:

— «¡Apiadaos de mí, Dios santo, en vuestra misericordia infinita!

Y Tomás comprendía que aquel hombre imploraba á Dios con toda su alma y que estaba poseído de una fe inquebrantable en la misericordia divina.

— «¡Dios, Señor nuestro! Tú, que ordenaste construir el Arca, salvando al mundo de la destrucción, protege á este barco...» salmodiaba con voz fuerte el sacerdote, elevando al mismo tiempo sus miradas al cielo. «Dios todopoderoso, dale por escolta tus ángeles, que le proporcionarán la paz y la seguridad y dignate extender tu protección sobre todos los que lleva...»

Los traficantes se persignaban á un mismo tiempo con noble ademán y sus rostros expresaban un sentimiento idéntico: el de la eficacia de la plegaria.

Todas aquellas imágenes se habían grabado en el cerebro de Tomás y había excitado su atención hasta el último grado. Se preguntaba cómo aquellos hombres, animados de tan hermosa confianza en la misericordia divina, podían ser tan despiadados hacia sus semejantes. Les vigilaba con atención, deseoso de sorprenderles en flagrante delito de mentira y de hipocresía.

Se sentía irritado de ver su solidaridad, aquella seguridad unánime en sus fuerzas; irritado de ver sus rostros triunfantes y oír sus conversaciones estrepitosas, sus risotadas.

Todos acababan de sentarse á la mesa y miraban con avidez los entremeses que la cubrían y el inmenso esturión de dos metros de largo colocado en el centro, adornado de verdura y de gruesos canchales. Trofim Zuboff anudaba su servilleta alrede-

dor del cuello y miraba el pez monstruo con ojos atónitos, diciendo á su vecino el molinero Ion Iuchkoff:

—¡Iona Nikiforovitch! mira... una ballena. Te podría muy bien servir de estuche... ¿eh? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Te vendría como un guante, ¿eh? ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Iona, un hombrecito redondo, tendía la mano con mil precauciones hacia un cubo de plata lleno de caviar fresco, se limpiaba los labios y echaba miradas ansiosas hacia las botellas alineadas delante, que temía derribar.

Una media barrica de viejo aguardiente, traído á todo coste de Polonia, estaba colocado frente á Kononoff sobre un trípode. Una cubeta gigantesca, con aros de plata, contenía las ostras y por encima de todo se elevaba enorme pastel en forma de torre.

—¡Señores! ¡sírvanse, se lo ruego! Cada cual lo que guste, decía Kononoff. Lo he mandado poner todo sobre la mesa; cada cual escogerá... Platos rusos, nacionales y también extranjeros, ¡todo á un tiempo! ¡Así es mejor! ¿Qué desean? ¿Quién quiere caracoles ó mariscos? Se asegura que vienen de la India...

Zuboff decía á su vecino Maiakín:

—La plegaria para la bendición del barco no se aplica enteramente á un barco de comerciante ó á un remolcador, ó bien se aplica, pero resulta insuficiente... Un barco que hace el servicio de un río constituye la morada habitual del capitán y de los marineros, y por esto debe ser considerada como una casa... Sería necesario, por consiguiente, hacer la plegaria que se dice al colocar la primera piedra de un edificio, más bien que la plegaria para la bendición de un barco... ¿Qué bebes?

—No tengo costumbre de beber vino, sírveme

en cambio una copita de eckauer, respondió Maia-
kín.

Tomás se había sentado al extremo de la mesa, en medio de individuos desconocidos, modestos y tímidos, y sentía fija en él la mirada penetrante de su padrino.

«Tiene miedo de que cometa algún desaguisado», se decía.

—¡Amigos míos! atronaba la voz del enorme armador Iatchuroff; no puedo dejar indiferente el arenque! Debo empezar por el arenque... es una necesidad del cuerpo...

—¡Vamos, adelante la música! ¡Tocad la *Marcha Persa!*

—Espera. Es mejor *La Gloria del Señor.*

—¡Venga *La Gloria!*

El ronquido de la máquina y el estrépito de las ruedas se mezclaban los acordes de la música, formando un conjunto que recordaba el mugido del viento en una nevasca.

El silbido de la flauta, el canto gangoso de los clarinetes, las gruesas voces de los bajos, el tronar del tambor, se confundían con el rumor sordo y monótono de las ruedas que golpeaban el agua, flotando en el aire, cubrían las voces humanas y seguían al barco, como un huracán, obligando á las personas á gritar con todas sus fuerzas.

A veces la máquina hacía oír su silbido furioso, que ponía en el caos de los gritos, gruñidos y ruidos, una nota irritada y despreciativa...

—¡Lo que nunca te perdonaré es haber rehusado descontar mi letra! gritaba alguien con voz ronca.

—¡Basta! ¿Es acaso el momento de hablar de cuentas? suspiró con voz de bajo Yuboff.

—¡Amigos míos!... ¡es necesario pronunciar discursos!

—¡Silencio la música!

—Ven á mi banca, te explicaré porqué no te la desconté...

—¡El discurso!... Un poco de silencio!...

—¡Qué pare la música!

—Tocad el vals de...

—No, no, *Madame Angot*...

—Qué no, es inútil. Jacob Tarassovitch, todos te suplicamos...

—Eso sí que se llaman un pastel Strasburgo...

—¡Te lo ruego, te lo ruego!

—¿Un pastel? No se parece pero... voy á probar un poco.

—Jarassitch, decidete!

—¡Amigos míos!... Se divierte uno, palabra de honor...

—Y en la *Bella Elena*, amigo, aparece casi desnuda!... chilló la voz aguda de Robustoff.

—¡Espera! Jacobo hizo ó no hizo traición á Esau? ¿eh?

—No puedo, mi lengua no es un molino y ya no soy joven.

—¡Yasha! ¡todos te lo pedimos!

—¡Concedenos este honor?

—¡Te nombraremos alcalde!

—¡Tarasovitch! ¡no te hagas rogar!

—¡Silencio! ¡Jacob Tarasovitch vá á decirnos unas palabras!

—¡Chist!

En el silencio que se estableció en este momento, se oyó distintamente lo que sigue:

—Si supieses, amigo, lo que pica esa bribona...

—¿En qué sitio? preguntó Bobroff con su voz atronadora.

Una carcajada general acogió aquellas palabras, pero todos se callaron, pues Jacob Tarasovitch acababa de levantarse, había tosido, se había pa-

sado la mano por su cráneo calvo y reclamaba visiblemente la atención de los convidados.

—¡Amigos, seamos todos oídos! anunció Kononoff con satisfacción.

—¡Señores negociantes! empezó Maiakin sonriendo. Los instruidos y los sabios han introducido una palabra nueva en nuestra y lengua, esta es «cultura». Sobre esta palabra quiero disertar con toda la sencillez de mi alma.

—¡Miras altas! exclamó con satisfacción alguno.

—¡Chist! ¡Silencio!...

—¡Señores! continuó Maiakin con voz más fuerte. Los periódicos no perdonan ocasión de decir que nosotros los industriales somos refractarios á la cultura, que no la comprendemos ni siquiera la deseamos. Nos tratan de salvajes y de hombres incultos... ¿Qué es pues la cultura? Tales frases me han parecido inconvenientes á mí que soy un viejo y me he puesto á estudiar esta palabra: ¿Qué quiere decir en realidad?

Maikin lanzó una mirada circular comprendiendo á todos los invitados y continuó, recalcando las palabras, y con una sonrisa de triunfo en los labios:

—Según mis averiguaciones, esta palabra, que se deriva de culto, sólo significa adoración, es decir amor elevado, por el trabajo y el buen orden de la vida. ¡Bueno! me he dicho. ¡Comprendido! Y puesto que es así el hombre culto es el que ama el trabajo y el orden... que quiere de un modo general, organizar la vida, que ama la vida misma, conoce su propio valor y su precio... ¡Perfectamente!

Jacob Tarasovitch tembló; las arrugas de su fisonomía hicieron un surco desde sus ojos sonrientes hasta la boca y toda su calva cabeza tomó el aspecto de una estrella opaca.

Los comerciantes estaban suspendidos de sus

labios. Silenciosos é inmóviles, permanecían como clavados en los asientos donde les había sorprendido las primeras palabras del discurso de Maiakín.

—Y puesto que es así y es precisamente así como esta palabra debe ser interpretada, los hombres que nos tratan de incultos y de salvajes nos calumnian y nos injurian! Pues ellos no gustan más que de la forma y no del sentido, mientras que nosotros somos los fervientes de esta palabra en su verdadera acepción, gustamos de lo que constituye la esencia, amamos el trabajo! Somos nosotros precisamente los que poseemos el verdadero culto de la vida, es decir la adoración de la vida y no ellos. Ellos se dan á la discusión y nosotros á la acción... y hé aquí señores negociantes, un ejemplo característico de nuestra cultura, es decir de nuestro amor por el trabajo, éste ejemplo es el Volga! ¡Mirad, este río, nuestro querido padre, que nos alimenta! Cada gota de sus aguas es un testimonio en nuestro honor y protesta contra el insulto que se nos dirige... No han pasado más que cien años, señores, desde que el czar Pedro el Grande botó en nuestro río barcos y pontones, y hoy millares de barcos lo surcan en todos sentidos... ¿Quién, pues, los ha construido? El campesino ruso es un hombre sin instrucción. Todos esos vapores, esas barcas, ¿á quién pertenecen? ¡A nosotros! ¿Quien las concibió? ¡Nosotros! Todo nos pertenece, es fruto de nuestra inteligencia de nuestro ingenio y del gran amor que tenemos por el trabajo.

—¡Nadie nos ha ayudado! Hemos por nuestros recursos propios equipado milicias para destruir el bandidaje del Volga. Y cuando los hemos exterminado, hemos lanzado millares de barcos y vapores á lo largo del río. ¿Cuál es la ciudad más hermosa del Volga? Es aquella en la que los traficantes son

en mayor número... ¿A quién pertenecen las mejores casas de la población? Al traficante. Reune céntimo á céntimo y hace donaciones que se cifran por centenas de millares de rublos... ¿Quién ha construido las iglesias? ¿Quién contribuye más al Estado? ¡Siempre los traficantes señores! Sólo nosotros amamos el trabajo por él mismo, por amor á la organización de la vida en general. ¡Nosotros solos amamos el orden y la vida! ¡Déjemos, pues, hablar á los que dicen mal de nosotros! ¡Tanto peor! El viento sopla, el sauce gime, ¡el viento cae, el sauce queda perenne! No se hacen de él ni escobas, ni varales; es un árbol sin utilidad. De ahí su agitación... y ellos, nuestros jueces ¿qué hacen para embellecer la vida? Nadie lo sabe. Nosotros, al menos tenemos nuestras obras que hablan por nosotros. ¡Señores negociantes! saludo en vosotros á los hombres, que, en la vida, tienen el primer puesto, los hombres más laboriosos que practican su trabajo con amor y que han hecho todo y pueden hacerlo todo. Con todo mi corazón repleto de estimación y de afección por vosotros, leaoo mi vaso y bebo por el valiente, grande, y laborioso cuerpo de traficantes rusos! ¡Qué Dios prolongue vuestros días! ¡Vivid para mayor gloria de nuestra madre la Rusia! ¡Hurrah... ¡ah!...

A este último grito, lanzado por la voz temblorosa de Maiakín, la asamblea experimentó un entusiasmo indescriptible y se produjo un estrépito ensordecedor. De todos los pechos de aquellos hombres corpulentos y gruesos, excitados por el vino y los brindis del viejo, partió al unísono un grito tan formidable que todo se conmovió y tembló en el vapor.

¡Jacob Tarasovitch, trompeta del Señor! gritaba Zuboff tendiendo su vaso hacia Maiakín.

Sin fijarse en las sillas que derribaban ni en las

botellas ó la vajilla que caía cuando empujaban la mesa, los comerciantes se apretaban alrededor de Maiakín, vaso en mano, radiantes de alegría, algunos con lágrimas en los ojos.

—Eh, ¿qué tal? preguntaba Kononoff á Robustoff sacudiéndole por el hombro. ¡Trata de comprender! ¡Son grandes palabras las que acaban de ser pronunciadas!

—¡Jacob Tarasovitch, deja que te abrace!

—¡Llevemos á Maiakín en triunfo!

—¡Venga la música!

—¡La marcha... Persa!...

—Nada de música... ¡al diablo la música!

—¡Nuestra música está ahí! ¡Eh! ¡qué cerebro el de Jacob!

—No es de gran estatura, pero sí de talento!

—¡Mientes, Trofim!

—¡Jacob! ¡Pronto vas á morir!... ¡Qué desgracia!

—¡Cuánto dolor dejarás! No te lo puedes imaginar!

—¡Qué funerales se harán!

—Señores! ¡Fundemos una obra que lleve el nombre de Maiakín! ¡Yo doy mil rublos!

—¡Silencio! ¡esperad!

—Señores! repuso Maiakín sacudido por un gran temblor, lo que aun nos coloca en las primeras filas de la vida y nos da la preponderancia en nuestro país es que somos... campesinos!

—¡Justo!

—¡Está bien! ¡Bravo, viejo!

—Nosotros somos verdaderos rusos y todo lo que proviene de nosotros es puramente ruso. En su consecuencia es lo que hay más utilitario, más justo y es lo que marca deber...

—¡Dos por dos son cuatro!

—¡Claro!

—¡Tiene la sabiduría de la serpiente!

—Y la dulzura...

—Del buitre... ¡ja, ja, ja!

Los traficantes se habían agrupado alrededor del orador en un círculo estrecho. Le miraban con ojos emocionados y no podían oírle hablar sin enternecerse. El rumor de las voces unido al ronquido de la máquina y al golpear de las ruedas en el agua, producía un estrépito que cubría la voz chillona del viejo. La excitación de los traficantes iba en aumento, sus rostros resplandecían de alegría y todos llevaban sus vasos hacia Maiakín; se le golpeaba en el hombro, se le empujaba, se le abrazaba, se le contemplaba con éxtasis. Alguno, en el paroxismo del regocijo, gruñía:

—¡La Kamarinskaya! ¡La danza rusa!

—Nosotros somos los que lo hemos hecho todo, gritaba Jacob Tarasovitch, indicando el río con un movimiento de su diestra. ¡Todo nos pertenece! ¡Hemos sido aquí los promotores, los creadores, los organizadores de la vida!

En aquel instante una voz fuerte, dominando todos los ruidos, resonó en medio del tumulto:

—¡Ah! ¡sois vosotros!...

A tales palabras siguieron insultos groseros pronunciados con voz sorda, pero potente y con acento de fría rabia. Todo el mundo las oyó al mismo tiempo y el silencio reinó de pronto. Todos buscaban con la mirada á quien les había insultado. Durante algunos segundos no se oyeron más que los suspiros de la máquina y el chirrido de las cadenas del timón.

—¿Quién nos insulta así? preguntó Kononoff frunciendo las cejas.

—¡Ay de mí! ¡no podemos conducirnos bien! suspiró Reznikoff afligido.

—¿Qué significan todas estas injurias extemporáneas y sin razón? ¿Quién ha hablado?

Los rostros de los comerciantes expresaban inquietud, curiosidad, irritación y todos se agitaban torpemente en sus sitios. Jacob Tarasovitch solo estaba tranquilo y aun parecía satisfecho de lo que acababa de ocurrir. De puntillas, el cuello extendido hacia adelante miraba el extremo de la mesa y sus ojos relucían como si hubiesen visto algo especialmente agradable.

—Gordeieff... dijo levemente Iona Iuchkoff.

Todas las cabezas se volvieron en la dirección que seguía la mirada de Maiakin.

Tomás se mantenía de pie, las dos manos apoyadas sobre la mesa. La fisonomía descompuesta por la cólera, los dientes apretados, mirando cara á cara en silencio á los traficantes, con sus ojos ardientes, de pupilas dilatadas. Su mandíbula temblaba, sus hombros eran sacudidos por un temblor nervioso y sus dedos crispados sobre el borde de la mesa se clavaban en el mantel en un movimiento nervioso.

Ante aquella actitud irritada y aquella expresión de fiera, el silencio se estableció de nuevo entre los comerciantes.

—¿Qué ocurre, por qué arrugáis así el entrecejo? preguntó Tomás, acompañando esta pregunta de infinidad de injurias.

—¡Está ebrio! dijo Bobroff, moviendo la cabeza.

—¿Para qué haberle invitado? murmuró levemente Reznikoff.

—Tomás Ignatitch! dijo Kononoff reposadamente. Es necesario tener formas... Si por casualidad... se va la cabeza... vete y acuéstate, amigo mío. Acuéstate, querido, y...

—¡Cállate! rugió Tomás devorándole con la vista. ¡Te prohibo hablarme! No estoy borracho, soy el

único que tiene completa su razón, aquí! ¿Has comprendido?

—¡Espera un poco! ¿Quién te invitó á venir? le preguntó Kanonoff palideciendo bajo la afrenta.

—Yo le he traído, dijo Maiakin.

—¡Ah! ¡Oh! entonces... es diferente... Dispénsame Tomás Ignatitch... Pero puesto que eres tu quien lo has traído, Jacob, tú eres el encargado de calmarle... De otro modo es imposible...

Tomás se callaba y sonreía. Los comerciantes no decían nada tampoco.

—¡Eh, Tomás! exclamó Maiakin. Deshonras una vez más mis canas...

—Padrino, dijo Tomás mostrándole los dientes. No he hecho nada, aun no es hora de sermonear... No estoy borracho, no he bebido nada, no hago más que escuchar... Señores comerciantes, ¿queréis permitirme algunas palabras? Mi muy estimado padrino ha hablado... escuchad ahora al ahijado...

—¿Para qué discursos? dijo Reznikoff. ¿Para qué hablar? Nos hemos reunido para divertirnos...

—Déjate de eso, Tomás Ignatitch...

—Bebe más bien...

—¡Bebamos!... ¡Ah, Tomás! ¡eres el hijo de un padre admirable!...

Echándose atrás é irguiendo su alta estatura, Tomás escuchaba, sonriente, aquellas palabras conciliadoras. Era el más hermoso y el más joven de todos los hombres allí reunidos. Su cintura elegante ajustada por la levita, se destacaba de la masa de cuerpos obesos y barrigudos. Su rostro moreno, sus grandes ojos, sus rasgos regulares, todo su aspecto vigoroso y sano contrastaba con los rostros colorados y ajados que tenía delante y en los que se leía en aquel momento la ansiedad y la perplejidad.

Sacó el pecho, apretó los dientes, desabotonó su levita y hundiendo ambas manos en sus bolsillos:

—Ya no es hora de cerrarme la boca por halagos y cumplimientos, dijo, decidido y amenazador. Escuchadme ó no escuchéis yo seguiré hablando á pesar de ello... No se puede expulsarme de aquí...

Hizo una señal con la cabeza, levantó los hombros y declaró tranquilamente:

—Pero si alguno intenta tocarme con la punta del dedo, lo mato. ¡Lo juro por cuanto más sagrado existe... mataré á todos los que puedan...

Un temblor comunicóse á la asistencia como una ráfaga de viento que pasa por un bosque. Murmullos de inquietud se dejaron oír.

El rostro de Tomás se oscureció, sus ojos se agrandaron.

—Aquí se ha tratado de la vida que habéis pretendido organizar, y se ha dicho que vuestra obra es justa y buena...

Tomás exhaló un profundo suspiro y paseó sobre los auditores una mirada de odio.

Todos tenían rostros extrañamente descontentos, como inflados.

Los traficantes se callaban y se unían más aun los unos contra los otros. En las ultimas filas alguno murmuraba:

—¿Con qué objeto dice eso? ¿eh?... Acaso comenta las Escrituras ó bien va á hablar de su propio caletre?

—¡Oh! ¡miserables! exclamó Gordeieff moviendo la cabeza. ¿Qué habéis hecho? No habéis organizado la vida, habéis hecho de ella una prisión... No es el orden el que habéis introducido, son cadenas que habéis remachado con las manos de los hombres. En vuestro medio no se respira, no hay movimiento, no se puede un hombre revolver. ¡Allí se parece! no sois más que asesinos... ¡Tenéis que comprender que si existís aun es sólo debido á la misericordia de los hombres!...

—¿Qué significa eso? exclamó Reznikoff indignado. ¿Iliá Efimovitch, qué es eso? Yo no quiero oír tales palabras...

—¡Gordeieff! gritó Bobroff ¡Ten cuidado! Lo que dices está fuera de sitio...

—¡Se pagan caros esos discursos! dijo Zuboff severamente.

—¡Silencio! rugió Tomás y sus ojos se inyectaron en sangre. ¿Acaso los cerdos tienen derecho á gruñir?

—¡Señores! dijo Maikín y su voz tranquila y odiosa sonaba desagradablemente como una lima que raspa hierro. No le toquéis... os lo suplico... no le contrariéis... dejadle gritar... eso le alivia... Sus palabras no os insultarán...

—¡Oh! ¡no! ¡gracias! exclamó Iuchtoff.

Smolín que se encontraba al lado de Tomás le murmuraba al oído:

—¡Cállese, amigo mío! ¿Ha perdido V. la cabeza? Van á...

—¡Déjame! respondió Tomás con firmeza echándole una mirada furiosa. ¡Vete al lado de Maikín, lámele las manos, y ganarás sin duda algunos rublos!...

Smolín se puso á resoplar entre sus dientes apretados y se alejó. Todos los traficantes empezaban á dispersarse por el barco. Tomás sintió el golpe: habría preferido clavarles en sus sitios con sus palabras y no las encontraba bastante fuertes...

—¡Decís que habéis organizado la vida! gritaba él; pero ¿quien sois? Una perniciosa de bribones, de ladrones...

Varios se volvían como si se les hubiese llamado por sus nombres.

—¿Kononoff, te van á juzgar pronto á causa de la niña? Te verás condenado á trabajos forzados! adiós, ¡Iliá! Es bien inútil construir tan hermosos

barcos... Te llevarán á Siberia por cuenta del Estado...

Kononoff desplomóse como una masa sobre la primer silla que encontró. Su rostro se puso violáceo y no tuvo más que la fuerza de amenazar á Tomás con el puño.

Articuló con voz ahogada:

—Bueno... Bueno... no lo olvidaré...

Cuando Tomás vió aquella cara descompuesta y aquellos labios temblorosos, comprendió en seguida, de que arma se debía valer para atacar á aquella gente con golpe certero.

—¡Ja, ja, ja! ¡Organizadores de la vida! ¿Gontchin, sigue dando limosna á tus sobrinos? Dales un céntimo por día... ya que les has pellizado una buena porción, sesenta mil rublos, es una linda suma... ¡Bobroff! ¿Por qué has acusado á tu querida de haberte robado y por qué la has hecho aprisionar? Si ya tenías bastante, haberla pasado á tu hijo... se habría encargado bien de ella, él, que ahora es el amante de tu nueva querida... ¿Cómo no lo sabía? ¡Eh! gran cerdo... ja, ja, ja!... y tu Lobo, abre de nuevo una casa de prostitución y saquea á los clientes cómodamente; mas tarde el diablo se encargará de saquearte á su vez, ¡ja, ja, ja! ¡Con esa faz de devoto es cómodo el ser un granuja! ¿A quién asesinaste antaño, Lobo?...

Tomás recalcaba sus impropiedades con malévolas sonrisas, y veía que ahora cada palabra daba en el blanco. Después de oírle largo tiempo, se habían simplemente apartado de él, con miradas despreciativas ó furiosas. Había podido ver en sus sonrisas, adivinar en cada uno de sus gestos el desdén que les inspiraba, y se había dado cuenta de que, aunque molestándoles, sus palabras no llegaban á tocar el punto sensible. Había sentido con amargura que su ataque fallaba y su cólera caía poco á poco.

Pero apenas les hubo enfrentado individualmente, la situación cambió de efecto.

Cuando Kononoff se había dejado caer sobre una silla bajo el apóstrofe de Tomás, este había percibido un resplandor de alegría maligna en los ojos de los asistentes. Había oído un murmullo de aprobación y de sorpresa:

—¡Buena puntería!

Aquella exclamación duplicó las fuerzas de Tomás con una seguridad apasionada se puso á lanzar sus acusaciones, sus burrias á la faz de todos los que encontraba su mirada.

Enrojece de alegría ante el efecto producido por sus palabras. Se le escuchaba en silencio y aun con recogimiento. Varias personas se le aproximaron. Débiles protestas, formuladas en voz baja, ensayaron alzarse, pero desde que Tomás apostrofaba á alguno por su nombre venía el silencio y todos dirigían miradas satisfechas sobre aquel que se encontraba interpelado aquel momento. Bobroff reía de un modo macabro y sus ojillos llenos de rabia se hundían como puñales en los de Tomás. Reznikoff agitaba los brazos, y repetía con voz ahogada:

—Todos sois testigos... ¿Qué significa todo esto? No, no quiero tolerar cosas semejantes. La acusación por difamar... ¿Qué quiere decir todo eso?

Y exclamó de repente, con voz penetrante, brazos tendidos hacia Tomás:

—¡Es loco de atar!

Tomás reía á carcajadas.

—¡No llegarás á ahogar la verdad! Si consigues atarme, no conseguirás que me calle.

—¡Ved ahí, señores comerciantes! decía Maiakin con voz metálica. Todos podéis juzgarle en su propio valor.

Los traficantes se enardecían y se aproximaron á Tomás. Sus rostros expresaban la cólera, la ad-

miración, una alegría maligna mezclada de temor.

Entre los individuos sin importancia y modestos que se encontraban en la mesa al lado de Tomás, alguno murmuró:

—¡Está muy bien hecho! ¡Dios se lo premie! No llevan lo que se merecen... Allá arriba os lo dirán...

—¡Robustoff! gritaba Tomás. ¿De qué te ríes? ¿De donde proviene tu alegría? No te librarás tampoco de ir a presidio...

—¡Tirémosle por tierra y arrojémosle en la orilla! gritó Robustoff irguiendo su cuerpo.

Kononoff daba ya la orden al capitán de volver atrás para ir derechamente en busca del gobernador.

Alguno declaró con convicción y con voz que la emoción hacía temblar que aquello era cosa premeditada.

—Ya lo creo, ¡esto es el principio de una protesta!

—¡Es menester atarle, eso es todo, atarle de pies y manos!

Tomás cogió una botella de champagne y la agitó por encima de su cabeza.

—¡Ensayad, pues! ¡Ah! ¡me oiréis hasta el final!

Y volvió á empezar de nuevo á cubrirles de injurias descubriendo sus infamias, llamándoles por sus nombres, experimentando una especie de voluptuosidad feroz al verles descompuestos, con espumarajos de rabia, al escuchar sus improperios. El ruido cesó.

Las personas que Tomás no conocía le miraban con ávida curiosidad. Parecían aprobarle y algunos tenían en el rostro una expresión de alegre admiración. Un vejete de mejillas escarlata y ojos de ratón, se dirigió de pronto á los traficantes y les dijo, cantando, con voz melosa:

—Estas son palabras que vienen de la conciencia. ¡Esto es bueno! Es necesario saber soportarlas... Es como la acusación del profeta... Hay que confesarlo, lo que está diciendo es la verdad, nosotros somos grandes pecadores...

Se le silbó. Zuboff le cogió por el hombro y lo sacudió. El hizo un profundo saludo y se perdió entre la muchedumbre.

—Zuboff, repuso Tomás, ¿sabes el número de los que has arruinado? ¿Ves tú á veces en tus sueños á Juan Pedro Miakinnikoff que se ahorcó por causa tuya? ¿Es cierto que todos los domingos robas diez rublos en la iglesia del cepillo de los pobres?

Zuboff no esperaba el ataque y se detuvo como petrificado, el brazo levantado. Después chilló con voz aguda y dando un salto cómico:

—¿Te metes conmigo? ¿Conmigo también?

E inflando de repente sus mejillas con aire de dignidad, extendió el puño hacia Tomás, y exclamó:

—¡El insensato! ¡En su locura afirma que Dios no existe! Voy á ir á casa del obispo... ¡Miserable! ¡Mereces el presidio!

El tumulto aumentaba. En vista de aquellos rostros odiosos, corajudos, humillados, Tomás producía el efecto de un gigante destruyendo monstruos. Todos se agitaban, gesticulaban, hablaban á la vez, los unos rojos de cólera, los otros amarillos, pero igualmente impotentes para detener al raudal de sus improperios.

—¡Haz venir á los marineros! gritaba Reznikoff tirando á Kononoff de la manga. ¿Qué tienes, Iliá? ¡Eh! nos has invitado para dejarnos insultar.

Alrededor de Jacob Tarasovitch una muchedumbre silenciosa escuchaba y aprobaba con inclinaciones de cabeza.

—¡Vaya, obra tú, Jacob! decía Robustoff. Todos seremos testigos en caso de necesidad... ¡decidete!

Y la voz vengativa se llevaba despiadada, dominando el tumulto y los gritos.

—¡No habéis organizado la vida, habéisla convertido en una en un pozo de inmundicias! ¿Tenéis siquiera conciencia? ¿Pensáis en Dios alguna vez? ¡El becerro de oro, ese es vuestro Dios! Habéis tirado la conciencia... ¿qué habéis hecho de ella? ¡Asesinos! Vivís del esfuerzo de los demás... Aprovecháis la fatiga y el esfuerzo de vuestro prójimo... Pero ya lo expiaréis... ¡Cuando os muráis, todo os será contado! Todo, hasta la más mínima lágrima... y numerosos son los que han llorado gotas de sangre sobre vuestros corazones cínicos... ¡Ah, miserables! el infierno mismo es demasiado bueno para vosotros. No os quemaréis por el fuego, sino que herviréis en el fango... Siglos de tortura no os purificarán... El diablo os arrojará mezclados en tinajas y echará sobre vosotros ¡ja, ja, ja! verterá ¡ja, ja, ja! señores, honrados comerciantes... organizadores de la vida... ¡demonios!...

Tomás se apretaba la cintura, la cabeza echada atrás. Reía convulsivamente.

En aquel momento varios hombres juntos se arrojaron juntos sobre él y le derribaron con su peso. Una lucha se siguió...

—Ya le tenemos, dijo una voz ahogada.

—¡Ah! ¡de esta manera! resollaba Tomás.

Durante varios segundos un montón de cuerpos negros voceaban; exclamaciones sordas se escapaban:

—¡Echale al suelo completamente!

—¡Sosténle la mano!... ¡la mano! ¡oh!

—¡Ah! ¡Me tiras de la barba!

—Traed servilletas pronto... Vamos á atarle con servilletas...

—¡Muerdel!...

—¡Toma! ¡esta es para tí!...

—¡No peguéis! ¡Te prohibo pegar!...

—Ya está...

—¡Es rudamente fuerte!

—Transportémole aquí... hacia las bordas...

—Al fresco... ¡ja, ja, ja!...

Se arrastró á Tomás por el puente y se le dejó tendido á lo largo del camarote del capitán.

Los fabricantes se alejaron, limpiándose el sudor del rostro y poniendo en orden sus trajes.

Allí yacía Tomás, destrozado por la lucha y la humillación de la derrota, silencioso, la ropa desgarrada, sucia, los brazos y las piernas sólidamente atados con servilletas. Sus ojos inyectados en sangre, eran en aquel momento redondos. Fijaba en el cielo una mirada atontada y sin expresión, como la de un idiota. Su pecho se levantaba por intervalos desiguales, con respiración trabajosa.

Los fabricantes iban á tomar la revancha. Zuboff fué quien empezó. Se aproximó á Tomás, le dió con el pie y dijo con dulzura, regocijado de poder tomar venganza:

—¡Veamos, gran profeta! ¿Aprecias ahora las dulzuras de la cautividad? ¡ja, ja, ja!

—No te precipites demasiado... replicó Tomás con voz ahogada y sin mirarle. Espera... déjame respirar... No podéis atarme la lengua...

Pero Tomás comprendía que no podía hacer nada. Y esto, no porque estuviese atado, sino porque el fuego que ardía en él estaba apagado y su alma devastada, negra como una tumba.

Reznikoff se unió á Zuboff. Después Bobroff, Kononoff y otros se retiraron á la popa con Maiakín; hablaban con animación, pero muy quedo.

El barco se dirigía á todo vapor en dirección de la ciudad. La trepidación de la máquina hacia sonar los vasos y las botellas y el choque del cristal era lo que Tomás percibía distintamente. A su al-

rededor un grupo hostil le propinaba injurias y sarcasmos. Tomás no distinguía ninguna fisonomía y lo veía todo como á través de una bruma. Las palabras que le dirigían no le hacían dano. Un sentimiento nuevo, hecho de amargura y de dolor, un sentimiento vago, que había invadido todo su sér y no daba lugar á ninguna otra impresión. Tomás seguía el progreso del estrago que tenía lugar en su alma y aún cuando fuese incapaz de definirlo, experimentaba una angustia dolorosa y un disgusto inmenso.

—¡Reflexiona un poco, charlatán... en lo que tú has ganado! decía Reznikoff. ¿Qué existencia será la tuya ahora? Ninguno de nosotros se dignará ahora ni escupirte á la cara.

—¿Qué he hecho pues? se preguntaba Tomás perplejo.

Los fabricantes le rodeaban.

—Vamos, Tomás, decía Iatchuroff, estás aviado...

—Nosotros te...

—¡Soltadme! dijo Tomás.

—¡No! Estás mejor así...

—Llamad á mi padrino...

Pero en este momento apareció Jacob Tarassovitch en persona. Se aproximó á Tomás, examinó con mirada severa su larga silueta extendida en el puente y exhaló un profundo suspiro.

—¿Y bien, Tomás? pronunció.

—Dí que se me desate, dijo Tomás con voz dulce.

—¡Vas á empezar tus barbaridades! No, permaneceré así.

—Te juro no abrir más la boca. Desatadme, me da vergüenza! ¡En el nombre del cielo! ¡Si no estoy borracho! Podéis, si queréis, dejarme atadas las manos...

—¡Jura no volver á empezar! dijo Maiakín.

—¡Oh! ¡Dios mío! no... no... gimió Tomás.

Se deshizo sólo la atadura de las piernas. Cuando

se pudo levantar, los miró á todos y dijo con triste sonrisa:

—Me habéis podido...

—Lo podremos siempre... respondió su padrino con altivez.

Completamente encorvado, las manos atadas atrás, Tomás se aproximó á la mesa sin levantar los ojos ni pronunciar una sola palabra. Parecía más delgado y más pequeño. Mechones de cabellos le caían por la frente y las sienes. La pechera desgarrada de su camisa salía por encima del chaleco; el cuello le subía á la boca. Trataba en vano de ponerle en su sitio moviendo la cabeza. Un viejo se le aproximó, puso en orden sus vestidos, le miró con sonrisa bondadosa y dijo:

—Hay que saber llevar la cruz...

En presencia de Maiakín, todos los que se habían burlado de Tomás guardaban un silencio interrogador y esperaban con curiosidad que el viejo se decidiese á hablar.

Maiakín estaba tranquilo, pero sus ojos relucían con brillo extraño, poco en armonía con los acontecimientos; la expresión era más bien alegre.

—Dadme aguardiente, articuló Tomás sentándose ante la mesa y apoyando encima su pecho.

Su cuerpo encorvado inspiraba lástima en su impotencia. Se hablaba á media voz ante él y se andaba con precaución. Todas las miradas se dirigían ya á Tomás ya á Maiakín, que había cogido una silla y se había sentado enfrente de él. El viejo no accedió en seguida al deseo de su ahijado. Le miró primero fijamente, después llevó sin darse prisa un vasito de aguardiente que llevó sin hablar palabra á la boca de Tomás. Este vació el vaso hasta la última gota y pidió de nuevo aguardiente.

—¡Es bastante! respondió Maiakín.

Un silencio pesado embargaba á la concurrencia.

Los que se aproximaban á la mesa iban de puntillas y alargaban el cuello para ver á Tomás.

—Y bien, Tomás, ¿has comprendido lo que has hecho? preguntó Maiakín.

Hablaba con lentitud, cada cual pudo oír la pregunta.

Tomás hizo una señal incierta con la cabeza y no pronunció una palabra.

—¡No esperes perdón, no! prosiguió Maiakín en alta voz. Aunque todos seamos cristianos, no te perdonaremos, puedes estar seguro.

Tomás levantó la cabeza y dijo pensativo:

—Os he olvidado, padrino... No os he dicho nada...

—¡Tened! exclamó con tono amargo Maiakín señalando á su ahijado. ¡Ya lo veis!

Un murmullo de protesta se elevó entre la concurrencia...

—¡Pero, bah! continuó Tomás con un profundo suspiro, ¿qué importa eso? ¡No ha resultado nada de todo ello! ¡ay de mí!

—¿Qué querías? le preguntó su padrino con frialdad.

—¿Que qué quería? Tomás levantó la cabeza y miró á su alrededor sonriendo. Quería...

—¡Borracho! ¡Miserable!

—¡No estoy borracho! replicó Tomás con voz pausada. No he tomado más que dos copas... Tenía mis sentidos cabales...

—Entonces, ¿eres tú quien dice verdad? ¡Jacob Tarassovitch no lleva razón! dijo Bobroff

—¡Yo! exclamó Tomás.

Nadie se preocupó más de él.

Reznikoff, Zuboff y Bobroff se inclinaron hacia Maiakín y le hablaron en voz baja. Tomás oyó la palabra «tutela.»

—Tengo un juicio despejado, dijo él, apoyándose

en el respaldo de la silla y fijando sobre los fabricantes su mirada vaga. Sabía perfectamente lo que quería... Quería la verdad... Quería denunciaros...

Su exaltación renacía y trataba de soltarse las manos.

—¡Eh, ten cuidado! exclamó Bobroff, cogiéndole por los hombros. ¡Sujetadle!

—¡Sí, sujetadme! dijo Tomás con amargura. ¡Cogedme!... ¿Para qué valgo?...

—¡Vaya, está tranquilo! le ordenó su padrino.

Tomás se calló. Entonces comprendió que todo cuanto había hecho era inútil, que sus palabras no habían conmovido el alma endurecida de los traficantes. Formaban á su alrededor un muro espeso á través del cual no podía ver nada. Allí estaban, tranquilos, firmes, tratándole de borracho, de loco, preparándole sin duda alguna mala pasada. Se sentía miserable, aniquilado, aplastado; aplastado por el número y la potencia de aquella masa de seres inteligentes, fuertes en su posición social. El momento en que los había insultado le parecía ya tan lejano, que no comprendía ya lo que había hecho ni el por qué. Le parecía que era extraño á sí mismo y empezó á experimentar una sensación penosa, avergonzándose de su conducta. Su garganta se oprimía al par que su pecho, como si una capa de polvo ó de ceniza hubiese cubierto su corazón. Los latidos eran irregulares y violentos.

Y entonces él dijo lentamente, pensativo, como hablándose á sí mismo y para justificarse á sus propios ojos:

—Yo quería decir la verdad... ¿Acaso esto es vivir?

—¡Imbécil! dijo Maiakín con desprecio. ¿Qué verdad puedes tú decir? ¿Qué cosas comprendes?

—Tengo el corazón ulcerado... ¡Comprendo! ¿Cuál es vuestra justificación ante Dios? ¿Para qué vivís? No, lo siento... sentía la verdad.

—¡Se acusa á sí mismo! dijo con mofa Bobroff.
Alguien añadió:

—Esas palabras denotan enajenación mental.

—No es dado á todo el mundo decir la verdad, declaró Maiakin con tono sentencioso. La verdad fué aprendida con el espíritu y no con el cuerpo... ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡Si no has hecho más que sentir, es locura! ¡La vaca siente también cuando se le tira de la cola! Es menester comprender. ¡Comprenderlo todo! ¡Comprender hasta al enemigo! ¡Adivinar lo que sueña por las noches y no obrar sino sobre seguro!

Arrastrado por su manía de consejos filosóficos, Maiakin iba á meterse en una larga disertación, pero recordó á tiempo que no se enseña el arte de combatir al que está prisionero y calló. Tomás le miraba entontecido y meneaba la cabeza.

—¡Especie de tambor! exclamó Maiakin.

—Dejadme tranquilo, gimtó Tomás. Todo os pertenece. ¿Qué más queréis? Estoy medio muerto, destrozado... ¡me está bien empleado! ¿Quién soy? ¡oh, Dios mío!...

Todos le escuchaban, pero con intención aviesa.

—Yo vivía, decía Tomás con voz sorda, observaba... reflexionaba. Mis pensamientos han formado un depósito más en mi corazón. La postema ha madurado y he aquí que reventó... ¡Ahora quedé sin fuerzas! Me parece que toda la sangre de mi cuerpo ha salido por esta herida. Hasta hoy, he vivido en la esperanza de deciros la verdad... La he dicho...

Hablaba con voz monótona, sin inflexión, y su lenguaje se asemejaba al delirio.

—He dicho... y en mi alma se ha hecho un vacío atroz... es el solo resultado que he obtenido. De mis palabras no queda ninguna traza... Nada ha cambiado á mi alrededor... Pero en mí todo ha pa-

sado, y todo está saqueado, quemado, devastado... ¿Qué puedo esperar? Todo permanece inmutable.

Jacob Tarasovitch tuvo una risa sardónica.

—¿Pue te creías, levantar una montaña con tu lengua? Te has armado contra una chinche y has querido atacar al oso. ¿No es esto? ¡Desgraciado! ¡Si tu padre te viese!

Un resplandor de inteligencia iluminó los ojos de Tomás y exclamó de nuevo con acento firme y convencido:

—Sois vos quien tenéis la culpa. Sois vosotros quien habéis hecho odiosa la existencia. Todo lo habéis oprimido... no dejáis al mundo respirar. Y por débil que sea la verdad que os opongo, es la verdad sin embargo. ¡Miserables! ¡malditos seáis!...

Se agitaba en su asiento, se esforzaba por recuperar la libertad de sus manos y gritaba loco de rabia:

—¡Desatadme!

El círculo formado á su alrededor se apretó de nuevo; los rostros de los fabricantes tomaron una expresión más severa y Reznikoff le dijo:

—No muevas tanto ruido, cálmate. Llegamos á la ciudad... Sostente de forma que no nos avergüences... No es posible meterte directamente en una casa de locos...

—¡Es cierto! exclamó Tomás. ¿Queréis encerrarme en una casa de locos?

Nadie le respondió. Los miró á todos y bajó la cabeza.

—Pórtate convenientemente. Te desataremos las manos.

—Es inútil, dijo Tomás con dulzura. Me es igual... Ya no me importa... No sacaré nada...

Y de nuevo se puso á soltar palabras sin ilusión.

—Estoy perdido, lo sé. Pero es mi debilidad y no vuestra fuerza la causa. Vosotros no sois más que gusanos ante Dios. ¡Esperad! Ya pereceréis también... Yo he perecido por ceguedad... Mis ojos se han apagado de pronto y estoy ciego... como el buho... Siendo niño, me acuerdo de haber un día dado caza á un buho en un barranco... Se elevaba, pero siempre tropezaba con algo... La luz del sol le deslumbraba... Se hirió y se mató... Mi padre me dijo entonces: «Lo mismo le ocurre al hombre: algunos se lanzan adelante, tropiezan á derecha y á izquierda, buscan su camino y por fin, desvanecidos, se echan en un rincón, ávidos de reposo y de olvido...» ¡Oh, desatadme las manos!...

Su rostro tornóse lívido, sus ojos se cerraron y un temblor sacudió su cuerpo. Con el vestido sucio y hecho jirones, se balanceaba en su silla, dando con el pecho contra la mesa y balbuceando palabras incoherentes.

Los comerciantes cambiaban miradas significativas; algunos se daban con el codo y se mostraban á Tomás con una señal de cabeza. Jacob Maiakin seguía impenetrable.

—Se le podría desatar, murmuró Bobroff.

—Más tarde, cuando estemos cerca de la ciudad...

—No, es inútil, articuló Maiakin á media voz... Dejémosle ahí; se irá á buscar un coche para conducirlo directamente al hospicio...

—¿Dónde encontraré un refugio? repuso Tomás. ¿Dónde ir?

Y se abismó en una sombría meditación, la espalda encorvada, desvanecido, una expresión de sufrimiento esparcida en sus gestos.

Maiakin abandonó su sitio y se dirigió hacia la proa no sin haber recomendado á los que quedaban cerca de Tomás estuviesen al cuidado, por miedo de que se arrojase al agua.

—Este muchacho me da lástima... dijo Bobroff al mismo tiempo que veía alejarse del grupo á Jacob.

—Nadie es culpable de su locura, replicó secamente Reznikoff.

—¿Y Jacob? murmuró Zuboff indicando con una señal la dirección que aquel seguía.

—Bueno, ¿y qué? ¿Jacob? Nada ha perdido...

—¡Hum! ahora, ya veremos... ¡ja, ja, ja!...

—Se encargará de la tutela, seguramente...

Las risas y las reflexiones que cambiaban en voz baja se mezclaban al rumor de la máquina y no llegaban hasta Tomás. Su mirada estaba fija en las ondas; sólo las comisuras de su boca temblaban ligeramente.

—Su hijo ha llegado, murmuraba Bobroff.

—Conozco al hijo, respondió Iatchuroff. Lo he encontrado en Perm.

—¿Qué tal muchacho es?

—Inteligente... serio...

—¿Y además?...

—Tiene una fábrica muy importante en Ussolié.

—Entonces Jacob ya no necesita á su ahijado... He aquí la solución del enigma...

—Ved, llora.

—¡Oh!

Tomás se había apoyado en el respaldo de la silla con la cabeza sobre el hombro. Tenía los ojos cerrados y gruesas lágrimas filtraban una á una bajo sus pupilas cerradas. Se deslizaban por sus mejillas á lo largo del bigote y se perdían en su cuello. No se movía ni dejaba escapar una sola queja. Su pecho se levantaba por intervalos desiguales y su respiración era trabajosa.

Los comerciantes miraban aquel rostro de mártir, pálido, deshecho, con las mejillas inundadas de lágrimas, la boca dolorosamente torcida, y uno á uno se alejaron de él en un profundo silencio.

Tomás quedó solo, con las manos atadas á la espalda, ante una mesa cubierta de vajilla, de botellas y restos del festín. Levantaba de vez en cuando sus pupilas pesadas é hinchadas; sus miradas oscurecidas por las lágrimas no veían más que aquella mesa donde todo estaba sucio, revuelto, destruído...

Tres años transcurrieron. Jacob Tarasovitch Maiakín murió hace cerca de un año.

En su lecho de muerte, sin perder el conocimiento, siguió fiel á sí mismo, y decía á su hijo, á su hija y á su yerno, reunidos á su alrededor:

—Vamos, hijos míos, vivid en la opulencia. Cuando se ha aprovechado la vida como yo lo he hecho, se debe ceder el sitio á los jóvenes. Ya lo veis, muero, pero no desolado. Dios me lo tendrá en cuenta. He importunado quizás al Señor con tonterías, pero jamás con mis lágrimas ni con mis quejas. ¡Oh, Señor! ¡Te doy las gracias por haberme enseñado el arte de vivir dichoso! Adiós, hijos míos. Continúa unidos y tratad de no ser demasiado malos. Acordaos de que no se es un santo por vivir siempre tranquilo y al abrigo de toda tentación... El temor del pecado no es un mérito, y á eso es á lo que alude la parábola de los diez talentos... El hombre de acción cuya vida es una lucha incesante, no puede apartarse de su propósito por temor al pecado... Dios ha dejado al hombre libre para arreglar la vida á su gusto... pero no le ha dado una inteligencia bastante grande; así es que no puede ser tampoco demasiado exigente... Es grande y misericordioso...

Y murió tras una corta, pero penosa agonía.

Poco después de la cuestión del barco, Ejóff se hizo expulsar de la población.

Una nueva casa de comercio muy importante se

creó bajo la razón social: *Taras Maiakín y Africán Smolin*.

Durante aquellos tres años no se oyó hablar de Tomás. El rumor corría que á su salida del hospicio, Maiakín le había enviado á reunirse con los parientes de su madre en el Ural...

Hace algún tiempo Tomás ha reaparecido en las calles de la ciudad. Está ajado y medio loco. Casi continuamente borracho, se le ve ya sombrío, el ceño fruncido y la cabeza baja, ya sonriente con la sonrisa lamentable y triste de los alienados. De vez en cuando mueve alguna algazara, pero esto es raro. Habita en la casa de su tía, en una bohardilla, en el fondo del patio...

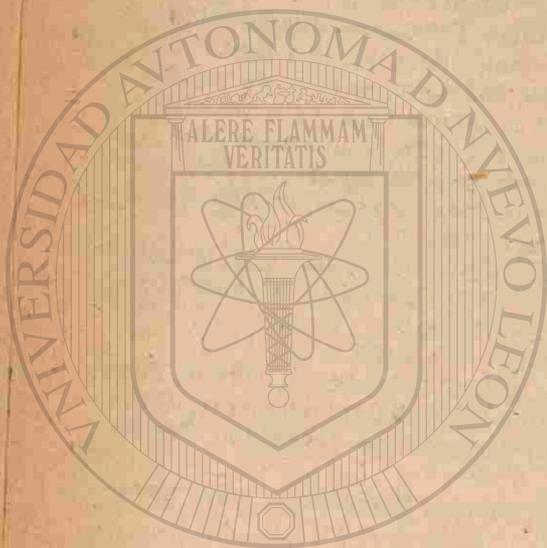
Los comerciantes y los individuos que le conocen hacen de él un objeto de burla. Cuando pasa le interpelan frecuentemente:

—¡Eh, tú! ¡profeta! ¡Ven aquí!

Pocas veces se aparta Tomás de su camino: huye de los hombres y no habla voluntariamente. Cuando por casualidad permite que le hablen, les oye decir:

—Vamos, explícanos el juicio final, ¿eh? ¡ja, ja, ja! ¡Profeta!

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obras de Máximo Gorki

Entre los literatos modernos de mayor renombre, figura el joven Alejo Peschkov, que con el pseudónimo de *Máximo Gorki* (1) ha publicado libros hermosísimos, llenos de verdad y poesía, conocidos ya en todos los países de Europa.

El éxito alcanzado por **Los Vagabundos**, de los que se han publicado en Italia y Francia numerosas ediciones, hizo que varios escritores españoles se apresuraran a traducir en nuestro idioma la obra de Peschkov. La primera versión publicada, que por cierto ha merecido los elogios del crítico de *El Imparcial*, señor Gómez Baquero, es la de esta casa y lleva la firma de R. Devil.

Bajo el título de **Los Vagabundos** hemos reunido cuatro novelas cortas: **Malva**, **Tchelkache**, **Mi compañero**, y **Konovalov**.

Más notable, si cabe, es aún la colección titulada **En la Estepa**, y que además del episodio del mismo nombre, contiene originales y brillantes narraciones, fruto del ingenio creador del inimitable artista, que en este libro prodiga pensamientos nuevos e imágenes de belleza incomparable.

Al mismo tiempo que los citados libros y el **Tomás Gordeieff**, publicamos **Caín y Artemio** y **Los Degenerados**. Cada una de estas obras forma un volumen igual al presente y se vende al precio de costumbre.

En ruso, Gorki significa «Desdichado».



